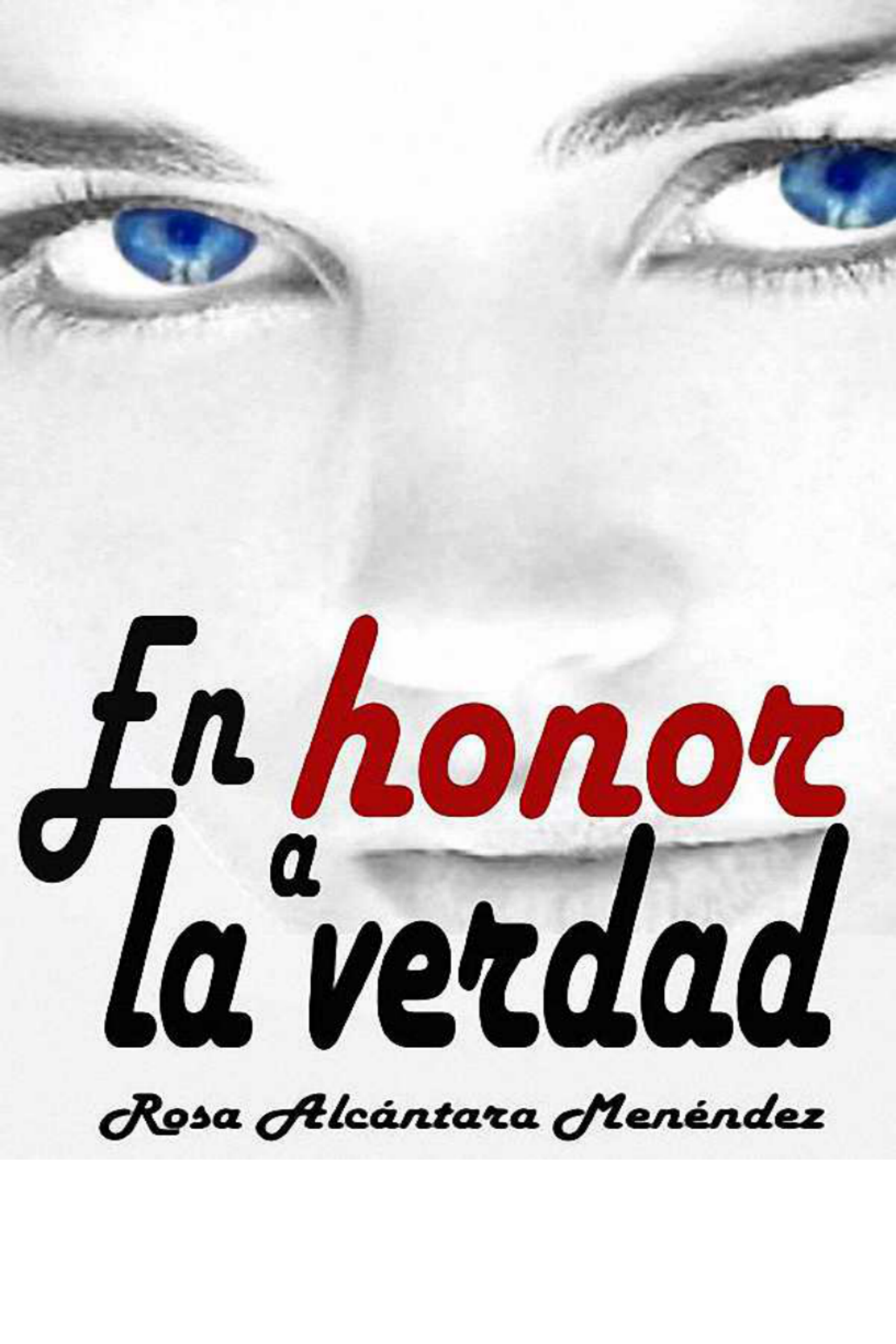

En honor a la verdad
Rosa Alcántara Menéndez

En honor a la verdad

Rosa Alcántara Menéndez

ASIN: B01MSTGX0J
MA-434-16

Los personajes, sentimientos y todas las situaciones de esta novela son ficticios, son producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

Índice

Sinopsis

La doctora Harriet Holt, embarazada de seis meses, aparece muerta en el río Támesis. Su familia cree que se ha suicidado y la policía no encuentra ningún rastro para desmentirlo. En cambio, cuando Ashton Holt —viudo de Harriet, reputado abogado e infiel por naturaleza— contrata para cuidar a sus dos hijas a Candela Báez, una curiosa española afincada en Londres que se obsesionará con el misterio de ese suicidio, iniciará sin ganas una amarga investigación. Incitado por los sentimientos contradictorios que le despierta la española, no tardará en sacar a la luz los trapos sucios de uno de sus poderosos clientes, el padre del hijo que esperaba Harriet, ni en descubrir una trama financiera que de ser pública hundiría a la mayor petrolera del Golfo Pérsico. Los intereses económicos son tan importantes que aclarar la muerte de Harriet se convertirá en una pesadilla de luces y sombras, en un rompecabezas de mentiras, suspense y romanticismo. Y, tal vez, en un juego demasiado peligroso…

Prólogo *Sábado, 13 de junio de 2015. Londres*

Tras llegar del funeral se quitó de malas maneras el traje negro en su dormitorio y no dudó en meterse bajo la ducha. Llevaba indignado con ella varios años, una barbaridad insoportable que no fue capaz de afrontar cuando pudo cortar la farsa de un matrimonio acabado. Siendo realista, o sincero consigo mismo, por esa cobardía estaba envuelto en una injusta situación con pocos visos de mejorar gracias a esta cruel jugada del Destino.

Encima de todo lo aguantado —entre otras cosas, que estuviera embarazada de otro—, encima, había muerto arrojándose al río sin pensar en que abandonaba a sus hijas. Eso era imperdonable; jamás lo superarían ni él podría olvidarlo.

Echando humo por cada poro de piel en contacto con el agua, apoyó la cabeza en los azulejos y dejó pasar el tiempo con intención de relajarse; aunque no le sirvió de nada porque la espesa capa de rabia que recubría su cuerpo era demasiado profunda y dolorosa, tan gruesa que lo oprimió hasta hacerlo caer dentro de un abismo donde se vio rodeado por la más absoluta desolación. Odiaría siempre a Harriet.

El destino baraja las cartas

Jueves, 11 de junio de 2015. Londres

Harriet

«Me da igual el nombre, qué más da. Las personas andan como locas por cruzar el puente para resguardarse de la intensa lluvia sin fijarse en nada ni nadie. Perfecto. Así podré disfrutar de unos minutos a solas. De repente, advierto dos figuras masculinas. Avanzan hacia mí desde los extremos del puente, y me arrepiento por la deseada soledad porque los reconozco; son los mismos que me siguen a todas partes. Presiento lo peor. En este momento el miedo irracional atenaza todo mi cuerpo. Y no me equivoco, ni opongo resistencia cuando me alzan por los brazos. Al instante me veo suspendida en el aire, me liberan del agarre y siento un impacto tremendo. Acabo de romperme las piernas.

Sin piedad, con la fuerza de una masa sucia para no darme ninguna oportunidad de lucha, el frío del agua empieza a atontarme antes de engullirme como un lobo hambriento. Entre esta negra turbulencia distingo las manos morenas de mi amor. El anillo de oro en el dedo meñique es inconfundible. Aun después de cuatro meses sin verlo, hoy no me falla para acompañarme a otro mundo. Desde allí cuidaré a nuestro hijo, mantendré intacto todos los recuerdos que atesoro del tiempo pasado a su lado —la etapa más intensa de mi vida desde aquel 23 de agosto en que nos conocimos—, y siempre velaré por mis niñas. A ellos les dedico los últimos pensamientos que me aturden mientras mantengo la boca cerrada hundiéndome en el Támesis. No voy a acobardarme; aunque sé que he tocado fondo; esto es el final»

A su edad, recién cumplidos los treinta y seis el día de san Antonio, salir de una empresa de trabajo temporal con una oferta para cuidar dos niñas, de ocho y diez años, no podía decirse que fuese la noticia del siglo; sin embargo, para Candela Báez, una española que residía a sus anchas en Londres desde los veinticinco y bajo ningún concepto se planteaba regresar a su país, como opción para prescindir de gastos —llámense alquiler y medios de transporte, mientras le surgía algo en su campo, el diseño gráfico— fue una tabla de salvación cuando ya no podía engañar más a su casero y estaba harta de sándwiches fríos.

En el exclusivo barrio de Fitzrovia, enfrente del Hotel Sanderson, Fitzroy Place y muy cerca de un socorrido supermercado Sainsbury´s, esperó unos minutos en el vestíbulo de un edificio de cinco plantas. En cuanto entró, atravesó el interior del lujoso portal, imaginando qué tipo de vivienda encontraría dentro. El ruido de sus pisadas en el mármol blanco y el conocimiento de que estaban observándola en un circuito cerrado de cámaras de seguridad casi logran hacerla dar media vuelta. Luego, en el ultramoderno

ascensor solo había tres botones en un elegante panel dorado. No existían ni la planta tercera ni la quinta, incomprensible. Pulsó el número 4 y suspiró mientras subía. La cabina se abrió en unos segundos, y vio que tenía acceso directo al apartamento del señor Holt. Llegó a sentir vértigo, parecía un loft.

Observó un desmesurado salón, apabullante; por lo menos de cien metros cuadrados; también, una cocina abierta con muebles blancos y electrodomésticos de acero, integrada en ese espacio donde resaltaban en un rincón: un sofá oscuro con forma de "ele", un aparador bajo con una pantalla de televisión, una mesa rectangular de cristal rodeada por seis sillas, y una chimenea moderna que no supo si era eléctrica o de gas. Había un balcón con cuatro puertas que llegaban hasta el techo, por donde circulaba durante unos metros la tubería de acero inoxidable del aire acondicionado. Frente a la barra de la cocina vio una escalera blanca, suspendida en el aire, con un parapeto de cristal como protección sin restarle protagonismo. Candela pensó que daría acceso a la quinta planta, la de los dormitorios. «¿Ahí estaría el de ella?» Le gustó el estilo contemporáneo entre el suelo de roble y la iluminación indirecta, conseguía un equilibrio agradable.

Echaba un vistazo por el balcón cerrado cuando oyó unos pasos a su espalda y giró el cuerpo. Sonrió a la señora de mediana edad y una estatura igual a la suya, la percibió contenta al tenderle la mano.

—Supongo que eres la señorita Báez.

—Sí —dijo Candela, atenta a unos ojos dulces como la miel—, he venido lo antes posible.

—Te lo agradezco mucho —comentó la mujer con un deje de alivio—. ¿Te apetece un café? ¿Has desayunado?

—No se preocupe, gracias. En cuanto el señor Holt me explique qué espera de mí, si le parece, nos tomamos un té juntas. Imagino que trabaja aquí, ¿no?

—Sí, llevo la casa y la cocina. Me llamo Mary Barber. Y seré yo quien te explique en qué consiste el trabajo. ¿Has cuidado niños con anterioridad?

—Bueno…, verá… —habló dubitativa—. No sé por qué la empresa de trabajo temporal me ha seleccionado porque no tengo experiencia, hasta ahora he trabajado como diseñadora gráfica —explicó un poco avergonzada, pensando que haber marcado la casilla de la categoría "*Child Care*" pudo influir—. No voy a mentirle, Mary, necesito el empleo. Sé manejarme bien con los niños, y no se me da mal la cocina, podría echarle una mano.

—Tampoco voy a mentirte, Candela —dijo Mary, amigable, le gustó la sinceridad de la española y necesitaban a alguien en cuanto las niñas estuvieran en el nuevo colegio. Con ser sensata y cariñosa sería suficiente para acompañarlas a la parada del autobús, prepararles la cena y distraerlas mientras Ashton estuviera en el trabajo—. Mia y Bronte están en un internado en Sussex, terminan el curso en unos días y después del verano ya no volverán. Irán a un colegio de aquí, la Escuela Highgate. Tu obligación principal será atenderlas, y pueden resultar agotadoras. El señor Holt quiere que paséis el verano juntas para que las niñas vayan acostumbrándose a ti.

—Me parece bien. ¿Mia tiene diez años y Bronte ocho? —Candela vio el rostro sonriente de Mary, asintiendo, y comentó confiada—. Creo que sabré manejarlas.

—¿Estás dispuesta a trabajar todos los días sin horario?

—¿Incluidos los fines de semana?

—Sí. Ash —empezó a decir, pero de inmediato rectificó—. Ashton de vez en cuando tiene que ausentarse por compromisos laborales, el acuerdo es sin horarios fijos pero con un máximo diario. Como vivirás aquí, te daría permiso para recibir visitas siempre que no interfieran con tus obligaciones —comentó, trasmitiéndole una parte del acuerdo que Ashton creyó justo para compensar la disponibilidad de tiempo—. ¿Quieres ver tu habitación?

—¿Tengo alojamiento y comidas? —preguntó para asegurar. Mary movió la cabeza afirmando—. ¿El salario es el anunciado?

—Por supuesto.

De buena sintonía atravesaron el salón, pasaron por delante de la impoluta cocina —pese a la olla que había en el fuego indicando actividad— y rodearon las paredes claras del ascensor. Tras las dos puertas blancas que había, Candela se sorprendió al descubrir un aseo impecable, moderno y funcional, y una escalera de bajada. «Perfecto, misterio resuelto; esta es la planta tercera», pensó. Daba acceso a una habitación cuadrada, oscura e íntima, con el techo algo más bajo que la planta principal y el suelo de tarima flotante. No quiso pensar cuánto costaría en pleno centro de Londres un tríplex de esas características. ¿Para qué? Jamás podría pagarlo.

—Este es tu dormitorio —dijo Mary, encendiendo la luz—. Espero que te guste. Se ha redecorado hace unos meses.

—Es… está muy bien…

Candela no podía coordinar muchas ideas ingeniosas para disimular el impacto de “su dormitorio” «¡Madre mía!» «¡Era dos

veces su apartamento!» «¡Nuevo!». Había una pequeña cocina con la encimera de cemento; una cama grande en una estructura negra, con un cobertor blanco; una zona de estar, con dos sofás, una televisión y una chimenea de hierro; un vestidor empotrado que solo se distinguía de las paredes por los pomos, bastante amplio, con cajones a los lados, dos barras y un frontal para los zapatos; y un baño completo debajo de la escalera, en tonos ocres y blancos; siguiendo la línea sencilla del resto. Si las Holt no resultaban unos demonios podía asegurar que había encontrado el chollo del siglo, retractándose de su propia percepción; por probar no perdía nada; aunque para no lanzarse al vacío en picado, Candela no dejó de darle vueltas al asunto.

Tras la breve visita, subieron por la escalera suspendida a los dormitorios de las niñas. Caminando por el suelo enmoquetado, beige, ese corredor ya mostraba con más claridad la personalidad de los señores Holt. O, siendo precisos, de Ashton Holt, ya que su esposa, Harriet, se había suicidado el mes anterior. La noticia, dando a conocer vagamente la historia del matrimonio, circuló como la pólvora por los periódicos locales y las televisiones. Ashton Holt, abogado de cuarenta y un años, y Harriet, de soltera Barlow, médico de treinta y nueve, llevaban casados catorce años y en apariencia eran felices; si bien, ella acababa de suicidarse, embarazada de seis meses y dejando tras de sí dos niñas de corta edad. Acostumbrada por desgracia como la mayoría de los ingleses a los suicidios diarios, aunque ocurrían en el metro o en las vías de los trenes, no en el Puente Waterloo, Candela no había prestado demasiada atención a la información de la prensa, pero en este momento, por aquello de saber con quién iba a convivir, pensó en averiguarlo todo sobre Holt.

—Lo siento, Ash —dijo Nadia melosa, acarició el pecho macizo del abogado, que tenía en ese instante los ojos cerrados y una sonrisa de oreja a oreja, sin dejar que ese sosiego le afectara, con más rotundidad, habló—. Tienes que irte, en serio. Mañana tengo que madrugar y me gustaría dormir un rato.

—No tengo ganas, no te molestaré.

—No, tienes que irte.

Nadia retiró la mano, a la vez que Ashton abría los ojos y la fulminaba con una ráfaga de soberbia.

—No vuelvas a llamarme más —dijo seco al incorporarse.

—¿Por qué te enfadas? —preguntó alzando la voz—. Nunca te quedas, ¿por qué hoy te has empeñado en dormir conmigo?

—No quiero dormir contigo —espetó cínico, se puso los bóxers y de un tirón cogió la camisa blanca del suelo—. Que no tenga que repetírtelo, Nadia. No me llames nunca más.

—¿Porque no quiero que duermas aquí? —preguntó indignada, se levantó y se encaró con él, totalmente desnuda, sin complejos y consciente de la perfección de su cuerpo de ébano—. Eres peor que un niño.

—¡Te pago! —gritó enfurecido, no toleraba referencias a los niños, por no regresar a su casa estaba discutiendo con alguien que realmente le importaba poco, aunque podía recurrir a ella cuando se le antojaba—. Es mejor que lo dejemos —Recogió la corbata, el pantalón y la chaqueta—. Que duermas bien.

Salió del dormitorio con mala leche, terminó de vestirse y abandonó la casa cerrando la puerta de un portazo. Cuando pudo reclinar la cabeza en el asiento de un taxi, rogó para que la señora Barber hubiese contratado a una canguro. No se veía lidiando solo con las niñas sin ni siquiera dejar de machacarse por la muerte de Harriet. Tampoco pasaría por ninguna prueba de paternidad para demostrar que ese nuevo hijo no era de él ni abriría la incógnita sobre la identidad del padre biológico. Gracias a la discreción de Harriet el nombre de su amante había sido una incógnita; todo en esa relación fue secreto, incluso mantuvo oculto el embarazo hasta los cuatro meses de gestación. El día que se lo anunció no murió de un infarto porque no le había llegado la hora, aunque su corazón desbocado intentara huir de su pecho. Fue una humillación, el palo más rastrero que nunca soñó recibiría. Y pese a todo, para salvaguardar la reputación del bufete y la propia de Harriet en el hospital, prefirió seguir con ella hasta que estuviera recuperada del parto. Entonces, se divorciarían. Lo que no intuyó al aceptar esa mentira fue que le impediría conciliar el sueño porque se instalaba enroscándose en su cabeza y la martilleaba sin descanso con la misma pregunta: ¿Quién era el hombre que Harriet protegió con tanto celo?

Poco después, Ashton llenó el vaso de agua que solía llevarse a su habitación, apagó la única luz que encendió en la cocina y recorrió el lateral del ascensor en penumbra dirigiéndose a la escalera. No esperaba que se abriese la puerta del dormitorio de invitados y se detuvo de golpe observando a una mujer de espaldas que la cerraba con verdadero tiento. Ese mismo que brilló por su ausencia cuando gritó despavorida al verlo.

—¿Quién es usted? —preguntó Candela, pegándose a la pared.

—El dueño de esta casa —respondió seco—. Imagino que serás

la nueva canguro.

—Sí. Hoy es mi primer día, señor Holt.

—¿Cómo te llamas?

—Candela —contestó nerviosa. Ashton Holt no animaba su espíritu divertido, al contrario, lo incitó a fugarse—, Candela Báez. Siento haber gritado.

—No te preocupes, buenas noches.

Ashton subió la escalera, caminó despacio por el pasillo enmoquetado hasta pararse delante de la última puerta, su dormitorio, y entró, recreándose en la belleza que había ahuyentado de un plumazo su mal humor. Desde luego, la española era una mujer guapa. Calculó que debía rondar los treinta y cinco años. Tenía el rostro proporcionado, llamativo por unos grandes ojos oscuros y una boca bien dibujada. Alta, de piernas interminables, y esbelta, cintura delgada y unos pechos que se intuían generosos marcados bajo la llamativa seda de un batín corto. El cabello negro y brillante lo llevaba recogido en una coleta alta, le pareció azulado. Y su voz, rasgada, en otro tono sería un delirio escucharla, sobre todo, gimiendo de placer.

Mientras tanto, lavándose la cara para despejarse del atontamiento, Candela recordaba la imagen del esquivo "dueño de la casa". No podía negarse que el señor Holt tenía atractivo, aclarando: sus ojos azules brillaron nítidos; el pelo un poco largo también refulgió con hebras plateadas; sus rasgos eran varoniles pero de huesos finos, la nariz recta, y una boca ancha, curvada con desgana restando en su contra. Para el cuerpo debería esperar a tenerlo visible de día, aunque por la altura supuso que rondaría el metro ochenta y cinco, un buen palmo más alto que ella. Y por la parquedad que exhibió, había eliminado una de las cualidades que más valoraba en los hombres: la comunicación. También supuso que andaba escaso de otra: el sentido del humor.

La mañana siguiente Ashton leía el periódico en la barra cuando levantó la vista para toparse con unas piernas morenas y el provocativo batín de seda, de esos japoneses. Dobló el periódico y lo dejó en la mesa sin quitarle los ojos de encima, como ella hacía con él.

—¿Las niñas vienen de Sussex en transporte escolar? —Candela abrió con confianza uno de los armarios y sacó una taza. La señora Barber entraba y salía acarreando productos de limpieza—. ¿O va usted a recogerlas? —preguntó por mantener una conversación centrada en el nuevo campo que desarrollaba, fijándose en el

elegante traje azul marino que vestía. Al no expresarle interés en pronunciarse, de nuevo su carácter agrio anuló esa apariencia algo clasista pero atrayente y varonil. «Qué coñazo». Para aliviar la tensión palpable y disfrutar de un desayuno sosegado, Candela no cejó en el empeño de charlar—. Tengo muchas ganas de conocerlas. ¿Están llevando bien la pérdida de su madre?

—Hazte una idea —respondió Ashton, y se puso en pie—. Procura hablar un poco más bajo, ¿de acuerdo? Los españoles tenéis la fea costumbre de hablar gritando.

Con los labios aprisionados, Candela esbozó una sonrisa. «¡Gilipollas!» «¿Te he dicho qué opino de vosotros, Gilipollas integral?» Estoicamente le sostuvo la mirada, los rayos castaños podían convertirse en destellos ambarinos tan asoladores como el azul helado en los ojos de él. Deseó que la dejara sola; siempre elegía la soledad a malas compañías y, claramente, Ashton Holt no tenía intención de mostrar una ligera amabilidad o cortesía. Hasta ahí llegaba su esfuerzo. Cuando las niñas estuvieran en casa pensaba distraerlas con juegos, lecturas y salidas, ya que el buen tiempo favorecía pasar las tardes al aire libre, y durante los ratos muertos haría un par de cursos online y seguiría buscando trabajo de diseñadora gráfica. Estaba segura de que ampliando su currículo tendría más posibilidades de encontrarlo.

Como leyéndole el pensamiento, Ashton desapareció de su vista. Al momento, sonó el breve timbre del ascensor y Candela respiró aliviada; por fin estaría varias horas sin soportar una presencia tan incómoda como turbadora.

—¿Quieres que te prepare unos huevos revueltos? —preguntó la señora Barber entrando apresurada—. ¿Una tortilla?

—No, Mary, gracias —contestó sonriendo—. ¿Las niñas comen bien?

—Sí —afirmó y llenó una olla con agua, que puso encima del fuego—. Son muy simpáticas.

—No se parecerán a su padre —comentó irónica—. Es un poco borde, ¿no?

—No, tienes que conocerlo mejor.

—Lo dudo… —Tras dar un bocado a una tostada con mantequilla, masticaba, observando fijamente la olla—. ¿Pasa mucho tiempo con ellas?

—Sí —respondió rápido—, y es más abierto.

La señora Barber no tenía una naturaleza cotilla y comprendía que las relaciones podían ser inestables o pasar por rachas conflictivas, por lo que se reservó su opinión sobre la actitud de

Ashton con el mundo desde que Harriet le contó “algo”, escuchado involuntariamente por ella, que solo ellos podían saber y desencadenó una agria discusión. Mary recordaba perfectamente aquel día en el que Ashton repitió hasta la saciedad que él no era el padre del varón que Harriet esperaba. Y de ser cierto, hasta justificaba su permanente enfado con ella; aunque por otro lado tampoco descartaba que fuese otra barbaridad más de las muchas que solía decirle cuando discutían. Para ser justos, Mary no sabía si lo que escuchó fue verdad o producto del acaloramiento, y ya poco importaba aunque había sido el desencadenante del actual comportamiento indolente del abogado. Desgraciadamente seguía molesto, y como no lo superase haría mella en su relación con las niñas y en cualquier otra que iniciara con alguna mujer. Ashton tenía que olvidar o no sería capaz de afrontar su nueva vida sin pesados lastres, y ni ella ni nadie de su entorno debían interferir por mucho que desearan ver de nuevo al gran hombre oculto bajo sombras de humillación. Por supuesto lo apoyarían, esperando que algún día no muy lejano regresara por su propio pie, pero sería él quien decidiera el momento adecuado. Hasta entonces, contaban con la paciencia como aliada. Y desde su punto de vista, la española no parecía sobrada de esa virtud; y tanto las niñas como ella la necesitaban en la casa al menos durante unos meses, los necesarios para que él se calmase. Rezó para que su plegaria se oyera, y sobre todo para que se cumpliera.

A medida que transcurrieron los primeros días, Candela terminó la mudanza, avanzaba a buen ritmo en los cursos y organizó su dormitorio. Hasta tenía tiempo para dedicarse a la lectura. Afortunadamente, por el número de volúmenes que abarrotaban las estanterías del salón, en una mezcla ecléctica entre historia, intriga y biografías, ese pasatiempo también parecía gustarle a Holt.

Al ser jueves, se sorprendió con un mensaje de Jordan. «*Estoy en la puerta*». No tenían que verse hasta dentro de dos semanas. Sin hacer ruido por si Holt estaba en la planta de arriba, marcó el código para desbloquear el ascensor.

—Hola, Cand —saludó Jordan sonriente, con su imagen de granjero feliz que no podía evitar ni por la ropa, siempre desastrosa, ni por el espeso cabello dorado ni la cara cubierta por una ligera barba rubia. Sus ojos azules, como turquesas bajo el mar, se encogieron mientras mostraba una boca llena de dientes blancos bien enfilados—. ¿No vas a darme la bienvenida?

—¿Qué haces aquí? —preguntó curiosa, se acercó más y le echó

los brazos al cuello para besarle los labios—. Entra, te enseñaré mi nueva residencia —dijo en tono burlón.

Rodearon el ascensor y bajaron al dormitorio, sumido en un tenue color amarillento y un ligero olor a sándalo. Jordan aspiró hondo, mirando a su alrededor.

—Está mejor que tu miniestudio —comentó Jordan, yendo hacia el sofá—. ¿Me invitas a beber algo?

—No recibo visitas, pero veré qué puedo encontrar. ¿Cerveza?

Luego, una cosa llevó a otra y no terminaron los botellines antes de llegar a la cama. Los dos buscaban disfrutar con el sexo, no tenían ataduras, se gustaban y cuando se veían tardaban muy poco en liarse.

Con la cabeza recostada en el pecho de Jordan, divagaba satisfecha, respirando tranquilidad en un espacio que empezaba a sentir propio.

—¿Hasta cuándo estarás en Londres?

—Sábado —respondió Jordan, le dio un beso en el cabello ondulado—, no podré venir en dos o tres meses, intenta hacerme alguna visita.

—Trabajo todos los días, no puedo.

—¿No tienes ninguno de descanso? —preguntó incrédulo.

—No —contestó meneando la cabeza. Faltaba nada para que Mia y Bronte dejaran el internado y se conocieran—. Por si no lo sabes, los niños no descansan.

—Podían sustituirte —comentó resuelto.

—No es tan fácil, y no quiero aburrirte con problemas.

Risueño, Jordan deslizó la mano por un muslo terso, acercándose a las nalgas que apretó con firmeza. No dudó al estampar su boca contra la de ella para acallar la incomodidad con deseo. Así cedieron al placer de un sexo que cubría de sobra sus expectativas. Más tarde, a eso de las cinco de la madrugada, Candela se desveló. Durante un rato contempló el techo, pero no lograba dormirse y se levantó para hacerse un té. Al ponerse un pijama corto y el batín de seda, no inmutó el sueño profundo de Jordan. Buscó alguna lata de té en los dos armarios de su pequeña cocina, sin éxito, y se dirigió a la planta de arriba esperando tener mejor suerte.

El ruido de unas pisadas, amortiguado por la moqueta, alertó a Candela cuando ya tenía su ansiado té en la taza. De repente, se quedó inmóvil observando a la mujer alta y morena que descendió por la escalera y, al verla a ella, también se sorprendió.

—¿Quién eres? —preguntó la desconocida, con un claro acento

italiano.

—La canguro —respondió Candela. Recorrió con una mirada curiosa la escasa ropa de la mujer, suponiendo una antigua profesión.

Cara frunció las cejas, depiladas en dos arcos perfectos.

—¿La canguro? —repitió. Sabía que las hijas de Ashton estaban en Sussex, pero no le interesaba nada de lo que hicieran sus amantes cuando no estuvieran con ella. Candela asintió en silencio. Cara sonrió ligeramente—. No tienes pinta de canguro.

Candela encogió los hombros, y apretó la boca para evitar expresar en voz alta qué le sugería su apariencia. No cruzaron más palabras. Cara fue al ascensor y dejó la casa. Y Candela se tomó el té sentada en el sofá del salón, perdida en una quietud relajante que logró dejarle la mente en blanco antes de regresar al dormitorio, tumbarse en la cama sin rozar a Jordan y al fin dormirse tan a pierna suelta como él.

Al día siguiente, si a Candela alguien le hubiese dicho que iría con Ashton, en su coche nuevo, un Mercedes negro cupé y vanguardista de cuatro puertas, camino de Sussex para recoger a las niñas, lo habría dudado; en cambio, ahí iban los dos contemplando el paisaje rural. El verde mustio del campo se apagaba bajo el sol picante del mediodía, igual de molesto que la cabeza ardiente de la española, que no ganaba para sorpresas con él.

—¿Llevaba un año esperando?

—Sí —respondió Ashton por enésima vez—. Es un colegio con una admisión limitada, pero está en Londres, es mixto y tiene un nivel académico muy bueno. El año pasado el veinte por ciento de sus alumnos entraron en Oxford.

—¿Por qué no se lo ha dicho? —preguntó confusa. Entendía que a ella no tuviera que informarla, ¿pero a sus hijas? Al menos podrían haberse probado los uniformes que cargó hasta el apartamento antes de salir. Eran muy discretos para los estilismos británicos: chaqueta burdeos con una raya azul marino, falda plisada gris, un polo blanco y un jersey de pico azul marino—. Mary dice que Bronte va a volverse loca.

—¿Más? ¡No, por favor! —exclamó riendo—. No sé si a Mia le gustará el cambio.

—¿Eso piensa? —preguntó asombrada—. Le aseguro que prefiere estar en su casa que en un internado.

Ashton mantuvo un silencio prudente, pensando que él todavía necesitaba más tiempo para distanciarse emocionalmente de la

tragedia, ordenar su vida, intereses y obligaciones, y sobre todo para olvidar un matrimonio condenado al fracaso mucho antes de que nadie se cruzara entre él y Harriet. Sin embargo, de la noche a la mañana estaba solo con las niñas, que también sufrían a su manera, y no quería que se contagiaran de amargura; no era justo tenerlas a centenares de kilómetros, según su razonamiento, y por eso, al haber sido admitidas en Highgate, empezaría subsanando la lejanía del internado. Catonfield contaba con un expediente académico envidiable, tenía actividades extracurriculares tan variadas como danza, equitación o clases de cerámica, pensión completa y un servicio semanal de autobús hasta el centro de Londres disponible los viernes por la tarde y los domingos por la noche, pero estaba en Sussex, mientras que Highgate les permitiría recobrar la estabilidad familiar que buscaba además del consuelo que tendrían sus hijas con él cerca en cualquier momento.

Sin errar, la noticia del nuevo colegio causó furor. La aceptación de Bronte rayó la locura. Mia fue más comedida. Las dos tenían los ojos azules de Ashton y el cabello rubio de Harriet. Mostraron la inquietud propia de la edad, una actitud positiva y un carácter amigable que Candela fomentó para empezar con buen pie.

Durante el trayecto de vuelta a Londres, gracias a las ocurrencias infantiles, Candela no reparó en Ashton, ni él desvió conscientemente la atención de la carretera nada más que para mirar por el espejo retrovisor cuando las niñas le hablaron y cuando le suplicaron que abriera el techo corredizo. En aquellas dos horas, aparte de disfrutar de un estimulante sol, intentaron organizarse con prisas. Bronte acribilló a Candela con preguntas, que respondió divertida, y arrancó varias sonrisas tímidas en el rostro pálido y pecoso de Mia. Más pacífica, la mayor de las hermanas se limitó a observarla con verdadero interés. Aunque echaría de menos el internado por las compañeras, a ella también la sedujo volver a casa, y pese a sentirse tristemente insegura pensando en la ausencia de Harriet, vio en Candela algo especial que no supo definir. Pudo parecerle simpática o quizás fue su risa contagiosa, o el extraño brillo que distinguió en los ojos de su padre al mirarla, o todo. De momento, la nueva canguro tenía su confianza.

Como Jordan esa noche estaba viendo un partido de fútbol, Candela se entretuvo echando un vistazo a la colección de novelas que había en el salón. No eran más de las once y ya reinaba el silencio en la planta alta, podía distinguirse cualquier mínimo ruido. De repente escuchó la voz de Bronte en frases inconexas, una

pelea. Se dirigió con rapidez al dormitorio, entró sigilosa y se acercó a la cama sin necesidad de encender la luz. Un resplandor plateado sesgaba rayos de claridad que cruzaban el cuadrado y amplio espacio. Se sentó en el borde de la cama y acarició la frente de Bronte. Como su hermana Miriam, hablaba en sueños. Esa imagen acaparó su mente con unos recuerdos felices, otros dramáticos y con la música que tanto admiraba Miriam y cantaba hasta el agotamiento. Candela no notó brotar la poesía de sus labios, sin embargo, canturreó:

—«Donde nos llevó la imaginación, donde con los ojos cerrados se divisan infinitos campos… »

El sonido de la voz grave y sensual de Candela llegó a oídos de Ashton cuando pasaba por el corredor en busca del vaso de agua. ¿Cuánto hacía desde la última vez que escuchó cantar bajito a una mujer?

—«De sol, espiga y deseo son sus manos en mi pelo, de nieve, huracán y abismos, el sitio de mi recreo…»

Fueron unos minutos preciosos, perdido en unas palabras que no entendió, aunque no era necesario al escuchar con la piel, los músculos y… ¿el olfato? El tufillo a marihuana que penetró en sus fosas nasales rompió el embrujo de la canción.

—«De sol, espiga y deseo… Silencio, brisa y cordura dan aliento a mi locura, hay nieve, hay fuego, hay deseo, ahí donde me recreo».

Si Candela estaba con la niña, ¿quién estaba fumando hierba en su casa? Sin preocuparse por el pantalón de pijama y la camiseta, Ashton bajó la escalera y se frenó ante la puerta del dormitorio de la española. No le interesaba su vida amorosa, en cambio, ciertas conductas no las toleraba.

—Apaga el porro —dijo brusco al ver a Jordan sentado en el sofá, decentemente vestido con unos bóxers—. Está prohibido fumar.

—Lo siento —replicó sorprendido, apagándolo en el cenicero. No dudó que sería el padre de las niñas, aunque le molestó que pudiera entrar en el dormitorio de Candela cuando quisiera—. No lo sabía.

—Pues ya lo sabes.

Durante unos segundos, los dos pares de azules se desafiaron. Como Jordan estaba de paso y no tenía intención de buscarle problemas a Candela, no añadió nada, cerró la boca y observó inmóvil a Ashton subiendo acelerado la escalera. En cuanto escuchó un portazo con mala leche, soltó una risotada.

Candela aguardó unos minutos en la habitación de Bronte.

Recorrió aquel sencillo espacio con ojos curiosos. Tenía un armario empotrado con las puertas blancas, un baño compartido con la habitación de Mia, y una mesa de estudio con varias repisas encima. Se levantó, observando una caja. De cerca comprobó que eran unos intercomunicadores para bebés y supuso que Harriet los habría recuperado para su nuevo hijo. Por tener a Bronte controlada, situó uno de los aparatos en la mesilla de noche, lo encendió y salió sin hacer ruido.

—¿Le he despertado? —preguntó Candela amable al toparse con Ashton en la cocina.

—No, me ha despertado el olor a maría —comentó borde, sacó un vaso de cristal y lo llenó de agua—. Puedes traer a quien te dé la gana siempre y cuando respetes las reglas de la casa. No me gusta que se fume. Ya se lo he dicho a tu amigo.

—Si hubiera hablado conmigo, sabría a qué atenerme.

—No hace falta ser muy radical para estar en contra de las drogas, y más donde hay niños.

—No voy a ser tampoco radical ni voy a decirle cómo hay que educar a los niños.

—¿Estás insinuando algo? —preguntó con mala leche—. Mi casa, mis reglas. Trabajas aquí. Si no estás contenta, me lo dices, y asunto arreglado.

—No he dicho que no esté contenta, simplemente que cada uno debe saber cómo afrontar los problemas.

—No tengo ganas de perder el tiempo —dijo seco—. En mi casa no se fuma.

A Candela se le vino a la cabeza una respuesta que podría haber caldeado más el ambiente, pero optó por un cauteloso silencio. Apagó la luz de la cocina y se movió en dirección a su dormitorio. No tardó en dejar el otro aparato en la mesilla de noche ni en tenderse en la solitaria cama. Poco después, Jordan salió del cuarto de baño.

—Joder, Cand, me he tenido que fumar el porro encerrado en el baño como si estuviera cometiendo un delito.

—Es un delito, Jordan —admitió resignada. Era una lástima no estar enamorada de él. No solo tenía un cuerpo más que válido, sino que también era guapo, divertido y empresario. Por cambiar el tema, preguntó—. ¿Cómo te va en la granja? ¿Sigues madrugando?

—Sí, a las cinco, todos los días —respondió alegre, brillaba recordando la granja—. ¿Cuándo vas a venir?

—No lo sé. —Sonrió cuando Jordan se quitó los bóxers y se arrebujó a su lado, al instante se besaron sosegadamente—.

Intentaré ir pronto.

—Admitido…

Sin resquemor por saltarse la rutina de la granja, Jordan sucumbió raudo a unas manos suaves sobre su entrepierna. No quería compromisos, solo comodidad, exactamente lo que tenía con Candela; aunque no se explicó el bajón tras el encuentro con "el padre de las niñas".

El espacio diáfano de la habitación reverberó los gemidos rítmicos de Candela mientras Jordan empujaba sujeto con firmeza a sus caderas. Cadente y preciso, así era el balanceo del granjero sobre el cuerpo femenino, tan sudado como el de él, tan brillante por el esfuerzo que merecía la pena observar el vaivén de su miembro entrando y saliendo entre unos labios resbaladizos, hechizándolo a internarse con contundencia.

—Joder, Cand ¡Voy a correrme!

Esa exclamación natural todavía inspiró más el ansia de Candela por sentir mayor profundidad. No se privaron de ronronear poseídos por la lujuria, olvidando por completo el intercomunicador con el canal abierto tanto para emitir como para recibir. De haber dispuesto de esa información, Candela y Jordan habrían comedido el festival de sonidos apasionados que no censuraron.

Desvelado, Ashton ordenaba palabras en la cabeza para mantener al día siguiente una seria conversación con la española. Aunque se contradecía, no estaba dispuesto a escuchar la actividad sexual de nadie que no fuese él mismo. Si tantas ganas tenía de alegrarse el cuerpo, que se buscase otro empleo. No era nada personal contra ella, o al menos eso se repetía, pero por algún motivo no se encontraba cómodo teniéndola en su casa. Así pues, volvería a ponerse en contacto con la agencia de trabajo temporal. Por suerte, en Londres sobraban las canguros extranjeras y no tardaría en encontrarle una sustituta. Incluso pensó en algunas cualidades físicas como requisitos imprescindibles que enumeraba mientras se dormía: fea, calva, bizca, con verrugas, seca como un junco…

Un carácter manifiesto

Lunes, 11 de mayo de 2015. Londres

Harriet

«Estoy en peligro, lo sé. Soy una sombra. No puedo trabajar, no hago otra cosa que pensar en mi hijo, en nuestro hijo. Por su bien, el apellido Holt diluirá cualquier rastro de duda y lo mantendrá a salvo si tengo razón. A veces, cuando pienso en el giro que ha dado mi vida desde que conocí a su padre ni yo misma me lo creo. Jamás me arrepentiré porque he vivido unos meses maravillosos, pero no dejo de pensar en unas casualidades tan bien hiladas que me dan pánico»

—Señor Hopkins, por favor, le prometo que en unos días le pagaré lo que le debo —dijo Candela, ignorando que Ashton estaba en la escalera y se había detenido para escucharla—. Confíe en mí. Unos días, se lo prometo.

«¿A quién le debía dinero la incauta?» Ashton apretó el ceño y apareció en la cocina sin hacer amago por saludarla. Candela lo observó con seriedad y se alejó hacia el balcón, bajando la voz.

Mientras se preparaba el desayuno, Ashton recorría con la mirada el perfil voluptuoso de la española. Tenía unas curvas pronunciadas en los pechos redondos y grandes que se pegaban a su camiseta, fantásticas. La barbilla altiva y un elegante cuello largo, visible gracias a una cola de caballo. Era una morena llamativa, con todos los tópicos de las mujeres latinas. Sus ojos oscuros tenían un punto misterioso hipnótico, la piel bronceada le disparaba la imaginación con escenas muy sucias, y si se detenía en la provocativa boca roja solo pensaba en el canibalismo. «¿Por qué se pintaba los labios si no salía?» Se preguntó si sería por él, aunque de inmediato lo descartó porque no podía disimular una animadversión evidente. Desde el primer día no congeniaron, lo transigía porque no tenía otra alternativa, y a él no le quedaba moral para otro cambio por mucho que se subiera por las paredes escuchando sonatas amatorias o se dispersara al tenerla delante y solo fuese capaz de mostrarse huraño y seco.

Con un largo bufido, Candela colgó la llamada de su casero tras capearlo y se dirigió a la cocina, atenta a los ojos fijos de Ashton en los de ella.

—Buenos días —dijo Candela, mostró una sonrisa breve.

—Tenemos que hablar.

—¿Puedo desayunar primero? —preguntó, pensando que sería su último desayuno allí.

—No voy a despedirte —dijo Ashton serio, carraspeó—, pero voy a rogarte que cuando te tires a tus amigos desconectes el intercomunicador. Es un detalle que te agradecería profundamente.

A Candela de forma repentina se le cerró el estómago. Ese hombre impertinente lograba ensombrecer con vergüenza una mañana de sábado veraniega de lo más soleada. Como debía reconocerle la razón, para empezar, inclinó la cabeza con un leve asentimiento.

—No volverá a ocurrir.

—Bien —replicó borde, se llevó la taza a los labios e ignoró la salida precipitada de Candela. Parecía una inestable. Decía que quería desayunar, pero no llegó ni a tomarse un café. Un murmullo inaudible brotó de su boca—. Bruja.

En su dormitorio, Candela se alegró de que las niñas aún durmieran y de que Jordan hubiese dejado la casa al amanecer, al menos le ahorró otra monserga. Se sentó frente al portátil en la mesa de estudio que había a un lado de la cama y abrió la página de acceso a uno de los cursos que estaba haciendo. No conseguía concentrarse en los ejercicios más que unos pocos segundos, cavilando en las palabras mordaces de Holt. Quiso interpretarlas también como un arranque de territorialidad. Cogió el intercomunicador, revisó la posición de la pestaña que abría o cerraba los canales y, para su desgracia, no había mentido. Ashton Holt, su arisco jefe, escuchó en directo una retrasmisión del poderío masculino de Jordan en su terreno, aunque sin levantarle la hembra. Si no tenía claro cuánto podían empeorar las cosas con él, hacía méritos para sumar distancia entre ellos.

Aquella tarde, en la Plaza del Soho, donde había un parque rodeado por jardines, vallado como era habitual en toda la ciudad y con una peculiar caseta de madera en el centro que parecía sacada del cuento de *Hansel y Gretel*, Candela pudo dejar que las niñas se explayaran mientras las observaba sentada en un banco bajo las sombras agradables de unos árboles grandes con amplias ramas plagadas de hojas verdes. Si Mia sobresalía por agilidad y un cuerpecillo fibroso, Bronte llamaba la atención por su desparpajo y un ligero sobrepeso que aumentaba su imagen ya bastante cómica. Compartían facciones y, a pesar de las diferencias, nadie dudaría que fueran hermanas. De ellas, Candela solo podía contar maravillas. No paraban quietas, tenía que ir por la calle como una trastornada pendiente al tráfico y a sus carreras constantes; en cambio, las dos lograban demandar tanta atención que olvidaba el tenso ambiente del apartamento cuando Holt estaba cerca.

Al ver a Bronte perseguir a Mia para volver a realizarle a pocos centímetros de su cara una llave karateca sacada de algún dibujo

animado —claramente no la había aprendido de Bruce Lee— explotó en una carcajada cuando perdió el equilibrio y se cayó de culo. De seguir así, Bronte regresaría con un siete en el pantalón, algún morado y la ropa llena de manchas. No entendía cómo siendo Holt tan estirado sus hijas parecían silvestres.

—Cand, dile a Mia que me deje.

—No seas trasto —comentó indulgente—. Tienes que practicar mejor las llaves.

Bronte se dejó caer a su lado.

—¿Me has visto? —preguntó ansiosa, con los mofletes enrojecidos por el ejercicio.

—Sí, y Mary también verá cómo te has puesto la ropa.

—No me he ensuciado —dijo convencida, levantándose y sacudiéndose el polvo del culo—. Ya está.

Candela sonrió ante la frescura infantil.

—¿Quieres ayudarme luego a preparar una tortilla de patatas?

—¡Sí!

Observando el alboroto de Bronte, su hermana se acercó rauda. Cuando se propagó la noticia sobre la cena, la visita al parque quedó suspendida por las prisas de las niñas para regresar a casa y empezar la tarea culinaria.

Una vez repartió Candela las patatas, las niñas comenzaron a pelarlas sin dejar de competir entre ellas. Para echar cebolla y calabacín Candela negoció el postre con Mia, algo reacia a las verduras, y luego, cuando todo se pochaba en una sartén con abundante aceite de oliva, se sentó en el sofá al lado de Bronte, que jugaba con su tablet mientras Mia escuchaba música con el portátil en las piernas.

—Hola —saludó Ashton al salir del ascensor. Bronte se levantó de un salto y corrió a abrazarlo—. ¿Cómo estás, Bron? Te he echado mucho de menos.

—Y yo, papi —dijo contenta—. ¿Por qué has ido a trabajar?

—Porque tengo cosas atrasadas y hoy podía dedicarles más tiempo. ¿Qué habéis hecho vosotras?

—Hemos estado en el parque. —Bronte le agarró la mano y tiró de él hasta el sofá. Cuando Mia se dio cuenta de que había llegado, Ashton recibió otro abrazo cariñoso. Se sentó con Bronte en las rodillas y le echó un vistazo a Candela, que mostraba una expresión severa. Ajena a la densa incomodidad entre los adultos, Bronte añadió—. Estamos haciendo tortilla de patatas. Cand nos está enseñando.

—Huele muy bien, guárdame un poco para mañana.

—¿Vas a salir? —preguntó Mia.

—Sí —respondió Ashton, parecía desafiar a su hija. Sonrió mirando un segundo a Candela y comentó—. Con Cand os lo pasáis mejor que conmigo.

Escuchar un diminutivo íntimo, con permiso solo para algunos, de sus labios, con ese tono de reproche, molestó a Candela, que se puso de pie y salió hacia la cocina, con las niñas detrás.

Recostado en el respaldo del sofá, Ashton las observó alejarse. Sentía la laxitud de los músculos, y ¡qué bien olía!, pero no podía quedarse. Cara regresaba a Roma después de realizar un trabajo como modelo para una compañía inglesa y se había comprometido a llevarla al aeropuerto, después de cenar en su hotel por evitar lugares públicos. No soportaba el exhibicionismo chabacano de Cara, empeñada en descubrir sus encantos —piernas fabulosas y pechos operados— sin medir la vulgaridad ni perdiendo contratos laborales ni aun teniendo acceso a un sinfín de ropa exclusiva que sería la envidia de cualquier mujer. Todavía no se explicaba qué se le pasó por la cabeza cuando la conoció en un evento organizado por uno de sus clientes, bueno, algo sí: sexo gratis. Eso logró arrancarle la ligera condescendencia amistosa del hotel y el aeropuerto en vez de hacer lo que realmente le apetecía: quedarse con sus hijas, cenar tortilla, besar a la española… ¿Cómo? Se levantó de un salto, pasó rápidamente por delante de la cocina y, con el maldito aroma dulzón de la tortilla en el olfato y unos labios rojos apretados grabados en las retinas, subió la escalera. Rezongó yendo a su dormitorio, enfadado por el reproche que percibió en unos turbadores ojos castaños. Justificó de nuevo su comportamiento a sabiendas de que no era lo que pretendía cuando decidió cambiar a las niñas de colegio, aunque esta vez con menos remordimientos gracias a una súbita idea. Ya que el día siguiente sería íntegro para sus hijas y por la tarde estarían con los padres de Harriet, si la tortilla cumplía sus prometedoras expectativas, quizás, y solo quizás, prescindiría de los servicios de Candela.

El olor a ganado llegando a casa de Jordan Fimlem eliminaba los aromas florales del campo en Oxfordshire. Aunque él le había enseñado fotos de la granja, tenerla enfrente no mitigó el asombro de Candela. El edificio era pequeño, cuadrado, blanco, con techos de paja, y muy rústico, hasta arcaico. De ahí que sintiera temor al entrar. Por suerte, la calidez de la madera cruda, los colores neutros, la higiene y un inesperado orden la apaciguaron.

—Me alegra que hayas decidido venir —dijo Jordan, dándole la mano—. Me gusta.

—Me apetecía salir de Londres —comentó, deshizo el contacto con disimulo—. Todavía no me explico cómo me ha dado el día libre.

—Ese tío es un dictador —dijo despectivo, le sujetó la cara entre las manos y le besó la boca—. Será mejor que aprovechemos el tiempo.

—Quería ver la granja —dijo por salvar un poco su dignidad.

—¿Y al granjero, no?

Sonriendo, Candela enganchó la mano del bolsillo trasero de su pantalón, y Jordan no le apartó el brazo del hombro, guiándola hacia el establo de las vacas, donde, de buen ánimo, quiso aprender a ordeñar.

Sentada en un pequeño taburete, Candela no tardó en arrepentirse. Habría sido más sencillo probar el método mecánico, al menos colocar dos vaciadores en las ubres no entrañaba ningún riesgo mortal. Sin embargo, por osada tenía a pocos centímetros un animal de gran tamaño, que le imponía mucho respeto aunque Jordan le hubiese atado el rabo a una argolla para evitar accidentes, al que además no era capaz de sacarle ni un chorrito de leche.

—No des tirones fuertes, Cand. —Para Jordan suponía un esfuerzo verla tan torpe con las ubres sin darle indicaciones. Se acercó, estiró los brazos por detrás de ella y colocó las manos, grandes y ásperas, sobre las suaves y delicadas femeninas—. Así…

—Tengo que practicar más.

—Mucho más —admitió sincero, deslizó las manos por los costados de Candela y le acarició los senos—, pero ahora podríamos practicar otra cosa.

—¿Cómo qué? —Apoyó la cabeza en las piernas de Jordan, dando por concluida su incursión en el ordeño—. ¿Cómo piensas compensar el largo trayecto que he hecho para verte?

—Con cariño, nena.

—No olvides nuestro acuerdo —dijo al levantarse, algo sorprendida por una ternura evitada por ambos—, granjero.

—Nunca —dijo Jordan, embobado en unos ojos pícaros. Le besó los labios con ímpetu y, al apartarse, habló resollando—. Vamos a casa.

Durante el resto de la tarde relegaron en un diminuto rincón de sus cabezas cualquier cosa que no fuese el sexo, incluido el horario del tren. Pasó inadvertido hasta que Candela bajó a la tierra y el mundo se le vino encima.

Tras una despedida atolondrada en la estación, intentó comunicarse con Holt cuando a las diez de la noche ya iba de camino, pero no lo consiguió. Pensó en cómo cambiaba la percepción del tiempo si uno estaba impaciente por un motivo alegre o por una preocupación. Para ella todo no podía ser más caótico, se superaba a sí misma pareciendo una estúpida adolescente cuando habían pasado veinte años desde esa etapa de su vida. Inmersa en un nerviosismo patético, se distrajo con el móvil durante la hora y media de trayecto. Luego, se subió a un taxi en Paddington con la esperanza de no tardar más de otros quince minutos hasta el número 13 de la calle Berners.

La penumbra en el salón pronto le dejó vislumbrar una silueta recortada de espaldas frente al balcón. Inevitablemente, el sonido del ascensor hizo que Ashton girara la cabeza para clavarla en el sitio con una mirada helada. Candela sintió frío mientras él se aproximaba con aparente tranquilidad.

—Te has tomado al pie de la letra "el día libre" —comentó Ashton, severo, sin sacar las manos de los bolsillos—. No apruebo tu comportamiento, y con esto, tú sola te has despedido.

—Muy bien —dijo tensa, con poca moral para rogarle. Si él estaba cansado, que le diera apoyo a ella—. Si no le importa, me iré mañana.

—No. Le dejaré tu cheque a la señora Barber.

—Perfecto —replicó con una sonrisa irónica. «Imbécil». «Gilipollas»—. Buenas noches.

—Igualmente.

El gruñido de Ashton ya no afectó a Candela. Hablaría con Jordan para que le diera alojamiento durante unas semanas, como si debía levantarse al alba todos los días y ordeñar decenas de vacas, ¿qué pensaba? Cientos y cientos de vacas. Lo que fuera por perder de vista a Ashton Holt.

Estaba claro que cuando las cosas no podían ser, era mejor no forzarlas. Para qué iba a darle vueltas a su inexistente relación con Holt, no tuvieron química desde el insípido encuentro del primer día y postergar ese abandono no podía acarrearle nada bueno. No merecía la pena vivir en tensión por un sueldo más que modesto y un alojamiento aceptable; sí, decente y acorde al nivel económico que su patrón tenía. La granja era mucho más sencilla, en cambio se garantizaba el sexo, un bien preciado en esos tiempos difíciles, y ampliaba su horizonte laboral a la zona de Oxfordshire, que siempre le gustó por el ambiente y la cercanía con Londres.

Un rato después, recogiendo los artículos de aseo tendría todas sus pertenencias preparadas para salir zumbando al día siguiente. Se acostó con la satisfacción de estar haciendo lo correcto, pero no se dormía recordando la brusquedad de Holt con ella y la poca comprensión cuando estaba explotándola. Ciertamente, no de forma literal; aunque por el servicio veinticuatro horas, los siete días de la semana, pudiera considerarse esclavitud. Desde luego, no podía equivocarse yéndose.

De repente sonó un grito aterrador. Sobresaltada, Candela corrió hasta la habitación de Bronte. En cuanto advirtió otro episodio de incontinencia verbal inconsciente, salió despacio cerrando la puerta con cuidado. Se topó con Ashton detrás.

—¿Qué ocurre?

—Nada, ha vuelto a hablar en sueños. A mi hermana también le pasaba de niña.

Procesando la información, Ashton permaneció mirándola unos segundos. Dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio. «Un poco de interés no habría sido un extra, teniendo en cuenta que eres su padre», pensó Candela; aunque hubiese sido como ver un ovni. Entendía que con la muerte de Harriet estuviera depresivo, pese a las juergas que se corría entre semana con sus amigas, y también podía comprender que no le gustasen los niños, a algunas personas les pasaba, pero no justificaba una indiferencia que rozaba la ofensa. Conforme repasaba el comportamiento de Holt, más se calentaba y, para más inri, ya ni siquiera trabajaba ahí. Lo sentía por las niñas, sin embargo, no debía preocuparse por algo que no le correspondía controlar.

De nuevo en su habitación, por relajarse antes de conciliar el sueño, se dio una ducha con el agua muy caliente. No había terminado de ponerse unos *culottes* negros cuando otro grito histérico vaciló por el intercomunicador. Apresurada, se colocó el batín floreado y volvió a la planta alta. Para su total asombro, vestido con un pijama oscuro de dos piezas, Holt estaba inclinado en la cama de Bronte.

Inmóvil, Candela no traspasó el umbral.

—Vamos…, Bron —susurró Ashton—. ¿La bruja española no sabe cuidarte?

«¿Será gilipollas…?» Candela no daba crédito. «¿Por qué no la consolaba sin meterse con ella?» Como ya no era de su competencia, giró el cuerpo y atravesó el corredor hacia la escalera. «¡Qué se las apañara solo!» De forma violenta su cerebro empezó a dispararse contra él; la guerra hasta abandonar la casa estaba

cantada.

Bajó como un ciclón a su dormitorio, se puso de malas ganas una camiseta y se tiró en la cama, agotada. En ese momento de rabia, echó de menos a Jordan, su cuerpo, las tonterías y su amable pasividad.

El silencio lo rompió la voz grave de Ashton por el intercomunicador:

—Tu madre decía que hablar en voz alta mientras se duerme es una alteración del sueño sin importancia… —comentó, recordando una conversación que tuvo a menudo con Harriet por esos episodios diarios—. Pero ya no sé qué creer de su criterio —dijo con reproche —, no sé cómo ha podido suicidarse y dejaros. —Viendo que Bronte estaba dormida profundamente, agregó—. Iba a tener un hijo con otro. —Hizo una pausa, con ánimo de descargar su conciencia—. Lo siento mucho, cariño, no era motivo para abandonaros. Intentaré hacerlo lo mejor posible.

Candela se había incorporado, con el cuerpo apoyado en los codos. «¡Vaya! Un turbio asunto de infidelidad en una pareja perfecta. Qué lástima que debía marcharse, ahora que se ponía interesante» Rezongando sin nada de sueño, divagó en historias fantasiosas sobre el amante desconocido, divertida dando bandazos entre surrealismo y un acusado drama.

A eso de las cuatro, el llanto de Bronte sacó a Candela del estado duermevela que mantenía. No se molestó en ponerse la bata y salió hacia el dormitorio.

—Tiene una mala noche —comentó Ashton cuando Candela entró diligente.

—¿Le pasa mucho? —preguntó acercándose, conmovida al verlo demacrado.

—Desde que era muy pequeña. A veces son conversaciones, otras, gritos… No sé, dependerá del sueño que tenga.

—Váyase a dormir un rato.

—Creía que estabas enfadada.

—Lo estoy, pero no con Bronte —dijo cínica, sentándose en el sillón mecedora que él dejó vacante—. De verdad, señor Holt, no me importa quedarme con ella.

—Gracias —dijo Ashton desde la puerta, no fue capaz de apartar los ojos de sus muslos. Arrepentido, agregó—. No te vayas.

—¿Qué? —preguntó con voz chillona.

—¿Tienes que hablar tan alto? —preguntó torciendo el gesto.

—¿Ya no estoy despedida?

—Si tú no quieres, no.

—¿Usted quiere?

—Llámame Ashton, por favor —dijo cansado—. Y lo que yo quiera es cuestionable. Mañana le dejaré tu cheque a la señora Barber, si cuando vuelva del trabajo está, bien; si no, también.

—Me lo pensaré.

Durante gran parte de la mañana siguiente Candela reconsideró la oferta porque el mundo estaba escrito con segundas oportunidades. Pensando en el plano laboral como diseñadora, las empresas donde había postulado tenían las oficinas en Londres, todas, estaba cómoda en "su estudio" independiente, y si la relación con Holt se relajaba sería mejor que meterse de ocupa con Jordan. Así tampoco le daba esperanzas por si su intuición no fallaba. También tuvo el impulso de ingresar el talón en la cuenta del señor Hopkins para saldar su deuda, pero no lo vio apropiado sin comentarlo primero con Holt. Ese dinero cubría con generosidad el tiempo trabajado, era de ella, sí, pero no quiso usarlo al ser un finiquito que no iba a aceptar.

Más tranquila, apasionada por las sombras de la felicidad, indagó en la vida de Harriet. Por supuesto, la confesión del intercomunicador la mantendría en secreto.

Mientras las niñas realizaban algunos deberes impuestos por su padre para que no desconectaran por completo del colegio, pese a que habían acabado el curso en Catonfield con buenas calificaciones, Candela ayudaba a Mary en la cocina.

—He leído algo bastante raro —comentó con la intención de saciar su curiosidad—. Se ponía en duda la paternidad del señor Holt, del hijo que esperaban —aclaró.

Mary suspiró, con un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sí, y es complicado pensar que no sea cierto.

—¿Por qué? —preguntó haciéndose la tonta, incitando la complicidad de la mujer.

—Porque… —empezó a responder dubitativa—, porque escuché sin querer una discusión.

—¿Entre el señor Holt y su mujer?

—Sí, Candela —afirmó seria—. Pero no puedo hablar, no estaría bien.

—No pasa nada, Mary.

Candela no insistió, terminó de secar los platos y se encerró en su dormitorio a cambiarse la ropa para estar lista en cuanto las niñas acabaran. Les había prometido llevarlas al parque y por las protestas ante las tareas escolares no dudó que bajarían a buscarla

en pocos minutos.

Al caer la noche, tras vigilar a las niñas cuando se ducharon, prepararles la cena y acostarlas, Candela terminó cansada viendo una película sentada en el sofá del salón. El sonido envolvente de la televisión la relajó tanto que se durmió profundamente.

Ashton llegó poco después del despacho. Todavía le retumbaban en la cabeza las voces de sus contertulios en la improductiva reunión de última hora a la que asistió. Estaba muerto, pero al salir del ascensor vio la candidez de la bruja española y de un plumazo olvidó el cansancio para sustituirlo por un esmerado interés observador. Se alegró de que no se hubiese marchado, lo esperaba y casi lo deseó; en cambio, en ningún momento imaginó que la encontraría tumbada en el sofá, dormida en una postura confiada, mostrando la piel morena de los muslos, la boca sonriendo en sueños y el cabello oscuro sobre el batín de seda cayendo en una indómita cascada. Sin proponérselo, esa mujer sabía cómo captar toda su atención. Se llenó un vaso de agua y se lo tomó apoyado en la barra de la cocina antes de destapar el papel de aluminio que cubría un plato. Ante una porción de otra gruesa tortilla de patatas, supuso que hecha a petición de las niñas, segregó saliva como un perro hambriento y empezó a picotearla hipnotizado por la belleza femenina que no tuvo compasión mostrando unas braguitas blancas. Impulsivamente, su miembro se alegró mientras asolaba el plato entero hasta convertirlo en un blanco desierto de porcelana. Vaciló al decidir si despertarla o no, y optó por subir la escalera sin tentar a la suerte. Echó un vistazo a las niñas, que dormían sosegadas, y se metió en su habitación con la imagen intacta en la mente de la feminidad en carne y hueso, tan sensual como endemoniada, o tan apetecible como prohibida.

—Candela, ¿qué haces aquí?

Al escuchar el tono de preocupación, entreabrió un ojo despacio, incómoda por la blanca claridad, y echó la cabeza hacia atrás para encarar las pupilas de color miel de Mary.

—Me dormí anoche… ¿Las niñas no se han despertado?

—No.

—Voy a echarles un vistazo —dijo reaccionando.

Candela se levantó para dirigirse a la escalera. Abriendo la puerta del dormitorio de Mia, coincidió con Ashton saliendo del suyo. Vestía un traje camel con camisa blanca, y una corbata azul oscuro. Ella, sin embargo, no podía ocultarse bajo la escasa ropa,

que él no se privó en contemplar atento cuando se acercaba.

La fragancia agradable de una colonia masculina rodeó los sentidos de Candela, obnubilada por una contundencia física que se le hacía menos soportable cuanto más veía.

—Gracias —murmuró Ashton.

Candela no giró el cuerpo al escuchar su voz profunda. «¿A qué venía esta bobada con él?» «¿No era un gilipollas integral?» De inmediato se respondió, seguía de acuerdo en que era gilipollas, los méritos para salir de esa categoría eran inalcanzables para alguien como Ashton, y en cuanto a la bobada, creyó que su actitud reculando y los suaves modales de esa inesperada gratitud fueron los causantes. No había otra alternativa. Los hombres tipo Holt no entraban en sus planes, al menos, nunca había salido con nadie con la economía tan saneada, lo suyo era más vivir al día; como Jordan; si podía considerarse tener una granja con siete mil vacas un estilo aventurero.

En cuanto comprobó que tanto Mia como Bronte dormían tranquilas, fue a su dormitorio para darse una ducha, pensando en saltarse ligeramente las estrictas normas que Ashton pretendía que cumplieran diariamente. Frotándose el cuerpo recordó la extraña sensación que había tenido al cruzarse con él, y no tardó en divagar sobre las cualidades de los hombres que más le gustaban. Tampoco le llevó mucho tiempo darse cuenta de que plantearse un prototipo para una futurible pareja era una salida infantil, recurrente y absurda. El pensamiento le circuló veloz por el cerebro hasta converger en una pregunta: ¿cómo sería físicamente el padre del hijo de Harriet? No dudó en que debía ser un hombre atractivo porque le costaba imaginarse a la guapa doctora con alguien poco agraciado, aunque razonándolo con una cierta lógica todo podía ser posible. Como siempre que empezaba a pensar en Harriet y su amante, acudió a su cabeza otra incógnita para la que no hallaba explicación: ¿por qué un hombre con un carácter tan seguro como Ashton no se había divorciado? Le costaba admitir que una infidelidad de ese calibre pudiera perdonarse. De hecho, las propias palabras de Holt dejando claro que el hijo no era suyo lo corroboraban; por tanto, podía vislumbrarse un atisbo de enconamiento totalmente lícito. ¿A quién le gustaría una situación similar?

Candela no tenía nada que criticar aunque por otro lado no entendiera por qué no compartía más tiempo con sus hijas, dos niñas pequeñas ajenas a conflictos o amoríos que se habían quedado sin madre y sobrellevaban esa ausencia con una actitud admirable.

Ninguna le reprochaba nada, al contrario, se conformaban felices con los minutos que les dedicaba. A veces llegaba a pensar que para él suponía un reto, como el desafío de un padre poco acostumbrado a la brega de los niños. Y para ella, que había sufrido muy de cerca el revés de una tragedia familiar cuando su hermana empezaba a vivir, disfrutar del presente, el único momento real que tenemos, era primordial. Penosamente, él se perdería el de sus hijas si no cambiaba esa conducta forzada. Al igual que mantenía con naturalidad relaciones regulares con amigas, y suponiendo que sería algo cariñoso con ellas, debía dejar que su ternura instintiva brotara con las niñas. ¿O suponía demasiado y con sus amigas no mediaba una mínima dulzura? ¿Entonces? ¿Qué tipo de sexo practicaban? En cuanto se dio cuenta de los derroteros de las preguntas, prefirió recordar la lección que quería hacer esa mañana. Ashton empezaba a colarse en su cabeza con fuerza y estaba vetado; nunca podría tener nada con él, porque ni en un millón de años se relacionaría con prepotentes gilipollas; jamás de los jamases.

Asuntos indiferentes

Viernes, 17 de abril de 2015. Londres

Harriet

«Ashton está avergonzado, puedo distinguirlo en sus ojos. Nos conocemos desde que éramos muy jóvenes, hemos ido labrándonos una reputación profesional de forma paralela; de ahí que esté desconcertada por su comportamiento, esperaba furia y he encontrado un hiriente y silencioso rechazo. Agradezco que quiera esperar unas semanas para hablar del divorcio, ahora mismo no soy capaz de plantearme el futuro; con centrarme en el presente, en mi hijo y en olvidar voy sobrada»

El sofocante calor a finales de julio se notaba en la calle, y Ashton dentro del apartamento no permitía que el termostato del aire acondicionado superara los dieciocho grados, convirtiendo el amplio espacio del salón en un frigorífico. Candela no pasaba una vez por delante del dichoso aparato sin subirlo un par de grados, aunque de manera misteriosa volvía a los dieciocho cuando el abogado andaba cerca.

Ese sábado había llevado al cine a sus hijas mientras ella se aburría en la terraza esperando a Jordan. No podía compararse tomar el sol en pleno Londres a hacerlo en la granja, oyendo a los pájaros y oliendo a naturaleza como disfrutó el domingo anterior, sin embargo, los momentos solitarios le venían bien para centrarse en sus objetivos. El inmediato a corto plazo: asistir a una entrevista laboral en una de las multinacionales donde ofertó sus servicios. Sería una lástima dejar a las niñas, pero era su futuro y no pensaba renunciar porque se hubiera encariñado con ellas.

Tras la primera semana de vacaciones estivales, Mia y Bronte todavía tenían pendiente el mes de agosto completo, aunque pasarían la última semana en un campamento que, aparte de tenerlas excitadas, a Candela le concedería una merecida tregua. No le suponía un esfuerzo extra distraerlas porque se prestaban a cualquier cosa por salir a la calle, pero ya había agotado todos los parques de la zona y debía echar a volar la imaginación hasta que el 1 de septiembre empezaran en el nuevo colegio. Contaba con cierta ayuda, ya que, invariables, los padres de Harriet iban a recogerlas un día a la semana para que estuvieran con ellos en su casa y, de vez en cuando, la madre de Ashton, Denise, o Payton Holt, su hermana pequeña, también se hacían cargo. Candela aún no había coincidido con ellas porque Ashton se encargaba de llevarlas y traerlas de esas otras visitas, aunque suponía que pronto debería someterse al examen de Denise, porque las niñas le habían dicho que la abuela no aprobaba que su padre la hubiese contratado para atenderlas como interna.

Recibió un mensaje algo después y bajó al portal para recibir al granjero con unas ganas inmensas de desfogar con él, amparados por la nula posibilidad de coincidir con algún vecino. De momento solo conocía a una anciana que vivía dos plantas por debajo, a nadie más. Por eso, ausentes en un beso largo, el carraspeo masculino que sonó a poca distancia logró asustar a Candela. En cuanto vio los ojos azules de Ashton, uno con la ceja levantada sugiriendo ironía, bajó la mirada y habló apartándose de Jordan:

—Ashton, te presento a Jordan Fimlem.

—Nos conocemos —dijo, tendiéndole la mano. Igual de seco, miró a Candela y añadió—. Voy a salir, creía que estabas arriba.

—Subo ya —dijo seria. «¿Por dónde habían entrado?» «¿Por qué no había oído a las niñas?»—. ¿Bronte y Mia están arriba?

—No, hoy se quedan con mi madre.

—Ah. Que te diviertas.

Con una escueta sonrisa, Ashton admitió la sugerencia, aunque por dentro salió del edificio pensando en la nueva visita del aficionado a la maría cuando dio por hecho que había sido una relación esporádica de la española. Dispuesto a pasar un rato agradable para despejarse del ritmo agotador del bufete, paró un taxi y le dio al conductor la dirección de Faith, una americana con quien tenía la confianza del sexo que compartieron la noche que la conoció en una fiesta del jeque Abdulá bin Jalifa, su cliente más conocido. Necesitaba quitarse con ella a la bruja de la cabeza, no le quedaba otro remedio; o dejaba la mente en blanco o la canguro de sus hijas brincaba insidiosa, exultante y chillona para calentarle la sangre y descolocarlo en su propia casa.

Tumbados en la cama tras una fabulosa sesión de sexo salvaje, la especialidad de Jordan, como solían hacer porque él reprimía ser franco, porque contradecía sus principios y porque Candela le había parado los pies en varias ocasiones, se refugiaron en la ternura de una conversación intrascendente hasta que se atrevió a decir:

—Cada vez esto es mejor —comentó pensativo. Podía tirarse las horas muertas acariciándole la piel para sentir la suavidad de sus senos, la tersura de una espalda bronceada con algunos lunares que contaba distraído o los muslos enredados entre sus piernas—. Te echo de menos en la granja.

—Y yo, pero no te quejes.

—Para mí es poco, Cand.

—Sabes que entre nosotros no puede haber nada más.

—Lo sé, pero empiezo a preguntarme si no es un error —dijo,

animándose, y se incorporó—. Funcionamos de lujo, nena, me gustas, te gusto, ¿por qué no intentamos tener algo estable?

—¿Hablas de noviazgo? —preguntó aturdida.

—Algo así…

—¿Te apetece una copa? —preguntó veloz, frita por tomarse una botella de bourbon sin pestañear.

Como Jordan afirmó en silencio, salió del dormitorio en busca del alcohol perdido. El mueble del televisor tenía un armario abajo, donde pudo escoger y decantarse por un Bulleit que nunca había probado.

Aunque el aroma dulzón y ahumado del licor se camuflaba con el de la vainilla, Jordan prefirió tomárselo con hielo. Y como el minicongelador de Candela estaba vacío, fue a la cocina de la otra planta para abastecerse. Tenía un montón de cubitos en la mano cuando escuchó el ascensor y se puso nervioso buscando algún recipiente para soltarlos mientras las pisadas sonaban más cerca.

—¿Todavía por aquí? —preguntó Ashton con mala leche, manteniendo una corta distancia y las pupilas azules, gélidas, fijas en Jordan.

—Sí, pero ya me iba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mirando con desdén su cuerpo semidesnudo, con las partes nobles decentemente tapadas por unos bóxers blancos. Con pundonor no quiso compararse, el abultamiento de Fimlem parecía respetable—. ¿Buscas algo?

—Sí —respondió molesto—. ¿Dónde están los cuencos? —preguntó serio, sin apartar los ojos de Holt, sujetando la fría carga con estoicismo pese a las gotas que resbalaban al suelo. Pero si el explotador de inmigrantes no se apartaba, no podía dejarlos en el fregadero.

Cuando Ashton reparó en la mano de Jordan, esbozó una sonrisa agria y abrió un armario estirando el brazo.

—Toma —dijo, colocó un cuenco blanco sobre la encimera de granito—. Al no ser tu casa, es lógico que no sepas dónde están las cosas.

—Soy un invitado de Candela, pero si tienes algún inconveniente porque esté aquí, solo tienes que decírmelo. Tampoco podemos vernos mucho por su horario.

—¿Estás diciéndome algo?

—Sí —respondió sin amilanarse por un tono provocador—. Candela debería tener un día libre a la semana, todas las semanas, no cuando a ti te venga bien. Estás aprovechándote de la necesidad de los extranjeros.

—No tienes ni puñetera idea de lo que hablas —espetó—. Tiene un contrato laboral con unas horas estipuladas, lo aceptó y está registrado en la oficina de empleo. Su alojamiento está muy por encima de lo que tendría en cualquier otro sitio y, que yo sepa, no está descontenta. —Ashton terminó de calentarse—. Si quieres follar más a menudo, búscate a otra, y cuando quieras hacerlo, usa tu casa, por favor.

Se llenó un vaso de agua y apagó la luz después de que Jordan lo mirase unos segundos y se esfumara cerrando de un portazo la puerta del dormitorio de la española. «¿Quién era ese caradura para reprocharle nada?» Había llegado a casa presa de la más violenta agitación gracias al fiasco absoluto de la velada con Faith y no fue la mejor forma de sosegarse topar con el guaperas feliz, satisfecho, trasteando en su cocina.

A eso de la medianoche, decepcionado por el sexo con la guapa pelirroja, entretenerse fantaseando con la bruja resultó un buen antídoto contra la soledad. Ashton no paró de inventar hasta dar con una treta infalible para conseguir su atención sin que lo advirtiera, y Candela, casi borracha, evadía con el bourbon la conversación de Jordan y de paso lo olvidaba a él.

El lunes la señora Barber llegó al apartamento a las ocho de la mañana, cuando Ashton ya se había marchado al trabajo. Las niñas no madrugaban aprovechando la benevolencia de Candela, que contenta y agradecida por la comprensión del abogado terminaba de arreglarse para la entrevista.

Cuando antes de salir se echó un vistazo en el espejo, le pareció demasiado seria la combinación del vestido gris perla que había elegido, entallado al cuerpo y el corte por las rodillas, con unos tacones negros y el peinado que le descubría el rostro por completo; mostraban a una mujer profesional, pero también, quizás, poco creativa. Y en su mundo, el equilibrio entre ambos conceptos tenía que ser óptimo, siempre tirando más hacia el plano artístico que al competente.

Más tarde caminaba por la ribera del Támesis cerca del Puente Millenium, cuando sonó su móvil y la sacó de golpe del ensimismamiento después de una entrevista penosa. No debía ilusionarse por ese empleo ni un mínimo, porque su impresión no podía haber sido más negativa, se quedaba como estaba hasta otra nueva oportunidad.

—Hola, Candela, soy Ashton

—Hola —dijo preocupada—. ¿Va todo bien?

—Sí. Necesito que me hagas un favor. ¿Puedes pasarte por el bufete? Solo será un momento.

—Si no te importa que Mary se quede más tiempo sola con las niñas…

—No, no me importa. Upper Thames Street, Five Kings House. ¿Sabes dónde está?

—Creo que sí.

—No tardes.

Cuando Candela guardó el teléfono no supo interpretar el tono de esa voz áspera y grave, ya que más o menos con ella siempre sonaba igual. Ni descartaba algún enfado inesperado ni que fuese su tono habitual; tratándose de él las dos opciones podían ser acertadas.

En el distrito financiero de la City, el edificio Five Kings House ocupaba una esquina en chaflán. Tenía cinco plantas, todas diferentes, ornamentaciones en balcones, pórticos y remates, y una entrada tan señorial como su estilo victoriano. Un conserje mayor, uniformado con un traje parecido a un chaqué, ávido de información, le indicó la dirección de un elegante ascensor, que era antiguo pero eficaz. Llegó a la cuarta planta y se detuvo delante de la única puerta, con un letrero metálico donde leyó: «*Holt & Malborough*»

Una chica rubia, muy alta y feúcha, con sequedad la invitó a esperar en una estancia mediana de techos altos con molduras de escayola, suelo enmoquetado, y dos sillones blancos. Había claridad y calma, no parecía un bufete con clientes haciendo cola por contratar sus servicios. Pensó que debían trabajar a una escala desconocida para alguien como ella, acostumbrada a las grandes salas abarrotadas de mesas y jaleo.

Ni dos minutos después, apareció Ashton andando diligente, y Candela se cohibió delante de su impactante presencia. No era guapo; mejor definirlo como atractivo con carisma. Tenía la imagen clásica de un hombre mundano por sus impecables trajes —vestía uno negro, camisa blanca y corbata negra— y a la vez parecía juvenil por el pelo oscuro con algunas canas y el flequillo un poco largo, con efecto despeinado según la tendencia actual.

—Hola —saludó Ashton amable—. Qué rápido.

—Estaba cerca. ¿Para qué te hago falta?

La sonrisa de Ashton se ensanchó, movió la mano cediéndole el paso y buscó la intimidad del despacho para explicarle esa imperiosa necesidad que había surgido tras una noche en vela

planeando su estrategia.

—¿Cuánta experiencia tienes cómo diseñadora?

—¿Qué? —exclamó. Ashton torció el gesto al oírla. Candela no salía de su asombro y le habló con cierta dureza—. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Es esa una manera de responder?

—¿Es esa una forma de preguntar?

—Eres imposible —dijo Ashton, controlando los nervios—. ¿Vas a contestar o no? Se me acaba la paciencia.

—Dime para qué —replicó cruzando los brazos y las piernas en una pose prepotente. A juzgar por su comportamiento, posiblemente de lo más lógico para él; aunque rozara el maltrato anímico, algo se le escapaba. Entre coincidencias y casualidades, que a los dos días de increpar a Jordan en la cocina, tras no ponerle a ella ni una sola pega por la entrevista, que el imperturbable Ashton Holt le pidiera un favor y en vez de eso viniera preguntándole por su experiencia profesional, como poco, era bastante raro. Con el ánimo justito para chorradas, comentó mordaz —. Te recuerdo que soy la canguro de tus hijas.

—Tú no eres una canguro —habló con su acostumbrado tono belicoso—. Te comportas con las niñas por instinto maternal.

—Eres muy amable. —Candela parpadeó varias veces—. Y ahora, ¿puedes decirme qué favor necesitas de mí?

—¿Por qué estás a la defensiva?

—No lo estoy —dijo esbozando una sonrisa—. Te hablo como me hablas.

—Yo no soy tan borde.

—No —replicó con un mohín cínico—, es cierto, eres peor.

Entrecerrando un ojo, Ashton ignoró esa apreciación.

—Se me había ocurrido que te interesaría una propuesta para el diseño de nuestra imagen corporativa, pero veo que contigo no se puede hablar.

—¿Estás ofreciéndome otro empleo?

—Todavía no, pero es una oportunidad para que me presentes un diseño. ¿Cuánto tiempo necesitarías?

—Dame datos.

Una vez que la conversación se dirigió al tema profesional, cualquier resquemor se evaporó; sintonizaron entre ideas divertidas que convirtieron el encuentro en una rendija hacia el entendimiento. Cuando Candela se levantó, emocionada, no fue capaz de cerrar la boca mientras salían del despacho, para martirio de Ashton.

—Vale, vale —dijo agotado—, creo que has captado el concepto. —Se detuvo sorprendido al ver a un hombre que no esperaba, pero disimuló una sonrisa breve y le habló a Candela en un murmullo—. Si tienes cualquier duda, hablamos.

—Vale, y gracias, Ashton.

Candela reparó en el árabe que aguardaba sentado en la sala de espera. No dudó de su procedencia aunque llevaba un traje gris hecho a medida. Tendría alrededor de sesenta años, una poblada y esmerada barba negra, como sus cejas, ojos, y un cabello corto que se presuponía rizado. Exhibiendo una sonrisa prudente, el hombre se puso en pie nada más verla. En sus ojos escudriñadores resplandeció un brillo que no le gustó. Él percibió su incomodidad, desvió la mirada hacia Ashton, que mantenía un gesto impasible, y les dio la espalda para dirigirse a la ventana. Candela volvió a agradecerle a Ashton la confianza depositada en ella y salió presurosa, loca por sentir el aire fresco del río en la piel; necesitaba desesperadamente respirar aliviada.

El silencio de la plácida noche se interrumpió con el sonido de un trueno, al instante llegó una violenta tormenta veraniega que desveló a Candela con una mansalva de rabiosa agua estampándose en las ventanas. Las gotas y los destellos del cielo cuando los rayos lo iluminaban concentraron su atención hasta que poco a poco la virulencia cedió a una lluvia suave.

Sin sueño, se puso el batín y subió al salón, descalza y con el pelo suelto, para servirse un chupito de bourbon. Tomándoselo mientras miraba la terraza, la imagen del hombre árabe que vio en el despacho acudió vertiginosa a su mente; sobre todo recordaba la expresión voraz de unos ojos tan negros y magnéticos como un cautivador abismo de oscuridad. Reconoció el poderoso halo de la soberbia, que denotaba un altísimo nivel económico, y se sintió curiosa, encomiándose averiguar su identidad.

—¿Estás bien? —preguntó Ashton desde la cocina.

Candela se sobresaltó. «¿Por qué tenía la habilidad de aparecer cuando menos lo esperaba?»

—Me he desvelado —explicó, girando el cuerpo.

Con disimulo, Candela le echó un vistazo al pijama oscuro que él llevaba.

—¿No podías dormir?

—Sí, hasta que han empezado los truenos.

—A mí me gusta observar la lluvia, es relajante —comentó sin moverse.

—Sí, muy bonita —dijo irónica. No entendía esa charla a cuatro o cinco metros de distancia a las tres de la madrugada, era bastante surrealista.

—Cuando te acuerdes, repón la botella de bourbon.

—¿Qué?

—¿No puedes preguntar sin chillar? —habló con el gesto torcido —. El Bulleit. No me apetece pagaros las copas a ti y a tu amigo.

—Ah —dijo como un suspiro. «¡Qué tacaño, por Dios!»—. Descuida, mañana mismo te compraré otra.

—No hay prisa…

Candela entornó los ojos, pensando en la relación incoherente que mantenían. Ambos eran adultos con problemas graves —no le parecía descabellado considerar así estar desempleada a los treinta y seis o ser un viudo reciente—; no se gustaban, pese a examinarse con interés; las pocas conversaciones entre ellos terminaban siempre con más confusión que resolución, aunque con la propuesta del diseño empezó a creer que avanzaban como poco hacia una amistad singular; y para colmo, con estas salidas agriadas, él daba varios pasos atrás, logrando que también ella retrocediera hasta su primera impresión: gilipollas integral.

Agosto transcurría a pasos agigantados, con días luminosos y temperaturas bochornosas. Candela estaba acostumbrada a los ardientes veranos madrileños, pero como en Londres no resistía el calor de la misma manera intentaba postergar las salidas al parque hasta que caía la tarde. Eso le acarreaba una consecuencia directa: inventar cualquier actividad para que las niñas aguantaran en el apartamento sin desmadrarse.

Llevaba un rato a solas rozando la paz absoluta en la terraza, y tampoco era una buena señal. Habitualmente Mia y Bronte no solían pelearse, pero tenían sus momentos, y estando juntas todo el día podía surgir algún conato hostil por cualquier tontería. Con la mosca detrás de la oreja, subió al dormitorio de Mia, donde debía estar distraída con su tablet. Sin embargo, no la encontró y se dirigió al de Bronte, que tenía que estar durmiendo la siesta como solía hacer después de comer. Cuando se disponía a entrar, las oyó hablar y agudizó el oído intentando filtrar sus palabras. Como no lo consiguió, abrió despacio la puerta; y se quedó inmóvil al ver las lágrimas de Bronte. Mia estaba sentada a su lado en la cama, limpiándole la cara.

—¿Qué te pasa, Bron? —preguntó Candela, reaccionando.

Entró decidida y se puso en cuclillas delante de ellas.

—Ha tenido una pesadilla —respondió Mia mientras Bronte gimoteaba—. Echa de menos a mamá.

—Es normal que la echéis de menos. —Candela habló con suavidad, alternando la vista entre las dos y rozándoles cariñosa las piernas—. Eso significa que la queríais mucho, porque ella también os querría mucho a vosotras. Estoy segura de que ahora mismo os está viendo y se siente muy orgullosa de las dos.

—¿Y por qué nos ha dejado? —preguntó Bronte con el corazón en un puño.

—No lo sé —contestó, y sonrió un poco, acariciándole la cara—, todos tenemos que morir, forma parte de la vida.

—Pero no era vieja —dijo Bronte—, y tenía al hermanito.

—A veces no hay que ser anciano para morir —explicó Candela —. Sé que es duro, pero no podemos elegir cuándo moriremos. —Dejó de hablar un instante y miró a Mia, que tenía el rostro serio, para añadir con rotundidad—. Vuestra madre no os ha dejado porque quiso, no lo penséis nunca.

—¿Cómo lo sabes, si no la conociste? —preguntó Mia con aire desafiante.

—Porque a ninguna mujer se le ocurriría dejar a unas hijas tan maravillosas como vosotras —dijo convencida—. Contadme cosas de ella, así podré conocerla. ¿Era simpática?

Candela buscó que ahuyentaran por un rato el sufrimiento con recuerdos agradables de Harriet. Durante ese tiempo, a través de las anécdotas que le contaron, mejoró el ánimo de las dos. Uno de los rasgos que más admiraba de esas crías era su capacidad de mitigar la tristeza, a pesar de los altibajos emocionales por el duelo de una pérdida difícilmente asumible, con un valeroso espíritu alegre. Y, pensando en recuperarlo, se le ocurrió una forma de divertirlas que a ella y a su hermana nunca les fallaba.

—¿Os apetece venir a mi dormitorio? Podemos disfrazarnos.

Por supuesto, aceptaron encantadas. No tardaron en vestirse con unos modelos estrafalarios, ni en llenarse los rostros de purpurina ni en empezar a bailar y cantar con el karaoke que puso en la televisión.

Arrastradas por aquella divertida locura, ninguna cayó en que Ashton se asustaría al salir del ascensor y que correría hasta el dormitorio de Candela. Pero así fue. Parado en mitad de la escalera, viendo las pintas de las tres, sonreía de forma espontánea mientras la voz chirriante de Candela destrozaba *I will survive* de Gloria Gaynor y sus hijas bailaban alocadas. Contempló una escena bonita nunca antes vista.

Desde que Harriet conoció a quién fuese, la médico ocupada en el hospital, con horarios intempestivos y una vida social nula, de repente se convirtió en una persona huraña en su casa, con él y con las niñas, y empezó a acudir a fiestas o incluso a desaparecer fines de semana completos. Cuando la convivencia se hizo insoportable, Harriet ya estaba embarazada y no vio más salida que esperar unos meses para solucionar "el problema". Gestionó mal un asunto admitido a regañadientes, que le arrancó de los labios después de oír unos ruegos constantes y ver un llanto que llegaron a conmoverlo. ¿Cómo comprendió la desesperación de su mujer? Todavía él no se lo explicaba con lo sencillo que habría sido negarse en redondo. Pero no podía hacer nada para remediarlo, solo un análisis de ADN le daría la razón y era tarde. Buscó consolarse con el sexo pasajero de diversas mujeres, sin repetir mucho con la misma, y luego su inoportuna muerte había conseguido medrar la escasa capacidad que le quedaba para afrontar el futuro con las niñas. Hasta ese preciso momento. Contemplando el jolgorio de la felicidad sintió una ráfaga de esperanza. Su cerebro era una contradicción a toda máquina, veloz como el ritmo de la bruja moviendo las caderas.

Candela se detuvo al verlo y tardó un instante en mostrar una sonrisa radiante, resplandeciente en dorados y púrpuras.

—Por mí —dijo Ashton—, puedes continuar.

—¡Papi! —gritó Bronte. De inmediato, acortó la distancia entre ellos para abalanzarse contra él y abrazarlo por la cintura—. ¡Hola! ¡Qué temprano has venido!

—Hola, Bron —saludó Ashton sonriente, dándole dos sonoros besos—. Tenía ganas de veros.

Después de la calurosa bienvenida, durante unos minutos se pusieron al día con frases breves. Mia apagó el juego y pidió permiso para irse a su habitación. Mientras tanto, Candela no tenía claro si dejarlos para quitarse el disfraz o permanecer de espectadora en esa charla en la que Bronte no mencionaba nada sobre enfados ni tristeza por la ausencia de su madre. Como si pudiera leerle el pensamiento, Ashton colocó la mano en el hombro de la niña incitándola a ir hacia la escalera.

—¿Hoy no sales? —preguntó Bronte cuando subían.

—No. Todo el fin de semana con vosotras ¿Qué planes tenemos?

—Vamos al cine, papi. Quiero ver *Jurassic World*.

Con la cantinela de Bronte, se encerró Candela en el baño. Al mirarse en el espejo agradeció que Holt no se sintiera ni un poco atraído por ella, daba espanto verla. En cambio, era justo admitir

que el abogado había suavizado sus modales y ya no estaban a la defensiva los pocos minutos que coincidían entre semana. Cada uno en sus papeles. Candela no invadía la planta alta si no era para entrar en la habitación de las niñas, comían en horarios diferentes y por las noches, cuando él llegaba del despacho, no salía de su cuarto.

Fresca tras la ducha, y alegre por el ambiente de la casa, se puso unos vaqueros, una camiseta negra y fue a la cocina. Abrió los ojos de par en par al ver a Ashton en mangas de camisa, asando hamburguesas.

—¿Qué haces?

—¿Quieres una?

Candela pasó detrás de él y sacó un vaso del armario.

—No sabía que cocinabas.

—Pues ya lo sabes.

El mohín irónico de Ashton confundió a Candela. Con ganas de preguntarle cuántas cosas más desconocía de él, se hizo la loca bebiéndose el agua sin querer fijarse en el cuerpo grande que se movía con soltura por la cocina, sorprendiéndola gratamente.

Más tarde, acompañó a Bronte a la cama mientras Mia ayudaba a Ashton a recoger la barra, otro detalle del abogado que la descolocó pero tampoco mencionó en voz alta.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí —respondió Bronte, sonriente cuando Candela la arropó—. Antes, papi cocinaba los fines de semana. Pero luego… dejó de hacerlo.

—Vaya. —No quiso reincidir mencionando a Harriet, supuso que sería la causante, y habló alegre—. Entonces, tendré que celebrarlo. Las hamburguesas le han salido muy buenas.

—Sí, papi es bueno.

Esa carita de sueño y el bostezo indicaban que la energía de Bronte necesitaba una sesión de reparador descanso, el mismo que iba a darse ella en breve.

Encontró en el salón a Ashton con Mia adormilada en el regazo, sonrió y dijo:

—Me voy a la cama, buenas noches.

—Candela, ¿podemos hablar un rato?

—Estoy cansada. ¿Es importante?

—No —respondió serio—. Buenas noches.

Se consideraba una mujer sociable y simpática, pero ¿por qué no se sentía con él igual de confiada como con Jordan? No supo

explicarlo. Solo era consciente de que Ashton la cohibía como si aún fuese una jovencita inocente; la tensión que circulaba entre ellos podía cortarse, se distinguía del mismo modo que había notado el sutil brillo de unos ojos que ya no reprobaban, sino contemplaban admirando. Esa noche ella llevaba unos vaqueros y Ashton no tuvo a tiro sus piernas, sin embargo le descubrió las uñas rojas de los pies y no se reprimió al atravesarlos con una mirada fija, intensa. Candela sintió que le descargaba fuego en el cuerpo, y no pudo resistirlo. Salió rápidamente hacia su dormitorio, quitándose de en medio con la excusa de realizar una llamada. Regresó con unas pantuflas de lana, ignorando que el abogado se mordió la boca por no soltar una carcajada delante de las niñas. Rozó lo cómico, pero también le ahorró soportar una atención que no debía ni plantearse cuando no buscaba complicaciones y tenía claro el rumbo que deseaba: encontrar pronto un trabajo en su campo, seguir ahorrando y mantenerse independiente como llevaba haciendo desde que terminó los estudios en Madrid y decidió dar el salto al mercado anglosajón. En diez años todo le había ido bastante bien, pasando por las etapas normales de una joven emigrante recién licenciada. Compartió piso con dos españolas más, Lola y Belén, a las que veía de vez en cuando. Sobre todo a Lola, porque Belén ya no vivía en Londres. Cambió de trabajo cada cierto tiempo, siempre mejorando los salarios y horarios, y había tenido varios amigos ingleses con derechos, el más duradero: Jordan. Lo conoció en el Festival de Glastonbury, en plena actuación de Metallica, y eso unía a dos almas perdidas por las guitarras; de hecho, los Holt habían tenido suerte de no verla desplegar la actuación completa del *Guitar Hero* sin pizca de vergüenza.

Recordando a su granjero rubiales, se tumbó en la cama. Y pasados unos minutos empezó a repetirse que ese trabajo sería temporal, que duraría solo el tiempo que tardasen en contestarle alguna de las empresas donde enviaba su currículo. Sí, únicamente ese tiempo. Finito, puntual y, rogaba, breve. Y de nuevo, con su particular bucle perezoso lleno de objetividad cayó dormida en un sueño profundo.

Candela aparcó agobios y a Ashton de sus pensamientos para rodearse de oscuridad. Se vio escondiéndose detrás de un tocador, en un rincón. En ese espacio cuadrado, casi en penumbra, había algunos muebles modernos, parecía la habitación de un modesto hotel. Los aromas a sexo copaban su olfato y los sonidos guturales de una pasión frenética sobresalían por encima de la música suave que se escuchaba. Intrigada, Candela movió la cabeza, procurando

no hacer ruido, para observar a la pareja que se revolvía entrelazada como si fuese una ocasión especial. Podía ver el pálido cuerpo femenino, de espaldas, con una melena rubia totalmente alborotada, y supo que era Harriet; en cambio, cuando estaba a punto de descubrir el rostro del hombre, este se ocultó tras ella y nada más pudo verle las manos y piernas bronceadas. Le llegó el sonido lejano de su voz, susurrante y grave, feliz mientras amaba. Candela estaba teniendo el privilegio de vivir un sueño que era mucho más, presenciaba el deseo en estado puro, o la locura de dos personas entregadas a una pasión que se advertía peligrosa, demasiado arrolladora, brutal como una explosión incontrolada de pólvora; tanto como para suponer que no tendría un final porque sería imposible anular toda esa energía. Tanto, que se notaba lo poco que a ninguno le importaba las consecuencias de jugar con fuego, es más, en ese momento, su ansia sugería que querían morir unidos. Contemplaba una pasión desbordante, desatada y pura; romántica a veces, agresivas otras; pero a fin de cuentas, sexo del bueno mezclado con una gran dosis de amor.

Intercambiando egoísmo

Martes, 10 de marzo de 2015. Londres

Harriet

«He engordado un kilo, otro para incrementar mi incipiente vientre y no pasar inadvertida. Quizás la ansiedad ayuda a abrirme el apetito, mucho más voraz que durante los embarazos de las niñas, por eso estoy convencida de que es un varón. También creo que me observan, y que su familia puede saber que mi hijo es de él. Tienen contactos y poder para obtener lo que quieran; son temidos y venerados a partes iguales, incluso odiados; tanto, como Ashton debe odiarme. Pero es necesario que no sepa la verdad porque puede ser demasiado cruda para él; no tiene estómago para la sangre»

Durante la ausencia de las niñas por el campamento, entre un curso y otro, Candela iba haciendo bocetos sobre las ideas que Ashton le dio para renovar la imagen corporativa del bufete, fundado en 1940 por su abuelo, Bertram Holt. El hombre en un principio trabajó solo hasta que unos años después, su primo segundo, Francis Malborough —actualmente, un anciano de ochenta años, retirado del ajetreo en una propiedad en la campiña de Somerset— se licenció en Derecho, se asoció con él y codo con codo convirtieron el bufete en uno de los más reputados de Londres. Candela creyó que iniciar un negocio en plena Segunda Guerra Mundial y mantenerlo durante tantos años a través de los Holt, el propio Malborough y los socios que formaban un plantel dedicado a todos los campos del Derecho no debió ni debía ser fácil; si bien, el esfuerzo les compensaba económicamente. Ese aliciente sería algo inalcanzable para ella al trabajar como asalariada, pese a la tonta ilusión de montar su propia empresa con una inversión mínima, ya que por desgracia le acobardaba no tener a nadie dirigiéndola. Solo mientras disfrutaba diseñando volvía con insistencia aquel optimismo que el paso de los años había relegado al olvido. Era consciente de que el trabajo para Holt podía suponerle un buen espaldarazo o un bofetón de realidad, y, ante la violencia, mejor el empujón. Tenía dos armas fundamentales: una voluntad de hierro y una capacidad de sacrificio extraordinaria. Trabajando lograba abstraerse con el tiempo como aliado cuando avanzaba según sus planes o como un mísero traidor cuando no conseguía el resultado que buscaba. Así y todo, no había una sensación que pudiera relajarla más, encima, con la melodía suave de Yiruma que había puesto en su dormitorio podía concentrarse hasta el punto de dedicarle horas y horas sin pestañear. Alejándose un poco del monitor por ver el boceto con más perspectiva, satisfecha, recordó que Ashton pensaba celebrar el setenta y cinco aniversario del

bufete presentando la nueva imagen en una fiesta, y le rondó una idea. Empezó a buscar por Internet información de eventos sociales a los que asistieron él y Harriet sin tener claro qué pretendía hallar, si información sobre los actos para dirigir el diseño a un público determinado o husmear en la vida de la pareja. No tenía intención de cotillear, eso se repetía; sin embargo, el martilleo que repiqueteaba en su subconsciente la apremió a seguir indagando para averiguar quién había sido el amante de Harriet. Intuía que debió deslumbrarla y que perdió la cabeza por él hasta el punto de quedarse embarazada y arruinar su matrimonio. ¿Cómo explicarlo, si no?

Atenta, empezó a ojear eventos antiguos, de 1965, imágenes donde aparecían Bertram y Malborough con un jovencísimo Roger Holt, el padre de Ashton. Ahí, Roger tenía veintitrés años y, según la información, siguiendo la tradición familiar, acababa de terminar Derecho en Oxford. También vio fotografías de Roger con su esposa, Denise, que se parecía bastante a Ashton, y fotos más actuales de ella vestida de luto en los entierros de su suegro en 2005, acompañada por sus hijos y su marido, y otras (cinco años después) en el del propio Roger. De la hermana de Ashton apenas encontró nada. Payton tenía treinta y tres años, era la pequeña y la bohemia de la familia; una pintora con estudio en Candem y casa campestre en Timsbury. Sorprendida porque esa casa estuviera también en Somerset, se preguntó si tendría algo que ver con Malborough.

Luego, observó imágenes de Ashton con Harriet apreciando la evolución física de él conforme fue pasando el tiempo. Saltaba a la vista cómo un chico delgado, de rasgos marcados pero aniñados, con la edad se había convertido en un espléndido hombre maduro. También distinguió alegría en las imágenes del comienzo de 2000, cuando se referían a Harriet como la prometida del joven abogado, las de algunos actos posteriores y las que ya no escondían una crisis visible por las miradas frías y las sonrisas falsas. El gesto de Ashton cambiaba en 2013. Se fijó en los datos que ofrecía el periódico y buscó directamente en la web oficial del bufete. Como esperaba, tenían su propia sección de eventos. Leyó algo sobre una fiesta benéfica, pero la entrada de un *whatsapp* interrumpió su incursión en el mundillo de la clase alta londinense.

Jordan: «*Quiero verte*»

Sonrío al pensar en él. Escribió:

—«*Impaciente*».

Ni dos minutos después, leyó:

—«*No puedo dormirme*»

—«*Lee*»

—«*No me gusta*»

—«*Tú te lo pierdes*». —Con guasa, añadió—: «*Cuenta vaquitas*»

—«*¿Cuándo vas a volver?*»

—«*No lo sé*»

—«*No me olvides*»

Otra vez sonrió, aunque no se sintió contenta, sino triste. Desde hacía unos meses sospechaba que Jordan se había enamorado de ella y, aunque le recordaba su pacto siempre que se veían, no podía dejar de pensar que saldría mal parado porque tenían química, pero sin la chispa básica que ella necesitaba para empezar una relación. Y si después de llevar medio año acostándose en exclusiva con él —salvo dos excepciones— no había caído ya locamente enamorada, difícilmente lo haría.

Volvió a centrarse en el ordenador, en una foto de 2014 donde aparecían los Holt con varios hombres árabes, vestidos con túnicas blancas y pañuelos en la cabeza sujetos con unos rodales negros, y reconoció a uno de ellos; el mismo que vio en el despacho; el de los altivos ojos oscuros. Era el jeque Abdulá bin Jalifa Al-Masud, de Sarja, uno de los siete emiratos que componían Emiratos Árabes Unidos. Le acompañaban dos de sus hijos: Hamza y Yasser. Ambos jóvenes, ninguno había cumplido los treinta, parecidos físicamente a él. Atractivos, con elegantes rasgos afilados, tez bastante pálida y barbas cortas, cuidadas con perfección. Hamza poseía una masculinidad que se mezclaba con la arrogancia del poder, se percibía en la mirada negra desafiante, mientras que el semblante de Yasser resultaba más enigmático. Candela no supo distinguir qué vio en él; quizás una sonrisa leve, los brazos cruzados en un gesto defensivo o sus ojos entornados, tenía algo desconcertante.

Sin ganas de desfallecer por inanición, buscó un thai de comida a domicilio y llamó para hacer un pedido de curry de pollo y ternera y rollitos vegetales con salsa de wasabi. Y como tendría que bajar al portal, antes de que lo trajeran, adecentó su imagen vistiéndose con unos shorts negros y una camiseta clara y se peinó el cabello en un moño. Media hora después, por no comer en los envases de plástico, repartió una buena cantidad de curry en un plato y dejó el resto en la nevera. Seleccionaba cuatro rollitos cuando Ashton salió del ascensor quitándose la corbata.

—Hola —saludó Candela, sorprendida porque pensaba que estaría durmiendo—. ¿Ahora llegas del despacho?

Nada más terminar la pregunta, se arrepintió por la velocidad de sus palabras. «¿Para qué quería saber de dónde venía?» «¿Para

arriesgarse a oír alguna “gentileza”?»

—Sí, estoy cansado —respondió amable—. ¿Qué comes?

—Thai.

—Tiene buena pinta.

—En la nevera hay más. Si te apetece, puedes tomártela.

—¿Cenas conmigo en el salón?

Inmóvil, con el corazón acelerándose, Candela sonrió temblorosa. «¿Por qué?» Se repitió sentada en el sofá.

Ashton no tardó en interrumpir ese desasosiego pueril con un plato a rebosar de curry, sonriendo, sin que ella imaginara la satisfacción que sentía en ese preciso momento. Llegar a casa tras muchas horas nefastas creyendo que le esperaba su solitaria cama no era comparable a recrearse en la bruja española, imponente en blanco y negro, con los malditos labios rojos, y un sabor delicioso en el paladar donde la leche de coco complementaba con dulzor la intensidad de las especias orientales.

—Hacía un siglo que no comía esto.

—De vez en cuando no está mal cambiar.

—¿Cambias mucho, Candela?

—No —respondió sincera, ignorando el matiz sexual que sugirió su voz—. Los empleos que he tenido siempre han sido duraderos, fui cambiando para mejorar. En el último estuve cinco años.

—Yo llevo toda mi carrera profesional en el mismo sitio…

—Es diferente —comentó animosa—. ¿Te gustaba el Derecho o te viste obligado?

—Me gustaba y me gusta, pero ahora no es lo mismo.

—Supongo que tendréis clientes importantes, ¿no?

—Sí, la mayoría.

—El jeque Abdulá es inmensamente rico —comentó Candela, cogió un rollito y lo embadurnó a conciencia de wasabi, pasando por alto los ojos de Ashton concentrados en su boca. En cuanto terminó de masticar, contenta por el tono amistoso, la voracidad del abogado y, sobre todo, por la comodidad que sentía pese a las palpitaciones, para retomar la charla, le preguntó—. ¿Le cobras igual que a los demás? ¿O te aprovechas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Ashton encogió la nariz—. Nuestros honorarios son exactamente iguales para todos los clientes. No sé dónde has visto lo contrario.

—Si yo te contara… —murmuró, pensando en la de veces que uno de sus exjefes incrementó los precios al enterarse de la solvencia de ciertos clientes. Al verlo ofendido, agregó—. Supongo que para eso eres muy *british*.

—Sí, como tú eres muy española para otras cosas —dijo irónico.

—Tengo buen corazón —admitió sonriendo, volvió a mojar un rollito en la salsa y lo mordió delante de unos ojos muy brillantes y atentos—, soy alegre…, sociable —dijo elevando las cejas. Ashton apretó los labios, aunque Candela no dejó de regalarse el oído—. Canto bien…

—De acuerdo en todas tus virtudes —dijo de pasada—, pero has olvidado algunas importantes —comentó burlón, sin necesidad de nombrarle los pechos, piernas o boca—. Y te has columpiado con el canto. Siento ser tan cruel, pero no tienes una voz para cantar.

—Me lo has dicho muchas veces, tranquilo, ya no me afecta.

—¿Cuándo te lo he dicho? —preguntó sorprendido—. No lo recuerdo.

—Haz memoria. No una, sino varias veces —dijo obstinada.

—Espero que no estés confundiendo el volumen con el tono.

—Lo dudo. No te gusta mi voz —dijo moviendo el hombro—, admítelo. No podía ser perfecta…

—¿No?

—No —dijo risueña—. Tú también tienes tus defectillos.

—¿Perdona? —exclamó cómico—. Que hayas reconocido uno de tus defectos no te da derecho a exponer los míos. No distraigas la atención conmigo. Además, estás equivocada, tienes una voz preciosa, solo debes aprender a modular el volumen.

—Bueno… —Candela se levantó. «¡Qué bonito fue mientras duró!» Estaba comprobado, el hombre no tenía remedio ni voluntad de enmienda—. Tengo cosas que hacer, buenas noches.

—No has terminado de cenar.

—No —dijo borde—. Me acabas de quitar el apetito.

—¿Qué he hecho? —preguntó apretando los ojos.

—Nada. —Candela no se sintió con moral para decirle que durante el rato que llevaban juntos sintió complicidad, diversión, o que tuvo la sensación de compartir muchos más rasgos con él, o que las apariencias podían distanciarlos cuando no eran tan diferentes —. Buenas noches, Ashton.

Acelerada por la decepción, encaminó los pasos hacia su dormitorio.

—¡Me gusta tu voz!

El grito exasperado la conmovió, pero no lo bastante para regresar al salón. Admitía poder haberse equivocado y que su voz no le resultara desagradable, en cambio, no tenía dudas de que ella terminaba comportándose como una voluble veleta por la inseguridad que le provocaba esa facilidad de Ashton para

martirizarla aunque no fuese intencionada. Candela quería actuar con sensatez y la única manera de conseguirlo, o la más saludable para su cabeza, era evitarlo dentro de lo posible. De entrada y por desgracia, desde que trabajaba para él no había podido ahorrar nada para alquilar algún estudio que le permitiera dejar de vivir bajo el mismo techo, y por añadidura la opción de compartir otra vez piso a su edad no entraba en sus planes. Como alternativa al desastre resonó en su mente Jordan; y de inmediato lo descartó, pensando que sería peor el remedio que la enfermedad. Por donde imaginara una solución hasta encontrar otro empleo, puntual, se topaba con algún obstáculo.

Dada la incompetencia de su cerebro y los nervios que no sabía evitar, se preparó un baño bien caliente para sosegarse.

—¿Por qué me has dejado? —preguntó Ashton a través del intercomunicador. Reclinada en la bañera, al escuchar su voz profunda, Candela abrió los ojos de par en par y sacudió la cabeza.

—¿Por qué, Señor? —murmuró, imaginándolo en el dormitorio de Bronte.

—Gracias por la cena.

Durante unos breves segundos, Ashton se fijó en el aparato. Él tampoco sabía cómo comportarse con naturalidad, solo tenía presente que el pulso se le alteraba cuando Candela estaba cerca. Dio la vuelta y se dirigió por el corredor hacia su habitación, enfadado consigo mismo por parecer idiota con lo fácil que habría sido bajar y decírselo en persona.

Tras la vuelta del campamento, el domingo por la noche las niñas cenaron con Candela antes de conseguir que se acostaran temprano para descansar porque al día siguiente comenzaba el nuevo curso escolar. Escuchó interesada por boca de Bronte un sinfín de anécdotas divertidas, reconvertidas en proezas temerarias si Mia se encargaba de narrarlas. Sin saber dónde estaba metido Ashton, fue al salón a buscar otro libro. Delante de la estantería se agachó para leer los títulos, repasando varios hasta elegir uno con las tapas negras y un rótulo rojo: *Víctimas*, de Dean R. Koontz.

—Lo leí hace muchos años —dijo Ashton a su espalda—, me gustó. Va de un tipo que encuentra a un perro super inteligente y descubre que es un experimento del gobierno.

—Gracias por el resumen. —Miró la mano extendida de Ashton, la agarró y se levantó impulsada por un suave tirón, aunque tuvo la gracia de dejarlos tan cerca que Candela olió su gel antes de verle los ojos, bastante irritados. Imaginó que acababa de ducharse con el

agua hirviendo o le había entrado jabón—. Buenas noches.

—No te vayas —dijo rápido, apretando con firmeza su mano—. ¿Te tomas un bourbon conmigo?

—¿Has visto la botella nueva?

—Sí —afirmó sonriendo—. Gracias.

—De nada —replicó tratando de sonar irónica para mantener la zona de seguridad que necesitaba con él—. ¿Chupito o vaso?

—Vaso, por Dios…

En cuanto salió la española hacia la cocina, Ashton rebuscó entre los CD que había en la estantería ordenados por géneros y puso a Jonathan Fritzen. El jazz suave de *In your eyes* empezó a flotar a un volumen bajo desde aquel espacio grande creando un agradable ambiente íntimo.

Candela, mientras tanto, había colocado hielo en una cubitera metálica y, escuchando la melodía romántica, sacó dos vasos anchos de un armario totalmente acelerada, descontrolada como una partícula de polvo, preguntándose por qué querría estar con ella si tanto le incordiaba. ¿O no era así? ¿Tan solo se sentía? Suspiró hondo, volvió al salón y disimuló que en décimas de segundo estaba sopesando a cuánta distancia se sentaría de él. Dos sitios libres entre ambos le parecieron adecuados.

—Sé que no me incumbe —empezó a hablar Candela—, pero te oí decirle a Bronte que el hijo que esperaba tu mujer no era tuyo.

—No —dijo brusco al escucharla, manteniendo las pupilas azules, frías, en ella. Se tomó un sorbo de bourbon, ahumado y ardiente cuando le atravesó la garganta, y, serio, comentó—. Necesito estar un rato tranquilo.

—Muy bien —admitió e hizo una breve inclinación de cabeza. Ashton pareció calmarse. Casi de inmediato, Candela agregó—. Si no te lo pregunto reviento.

No terminó de hablar cuando se arrepintió. Conocía bien la mirada de advertencia de Ashton, y no auguraba nada bueno.

—Y prefieres que reviente yo, ¿no? —comentó sin moderar un tono que acusaba enfado, siguió con una sonrisa despectiva—. Eres muy considerada.

—Lo siento. Disfruta del bourbon —dijo herida, se puso en pie y soltó el vaso en la mesa alargada que había frente a la estantería de la televisión y los libros.

Ashton no objetó nada a otro abandono, recostó la cabeza en el respaldo del sofá e intentó dejar la mente en blanco. A la vez, Candela se increpaba por excederse con la confianza que él rechazaba en ese acontecimiento concreto de su vida. Por despejar

su humor, chateó durante unos minutos con Lola. Entre las dos acumulaban tantas calamidades que charlar les suponía un alivio impagable. Si Candela estaba hundida en la miseria con un trabajo que no era su meta, Lola se sentía vilmente explotada en el hotel donde llevaba trabajando desde que llegó de Tenerife muchos años atrás. Como el lamento de la canaria siempre era el mismo, sin pretenderlo consoló a su amiga, que no podía evitar sentirse cohibida con Ashton aunque a ratos hablaran como amigos; siempre había una palabra inapropiada que terminaba atormentándola. A medida que pasaba más tiempo con él, mejor asimilaba la complicación que le supondría dejarse guiar por su instinto; sería un grave error que no compensaría un buen rato por mucho que lo deseara. Los hombres acostumbrados al poder —metafóricamente, aludiendo a su profesión y clientela— no eran para una persona como ella por varias razones. Sin ir más lejos no tenía pretensiones de grandeza, se conformaba con un trabajo digno y una casa decente, y estaba acostumbrada a la independencia de entrar y salir a su antojo con quien quería. No buscaba una relación formal, podía decirse que las detestaba, ni tampoco veía la necesidad de liarse con alguien que disfrutaba de una vida sexual regular, y quizás satisfactoria, con distintas parejas. Desde luego, fue llegar a esa reflexión y Candela se convenció de que no le apetecía nada por el estilo. Ya podía soñar despierta con su cuerpo grande de musculatura desarrollada a base de ejercicio en el gimnasio, afición que no compartían porque ella prefería correr al aire libre, o con sus cuidadas manos tocándola o, incluso, con sus labios mojados besándole la piel; vetándolo se ahorraría problemas. Así y todo, como ejemplo del género masculino cumplía con buena nota; era absurdo negarlo. Igual que a simple vista no parecían encajar y sin embargo a los dos les gustaba la lectura y la cocina, o escarbando más allá de inquisitivas miradas podían observarse unas pieles erizadas y pulsos endiablados que los equilibraban. Con ese pensamiento abrió la novela y empezó a leerla tumbada en la cama, relajada pero sin quitarse de la cabeza el azul intenso de unos ojos que habían pasado de mirarla helándola a devorarla ardientes, recordando un magnetismo que acaparó su atención hasta lograr hacerla desistir de la lectura y que se durmiera con Ashton colándose sigiloso en sus sueños.

La noche del viernes, prevista sin planes por Candela para no variar, dio un repentino giro de ciento ochenta grados con la inesperada aparición de Jordan. Impaciente, se presentó en

Fitzrovia. Esa vez, con una imagen cuidada, el rostro bien afeitado y ropa sport. También, con una sensatez impropia de él, estaba alojado en un hotel próximo al Museo Británico.

Candela, que necesitaba desconectar de verdad, no tardó en convencer a Ashton ni en marcharse alegremente sin una pizca de remordimiento por fallarle en la salida de compras que había organizado con las niñas al día siguiente. Teniéndolo cerca, molesto, socavaba su ánimo y conciencia. Y debía ser hábil al ordenar ideas convincentes que consiguieran explicarle a Jordan el porqué de finalizar su relación. No quería darle esperanzas, tenerlo como un consuelo permanente ni tampoco se sentía honesta cuando estaba martirizada porque los derroteros de sus deseos se centraban en otra persona; quizás inalcanzable por sus propias barreras disuasorias, pero totalmente ciertas para convencerla del grave error que cometería si dejaba de prestar atención a la sensatez de su conciencia. Nunca casaría la mezcla del aceite con el agua, y así eran Ashton y ella, podrían unirse en efímeros momentos, pero en cuanto sus moléculas resistieran el embate del elemento con más peso volverían a diferenciarse por densidad y transparencia. Candela siempre fluiría como el agua, adaptándose a las circunstancias según vinieran; en cambio, Ashton dominaría y se expandiría como el aceite, encolerizado ardería o tranquilo podría convertirse en un delicado bálsamo. Los dos en el fondo buscaban lo mismo, aunque lo conseguirían con otras personas. Si no, atravesarían un arduo camino de final incierto, y en ese punto ambos parecían estar de acuerdo: sin complicaciones sentimentales, al menos, hasta que estuvieran listos para dejar de parchear sus vidas.

—Así no te sentirás obligado a venir —dijo Candela, trató de razonar aunque su paciencia flaqueaba. Cogió el bolso de la silla, para salir de la habitación del hotel y se acercó a él, sentado en la cama con las piernas abiertas y la sábana arrugada como parapeto —, pero si vienes, me gustaría verte.

—Me jode que terminemos, Cand —dijo mirándola severo—. Me gustas, creía que estábamos bien.

—Lo siento, Jordan, pero no puedo…

—¿Estás con alguien?

—Ya te lo he dicho. —Candela habló resignada—. Quiero que lo dejemos, ya está, Jordan, no hagas que discutamos, por favor.

—Paso de discutir. Si es lo que quieres, adiós —dicho en español —, Cand.

Los nervios ante la entrevista que tenía concertada el lunes a primera hora lograron que no pensara en Jordan durante el resto del fin de semana. Ashton desapareció con las niñas y no se vieron más que unos pocos minutos, como últimamente de lo más tensos.

Después de vestirse con una falda negra y una camisa blanca para transmitir seriedad, esperó con las niñas en la parada del autobús escolar y luego cogió el metro en la estación de Tottenham Court Road en Oxford Street hasta la City.

Mientras trataba de no dejarse llevar por el pesimismo esperando su turno para la entrevista en Baxter Design, le llegó un mensaje de Ashton: «*¿Puedes comer conmigo hoy?*». Respondió: «*Estoy cerca del bufete, pero no sé cuándo terminaré. Empleo. Recuerdas?*» Ashton no quiso entenderlo: «*A las 2 en The Oyster*». Candela no se molestó en repetirle nada, guardó el móvil y sonrió a las dos chicas jovencísimas que optaban al mismo puesto, pensando en que la actual situación del mercado laboral no favorecía a las personas que como ella pasaban de los treinta y cinco. A pesar de que solían valorar la experiencia, no era extraño que a veces prefirieran invertir en savia nueva, maleable y barata. Con una paciencia infinita, aguardó varias horas, que le sirvieron para componerse una imagen negativa de la empresa y para ir acusando más mala leche de la que pretendía mostrar al entrevistador, el señor Russell Baxter.

Durante los primeros minutos de la entrevista Candela respondió segura y confiada. Baxter rondaba los cuarenta y tenía un aspecto elegante acentuado por la ropa clásica. Vestía un traje oscuro, camisa celeste y zapatos negros relucientes. Su estatura era mediana y las facciones algo rígidas pero atractivas gracias a unos ojos inteligentes y un cabello castaño rizado que pintaba algunas canas. Para ella, lo más interesante de Baxter se resumía en el crecimiento progresivo de su compañía, por encima de la media, y sobre todo porque gozaba de una excelente reputación.

Sin preocuparse por la presencia de Candela, atendió Baxter en plena entrevista la llamada telefónica que los interrumpió. A raíz de ahí, cuando retomaron la conversación, la interesante charla profesional se tornó estúpida. Candela no escuchó más que planes de desarrollo sin especificarle qué esperaba de ella, vaguedades sobre el salario y una retahíla de observaciones del compromiso sin horarios que todos le dedicaban a la compañía. Luego, decepcionada, se despidió con cortesía formal.

Al moverse en dirección al restaurante, volvió a sentir el

impulso de lanzarse en picado y perseguir ese sueño laboral donde no tendría que rendir cuentas a ningún jefe. Sería complicado empezar, pero contaba con lo más importante: el equipo informático y la mano de obra. Solo debía darse de alta como autónomo en el *National Insurance*, obtener su número identificativo y pagar el impuesto correspondiente en función de su categoría profesional y beneficios. No necesitaba oficinas, podía contactar con los clientes por correo electrónico o por el móvil, tenía contactos con imprentas para subcontratar hasta el arte final de los trabajos y, algo básico, con las cuentas que había estimado no necesitaba más que uno o dos encargos importantes al año porque los gastos mensuales podría cubrirlos con pequeños trabajos. Creía que si optimizaba el ahorro, alquilando un apartamento por un módico precio y manteniendo un nivel de vida acorde a sus ingresos no tendría problemas para despegar. Sonrío animada, sonaba tan bonito… como las vistas del río por el paseo peatonal hacia The Oyster. La panorámica cautivaba a cualquier hora, de noche o de día, con lluvia o, como esa mañana, bajo un sol de justicia reflejado en aguas turbias. Realmente, aparte de ser la columna vertebral de Londres, con el aderezo de los puentes —cada uno con su historia particular, grandiosa arquitectura y diseño único— resultaba difícil acostumbrarse a la belleza del progreso.

La cristalera curva del restaurante ocupaba la esquina de un edificio de acero y cristal de tres plantas, con la particularidad de los separadores de madera entre los balcones. En la puerta había unos toneles pequeños, sin clientes. Y el ambiente calmado en el interior podía sugerirle dos cosas: el precio elevado de su carta o el día laborable. Se decantó por la opción del día porque los asiduos a los bares de copas y restaurantes de autor que surgían como setas en esa zona no solían tener problemas económicos.

Para Ashton descubrirla fue inmediato. Se levantó de la mesa para acercarse andando con seguridad, sonriente, sin cargo de conciencia por la llamada a su amigo Russell. Había sido un acto ruin, sabiendo el interés e ilusión que Candela tenía por el empleo; no obstante, recurrir a un viejo amigo para que la rechazara en beneficio de sus hijas, o en el suyo particular aunque no lo reconociera, podía verse como un mal menor para un fin loable.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Ashton, le retiró con gentileza la silla y la ayudó a sentarse.

—Bien —respondió con una sonrisa breve—, pero no hablemos de eso ahora, por favor. ¿Se come bien aquí?

—Sí —afirmó, sintiéndose miserable. Tenía enfrente a una mujer

bonita, una luchadora solitaria que no había intentado aprovecharse de su físico para vivir a costa de ningún hombre, y estaba convencido de que pretendientes no le faltaban, y en vez de comportarse con honestidad, no vaciló al llamar a Russell ni al contarle una milonga sobre sus referencias—. La semana que viene tengo la junta de accionistas —comentó para compensar—. Los otros dos diseñadores se han comprometido en tener listos los suyos, ¿y tú?

—Por supuesto —respondió rotunda. Antes de tener el impulso de servirse una copa de vino blanco, Ashton le llenó la copa—. Gracias —dijo empezando a cortarse.

Se fustigó a sí misma. Con lo bien que iba… No podía explicarse que le sudaran las manos ni las palpitaciones en el pecho. ¿Qué le ocurría con ese hombre? No podían ser verdad la sarta de sandeces que había escuchado sobre el enamoramiento. ¿Pero por qué tenía sus síntomas? ¿Por qué no le pasaba con Jordan? Había compartido con él mucha más intimidad que con Ashton, mucha, mucha… ¿Y por qué nunca se sentía vulnerable, idiota e infantil con él? ¿Por qué con Ashton perdía el hilo de la conversación con tanta facilidad? ¿Por qué se acordaba de él con frecuencia y al granjero lo había relegado a un olvido nada nostálgico?

Con tantísimas preguntas en la cabeza, Candela optó por activarse en modo esponja. El vino entraba fácilmente, refrescaba su garganta y ausentaba sus oídos mientras Ashton le hablaba de las compras que hizo con las niñas.

Después escuchó algo de una fiesta, pero no prestó atención. Ya se había comido con asco varias ostras, con avaricia unas huevas deliciosas y con una constancia digna de una gran abeja obrera se bebió más de una botella de vino de las dos que había vacías en la mesa.

—Entonces… —dijo Ashton sonriendo—, ¿aceptas?

—Claro, claro —respondió a lo loco.

—Tienes tiempo de buscar un vestido de noche.

—¿Para qué? —preguntó torciendo la cara entera.

—Para la fiesta. —Aunque Ashton era consciente de que otra vez estaba abusando de la nobleza de su bruja, le resultó encantador verla haciendo mohines conforme el alcohol iba afectándole.

—La fiesta… Lo siento, Ash, no sé de qué me estás hablando.

—No te preocupes —dijo susurrando, con la vibración de su voz aún en el oído. La voz chillona podía ser muy sexy si la usaba a ese volumen.

Por un alegre y evidente motivo, Ashton decidió tomarse la

tarde libre para ir a la parada del autobús y recoger él mismo a sus hijas. Dejaría que Candela durmiera la mona tranquilamente como una manera piadosa de equilibrar su balanza ética. Se sintió exultante al haber conseguido lo que quería, de momento. Más adelante tendría que ajustar su plan para que ella nunca supiera la verdad. Si no, estaría metido en un lío muy gordo del que no saldría bien parado. Y, conociendo el carácter belicoso de la española, era mejor no pensar hasta dónde llegaría su furia; intentaría evitarla a toda costa porque los vellos se le pusieron de punta solo imaginándosela.

La verdad no es admisible

Domingo, 15 de febrero de 2015. Londres

Harriet

«En todas y cada una de mis células he sufrido el dolor agonizante de la muerte, también he disfrutado por la felicidad. Con él siempre he sentido doblemente. No puedo quitarme de la cabeza las coincidencias, el destino irremediable que puede cambiarte la vida en un abrir y cerrar de ojos; así es y así ha sido desde que nos conocimos. Hemos vivido de forma apasionada y ahora tenemos que asumir las consecuencias, y sé que me costará. Nunca había perdido el control al enfadarme, quizás porque nunca había amado con esta intensidad. Nada duele tanto como el amor»

Al cerrar la puerta del despacho, Ashton colocó la mano bajo la espalda de Candela con sutil caballerosidad. Sonrió al advertir el respingo de la bruja; estaba como un flan y no se explicaba el porqué. Acababa de entregarle el diseño de la nueva imagen corporativa, y sin ser injusto ante las otras propuestas, la de ella logró cautivarlo; había captado su idea y, si no se equivocaba, sería la elegida.

Animado, la invitó a tomar una cerveza en The Banker, un pub decorado con una mezcla rústica e industrial donde podían sentarse y charlar durante un rato.

Cuando se tomaron la primera ronda no quedaba ni rastro de hielo en Ashton ni nerviosismo en Candela. El infame tiempo voló sobre ellos y quince minutos antes de las seis, la hora límite de Candela para marcharse, se levantó con torpeza.

—Mierda, no llego a la parada.

—Tengo el coche aquí al lado, te llevo.

—¿No tenías una tarde complicada?

—Haré lo que pueda desde casa.

Ashton no intuyó que al hablar como si compartieran un hogar, Candela se compadeció de sí misma. Pensativa, subió en el vehículo.

—¿Te dejó una nota?

—¿De qué hablas? —preguntó Ashton.

—Las personas que se suicidan suelen dejar notas.

—No, no me dejó nada —gruñó—. ¿Quieres saber algo más?

—No.

—¿De verdad? —preguntó sonriendo cínico—. Que el niño no era mío ya lo sabes. Pero para ampliar tus conocimientos, te diré que íbamos a divorciarnos porque estaba hasta las narices de ella, de su pena y no pensaba cargar con el hijo de otro. ¿Entendido?

—No te he preguntado nada.

—¡Me da igual! ¡Quiero que lo sepas! —Sujeto al volante de madera, el abogado inspiró varias veces relajando unos nervios traicioneros con práctica para desatarse con ella. Con su bruja era capaz de besar el paraíso y desfogar endemoniado, tenía la valentía de hablarle de frente y eso le escocía en la herida sin curar por la infidelidad de Harriet. Igual que sus modales—. Discúlpame, Candela.

—No te preocupes por mí. —dijo en voz muy baja, sonrió ligeramente observando el pelo oscuro con algunas canas salpicadas, largo hasta cubrirle la nuca y se le antojó acariciarlo, prometía sedosidad. En cambio, optó por la benevolente diplomacia y habló indiferente, intentando olvidar al Príncipe de las Tinieblas que acababa de ver—. Piensa en la alegría que van a llevarse ahora las niñas al verte.

Aquella tarde todo se torció desde que entraron al apartamento. Bronte, que ya había bajado del autobús con mala cara, fue incapaz de reprimir un vómito repentino. Mia no dejó de protestar por la cancelación de su clase semanal de equitación, ni los adultos pararon de evitarse con la sombra de la discusión revoloteando sobre sus memorias. Fue a peor por la noche, cuando Bronte, con una fiebre elevada y una tos perruna, no podía conciliar el sueño. Candela pensó en cantarle su particular nana, pero por no martirizarla escogió *El Principito:*

—«*Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.* —leyó entonando divertida—. *Después de dos horas de caminar en silencio, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. Yo las veía como en sueño, pues a causa de la sed tenía un poco de fiebre. Las palabras del principito danzaban en mi mente. ¿Tienes sed, tú también*? *le pregunté. Pero no respondió a mi pregunta, diciéndome simplemente: El agua puede ser buena también para el corazón…*» —Candela se detuvo al observar una sombra recortada en la penumbra, supo quién era. No traspasó la puerta. Le echó otro vistazo a Bronte, que descansaba dormida, y se levantó de la cama para dirigirse hasta él.

—Hola —susurró Ashton, sin franquear la puerta—, ¿sigue igual?

—Tose un poco menos —respondió, clavando los ojos en una chaqueta oscura de pijama—, voy a acostarme.

—¿Te apetece un bourbon?

Candela pretendió huir sin que se le notara el temblor absurdo de las manos amedrentada por una súbita inseguridad.

—Se-se-rá me-mejor que-que no.

«¡Por favor…!» «¿Qué le pasaba?» Ashton al menos perdía los papeles por un motivo de peso, ¿pero ella? «¿Desde cuándo no tartamudeaba delante de un hombre?» «¡Desde nunca!», se respondió enfadada al bajar la escalera dando saltitos, para remarcar un poco mejor su inestabilidad emocional. Mientras tanto, plantado en mitad del corredor Ashton estaba alucinado por la fuga. Ni se movió, ni perturbó una sonrisa apretada que estalló en carcajada cuando escuchó el portazo que dio la guapa bruja al encerrarse en su dormitorio. Todavía riéndose, Ashton bajó a la cocina. Y llenando un vaso de agua, pensaba que desde luego no había podido encontrar a nadie más desequilibrado para cuidar a sus hijas. Todo un pleno acierto para divertirlo o cabrearlo aun sin pretenderlo.

La mañana siguiente empezó para Candela sin el apoyo de Mary, que disfrutaba de unas breves vacaciones hasta el lunes, y con la ausencia de Ashton por una reunión a primera hora. Después de acompañar a Mia a la parada del autobús, preocupada por si Bronte se despertaba, Candela regresó a casa corriendo. No la había dejado sola ni diez minutos, pero se le hicieron eternos. En cuanto subió a su cuarto y vio que seguía dormida, se relajó para desayunar a la vez que le preparaba una bandeja con un zumo de naranja, unas tostadas y uno de los remedios caseros que su madre usaba con ella y Miriam cuando eran pequeñas y se resfriaban.

Cuando volvió a la habitación de Bronte, dejó con cuidado la bandeja encima de la mesilla de noche y descorrió la cortina de la ventana. La niña fue despertando poco a poco al percibir la claridad.

—Buenos días —saludó Candela animosa—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —respondió desperezándose.

—Te he traído el desayuno. Cométela todo. Luego te daré miel con limón, suaviza mucho la garganta.

—Mamá era médico —dijo tristona—, cuando nos poníamos enfermas, ella nos daba las medicinas y nos cuidaba.

—Lo sé, Bron —comentó cariñosa, se sentó a su lado y le untó en el pan la mermelada de melocotón que le gustaba—. Intentaré cuidarte como ella, a mi madre le funcionó conmigo.

—¿Hace mucho que no la ves?

Bronte cogió la tostada y la mordió con apetito.

—Unos seis meses. Suelo ir a Madrid dos veces al año.

—¿Ella no viene?

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. No puede.

—¿Por qué?

Candela sonrió y empezó a hablarle de Miriam. No de la actual, sino de la hermana pequeña que recordaba. Solo anécdotas felices para alejar la melancolía por Harriet; nada de enfermedades raras, aunque la de Miriam hubiese cambiado su destino, el de sus padres y probablemente aumentaba su desidia de regresar a España. Pensaba de sí misma que era una hermana e hija odiosa por ser egoísta y no compartir esa carga con sus padres, pero se consolaba con las visitas, las llamadas telefónicas y con que sacrificando también su vida no beneficiaría en nada a Miriam ni ayudaría a la economía familiar ahora que su padre remontaba la crisis en el bar que regentaba en Madrid. Quizás vista desde fuera su situación era ilógica; sin embargo, ella no quería renunciar a la independencia que había logrado a base de esfuerzo y a la obstinación de un carácter orgulloso. Incluso así, y pese a todos los razonamientos machacones para desbaratar sus sueños con cargos de conciencia, se marcó los dos únicos hechos que lograrían que regresara a España: un empeoramiento en la enfermedad de Miriam y seguir en enero sin un trabajo como diseñadora.

—Quiero darte un regalo —dijo Bronte.

Cortando su monólogo, Candela también alejó la frustración al contemplar las pupilas azules y luminosas de la niña.

—Me encantan los regalos.

Bronte giró el cuerpo, abrió la mesita de noche y sacó algo envuelto en papel de seda negro, que destapó con delicadeza

—Es jabón de lavanda. —Le ofreció una pastilla precintada en celofán rojo con forma de corazón—. Me lo dio mamá.

—Es muy bonito, Bron —comentó, inclinó la cabeza y aspiró el perfume del jabón—, pero guárdatelo, si te lo dio fue porque quiso que lo tuvieras tú.

—No es para niñas —dijo insistente—. Me traía siempre muchas cosas, tengo otros. ¿Quieres verlos?

—Claro, enséñamelos.

Bronte se levantó con energía y sacó del armario una caja de zapatos. Al momento esparció encima de la cama un montón de pequeñas pastillas de jabón sin estrenar. Brincaron contentos unos óvalos rosados, corazones, cuadrados blancos, rectángulos, circunferencias rojas y formas florales. Candela las removió lentamente sin ocultar una sonrisa agradable aunque su imaginación rodaba vertiginosa desde que vio el primer logotipo de

hotel en uno de los precintos. En cada pastilla aparecía uno, o el mismo en varias: Pembridge Palace, donde trabajaba Lola. Y así, entre los recuerdos de Bronte y la curiosidad de Candela, que se guardó en un silencio prudente, el tiempo transcurrió raudo.

Luego, por respetar una dieta saludable, Candela se lanzó a cocinar sopa de pollo con verduras. En un rato, el aroma apetitoso dejó la cocina e invadió la planta entera. Bajó la intensidad de la vitrocerámica, regresó con Bronte e indagó con sutileza en las mentiras que Harriet les contaba a sus hijas cuando les daba los obsequios de los hoteles donde supuso se alojó con su amante. Al escuchar la inocencia de la niña, no comprendió el suicidio de Harriet. Las palabras de Bronte dibujaban a una buena madre, ilusionada con su nuevo hijo; no advirtió nada comparable a una depresión o algún problema mental, al contrario. Entonces… ¿qué le sucedió? Ashton le aseguró que pensaban divorciarse, ¿pero qué quiso decirle al mencionar "la pena de Harriet"?

Por más que se repitió no obsesionarse con ella, Candela le envió un mensaje a Lola para verse por la noche en el pub donde solían ir. Si Harriet y su amante frecuentaron el Pembridge Palace, Lola debió haberlos visto porque sus turnos eran eternos y no había nadie mejor para despejar la incógnita más importante en la historia de la doctora Holt. Y si lo conseguía, el misterioso amante podía esclarecer las sombras de una muerte tan extraña como inexplicable.

Mientras recorría la calle Wardour, a esas horas todavía con tránsito de gente, Candela recordaba el brillo acerado en los ojos de Ashton, que pudo cortarla en pedazos después de informarle de la salida con Lola. Le bastaron dos segundos para saber que empezó a agriarse, molesto por quedarse solo con sus hijas. «¡Dios, qué genio!», pensó divertida, y poco afectada. Estaba loca por desfogar para olvidar sus problemas, con el aliciente de seguir indagando en la vida de Harriet para confirmar la corazonada de que no murió suicidándose. No se arregló mucho, pero el llamativo vestido azul que se puso y los tacones, además del cabello suelto, ondulado, y la cara maquillada, fueron suficientes para cazar las miradas de los transeúntes varones con los que se cruzaba. Algunas la recorrieron sin pudor de arriba abajo, posiblemente, imaginando cómo sería su ropa interior, y los más avispados desnudándola sin inútiles pérdidas de tiempo. Esa sensación Candela la tenía controlada al milímetro. Si para algunas mujeres era vital atraer la atención masculina, otras sin complejo de florero, como ella, padecían un

acoso indiscreto que podía resultar agobiante.

Gracias a la cercanía entre el apartamento y el Soho, ni diez minutos después entró en el ambientado pub y vio a Lola en la barra hablando con uno de los camareros. La canaria sonreía con picardía y se atusaba encantada la larguísima cabellera castaña, desplegando sus dotes de seducción. Sabía explotar como una maestra los rasgos bonitos de su cara: unos ojos oscuros, que llevaba maquillados con esmero, y unos labios carnosos, siempre pintados de rojo como también acostumbraba Candela; al igual que disimulaba sus peores pesadillas: la nariz aguileña un poco larga y las caderas anchas dando rotundidad a sus piernas y retaguardia. Además le sacaba partido a la ropa, y si como esa noche lucía un vestido rojo —recto, largo y con vuelo— podía decirse que Lola se sacaba un gran partido sin ser una mujer especialmente guapa.

Después de un saludo efusivo que incluyó al camarero, Candela se sentó en el taburete donde Lola tenía el bolso. De manera escueta la puso al día sobre el final de su relación con Jordan y del trabajo que realizaba con las niñas, obviando lo que realmente le gustaría hacer con el padre para no entrar en otro terreno que podía suponerle echar por alto esa ansiada salida. Cuando terminó, le preguntó por Harriet y su amante.

—¿Sabes la de clientes que tenemos? —Lola habló elevando la voz, aunque pasó inadvertida gracias a la música y al murmullo de los clientes que las rodeaban.

—Puedes haber coincidido con ellos.

—Normalmente la gente infiel no se registra con su nombre, Cande.

—Pero puede que la reconozcas por su cara. —Sacó el móvil del bolso y le mostró casi todas las fotos que había en la casa de Harriet con las niñas, en ninguna salía Ashton—. ¿No te suena?

—No sé… —dijo, tocándose el labio con la uña roja del dedo índice—, creo que la conozco.

—¿Recuerdas con quién iba?

—Sí —afirmó esbozando una sonrisa de oreja a oreja—, perfectamente, con un árabe. ¿Por qué quieres saberlo si está muerta? —preguntó extrañada.

—Tengo curiosidad, ya te lo he dicho —respondió, pensando en la palabra “árabe”—. ¿El hombre era mayor?

—No —exclamó con cara de asco—, era un chico joven, muy guapo. —Lola se sorprendió al ver la boca abierta de Candela, ausente—. Mi niña, ¿qué te ocurre? Pareces idiota.

—Nada —respondió aturdida—. No esperaba que su amante

fuera un musulmán.

—¿Por qué? ¿No lo hacen bien?

—Y yo qué sé…

—Dudo mucho que la religión importe cuando te echas un amante —comentó sonriendo irónica—. Era un hombre atractivo, joven, con pinta de rico, no pasarían el tiempo rezando, al menos, no en mi hotel. Podían haberse ido a cualquier cinco estrellas y sin embargo nos preferían, ¿por qué, Cande?

Evidentemente para pasar desapercibidos. Candela cogió de nuevo el móvil y tecleó: «jeque Abdulá bin Jalifa». En cuanto obtuvo la imagen que buscaba, se la mostró. Abdulá aparecía escoltado a la derecha por Hamza, que lucía una cuidada perilla, a su lado estaba Yasser, con una espesa barba negra poblando su rostro, y a la izquierda del jeque, el más joven de sus tres hijos, Ahmed, que sonreía enseñando una bonita dentadura blanca y todavía no alcanzaba ni en altura ni en complexión a sus hermanos. Tanto Hamza como Yasser tenían unos cuerpos atléticos, altos, e incluso vestidos con elegantes trajes podía intuirse su robustez. También exudaban masculinidad y una soberbia bien visible en sus ojos oscuros.

—¿Era alguno de estos?

Durante unos segundos, Lola observó la pequeña pantalla. La imagen no tenía mucha calidad, bufó y levantó la vista:

—Puede… —dijo antes de beber un sorbo ávido de cerveza—. No estoy segura, todos se parecen.

—Joder, Lola, que son árabes no chinos.

—Y yo soy recepcionista, no una espía. Hace muchos meses que dejaron de venir, para ser exactos desde febrero. —Lola se detuvo un instante, pensativa—. Nos dejaron colgada la habitación.

—Qué poco considerados —habló cínica—, pero eso sí lo recuerdas…

—Tengo una mente selectiva —admitió sonriente—, ya lo sabes.

—¿Puedes decirme si es alguno, o no?

—El de la perilla —respondió asintiendo—, es inconfundible.

—Acabas de decir que no estás segura —dijo Candela sin saber cómo interpretar esa súbita certeza—. Es importante, Lola.

—Sí, pesada —habló con resignación—. El viejo, segurísimo que no; el barbudo, tampoco; y el chavalín, menos; es el de la perilla; aunque de esa pareja lo que mejor recuerdo es la alegría que trasmitían, parecían realmente felices. Es una putada para el marido, y no estoy justificándolos, pero las cosas desde fuera pueden verse de una manera y de otra desde dentro. ¿Él te habla de

ellos?

—¿Ash? —preguntó apretando los ojos.

—Vaya… Ash. —Lola se rió con ganas—. Cande, Cande, esta curiosidad por la mujer y el amante no será para consolar a Ash, ¿no?

—No, cómo se nota que no le conoces —dijo irónica. Aunque Ashton siguiera sin poder mencionar a Harriet, ella detectaba la humillación y la rabia que condicionaban su presente y, si no superaba, definirían su futuro y el de las niñas—. Iban a divorciarse, y no creo que la eche mucho de menos.

—Hombre, algo la echará, era su mujer.

—Como bien dices, las cosas no siempre son lo que parecen —comentó con las amigas de Ashton presentes en la cabeza—, pero dejemos el tema, ¿vale? He salido para desconectar. —Tenía la información que buscaba; había identificado al misterioso amante de Harriet. Y, conociendo a Lola, en cuanto estuviera de nuevo en el hotel seguro que averiguaba los nombres con los que se registraron. No iba a explicarle nada del bebé, aunque Lola ya supondría que Ashton no sería el padre. Aun así, como la noticia sobre el suicidio de Harriet no trascendió más que un par de días, tres meses después nadie la recordaba excepto su familia y amigos—. ¿Dónde vamos a ir?

A las tres de la madrugada el alcohol no era un buen aliado para Candela y al llegar a la calle Berners los tacones habían entrado en la categoría de martirio. Presurosa, al entrar en el portal no dudó en descalzarse. Subiendo en el ascensor se miró en el espejo que cubría todo el fondo. La melena estaba desgreñada y tenía unas manchas oscuras bajo los ojos, que se limpió con el dorso de la mano. A continuación la puerta se abrió y salió de puntillas, intentando evitar algún encuentro tenso. Pero… su gozo en un pozo negro y profundo en cuanto escuchó la televisión y vio a Ashton con cara de pocos amigos tumbado en el sofá. Él se incorporó, con los ojos inmóviles en los de ella, y la clavó en el sitio. Y cuando se levantó perdiendo ligeramente el equilibrio, todavía la dejó más quieta al descubrir una botella de whisky medio vacía en la mesa. Sin duda, superaba su nivel etílico. Los inestables pasos lentos al avanzar hacia ella le confirmaron la borrachera.

—¿Ahora llegas?

—Sí, ¿todo bien con las niñas?

—Perfecto.

—¿Bron ha cenado?

—Sí, está mejor.

—Vale —dijo con una sonrisilla—, me voy a la cama.

Candela pasó de largo, frita por escabullirse. Pero consiguió que Ashton la siguiera como una bala.

—¿Ya está? —preguntó elevando el tono

Candela se paró con el pomo de la puerta de su habitación en la mano, rígida como el mármol al sentir detrás a Ashton. Notaba la corpulencia masculina en su espalda, el aire que expiraba por la nariz y le erizaba la piel del cuello.

—Buenas noches —dijo sin girar el cuerpo.

—No es una buena noche —murmuró. Suspiró y cerró los ojos. Qué poco le faltaba para agarrar con firmeza unas caderas hechizantes, pero se apartó, sujetó el pomo y se conformó con rozarle la mano—. Hasta mañana.

Candela se apresuró en entrar, cerrar y apoyarse contra la puerta. Tenía el vello de punta, los pezones erguidos y sobre todo una sensación que fluctuaba entre el alivio y la decepción. Lo notó excitado, debía sentirse atraído por ella, y fue halagador; aunque no quería engañarse ya que el alcohol podía haber influido en esa reacción. Luego, rezó para que al día siguiente él no recordara nada, le sería complicado delante de las niñas comportarse de una manera natural teniendo tan reciente este nuevo encontronazo, o escollo, porque se le empezaba a escapar entre los dedos igual que la arena dorada de la playa, fina e incontrolable.

Los dos días posteriores fueron para Ashton como vivir en un campo de minas, consciente de que Candela lo rehuía, posiblemente por el mismo motivo que él. Pasó el sábado y el domingo esquivándola, aun a costa de parecer indolente con Bronte al no visitarla nada más que cuando tenía la certeza de que estaba sola o con Mia. El resto del tiempo leyó, vio la televisión o salió con Mia a dar una vuelta por las innumerables tiendas de ropa que tenían por los alrededores; cualquier cosa menos compartir espacio con la bruja.

Cuando se sentó a primera hora del lunes en la mesa del despacho no se entretuvo buscando expedientes como siempre, fue derecho al ordenador y a Internet para localizar una empresa: BJR&Menzies, y un nombre: Tobias Randall. La empresa en cuestión era donde Candela tenía una entrevista aquella misma mañana.

Con el teléfono de Randall apuntado en un *post-it*, durante un instante echó un vistazo al espacio cálido pero austero que le rodeaba: colores neutros en la moqueta y las paredes blancas, dos

ventanas rectangulares a espaldas de la mesa y una estantería esquinera de suelo a techo donde podían encontrarse los libros más rebuscados de Derecho. Acabó el recorrido visual fijándose en los cuatro cuadros ordenados con marcos de madera e imágenes antiguas de sus hijas. Menos mal. A fin de cuentas iba a descolgar el teléfono otra vez para que Candela siguiera cuidándolas.

No fue complicado convencer a Randall. ¿Qué empresario querría contratar a una drogadicta? De nuevo un golpe bajo, incluso más rastrero que cuando habló con su amigo Russell. Pero no le pesó, en ese momento no contemplaba la posibilidad de perderla. La atracción por la bruja poseía sus actos, limitaba sus escarceos con otras mujeres, llevaba más de un mes sin sexo con ninguna, y lo peor: estaba convirtiéndolo en una persona horrible, sin escrúpulos para alcanzar su objetivo, a costa de ensuciar con falsedad una reputación profesional, por supuesto, muy digna y meritoria de los puestos que perdía gracias a él.

A las once, media hora antes de la entrevista en BJR&Menzies, Ashton había olvidado la advertencia ocupado con el trabajo mientras a Candela la recibía una chica —de apariencia serena, rubia, rondando los treinta— que de forma cortés le sugirió aguardar su turno con el señor Randall sentada junto a otros candidatos. Por no ponerse más nerviosa, Candela no quiso revisar el book con sus trabajos.

Al cabo de un rato, otra chica —morena, alta y ancha de hombros— dio paso a un aspirante. Luego, quince minutos después, a otro. Así hasta que Candela se quedó sola cuando ya era la una del mediodía. Ese parecía su sino, esperar.

—Señorita Báez —dijo seca la chica morena—. El señor Randall no va a poder entrevistarla. Siento las molestias.

—No se preocupe —admitió amable, pese a la sarta de palabras malsonantes que acudían a su cerebro—. ¿Cuándo, entonces?

—¿Disculpe?

—¿Cuándo podría el señor Randall entrevistarme?

—No he dicho que vaya a hacerlo. El puesto se ha cubierto.

—Pero… ¿Si ni siquiera me han dado una oportunidad?

—No —añadió seria—. No podemos admitir personal como usted, lo siento mucho.

—¿Como yo? —dijo a punto de echar chispas por los ojos—. ¿Es porque soy española? ¿Es eso? —habló elevando la voz—. Porque no entiendo para qué me han hecho venir si no cumplo alguno de sus requisitos.

—No tiene nada que ver con su nacionalidad —dijo dirigiéndose

a la puerta, extendió la mano y agregó—, buenas tardes, no puedo perder más tiempo.

Despachada en un tono grosero, Candela salió de allí sin saber qué pensar ni creyéndose su mala suerte. ¿Qué estaba ocurriendo en su sector? Como poco, competir era un derecho, ¿por qué se lo negaban? Era inaudito y descorazonador.

Llegó al apartamento sin ánimo, aunque cambió el semblante cuando, después de saludar a Mary, que preparaba la comida, vio a Bronte en el salón entretenida con la televisión.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Bronte curiosa.

Candela sonrió agradecida y se sentó a su lado.

—Estupendamente.

—¿Tú cómo sigues?

—Estoy mejor.

—¿Has tosido mucho?

—No, la miel con limón me va bien y no tengo fiebre ¿A que no, Mary?

—No —respondió desde la cocina.

Con una caricia en la cara regordeta de la niña, Candela olvidó por un momento sus problemas para acompañarla sin que le notara el abatimiento. La espinita de BJR&Menzies atrajo de nuevo la idea de intentarlo por su cuenta y riesgo; no perdería mucho y sin acción no habría movimiento. Charlando con Bronte se sintió afortunada dentro de su desgracia al haberlos encontrado, por muchas razones. Una importante era que Ashton le diera permiso para asistir a esas improductivas entrevistas, y otra, la más grata, por compartir el día a día de la loca que tenía al lado y su hermana. Ellas conseguían evaporarle los sinsabores con inocencia, sinceridad y diversión. En definitiva, para alguien sin instinto maternal que aborrecía a los hombres como Ashton, en esa casa hallaba algo de sentido a su caótica existencia.

Aquella noche, a las nueve reinaba el silencio en el apartamento hasta que Candela bajó a su habitación y metió un CD de Paloma Faith en el portátil. Con la melodía tristona de *Only Love Can Hurt Like This* retomó la investigación sobre Harriet. ¿Por qué cambiaría una vida cómoda hasta el extremo de perderla? ¿Tal mal le fue con Ashton? ¿Qué ocurrió realmente entre ellos?

Una tragedia compartida pesa menos

Lunes, 2 de febrero de 2015. Londres

Harriet

«Aunque se ha alegrado por el embarazo, he notado algo extraño en su mirada, parecido al miedo. Entiendo que esto sea una sorpresa, pero hemos jugado con fuego; nada es fortuito. Para él es complicado por sus tradiciones y la maldita religión; y para mí, a pesar de no tener con Ashton más lazos afectivos que las niñas, porque sigo casada. No es justo para nadie, pero de los dos, siempre he sido la que arriesgaba más, al fin y al cabo, él es soltero y no tiene más impedimentos que los impuestos por su familia. Son injustos, desde luego, y lo más honesto por mi parte estando la situación como está sería acabar ya con mi matrimonio y casarme con él antes de que nazca nuestro hijo. Es la única solución. Voy a planteárselo cuando regrese a la habitación. ¿Por qué habrá salido?»

Para una mente inquieta como la de Candela, con facilidad para derrochar imaginación si la ocasión se terciaba, la relación entre Harriet y su amante árabe sin duda tenía por sí misma un aliciente romántico inspirador. Y sin contar con la ayuda de Lola, que se lavó las manos, empezó a interesarse en la vida de Hamza bin Abdulá Al-Masud.

El hombre se ajustaba perfectamente a la descripción de Lola, y pudo conocer a Harriet porque su empresa familiar, ArabCorp, mantenía una relación contractual con el gabinete jurídico de Ashton. Sin embargo, en pocos segundos, el desconcierto se adueñó de Candela cuando leyó en una web de noticias online que Hamza había fallecido el pasado 12 de febrero en un accidente de tráfico. No entendió cómo no había encontrado antes esa información, cuando había metido en Google el nombre de su padre varias veces, y creyó que el buscador no la seleccionó por algún algoritmo, causa extraña o el lío de unos nombres larguísimos donde el apellido Al-Masud, común a toda la familia, siempre iba precedido por el nombre de pila del individuo en cuestión más el que hacía referencia a su padre, en este caso: Abdulá, bin o hijo de Abdulá, Jalifa, o quien fuese. Tampoco era tan raro que la tecnología norteamericana de Google no diera pie con bola entre tanto árabe. Candela prestó atención a un acontecimiento que podía haber definido el final de Harriet. A Hamza le celebraron dos funerales. Uno, el 15 de febrero en Londres; y el otro, una semana después, en Sarja. El jeque aparecía abatido en las fotografías, acompañado por su esposa y sus otros dos hijos, Yasser, también con el rostro demudado por la tristeza, y Ahmed, que parecía menos afectado por la tragedia. Toda la familia Al-Masud asistió al entierro del

primogénito, incluida su joven prometida, la princesa Aisha bint Humaid. En ese preciso instante, Candela detuvo la vista en la última frase. ¿Hamza tenía prometida? ¿Fue esa noticia la perdición de Harriet?

Trató de fijarse en la joven. Era alta, de ojos negros poco lacrimosos, espesas pestañas y cejas altivas. Esos fueron los únicos rasgos que pudo apreciar con el velo negro que parcialmente le cubría la cabeza. Aún más curiosa, siguió con la lectura. Con la muerte de Hamza su familia quedaba dividida por el negocio del petróleo en dos grupos bastante dispares, ya que él apoyó a los que estaban en minoría; quienes pretendían seguir explotando ArabCorp abriendo mercados con nuevos carburantes contra quienes querían vender la empresa al estado de Emiratos Árabes Unidos, presidido por el hermano mayor de Abdulá: el jeque Hussein bin Jalifa Al-Masud. Claramente, la parte de la familia que prefería al gobierno lo hacía motivada por unas cifras suculentas con las que podrían iniciar otras andaduras en solitario sin tomar decisiones poniendo de acuerdo a una familia enorme. Y aún más si cabe, cuando la prometida del difunto, la princesa Aisha bint Humaid, era la hija del sultán de Sarja. Un hombre también emparentado con los bin Jalifa y con una participación nada desdeñable en varias petroleras del Golfo. ¿Sería Hamza un obstáculo menos en el camino de ese nuevo meganegocio?

La información que leía Candela era abrumadora, los suministros récord del petróleo habían superado a la demanda y los tanques de almacenamiento estaban casi llenos. No tenía sentido. Parecía inaudito, pero el mundo nadaba en petróleo. Según aseguraban las estadísticas, todas las empresas habían incrementado su producción un veinticinco por ciento. Y algo era invariable en el tiempo: el precio promedio del barril para los intermediarios. Si a principios del 2000 era de cuarenta y un dólares, una década después, era de cuarenta y tres dólares. Eso significaba que el incremento de la producción nunca bajaba el precio del barril; ni se repartiría la abundancia ni se había repartido nunca de manera equitativa.

El jeque Abdulá poseía ArabCorp, la empresa pretendida por AENCO, *Arab Emirates National Company Oil*, y la compra estaba cantada con Hamza fuera de juego. Las grandes petroleras del Golfo Pérsico: *Saudi Aramco*, *Qatar Petroleum* y las compañías nacionales de petróleo de Irán, Kuwait y Emiratos Árabes Unidos habían agregado a sus reservas, cada una, alrededor de un millón de barriles por día. La mayor parte de ese crecimiento provenía de

entidades controladas por el Estado, que tampoco tenían ningún interés en ayudar a que los productores extranjeros independientes colocasen sus millones de barriles reduciendo su propia producción. Y por otro lado, rentabilizar la producción y encontrar el punto de equilibrio de los yacimientos conllevaba un desembolso de muchos millones de dólares al año que no todos los productores estaban dispuestos a realizar. A estas alturas de la lectura, Candela ya tenía claro que la base de todo era generar beneficios a toda costa; hasta que las reservas naturales se secaran. Con una buena orquestación, deshacerse del excedente sería una operación a largo plazo pero garantizada porque los precios del petróleo siempre se mantenían estables para los gigantes productores. Y de momento, y a pesar de su bombo, las fuentes de energías renovables —eólica, nuclear e hidroeléctrica— no contribuyen ni al tres por ciento de la mezcla energética mundial. El resto son combustibles fósiles: gas natural, carbón y petróleo, la mayor fuente mundial de energía aún lejos de terminar su era, y quizás el móvil para cometer un asesinato en el seno de una familia donde sería complicado no tener enemigos cuando había en juego cifras astronómicas.

El baile vibrante del teléfono en la mesa concluyó una investigación tan extraña como interesante, que la llevó a pensar en cuánta información desconocía el ciudadano respecto a los entresijos que manejaba una élite sin conciencia ni los pies en la tierra.

Respondió contenta la llamada de su madre. Tras unos saludos cariñosos, la voz de Mercedes se trasformó en un hilo plano. Candela la oyó hablar sobre el agravamiento de la enfermedad de Miriam, que había sobrepasado cinco años el plazo tope de los médicos cuando se la diagnosticaron. La esclerosis lateral amiotrófica o ELA le había afectado las células nerviosas del cerebro y de la médula espinal. Llevaba ocho años tratándose con riduzol, el único medicamento que alargaba la supervivencia; sin embargo, su cerebro había ido perdiendo la capacidad de moverle los músculos y progresivamente le estaba paralizando todo el cuerpo hasta el punto de poder provocarle la muerte por un fallo respiratorio en cualquier momento, como su madre le explicaba entre lágrimas.

El remordimiento se entremezcló con la frustración de Candela. Lidiar con la enfermedad a miles de kilómetros no es equiparable a hacerlo diariamente como le tocó a sus padres. No era justo que su hermana muriera a los treinta y dos años después de llevar sin vivir desde los veinticuatro. Desde luego, se preguntó si, como mínimo,

los dos últimos años le habían merecido la pena. El deterioro de Miriam se hizo patente a los tres años del diagnóstico, cuando le vaticinaron la muerte, en cambio, gracias a la medicación y a una valentía encomiable sobrevivió un año, estupendo. Luego, llegaron dos más. Incluso se atrevieron a soñar con una curación. Qué ilusos. La evidencia del progreso de la enfermedad no les dio tregua y ahí estaba, de frente, como una ineludible cita con un insistente pretendiente.

—Hablaré con mi jefe —dijo Candela, pensando en pedirle unos días libres a Ashton—. Te llamaré cuando tenga el billete. Si hay alguna novedad, avísame.

—Si no puedes venir, no te preocupes.

—Sí podré ir —comentó seca, apenada por la benevolencia de su madre—, ya me las apañaré.

—Aquí no vas a resolver nada, Candela —dijo Mercedes, que asumía la responsabilidad laboral de su hija como un rasgo virtuoso de su carácter. Por supuesto, ni ella ni su marido sabían que llevaba meses con los Holt desempeñando un trabajo muy diferente al que imaginaban—. Entre tu padre y yo nos vamos turnando.

—No insistas, mamá, quiero despedirme de ella.

Mercedes no pudo negarle ese deseo; aunque todavía le costaba hacerse a la idea de que Miriam pronto no estaría. Comprendiendo que no tenía calidad de vida, y pese a todos los argumentos racionales que barajaba, sabía que no sería fácil aceptar el vacío que le dejaría. Acostumbrarse a la rutina que la enfermedad fue demandando conforme avanzó le supuso un esfuerzo físico y mental descomunal, pero recibía un amor incondicional que alimentaba su fatiga y una dependencia que la transportaba a otra época donde aún tenía la esperanza de un futuro feliz para su bebé. Así vio a Miriam durante los últimos meses, cuando dejó de comer y se convirtió en un marchito vegetal a pasos agigantados. Supo que el final se acercaba para su hija, y quizás el de ella también, al menos hasta retomar la vida sencilla y sin aspiraciones que la rodeaba.

Tras una despedida más fría de lo que ambas hubiesen pretendido, Candela llamó a Lola para contarle sus penas. Antes de terminar una charla que duró más de veinte minutos, hablaron de Hamza y Harriet. No fue su intención, pero como la canaria también tenía una naturaleza curiosa una cosa llevó a la otra.

Luego, cenando con las niñas logró mantener la compostura alegre de siempre. Esa misma que se tornó insegura cuando Ashton apareció en el ascensor. Esperó para hablar con él hasta que las niñas se acostaron, sin fijarse en su apariencia rotunda para

protegerse.

—Me tengo que ir a Madrid.

—¿Por qué?

—Mi hermana está muy grave —respondió Candela en un tono bajo. Ashton la observaba atento—. No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero creo que podrás apañarte sin mí.

—No te preocupes por nosotros —comentó amable—. Nunca me has hablado de tu familia.

Ignorando el reproche que advirtió en esas palabras, Candela sonrió irónica:

—¿Alguna vez me has preguntado?

—¿Qué le pasa a tu hermana?

—Está enferma —respondió seria.

—¿Nos tomamos una copa y te pregunto todo lo que quiero saber?

—¿Vas a interrogarme?

—No —dijo sonriendo—. Prefiero conocerte.

Poco después, sentados en el sofá frente a la televisión apagada, bebían vino y saciaban su curiosidad. En ningún momento Candela se quedó con dudas sobre él. Del mismo modo, Ashton no se privó en sondearla a fondo, incluyendo a veces a Jordan.

Cuando la serenidad flotó relajante en un espacio demasiado grande pero acogedor, Ashton volvió a un tema denostado por Candela: la ELA, quizás porque era la causante de su reticencia a tener hijos aunque la mayoría de los pacientes no tiene un historial familiar y esta se presenta en casos aislados. Ella relacionaba ser madre con la enfermedad y de manera subconsciente había creado su límite más infranqueable. Ashton notó esa falta de motivación por la maternidad y optó por alabar la secuenciación masiva del material genético que permite la evaluación simultánea de gran cantidad de genes gracias a un proceso eficiente y rápido. Así pasaron un buen rato, hablando con una sincronía abrumadora de progreso científico y resultados reales para los pacientes.

—Es curioso —dijo Candela—, estamos de acuerdo en todo.

—¿Por qué es curioso? —preguntó confuso—. Creo que hemos estado de acuerdo porque teníamos la misma visión de las cosas.

—A eso me refiero —dijo sonriendo—. Tú y yo siempre estamos en desacuerdo.

—No —replicó Ashton, giró la cabeza y la miró burlón—. En lo esencial estamos en sintonía.

—Será mejor que no te pregunte qué consideras esencial.

—Sí, mejor no lo hagas —dijo grave—. Debes saberlo.

Candela no se sintió capaz de aguantarle la mirada. Bajó la vista y clavó los ojos en un punto abstracto de sus pantalones. La vibrante tensión envolvía sus cuerpos, apenas separados unos centímetros innecesarios para trasmitirse calor. Por mantener las manos ocupadas, Candela inclinó el cuerpo hacia delante para coger la copa de vino. Antes de ni siquiera rozarla, la mano de Ashton sujetó su barbilla y acercó los labios a los suyos. Si miles de mariposas aleteaban en su estómago, en ese instante, una horda de luciérnagas iluminaron la noche con el brillo radiante del azul más cálido que ella jamás había visto. Deseaba tanto su boca que no le dio oportunidad a la indecisión.

Y el golpe para Ashton fue tremendo. No esperaba un recibimiento tan apasionado y ardió en un abrir y cerrar de ojos. Sin noción de cómo o cuándo bajaron la escalera del dormitorio de Candela, parándose para besarse cada pocos pasos, y se desnudaron apresurados más que satisfechos por las vistas excitantes de sus cuerpos, hasta el momento contemplados en pequeñas e insignificantes porciones para el despliegue que tenían por delante. El tacto se adelantó al gusto sin demorar unas caricias precisas, ávidas, alentadoras y sosegadas.

—Eres una bruja —dijo Ashton ronco, sujeto a unas nalgas suaves y tentadoras mientras unos pechos grandes se aplastaban contra él. No podía parar la magia. Sucumbió a los labios rojos, a la lengua danzarina y los dedos ágiles que también exploraban su trasero. El contacto apremió el balanceo de sus caderas buscando unirse con fuerza—. Voy a reventar…

Jadeante, Ashton la tumbó en la cama y se tendió encima de ella. No les hacía falta otro preámbulo. Llegó una embestida contundente, directa para llevarlos al reino del placer, que superó con creces las expectativas de los dos y los condujo a perderse en un sexo fervoroso, tenso, y tan satisfactorio que solo pedía a gritos más entrega. Ni acoplados bien húmedos lograban saciar la fricción de sus cuerpos mientras se recorrían con manos inquietas y sus bocas saboreaban el violento deseo. Luego, como una plaga de voraces insectos, Ashton arrasó los pechos turgentes de Candela lamiendo sus pezones con constancia, sin dejar de clavarse en su interior, bramando de gusto. Para acallarse cerró frenético sus labios sobre los de ella y movió la lengua al ritmo rápido que marcaba con las caderas. Cayó hechizado por un aroma seductor, muy femenino, capaz de rendirlo totalmente amansado tras vaciarse por completo. Olvidó con las prisas ponerse un preservativo, aunque lo agradeció eufórico porque estaba seguro de que Candela usaba todos los

medios a su alcance para evitar embarazos y no le preocupaban las enfermedades porque por su parte siempre era cuidadoso y no dudaba que ella también lo fuese.

—Será mejor que me vaya a mi dormitorio.

—Como quieras… —dijo Candela, pensando en la intimidad que necesitaba para racionalizar el pedazo de polvo que habían disfrutado.

Ashton esperaba algo de reticencia, no encontrarse con esa pasividad, y se levantó mostrando un humor irascible. Solo se colocó los bóxers y la camisa desabrochada. Recogió el resto de la ropa y los zapatos y se incorporó para mirarla ausente durante unos segundos.

—Buenas noches, Candela.

—Igualmente.

Candela susurró esa única palabra. Fue una despedida rara, demasiado fría para el fuego que los dos desprendían. No se atrevió a pedirle que se quedara. Fue cobarde al no decirle que lo echaría de menos. Al no reconocer que no recordaba a nadie que la hubiese amado como él, quizás era imposible recordar una experiencia no vivida. Como sopesara la implicación de una relación con Ashton siempre encontraba grandes barreras disuasorias, y en cambio, la que se prometió no traspasar nunca le había dado un sexo inolvidable. ¿Cómo no comparar lo venidero con él? Para Candela el listón de Ashton estaba tan alto que sería complicado alcanzarlo. ¿Y para él? ¿Habría sido tan bueno? Candela no dudó que disfrutó tanto como ella, ¿pero a qué estaba acostumbrado teniendo en cuenta la compañía femenina que frecuentaba? Pensó en la sensación de su piel, y de pronto recordó que no se había puesto preservativo. Tuvo un momento de pánico, hasta que se obligó a creer que habría hecho una excepción con ella. Si no, ¿con qué clase de loco acababa de echar el polvo del siglo?

No pasaron ni diez minutos cuando se abrió lentamente la puerta del dormitorio. Ashton bajó vestido con el pantalón de un pijama oscuro, sosteniendo un vaso de agua en la mano. Candela encendió una de las lamparitas que había en las mesitas de noche para toparse con unos ojos que pedían ternura a gritos. Sonreía al abrir el lado contrario de la sábana cuando Ashton dejaba el vaso en la mesita.

—Me parecía muy deprimente dormir solo.

—Lo es…

Ashton sonrió despacio, se quitó el pantalón y se tendió en la cama. Candela tocó su rostro áspero, el cabello suave que envolvió

sus dedos y metió una pierna desnuda entre las de él, bien asegurada por unas firmes manos.

—¿Has traído condones? —preguntó Candela.

—No, pero puedo subir a buscarlos.

—¿Eres de fiar?

—Mucho —respondió, y le dio un suave mordisco en la barbilla —. ¿Y tú?

—Más…

Ese susurro terminó con la preocupación de los dos por su salud y arrancó la exquisita languidez con que se excitaron. Tanto valían largos besos como intensas caricias escarbando donde el deseo se amasaba. Y de nuevo llegó el acople, la fuerza de unos embates a fondo sin medir la profundidad. Ashton gruñía extasiado por una potencia que lo debilitaba mientras Candela incitaba una muerte súbita. Él dejó que le exprimiera cada gota de semen, agradeciendo de nuevo poder sentirla piel con piel, totalmente resbaladizo por un deseo alocado, único y revelador. Cavilando en eso, en lo difícil que le resultaría disimularlo, dijo:

—No me gustaría que estuviésemos como adolescentes en mi propia casa.

—¿Qué propones? —preguntó curiosa, sonriendo al repartir besitos en su mentón.

—Que duermas conmigo arriba. —Ashton la miró a los ojos, entregado. Con ella había tenido una conexión tan brutal, o un acople tan perfecto, que creyó acababa de encontrar a su mujer ideal, pero como no tenía intención de oírse a sí mismo expresando en voz alta ese pensamiento, habló comidiéndose un poco—. Sé mi pareja.

El corazón de Candela latió acelerado, como su pulso.

—Dame unos días —dijo cuando salió de Babia—. Estaré fuera una semana. No nos precipitemos por haber tenido un sexo agradable.

—Repite lo último —dijo entornando los ojos. Metió la mano entre los muslos de Candela, arrancando una risa contagiosa y se inclinó sobre su cabeza—. Ha sido mucho más que agradable… —ronroneó en sus labios—. Muy… agradable…

Borracha por una voz grave pero sedosa, Candela dejó que invadiera su boca con sosiego, de forma “agradable”. Si bien, el cafre que se moría por hacer acto de presencia no tardó en dominar sus movimientos hasta los lejanos confines donde no existían problemas ni sentimientos que enturbiaran sus vidas.

Allí, en aquel paraíso blanco, se prodigaron tibias caricias como

roces de satén, murmullos ahogados en besos cariñosos y en una charla que no pretendió más que mantener la complicidad e inesperadamente fomentó la desconfianza. Ashton no entendía la fijación de Candela con la muerte de Harriet, y encima tenía que responder a un cuestionario sobre el jeque Abdulá porque daba por sentado que uno de sus hijos fue el misterioso amante.

—Mi amiga Lola me lo ha confirmado —comentó Candela ajena al enfado que Ashton ocultaba a duras penas—. Se alojaban en su hotel. Lo averigüé por los jabones que le traía a Bronte.

—Eres una bruja muy espabilada —dijo Ashton, metió una de las piernas en medio de las suyas—, pero deja el tema —habló severo, levantó la vista para observarla relamiéndose—, no quiero a nadie entre nosotros, y menos a ella.

—No está entre nosotros —comentó calmada, advirtiendo su contención—, pero es posible que no muriera como crees.

—¿Qué estás diciendo?

—Escúchame —dijo con firmeza, se incorporó y quedaron encarados—. Él murió unos meses antes en un accidente de tráfico, pero me da mala espina porque se estaba negociando la venta de la petrolera familiar y su voto era decisivo.

—Esa venta aún está negociándose —comentó seco—. Y si Abdulá hubiese visto algún indicio de asesinato en la muerte de su hijo, estoy seguro de que habría emprendido las acciones legales oportunas. No puedes ir haciendo ese tipo de suposiciones.

—Hamza bin Abdulá tenía prometida en Sarja —añadió irónica —. ¿Crees que habrían aceptado con agrado el embarazo de Harriet? Por lo que he leído, la prometida es la hija mayor del sultán Humaid bin Saud Al-Masud, actual emir y primo hermano de los bin Jalifa, la alianza perfecta para repartir ganancias solo entre la familia —resumió convencida—. Harriet y su hijo eran un obstáculo. ¿Por qué no quieres verlo?

Ashton batió las mandíbulas con fuerza.

—Abdulá no necesita casar a ninguno de sus hijos para hacer negocios, eso te lo garantizo; conozco cómo funciona.

—Muy bien, no quieres hacerme caso y estás en tu derecho — matizó suficiente—, pero desde mi punto de vista es mucho más lógico que los mataran a los dos. A él para seguir adelante con la venta de la petrolera y a ella para proteger su reputación y su patrimonio, ten en cuenta que tu ex podría haberles exigido una buena suma por la manutención del bebé. Y, por qué no, para quitarse un testigo incómodo con más información de la que debería manejar.

—¿Toda esta película es porque Harriet no dejó una nota de suicidio?

—Por ahí empezó, sí.

Ashton no tenía el ánimo para discutir, había bajado para estar con ella, por su compañía, por el sexo y por sentirse cómodo; pero empezaba a entender que "su bruja" no pretendía molestarlo, sino indagar en un romance que él trataba de olvidar. Y con esas dudas razonables estaba incitando su espíritu curioso, porque sería un consuelo para sus hijas saber que Harriet no las abandonó, que no buscó morir ni antepuso a ellas el amor arrollador de su amante.

Mientras Candela se dormía, Ashton no dejaba de cavilar en los pocos encuentros que recordaba con Harriet. De pronto acudió a su memoria una murmurada letanía, una desesperación interpretada en su día como remordimientos. En cambio, ¿enturbió el miedo aquella sensación? ¿Sería posible que Harriet estuviera siendo amenazada o intimidada y él no se hubiese dado cuenta? Renegó de ella en casi todos los ámbitos de su vida, apenas se veían, exceptuando los ratos que compartían con las niñas siempre y cuando fuesen breves, si no, si por casualidad se prolongaban, terminaban enzarzados entre reproches para distanciarse por caminos opuestos sin posibilidad de retomar su relación. Esos recuerdos respondieron su pregunta con un sí contundente. Harriet pudo estar en peligro y por la nefasta convivencia que mantenían no lo compartió para no echar más leña al fuego; conociéndola, era un comportamiento más que probable. Siempre fue una mujer muy reservada, y en todo lo relacionado con su amante se convirtió en hermética; hasta preferir morir sin desvelar su nombre. Pero si Hamza había muerto, ¿por qué siguió guardando en secreto su identidad? ¿Estaba Candela en lo cierto? ¿Ella y su hijo estorbaban a los Al-Masud? Para esas preguntas no encontró respuestas antes de que las oscuras sombras invadieran su conciencia y hallara serenidad abrazado al cuerpo de Candela, que se transformó en un sostén para el suyo, evocándole cuánto había echado de menos el calor de una mujer. Ese cobijo nocturno, perseguido con ahínco, una vez conquistado no tenía intención de perderlo. Ni en sueños.

Pasados dos días, las horas en el despacho ayudaban a Ashton a sobrellevar la ausencia de Candela y a alejar los remordimientos por las sucias jugarretas en las entrevistas laborales. Concentrado en el trabajo no pensaba en ella; sin embargo, cuando estaba en casa parecía un zombi atontado.

En un lapso poco definible, siguió el consejo de la bruja y buscó

información sobre el accidente de tráfico en el que murió Hamza bin Abdulá. Él no solía interesarse más de lo imprescindible por no hurgar en la herida abierta del jeque, todavía bastante reciente, aun sabiendo que había contratado a otro bufete especialista en accidentes de tráfico para demandar al fabricante del vehículo que aquella fatídica noche conducía Hamza. Para Abdulá y la jequesa su muerte estaba siendo un trance doloroso, incomparable a la pérdida de un hombre que ya no amaba a su esposa, tan difícil de digerir que no entraba en sus mentes asumirla como una fatalidad del Destino; ninguno admitiría la mala suerte de Hamza sin pruebas de un accidente fortuito.

Leyendo la web número cuatro, las sospechas de un periodista que tampoco creía en las coincidencias lo alertaron y empezó a conjeturar al tiempo que avanzaba bajando por esa página. Con la muerte de Hamza, su hermano mediano, Yasser, pasaba a ocupar su puesto como primogénito y hasta podía casarse con su prometida. ¿Sería Yasser el encargado de llevar a cabo el designio encomiado a Hamza? La información extendía sus redes a los miembros más importantes de la familia Al-Masud, entroncada con las monarquías de la federación de estados que conformaban los siete emiratos. Así era conocida la gran familia de Hussein bin Jalifa Al-Masud, el hermano mayor de Abdulá y actual primer ministro de Emiratos Árabes Unidos. Esos países, desde los más poblados como Dubái, Abu Dabi o el propio Sarja, hasta Ajmán, que no pasaba de los 360 000 ciudadanos, tenían en común dos cosas primordiales: petróleo y líderes emparentados. Y Sarja, o al-Shariqa en árabe, contaba con el aliciente de ser el único emirato con entrada y salida directa a los Golfos Pérsico y de Omán, algo que había contribuido al enriquecimiento comercial del país durante muchos siglos, a los Al-Masud y, especialmente, al jeque Abdulá, que fue un visionario en los años sesenta para el negocio del petróleo al destinar todo el patrimonio heredado de su padre —mucho menor que lo que le correspondió a su hermano Hussein, en aquella época ya establecido en Dubái— hasta convertir ArabCorp en el imperio que era actualmente. Quizás el enclave geográfico fuese un factor determinante para que AENCO, la empresa estatal de Emiratos, estuviera tan interesada en fusionar ArabCorp. Y si Hamza no estaba a favor de la venta, ciertamente, su propia familia podía estar implicada en su muerte y, si daba por válido ese argumento, tomaba más peso que Harriet no se hubiese suicidado. ¿Sería conveniente hablar con la policía?

Ante la confusión, llamó a Malborough. El hombre estaba

curtido en sucias contiendas callejeras y, como su principal desasosiego fue tener la seguridad de que las niñas no corrían peligro, creyó que podría aconsejarle. En cambio, con más socarronería que ganas por calmar esa inquietud, los pequeños y vivarachos ojos azules de Francis Malborough se entornaron antes de sonreír expulsando en su pipa de ébano el humo espeso de una prolongada calada. Las líneas sobrias de la pipa se enturbiaron por el blanco de una nube que llenó la habitación de aromas picantes alrededor de una pequeña corona, el dulzor oscuro casi de inmediato transmutó a un sabor ahumado, a especias exóticas y dulce nuez, y después de unas pocas bocanadas el humo con reminiscencias a la quema otoñal de hojas húmedas en el bosque rodeó aquel espacio alto y cuadrado. Sobresalía del mobiliario antiguo, una mesa clásica de despacho hecha de madera encerada con las patas torneadas llenas de diminutos detalles.

—Tengo un ferviente interés por conocerla, Ash.

—Puedo suponerlo —comentó resignado. A sus años, ochenta cumplidos, Malborough destacaba por una asombrosa vitalidad y una predilección por las morenas que no se molestaba en encubrir, al contrario, Ashton creyó que exageraba para irritarlo, máxime cuando empezó a arrepentirse por describirle de forma demasiado gráfica a Candela—. Tendrás que aguantar hasta la cena. Imagino que no te la perderás, ¿no?

—No, claro que no —contestó rápido. Tras una calada, expulsó otro aro sinuoso y siguió hablando—. Déjame que investigue un poco los negocios de la petrolera, pero si tu novia tiene razón deberías denunciarlo a la policía.

—No es mi novia para empezar, y gracias por no solucionarme nada.

—¿Está en mis manos? —preguntó cínico.

—Nunca hay nada a tu alcance y sin embargo siempre consigues todo lo que te propones.

—Una cosa no tiene que ver con la otra —dijo en un tono soberbio—. Ser constante con un objetivo determinado tiene más posibilidades de darte buenos resultados, pero no conlleva siempre el éxito. Aunque no te lo creas, no siempre he conseguido todo lo que he querido. A la vista está que sigo solo.

—Conmigo no vayas de víctima, tío Francis —dijo con sorna. No solía llamarlo “tío” porque sabía que le molestaba, aparte de que era un calificativo motivado por la estrecha amistad que mantenían más que por unos lejanos lazos sanguíneos—. Estás solo porque has querido.

—Como tú —añadió sonriente—. ¿Cuándo dices que vuelve tu novia?

—No es mi novia —respondió hartándose. Era correcto que él mismo le había propuesto a Candela ser su pareja, aunque no se veía comportándose como un novio enamorado. Más bien cuando se lo propuso, se refería al ámbito hogareño que compartían o, para no andarse por las ramas, a su cama—. Y no lo sé con seguridad. Su hermana tiene ELA, está muy grave.

—¿Vas a dejarla sola?

—No me ha pedido que vaya —comentó molesto—. No estamos en ese punto…

—¿Y en qué punto estáis además del sexual?

—Es difícil de explicar —habló evasivo porque si ya le resultaba complicado entender la clase de relación que había entre ellos, describirla con palabras era un desafío que en ese instante no quiso afrontar—. Estamos descubriéndolo.

—Mientras hallas o no —dijo burlón—, puedo quedarme el fin de semana con las niñas. Tráemelas, las dos se lo pasan bien aquí. Además, Payton vendrá el sábado.

—¿Sola o con mamá?

—No se lo he preguntado ¿Por qué? ¿Otra vez se han peleado?

—No lo sé —comentó reclinándose en el sillón del despacho, cavilando en una idea—, ya sabes que siempre están a punto de erupción.

A primera hora de la tarde siguiente, Ashton sacó los ligeros equipajes de sus hijas y dejó el suyo en el maletero. Francis salió al jardín para recibirlos, entusiasmado al contar con un nuevo aliciente por dos míseros días; revivía con las niñas, y ellas sentían adoración por él. Acortó la distancia que los separaba en pocos segundos, ágil. Los ochenta años que acarreaba en las espaldas no le pesaban en sus largas piernas ni en la energía que todavía desprendían unos ojos azules tan vivos como listos. El cabello blanco le escaseaba, igual que la tersura en una piel demasiado expuesta a la intemperie; en cambio, tenía paciencia de sobra para bregar con las niñas. Las travesuras de Bronte con el contrapunto de la sensatez volátil de Mia alejaban cualquier malestar, incluyendo la tristeza por la mala noticia de la muerte de una mujer joven.

Unas horas después, en la primera clase de una línea aérea comercial británica, Ashton aterrizó en Madrid a la hora punta de la salida laboral. Luego, dentro de un taxi, el tráfico denso ocupó su visión del centro de la ciudad hasta que se bajó en la Carrera de San

Jerónimo, en la puerta del hotel. Durante unos segundos alzó la cabeza para ver bien la fachada oscura, moderna, con grandes ventanales de cristales como espejos, que le pareció bonita pese a destacar el clasicismo del edificio contiguo, y entró a registrarse. Recorrió un patio interior altísimo, cubierto con una estructura traslúcida por donde se colaba un sol inaudito en Londres a esas horas y en esa época del año, y contempló sorprendido una exposición de arte protegida en urnas que consistía en esculturas típicas orientales.

La decoración con madera y piedra natural, más el toque especial de la iluminación fueron acordes en la suite que ocupó en pocos minutos. Tenía un mobiliario básico de diseño, sábanas marrones lisas y, como algo más curioso, una especie de tatami claro con el colchón de la cama encima, y en la pared trasera, recubierta de madera oscura, el haz de la luz anaranjada de los pequeños apliques cuadrados que había a los lados se proyectaba formando dos triángulos invertidos. En conjunto, incluido el baño en la misma línea de rectas sobre curvas y colores planos sobre estampados, cumplía con sus expectativas y exigencias para las dos noches que tenía pensadas pasar allí.

No sabía si haber tenido el impulso de presentarse sería bien recibido por Candela, pero fue cómo sintió que debía hacerlo y no iba a arrepentirse sin averiguarlo en persona. La llamó para interesarse por su estado de ánimo sin decirle dónde estaba y gracias a una práctica adquirida durante incontables investigaciones no tardó en averiguar la dirección del tanatorio donde incinerarían el cuerpo de Miriam Báez.

El llanto desconsolado de unos gemidos, mezclados con voces piadosas, dirigió los pasos de Ashton al bajarse del taxi. Iba mentalizado para ver algunas escenas dramáticas, no para contemplar de cerca el frío témpano de hielo en el que se había convertido la expresión de Candela. Ausente, ella ni siquiera parecía escuchar el dolor de la mujer ahogada en lágrimas que tenía al lado. La mujer, vestida de riguroso luto, debía ser Mercedes. Lo supuso. La pena devastadora de su rostro reflejaba el dolor que solo una madre puede sentir ante la pérdida de un hijo. Sin querer llamar a Candela, abstraído en la tristeza, y rodeado por las personas que llegaban para dar sus condolencias, aguardó en la puerta.

Candela, en aquel momento, no tenía fuerzas para llorar a Miriam tras años haciéndolo en soledad. Durante su larga ausencia de España había tenido tiempo y distancia para asumir su

fallecimiento, al igual que para separarse emocionalmente de la indiferencia que sus padres mostraban por ella. Por eso nunca recurría a su familia cuando necesitaba su apoyo; siempre salía adelante por sus medios porque comprendía que sus problemas eran nimiedades comparados con los de Miriam. Pero aun así, en algunas malas rachas, le habría gustado contar con ellos aunque solo hubiese sido como alivio moral; y sin embargo nunca se atrevió a pedirles consuelo. Y si sumaba la sobreprotección de su madre hacia Miriam cuando iba en Navidad o verano, donde no le permitía más que acompañarla, podía justificarse su falta de expresividad ante una situación terrible e injusta.

En cuanto se dispersó la multitud para acceder a la iglesia, Candela reparó en el hombre alto con un abrigo oscuro que la observaba muy serio. Se acercó como un autómata, sin tener claro si la imagen de Ashton era real o producto de su imaginación después de sobrevivir a la locura de un final asumido fatalmente por su madre. Nadie esperaba que Mercedes fuese capaz de despedirse de Miriam con entereza, aunque Candela se vio desbordaba y aturdida.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido para estar contigo —respondió Ashton, le besó las mejillas y sonrió breve—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Se encogió de hombros—. ¿Dónde has dejado a las niñas?

—Están en Somerset con Francis. Mañana irá Payton con mi madre. Siento mucho la muerte de tu hermana.

—Gracias. Es un detalle que hayas venido —dijo amable. Ashton le sujetó la mano y tiró suavemente de ella para envolverla en un abrazo cariñoso, impropio de un hombre hasta hace nada bastante arisco—. ¿Eres tú o estoy soñando?

—¿Por qué? —murmuró en su oído, sin dejar de rodearla con firmeza, sin que le importara ser el centro de muchas miradas curiosas, incluidas la de Mercedes y Diego—. Me apetece estar a tu lado.

—Acompáñame, te presentaré a mis padres, pero no es un buen momento, entiéndelo.

—Perfectamente. —Ashton le besó suave los labios—. Diles que soy tu novio.

—Con mi jefe tienen bastante —matizó irónica—. Cuanto menos sepan, mejor.

—Era por explicarles mi presencia, el abrazo y el beso, pero tú verás…

Sopesando cómo presentarlo, Candela recorrió el pasillo central de la iglesia dándole la mano. Había unos largos bancos de madera con unos reposapiés, más llenos de personas conforme se acercaban al matrimonio Báez, que recibía el pésame como en una nube de desolación. Al llegar a ellos, Candela y Ashton desenlazaron sus dedos. Fluyó un halo de tenso silencio hasta que Ashton sonrió ligeramente y le tendió la mano a Diego sin mediar palabras por dos motivos básicos: ni hablaba español ni eran necesarias.

Miedo a la realidad

Sábado, 3 de enero de 2015. Londres

Harriet

«Esto va a destrozarme, lo sé; no es normal haber caído enamorada como una pardilla rozando los cuarenta, ¿o sí? La verdad es que no lo sé y tampoco voy a preguntarle a ninguna de mis compañeras divorciadas porque la que no ha rehecho su vida, reniega de los hombres, y porque solo él y yo sabemos lo que compartimos. De momento, hasta que tenga la oportunidad de hablar con Ashton, si es que coincidimos algún día en casa, vamos a mantenerlo en secreto; así evitamos habladurías y suspicacias, también porque él me lo ha rogado aludiendo a su familia. No voy a contradecirlo. Entiendo el respeto que siente por su padre y los obstáculos que nos quedan por delante porque para ellos será todavía más complicado de digerir que para mi marido».

Bastante nervioso, Ashton se vistió con unos vaqueros, una camisa celeste, una chaqueta americana y unos cómodos mocasines de ante. Esperó asomado a la ventana, viendo el trasiego de vehículos y distinguiendo a los turistas del resto de personas que apresuraban el paso, eran los únicos entretenidos en un espectáculo artístico callejero.

El sonido de unos tibios golpes en la puerta casi le pasa desapercibido.

—¿Cómo estás? —preguntó Ashton al tener a Candela enfrente.

—Bien —respondió con una sonrisa tibia—, me alegro mucho de que hayas venido, es consolador.

Envuelta en un perfume alegre, con sus labios reclamándole atención, y con un cuerpo turgente que ansiaba acariciar, Ashton la sujetó de la cabeza para besarla con demasiadas ganas acumuladas.

—¿De verdad estás bien? —Ashton no quería arrastrarla a la lujuria que sentía, comprendiendo que el momento no era el oportuno.

—Mucho —susurró en sus labios y volvió a besarlo. Con él olvidaba la tristeza, y eso fue su pretensión al abrazar la solidez de su cuerpo, buscaba evadirse por completo—. Gracias, gracias, gracias por estar aquí.

Sonrió encantado al verla contenta, parecía tan desesperada como él. Retomó el placer de saborear su boca y se extasió cuando se encerraron en el dormitorio y le levantó la falda hasta la cintura. Metió la mano bajo sus braguitas, inclinó la cabeza sobre ella y gimió excitado al sentir la humedad que chorreaba de su sexo

—Pensé que querrías salir a dar una vuelta.

—Y quiero —dijo Candela. Se contradijo al volver a besarlo para ser incapaz de detenerse—, pero podemos centrarnos en nosotros.

—Te he echado de menos tanto que te sorprenderías.

—No me extraña —dijo susurrante, apremiando con las manos que se bajase el pantalón—, no tenías con quien discutir.

—No —dijo al ver su miembro liberado, buscando inquisitivo colarse entre sus piernas—. Ni a quien poner nerviosa…

Candela sonrió sin molestarse por un engreimiento bien cierto. Aunque no le dijo que también ella debía aturdirlo, quizás de manera negativa por las reacciones erráticas que había presenciado, pero turbación a fin de cuentas. Tampoco le comentó cómo sentía la química fluctuar entre ellos, a veces de una forma tan intensa que llegaba a molestarle; hasta le resultaba indeseable porque pensaba que era visible. Otras veces creía que él era el hombre de su vida, se lo preguntaba a sí misma como alguna de esas cuestiones existenciales que todos nos hemos hecho pensando que tendríamos suficientes datos para darnos una respuesta. Por descontado no supo responderse, pero tenía una especie de sexto sentido que la hacía darse un sí.

Más tarde pasearon hasta la Plaza Mayor y se sentaron en la terraza de uno de los numerosos bares, contemplando el ambiente vívido de un espacio abierto rodeado de edificios clásicos con un pórtico lleno de gente por todas partes.

En esa mañana soleada, donde a Ashton empezó a sobrarle la chaqueta mientras se tomaba una cerveza, también le gustó estar con Candela sin medir gestos ni palabras. Eso creyó hasta que el teléfono de Candela interrumpió la anécdota que le contaba. No perdió detalle de la conversación con Jordan, de quien guardaba un recuerdo hiriente para su hombría y a quien había descartado ante el cese de visitas. En aquel instante le dio la impresión de que trataba de consolarla, aunque Candela admitía el pésame sin mostrarse especialmente afligida. Entendía que eran amigos, pero no iba a fiarse del consumidor de maría; tenía pinta de reincidente en cualquier aspecto de su vida.

—¿Seguís viéndoos?

—De vez en cuando —respondió Candela.

Al igual que ella no se había interesado por sus amigas, esperó de él la misma deferencia. No añadió nada y bebió tranquila mirando el espectáculo de una escultura humana, una especie de sacerdotisa con la cara y el cabello a juego con una túnica negra.

—No quiero que vuelva a mi casa.

—¿Jordan? —preguntó, apretando las cejas. Reflexionó en esa orden inesperada y agregó—. No te preocupes, ya se aloja en

hoteles.

—No quiero que le veas.

—No eres quién para prohibirme nada.

—¿Segura? —preguntó soberbio—. Porque tengo una opinión bastante diferente.

—Me parece lógico —comentó con una sonrisa irónica—, si estuviésemos de acuerdo a la primera no seríamos nosotros.

—No, es posible —dijo sonriendo también, con malicia—, pero hablamos de situaciones. Una cosa es discrepar por algún asunto —explicó serio. Candela elevó las cejas en un gesto bastante cínico—, y otra admitir que tu pareja se tire a otro.

—¿Y a otra? —preguntó borde—. ¿Otra sí es admisible? ¿O si no vale para mí tampoco para ti?

—¿De qué hablas? —Ashton echó el cuerpo hacia delante—. No hay ninguna otra. Supongo que hablas de las mujeres que veías en casa, pero si hicieses memoria recordarías que no viene nadie desde hace muchas semanas. ¿Desde cuándo no ves a tu amigo?

—No es de tu incumbencia.

Candela zanjó la charla en un tono seco e intimidatorio. Ambos podían pensar que entre ellos había mucho más que sexo, si bien, todavía debían afianzar una relación incipiente antes de exigencias. No se sorprendió demasiado porque conocía el genio del Príncipe de las Tinieblas y agradeció su comedimiento ante unas palabras más ásperas de lo que pretendía. No quitó para que a partir de ese momento Ashton regresara al desdén condescendiente sin otros gestos cariñosos que una caballerosidad mecanizada.

Por no alargar la despedida, aún con la calma chicha envolviéndolos, uno alegó la temprana hora del vuelo que tomaría al día siguiente para regresar a Londres mientras la otra recurría al cansancio.

Se besaron conteniendo el deseo porque pesó más el mal humor que los dos disimulaban. Ninguno dudó que solo pospusieron una discusión justificada por los celos rabiosos del abogado tratando de ser corteses.

Ashton cerró la puerta del dormitorio y respiró aliviado por primera vez desde que Candela le dio un guantazo sin mano en su orgullo. Quizás por la admiración que sentía hacia ella podía tolerar un carácter tan independiente como hechizante; aunque sería absurdo engañarse a sí mismo; jamás compartía, pese a la distorsión que las mujeres —prostitutas o no— con las que Candela había coincidido en su casa pudieran alentar esa desconfianza. Para él no era comparable y esperaba que no intentara justificar con ellas su

relación con el guaperas, no podían medirse con el mismo rasero cuando en unas primaba el dinero mientras la amistad perduraba con el hombre. Tampoco es que Ashton estuviera muy preocupado por Jordan, tenía claro que no se habían visto, pero no iba a permitir otro gallo en su gallinero. A esa conclusión no le encontró objeciones. La bruja era de él, en exclusiva.

Pasados varios días Candela regresó a Londres, no tardó en retomar la rutina con las niñas y, misteriosamente, desde que se despidieron en Madrid no había coincidido con el abogado cuando no dudaba que sabía de su llegada. Pensó que estaba evitándola porque seguía enfadado. No hizo nada por verlo, se limitó a atender a las niñas y a encerrarse en su dormitorio, manteniendo la esperanza de alguna visita nocturna. Y se equivocó, Ashton la ignoró por completo.

El viernes por la tarde observó algo descolocada la irrupción entusiasta en el apartamento de Francis Malborough con él. El anciano no aparentaba su edad por la habilidad para desenvolverse. Tenía un aspecto algo escuálido, más remarcado al lado de Ashton, que le doblaba en robustez; sobresalía en él una amabilidad simpática que dejaba entrever con una sonrisa fácil constante, unas entradas que le ampliaban la frente arrugada y sus pequeños ojos azules, que no se privaron en repasarle el cuerpo de arriba abajo.

Cenaron en el salón, aunque Candela intentó evitarlo. Tantas más excusas esgrimió, más contundente fueron los argumentos de Ashton para que compartiera la mesa con ellos. A Candela le abochornó su propia reticencia, pensando que Malborough creería que era una sociópata. Durante la cena, usando unos modales tan suaves como su tono, respondió con amabilidad a todas las preguntas del anciano. Ashton fue un mero espectador, como sus hijas. Cuando más tarde la conversación sofocó el sueño de Bronte, a Candela le bastó una mirada para entenderse con Mia. De manera sosegada despertó a Bronte y la guió con un brazo sobre el hombro hacia la planta alta mientras Mia las acompañaba.

De vuelta, sintió la vibración del móvil al pasar por la cocina. Candela se detuvo y respondió a Jordan:

—Hola, ¿cómo te van las cosas?

—Como siempre —respondió Jordan—. ¿Te apetece tomar una cerveza?

—¿Estás aquí?

—Sí, hasta pasado mañana.

—Es un poco tarde —comentó mirando hacia el salón.

—Venga… No seas muermo… Hace un montón que no nos vemos.

Los ojos de Candela coincidieron con los de Ashton. En esos breves segundos decidió corresponderle con la misma indiferencia y aceptó la cerveza de Jordan en el pub del Soho donde solía ver a Lola. Sin más, se dirigió a su dormitorio para arreglarse. En ese preciso momento Ashton no supuso sus planes, los captó sin ambigüedades en cuanto la vio reaparecer en el salón. Candela se despidió de Francis con una amabilidad algo exagerada, también de Ashton. Pero a diferencia del anciano, él no sonrió ni una sola vez; y no por descortesía, fue una reacción involuntaria.

Cuando Candela desapareció en el ascensor, Ashton sirvió dos copas de brandy y retomó con Francis la conversación que interrumpieron sobre la muerte de Hamza. Ese mismo día ambos se habían reunido en una comida de negocios con el jeque Abdulá por un tema ajeno a su hijo, pero Francis lo tanteó sin insinuarle nada escabroso, amparado en la amistad de muchos años que compartían. El jeque les confirmó que el día del accidente hubo roces por la negociación de la compañía y que la nula investigación policial se debió al informe pericial que aseguraba que no hubo más implicados que el propio Hamza y la potente máquina que conducía, el LaFerrari que fue su último capricho. Con poco ánimo para hablar, Abdulá se mostró como un padre poco resignado al devenir de Hamza, asumiendo que la clase de dolor que sentía formaría parte de su vida para siempre. Por desgracia, Malborough había visto la cara más gris de algunos seres humanos, no admitía una coincidencia extraordinariamente oportuna y dudaba que el accidente de Hamza hubiese sido fortuito justo después de otro encuentro familiar donde no llegaron a ningún acuerdo para la venta de ArabCorp. Así pues, él también fundamentaba la sospecha de Candela.

Pasaron un rato distraídos entre suposiciones hasta llegar al meollo del asunto, con una única palabra para definirlo: dinero.

—Los productos que manufactura AENCO van desde el crudo pasando por varias clases de gases, refinado y transformación en gasolinas, gasóleo y fueloil, y con ArabCorp ya no tendrían competidores —comentó Francis, dobló con agilidad una pierna sobre la rodilla contraria—. Los Al-Masud controlan el Consejo Superior del Petróleo en Emiratos Árabes y AENCO es la empresa matriz, pero hay una legión de empresas privadas subsidiarias donde los mismos vuelven a llevarse el trozo más jugoso de la tarta.

—Por lo que sé, para un sector de la familia era importante no

basar el negocio en el petróleo. Aunque para la otra, la necesidad de fusionarse podría ser porque no iban a resistir las pérdidas en sus yacimientos.

—Bobadas —exclamó vehemente—. Con esta operación AENCO elevará sus reservas de gas y petróleo. Y ten en cuenta la decisión de Emiratos de no reducir su producción. A todos les interesa el negocio.

—También le interesaría a Hamza, ¿no?

—Puede que sí y puede que no.

—Gracias por no aclararme nada.

—No hay de qué —dijo Francis, se levantó animoso—. Me voy, quiero coger el tren de las once.

—¿Por qué no te quedas? Duerme en la habitación de Mia. No llegarás antes de las doce.

—No tengo prisa y prefiero dormir en mi casa, el día ha sido intenso. Supongo que a ti aún te queda un buen rato.

—Creo que no —dijo sin querer entrarle al trapo de Candela—. Voy a dar por finalizada la velada en cuanto salgas por la puerta.

—Cualquier diría que pareces ansioso porque me marche.

—Tómate tu tiempo…

Ashton cogió las copas vacías y, tras despedirse, las llevó al fregadero. Apagó la luz y con unas ganas enormes de meterse en la cama para olvidar su enfado subió la escalera y atravesó el pasillo hacia el dormitorio. Se arrebujó con un ligero edredón. Luego despatarró las piernas. Los movimientos indicaban que ese sueño reconfortante que creyó tan necesario tardaría en llegar o incluso ni siquiera llegaría esa noche; otra desperdiciada en blanco, como otras tantas.

En el pub, las cosas para Candela tampoco estaban yendo según lo previsto. Ni por ver a Jordan tonteando con cada mujer que se le ponía a tiro ni por escuchar las razones de Lola para que dejara de luchar contra Ashton. Mientras el granjero parecía querer hacerle ver lo que estaba perdiéndose, la canaria no entendía el porqué de su actitud fría con Ashton cuando sabía por ella que la traía de cabeza. Encima, había tenido el detalle de ir a Madrid; de hacerla feliz sin esperarlo, sorprendiéndola. Y ese era precisamente el talón de Aquiles de Candela; con Ashton sentía una vulnerabilidad novedosa y desconcertante.

—Cuando quieres eres muy borde, Cande.

—Es tu punto de vista —comentó seria, miró de refilón al público parlanchín del antiguo establecimiento con olor rancio a

sudor y se tomó de un trago poco femenino el resto de su pinta—. Si realmente conocieras al verdadero Ashton, me entenderías. No voy a liarme con nadie que intenta prohibirme cosas porque nos hayamos acostado dos veces, no lo he hecho nunca.

—No creo que admitir que no le guste que veas a Jordan sea una prohibición. Si quiero salir con alguien, me gusta la exclusividad.

—Y a mí —admitió molesta—. Pero como no hemos hablado de nada, antes de soltarme sus perlas podía haber sido claro.

—Es una forma de serlo. ¿Qué le has aclarado tú?

La pregunta maliciosa de Lola consiguió enfurecerla.

—Nada, ni tengo intención. Si no fuese por las niñas, ya me habría despedido. No soporto vivir con él, no puedo estar siempre en guardia. Tengo que centrarme en mis cosas.

—Haz con Ashton lo que te dé la gana, y con tu trabajo igual, y no uses a las niñas. Si estás tan agobiada en su casa, ya sabes qué deberías hacer.

—¿Me acogerías hasta que encuentre algo? —preguntó aun sabiendo que sería imposible en el diminuto estudio de Lola.

—Ni de coña —respondió con una sonrisa—. Pero empieza a buscar.

Después de dejar a las niñas en el autobús escolar el lunes por la mañana, lloviznaba cuando Candela se sentó en la barra de la cocina a desayunar. Abstraída en el suelo mojado de la terraza, recordó el aburrimiento del fin de semana que había pasado sola, envuelto en una indeseada tranquilidad. No podía reprocharle a Ashton que hubiese preferido irse a Somerset con Francis y las niñas antes que quedarse con ella, sin embargo, una cosa era lo que debía exteriorizar y otra su fuero interno, donde no podía asumir esa indiferencia. Ashton se comportaba como un jefe inexistente y un amante rencoroso, impasible, arrogante y olvidadizo, con tan mala memoria para recordar los momentos "agradables" vividos con ella que la sacaba de sus casillas; llegaba a odiarlo.

Mary apareció diligente mostrándole el teléfono inalámbrico, articuló con los labios "Ash" y se lo tendió. Disimulando el leve temblor que le sacudió la mano, Candela cogió el aparato y habló seca:

—Buenos días, Ashton.

—Te espero en mi despacho dentro de media hora. Buenos días.

En cuanto escuchó Candela el tono cortante, percibió el conato de guerra, que la animó a acabarse el café tranquilamente, pensando que un escarmiento le vendría perfecto. Estaba contratada

para cuidar a las niñas; no como su recadera, y menos con exigencias. Aunque también sopesó que el encuentro fuese por el encargo de la imagen corporativa que la junta del bufete había aprobado, el que sería su primer proyecto en esa solitaria y nueva andadura profesional que contemplaba más cercana por días. Se arengó durante un rato para afrontar de buen ánimo cualquier salida de tono de Ashton y no dudó en una discusión inminente si ella no era capaz de ignorar el genio que ni siquiera enmascaró en la llamada. Pero incluso con ese buen propósito, sin preocuparse por la puntualidad, echó una ojeada a los estudios que tenía marcados como favoritos en un portal inmobiliario porque en un instante de brillante lucidez vio claro su futuro. Alquilando una vivienda pequeña mataba dos pájaros de un tiro, por no contar con las expectativas laborales que se le abrían, solo necesitaba no agobiarse, mejorar la confianza en sí misma y marcarse un ritmo pausado pero constante. Debía tomar una decisión, las niñas o su aspiración profesional, y dentro de una de esas opciones Ashton iba incluido.

Respiró hondó al atravesar el umbral del edificio Five Kings House, fue incapaz de detener el temblor de sus manos cuando subió en el ascensor hasta la cuarta planta y frente al letrero metálico *Holt & Malborough* no se molestó en controlar el latido infernal de su corazón. Claramente, Ashton la trastornaba.

La feúcha chica rubia la condujo al despacho del abogado, que estaba de espaldas mirando por la ventana y dio un ligero respingo al verla. En cuanto la rubia cerró la puerta y se quedaron a solas, Ashton no cambió el gesto severo acortando la distancia que los separaba. Obvió cualquier amable gentileza, confirmando los peores vaticinios de Candela. El enfado de Ashton se percibía en la presión de sus labios, en la mirada azul afilada tratando de diseccionarla y sobre todo en la pose autoritaria que transmitía delante de ella con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos del pantalón.

Ashton tensó las mandíbulas, repasándole el sencillo atuendo que vestía: falda gris recta, camisa blanca y bailarinas negras; el cabello suelto bien peinado y nada de maquillaje, excepto un ligero color rojo en los labios, mientras Candela no apartaba los ojos de los de él sin necesidad de su mismo descaro porque desde que entró había observado lo que llevaba puesto —traje oscuro a medida y camisa blanca, sin corbata— además de oler el aroma masculino que inundaba sus sentidos de frescura y sensualidad para ponerla en desventaja.

—¿No tienes reloj?

Candela retomó su arenga mental y no desvió la vista ni un segundo.

—No.

—No voy a andarme con rodeos —dijo Ashton contundente—, no me gustan ciertos comportamientos y no pienso tolerarlos. Estás despedida.

Solo se oyó el suspiro de Candela. Había llegado preparada para todo, hasta el despido, y no tenía intención de enfadarse, pero cambió de idea ante la expresión prepotente que detestaba de él.

—Me alegro, porque no te aguanto. Las niñas son encantadoras, pero tú… —Se frenó—, tú eres insufrible. —Alzando la voz, preguntó con ironía—. ¿De qué comportamiento hablas?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Trabajar como una esclava y salir a tomar algo con mis amigos por no verte?

—Tú no has trabajado como una esclava en tu vida —espetó—, y para mí, jamás.

—No me vengas con tonterías, sé un poco honesto y reconoce que estás cabreado desde que nos vimos en Madrid —comentó desdeñosa, consciente de estar delante de un ataque de cuernos en toda regla—. ¿Qué te fastidió? ¿La verdad? —preguntó indignada —. Pues te aguantas. No eres quién para exigirme ni prohibirme nada. ¿Crees que porque nos hemos acostado tienes derechos sobre mí? —Candela sacudió la cabeza, y encaminó con decisión los pasos hasta la puerta—. No tienes ni idea —dijo despectiva. Quizás otra mujer se habría sentido halagada, pero a ella la sacaba de quicio esa actitud machista que además tenía la desfachatez de recriminarle aludiendo al trabajo—. Que pases un buen día.

—¿Eso es todo? —preguntó cínico, apremiando sus piernas para quedar encarados—. ¿Dónde vas a vivir?

Con una sonrisa matadora, Candela se ahorró un “no es de tu incumbencia”. Él pareció escucharlo, endureció el rostro al levantar despectivamente la barbilla.

Candela sintió la necesidad de correr para alejarse de él. Salió del despacho hecha una furia directa hacia la escalera, no se planteó esperar el viejo ascensor. Sabía que en el fondo Ashton estaba empujándola hacia su sueño, a retomar su vida como tenía planeado. ¿Entonces…? ¿A qué venía huir con unas ganas locas de llorar? Oyó zancadas bajando la escalera tras ella, y no le dio tiempo a llegar al descansillo de la segunda planta cuando notó un tirón fuerte en el brazo.

—No me has contestado.

El grave susurro de Ashton mareó y debilitó el ansia combativa de Candela. El deseo de sus manos posesivas ganando terreno desde la cintura hasta los costados, una mirada interrogante y una boca que se acercaba a la suya con peligro lograron que olvidara las diferencias que los alejaban para aplacar la lujuriosa tensión que circulaba más agitada cuanto más se ignoraban. Ninguno moderó la intensidad de un choque desesperado. Si Ashton había estado a punto de estallar unos minutos antes, en ese momento recobró el equilibrio que buscaba sintiendo las manos egoístas de Candela apretándole la nuca, el roce de sus cuerpos en un sinuoso vaivén y la intimidad que les rodeaba en ese espacio poco transitado. No dudó al meter las manos bajo la ajustada falda ni al subirla y recorrer los suaves muslos femeninos con las palmas bien extendidas, abrasadoras.

—¿No estarás pensando en que lo hagamos aquí, verdad?

—No pienso —respondió Ashton jadeante. Con ahínco, no se privó besándole la boca mientras le introducía los dedos en las bragas para acariciarle el sexo. Entre dulces mordiscos, escuchó un gemido ahogado que le contaba más verdad que el pudor de sus palabras—. Ahora no me digas que paremos.

—Pues…, mira, sí. —Candela se bajó muy dignamente la falda y se recompuso el cabello. Ashton se peinó algunos mechones rebeldes, sin molestarse más por su imagen; al parecer, prefería mantener la atención en ella—. No es nada personal, pero antes de que nos pille nadie…

—Por supuesto, no es personal, ¿quién ha dicho lo contrario? —preguntó con una sonrisa burlona—. Avísame cuando tengas casa.

—No te preocupes —comentó medio ofendida e incrédula—. Ya tengo algo visto.

—¿Pensabas dejarnos?

—¿No acabas de despedirme?

—¿Por qué respondes con preguntas?

—¿Qué quieres de mí?

—Es una costumbre horrible.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque no puedo —dijo rotundo, inclinó la cabeza sobre ella y la besó asediando con una lengua vehemente, juguetona y voraz. Hasta pasados unos minutos tan breves como activos Ashton no recordó dónde estaban—. Creo que despidiéndote te hago un favor y nos hago un favor a nosotros.

—Eres extremadamente generoso —dijo Candela con ironía,

apartándose un poco de la solidez que la tenía atrapada—. Espero que hayas encontrado a alguien competente para las niñas.

—No voy a contratar a nadie. Puedo organizarme por las mañanas para llevarlas a la parada de autobús, Mary las recogerá por las tardes y se quedará con ellas hasta que yo llegue.

—Me alegro por ti y por las niñas, os vendrán muy bien esos ratos —afirmó sincera—. Aunque me da que pensar… ¿Si tan bien puedes organizarte ahora para qué me necesitabas?

—Es diferente, cuando llegaste la muerte de Harriet estaba muy reciente. Y ahora, con el nuevo colegio, ampliando el horario de Mary podemos arreglarnos. También, era un placer muy saludable verte.

—Será mejor no entrar en ese terreno. —Candela estaba cómoda, pero era consciente de que en cualquier instante podía aparecer alguien por la escalera y de la prisa que tenía por preparar la mudanza para hacer efectivo el despido laboral más placentero que había tenido nunca—. Tengo que marcharme.

—Espérame para cenar.

Sin ganas de volver al despacho, Ashton le dio un beso breve en la boca y giró el cuerpo. Ascendía sosegado mientras los pasos descendentes se escuchaban rápidos. Pensativo, reconocía que Candela lograba apaciguarle el espíritu aunque los acelerones que también le provocaba contradijeran ese pensamiento; sería injusto no alabar sus méritos. La condenada bruja sabía buscarle las cosquillas. ¿Cuántos años hacía que no flotaba besando a nadie? Tantos, que ni siquiera lo recordó. Ni a Harriet, a quien dejó de amar mucho antes de que le fuese infiel. Con Candela en su vida no vislumbró hastío matando la pasión. Estaban poseídos por un deseo electrizante, ahí incluso notó cómo le bullía la sangre. Desde la primera vez que hicieron el amor no la sintió ajena al torbellino de deseo que lo arrastró a él, y tenía la seguridad de que cuando le pidió sin rodeos que fuese su pareja acababa de percibirla como su compañera ideal; prometía de todo menos rutina. Y sin duda, ella sentía lo mismo por él. Pero tendría que avasallarla para que lo admitiera porque nunca atravesaría por su propio pie el límite de una relación sin ataduras, según ella, por no traicionar sus principios; en cambio, él estaba convencido de que esa postura ocultaba su terror llevado al extremo a echar raíces, tener hijos y formar una familia.

En el paseo del río, Candela cerró los ojos unos segundos. Aspiró a conciencia el viento a favor dejando que le penetrara en todo el

cuerpo. Ahí estaba su oportunidad, a orillas del Támesis. Andando hacia el Puente Millennium, sacó el móvil y llamó a una inmobiliaria para visitar uno de los estudios. De forma súbita, recordó que no había hablado con Ashton de la imagen corporativa, pero dio por hecho que el proyecto seguía adelante porque el taller de artes gráficas con el que colaboraba ya estaba haciendo el pedido. Cerraba una cavilación y aparecía otra. Los nervios ante los cambios y las responsabilidades empezaron a jugar en su contra, y sin embargo, se vio capaz de salir airosa salvando los obstáculos que le surgieran. Ahora que tenía al alcance de la mano su independencia laboral, debía dar lo mejor de sí misma para lograrla. Y pensaba hacerlo, dejándose la piel, el aliento y el alma. Sudaría luchando, con sensatez y la dirección de su meta fija en el horizonte: calidad sublime, expansión comercial constante, creatividad singular y precios competitivos. Pensando en esas premisas como señas de identidad llegó a la estación del metro.

Sin apenas darse cuenta de la cantidad masiva de gente que abarrotaba el vagón, las paradas pasaron veloces. Luego, Candela volvió a salir a la superficie para enfilar la calle Oxford. El día nublado, con una brisa molesta, no impedía a las legiones de turistas cruzar los pasos de peatones o detenerse en la larga y ancha acera ante los escaparates de las decenas de bulliciosos tiendas de ropa asequible. Acostumbrada a no fijarse en nadie, o bien por las prisas o porque había hecho suya la virtud cosmopolita de no sorprenderse por nada, dobló la esquina de la calle Berners metida en su mundo. Dejó de escuchar el estrépito del tráfico en esa acera no muy ancha por donde transitaba a diario tirando de las niñas para llegar a tiempo a la parada del autobús, asediándose la cabeza con una infinidad de recuerdos nostálgicos. Sin duda, en esos últimos meses había disfrutado de uno de los periodos más estables de su vida —sin tener la intranquilidad de esconderse de su casero, mal comer o pagar recibos—, y, encima, había ahorrado unas libras, las justas para permitirse la fianza que exigía cualquier propietario. También había terminado los dos cursos online, se distraía con las niñas sin que le resultase un trabajo, colaboraba en la cocina cuando le apetecía y desde hacía un tiempo entraba, salía y mantenía un horario bastante aceptable. Con todo, ese trabajo que a priori no iba a suponerle nada beneficioso había resultado clave para lograr su sueño más mimado. Y además contaba con otro regalo increíble porque le había dado la oportunidad de conocer al hombre que copaba todos sus pensamientos, un hombre tan voluble como atento que estaba devolviéndole sus aspiraciones y por quien

sentía unos evidentes síntomas de enamoramiento. Definitivamente, sin buscar ni proponérselo tenía la suerte de cara; ese era su gran momento.

Pasados tres días desde el despido, mientras Ashton compartía otra comida de negocios con Abdulá y Francis Malborough en un restaurante de moda en Marylebone, muy cerca de la residencia londinense del jeque, Candela se dejaba caer moribunda en el viejo sofá que ocupaba medio salón del pequeño estudio que alquiló en el barrio de Clapham, al suroeste de Londres, dando por finalizada la mudanza sin contar con ninguna ayuda.

El estudio ocupaba la planta alta de una casa antigua, bastante descuidada, al principio de Cavendish Road. En la calle había una hilera de árboles grandes, estaba llena de casas por el estilo —no muy altas, fachadas simplonas de ladrillo rojo y tejados negros—, y justo en la puerta de cada una había un coche aparcado, en unos espacios rectangulares encima de la acera. Candela era consciente de que ese barrio de clase obrera no tenía nada especial, pero estaba muy cerca de la estación de metro y de un parque enorme, Clapham Common, donde siempre había gente joven corriendo, montando en bici o jugando al rugby. Solo tenía una vecina que vivía en la planta baja, Mistie Halstead, diminuta, de setenta años y sorda como una tapia; aunque esa merma no parecía afectarle para hablar por los codos. Era amable y servicial rayando la pesadez. De entrada no pensaba rehuirla, pero más adelante no lo descartaba.

Contemplando aquel espacio de cuarenta metros cuadrados, donde aparte del salón había una pequeña cocina de apenas dos metros de largo, una minibarra con dos taburetes, un exiguo cuarto de baño y, al fondo, una cama de matrimonio y un armario pegado a un tabique que no alcanzaba el techo y no conseguía entender cuál era su sentido, rió animada al pensar que encajaba perfectamente con la denominación de “concepto abierto”. Aunque se le podía añadir: abarrotado. En general era feo, incluso agobiante, pero tenía un precio asequible a sus posibilidades y con la mínima inversión que había hecho —un par de lámparas y la pintura blanca que ella misma aplicó a base de tesón— se sentía satisfecha. También, molida como si acabara de pasarle por encima una apisonadora.

Esa tarde húmeda y plomiza tan habitual en otoño, volvió a repasar el plan de ataque que tenía organizado. Consistiría en visitar a antiguos clientes y ofertarles sus servicios a unos precios competitivos, diseñarse un book atractivo y poner en práctica las

técnicas de marketing online de uno de los cursos. Se dio un margen de seis meses para probar si era capaz de sacar su negocio a flote o por el contrario estaba abocada a trabajar para otros. Mezclado entre ilusionantes pensamientos confusos, resonó el timbre. Candela contuvo la emoción, presintiendo quien podía ser la única persona en visitarla. La única porque solo lo distinguió a él con el detalle de la dirección. No sabía explicarlo, pero solo pensó compartir con él esa pequeña victoria. Tampoco quiso esperanzarse, pero la velocidad de Ashton indicaba que debía estar ansioso por verla porque la echaba de menos y que no le tenía en cuenta su falta de romanticismo cuando con ciertos hechos sobraban las palabras. Esos que les bastaron al tenerse enfrente, compartir una mirada y dejar que sus manos se acariciaran antes de que sus labios se recibieran con verdadera ansiedad.

Ashton no reparó en el poco espacio libre dentro del estudio, se desplazó a trompicones sin soltar a Candela; más bien, la sujetaba con mayor firmeza cada vez que topaba con algún mueble.

—Te has buscado una cueva un tanto siniestra.

—Qué diplomático… —Candela torció los labios y apretó fuerte una mano sobre su miembro, remarcando su poder—. Estabas tardando mucho…

—No entraré ahora en valoraciones —dijo sonriendo, arrastrando con las manos el jersey de Candela—. Estoy en otro punto…

El objeto del deseo al que Ashton se refería no era más que unas braguitas negras que bajó primoroso mientras repartía chorreantes besos desde su pubis hasta las pantorrillas, en una cadencia que se dilató una eternidad. Hasta que deseó poseerla con una furia desatada sin miramientos. Los días sin ella le habían supuesto todo un desafío que dudó lograr hasta el mismo momento de verla. De manera pueril, creyó que no cohabitando podría sobrellevar mejor esa relación adictiva. Sin embargo, dignificaba a Candela el triste silencio que envolvía su casa. Ni siquiera las voces de las niñas compensaban la carencia de un martirio chillón que pasó a la categoría de mito.

Aprovechando que aquella tarde sus suegros se ocupaban de las niñas, remoloneaba en la cama, dormitando y espabilándose para contarle retazos de su vida o directamente para sucumbir a un sexo tan peligroso como la peor de las drogas. Se sentía vivo, tierno o divertido al acariciarla para terminar haciéndole cosquillas; galante, cuando se levantó y preparó un tentempié aun sin controlar la pequeña cocina; y muy afortunado porque era imposible fingir la

felicidad que los dos compartían. Podían discrepar en cualquier aspecto de sus personalidades o vidas; si bien, como Ashton concluyó hacía semanas, en lo esencial se compenetraban a la perfección, tanta que repitieron estrechamente ceñidos, calientes y reliados.

Cuando Ashton terminó de ducharse y empezó a vestirse, Candela ignoró varias apreciaciones sobre el tamaño del baño y preguntó:

—¿Cómo van a tomárselo las niñas?

—¿Lo nuestro? —Al ver un gesto afirmativo, dijo—. Muy bien, las tienes en el bote. ¿Por qué te preocupa?

—No lo sé. Una cosa es que me acepten como la canguro y otra como…

Candela tragó con lentitud, le costaba verse en un papel que nunca se había planteado.

—¿Cómo qué? —Ashton se acercó a la cama y se sentó—. ¿Cómo mi pareja o cómo su madre?

—No quiero que piensen que voy a sustituir a Harriet, ni podría ni es mi intención —comentó mirando sus ojos. Ashton sonrió despacio y le tocó la cara con suavidad—. Sé que tú lo tienes muy claro, pero es demasiado pronto para que ellas sepan que somos pareja.

—No voy a ocultarte porque no estamos haciendo nada malo, los dos somos libres, estamos bien, y ellas tienen derecho a saberlo. Quiero compartirlo todo contigo —habló y la besó breve en los labios—. Todo, bruja —añadió en un tono más ligero—. Y mis hijas son una parte básica de mí, van a saber que soy feliz contigo, y te aseguro que ellas también lo serán porque te tienen mucho cariño.

—Y yo a ellas. Pero no sé por qué siento como una especie de miedo escénico.

—No lo pienses, trátalas como siempre. —Ashton se puso en pie y se anudó habilidoso la corbata—. ¿Recuerdas la fiesta de mañana? Me gustaría mucho que vinieras.

—La tenía presente. Iré.

—Gracias —dijo, y se inclinó para besarla de nuevo—. Tengo que irme, pórtate bien.

—¿Cuándo no lo hago?

—No me tires de la lengua.

Un hechizo en toda regla

Domingo, 14 de diciembre de 2014. Londres

Harriet

«Faltan veinticuatro horas para verlo; solo eso, unas horas, y no puedo reprimir sentirme como un manojo de nervios; uno de los inestables. No estoy con él desde hace quince días y me parece una eternidad. Igual que le echo de menos, soy consciente de mi dependencia. Aunque es un hombre muy educado, brillante, amable y a veces creo que más inglés que yo, supongo que por haber vivido aquí más tiempo que en su propio país, tenemos formas diferentes de encarar los problemas y muchos gustos comunes a pesar de que está acostumbrado a un nivel tan opulento que consigue apabullarme. Siempre me he considerado una mujer sencilla, Ashton y yo vivimos muy bien y estoy más que habituada a ciertas calidades o incluso lujos, pero no es comparable al ritmo de mi amor. Todavía me pregunto cómo se conforma con los hoteles donde solemos vernos. Supongo que por estar conmigo es capaz de cualquier cosa; exactamente lo mismo que me pasa con él»

La suavidad de una melodía antigua calmó los nervios de Candela cuando entró sola al Salón Rojo del Savoy. El resplandor tenue de las lamparitas que había encima de un montón de mesas circulares ayudó a que pasara desapercibida. Eso creyó aunque se equivocaba. Ashton tardó un segundo en detectar su melena oscura. No supo qué atrajo su mirada hacia ella, pero se congratuló al encontrarla cuando empezaba a dudar que apareciera. Prestó atención al sutil movimiento de la vaporosa tela oscura del vestido que llevaba, con el largo por las rodillas y el escote amplio insinuando unos pechos que recordaba fielmente, y a sus piernas bronceadas rematadas por unos sugerentes tacones negros.

Como él, varios invitados desviaron las miradas hacia Candela. Y antes de que se viera rodeada por una bandada de buitres, reaccionó decidido. Cogió de la bandeja del camarero que tuvo a tiro una copa de vino blanco y se dirigió hasta ella.

—Me alegro mucho de verte —dijo Ashton—. Estás muy guapa.

Le dio un beso amistoso en la mejilla y le ofreció la copa.

—Gracias. —Candela lo admiró encantada, creyendo que la ropa de etiqueta aumentaba su elegancia—. Tú tampoco estás nada mal con esmoquin.

Ashton admitió el cumplido con un ligero asentimiento de cabeza.

—He pensado que no vendrías.

—Qué menos —dijo sonriendo irónica—. ¿Por qué vas a pensar que soy responsable?

—No he dicho eso… —comentó resignado al no conseguir iniciar una conversación sin preguntas—. Gracias por asistir.

—Gracias por darme una oportunidad estupenda.

—No hay de qué —dijo contento, asombrado por una condescendencia inesperada—. Si quieres, te presento a algunos invitados. Véndete.

—No lo habría expresado más crudamente…

—¿Necesitas palmaditas?

—No —respondió girando la cabeza para quedar encarada a él —, pero también me gustaría un poco de amabilidad.

—¿No soy amable? —preguntó con un destello cínico—. ¿O agradable?

—A veces, no.

Candela mostró una leve sonrisa, sacudida por una amarga compasión hacia sí misma.

—Como tú —dijo serio, mirándola como si no existiera nadie más alrededor—. No es el lugar apropiado para mantener una conversación tan íntima, queda pendiente.

Ashton no pretendía ser el foco de atención una noche importante para el bufete, que no dejaba de ser una excusa para estrechar lazos entre sus clientes o fomentar negocios. Estaba más que constatado el incremento de nuevas sociedades a raíz de esa fiesta. Y si para algunos era posible, Candela también iba a tener la ocasión de codearse con una amalgama variopinta de empresarios que podían beneficiarla ahora que había emprendido su carrera profesional en solitario con él como único cliente.

Mientras explotaba al máximo la imagen corporativa que les diseñó, charlando entusiasta sobre las virtudes profesionales que las físicas eclipsaban en su bruja, Ashton reparó en que Yasser bin Abdulá quería acapararla.

Candela, que lo reconoció cuando le estrechó amigable la mano, disimuló una timidez provocada por la diferencia económica entre ellos. Salvó la situación con el desparpajo innato de su carácter sociable. Pasados unos minutos entendió el porqué de la relación entre Harriet y Hamza, o qué la llevó a sucumbir ante un hombre bastante más joven que ella. Sin duda, y teniendo en cuenta el parecido de los hermanos, debió ser su abrumadora apariencia. Yasser poseía unos modales elegantes y tenía una imagen atractiva —rasgos regulares bien perfilados, con la ascendencia árabe demasiado marcada para su gusto, cuerpo de huesos largos y músculos fibrosos—, exudaba virilidad, acentuada por una espesa barba negra, e incluso su voz profunda, arrastrando un ligero siseo,

resultaba turbadora. Parecía interesado en el arte y mostraba un sentido del humor de alguien con más edad, también percibió una arrogancia que no llegó a extrañarle debido a su poder adquisitivo. Candela no pudo conocerlo más a fondo gracias a la interrupción de Ashton, acompañado de dos hombres.

Uno de ellos, *lord* Richard Seward, era un notorio abogado penalista muy conocido por participar en algunos debates televisivos. Rondaría los cincuenta años, alto, de apariencia elegante —pese a su sobrepeso— gracias a las canas que salpicaban su cabello y unos modales anticuados que él potenciaba con las mujeres porque solía agradarles. Candela desde luego acababa de mostrar una sonrisa simpática tras su galante beso en el dorso de la mano.

En cambio, el otro, un viejo conocido de quien no guardaba un buen recuerdo, el señor Russell Baxter, comidió un gesto menos caballeroso, un breve apretón de manos, conforme a la distancia que prefirió mantener al acordarse de los malos hábitos que su amigo Ashton le enumeró. Si bien, ajena a aquellas malas artes, Candela percibió la incomodidad de Russell y trató de ser correcta dedicándole unos minutos. Pensó que el esmoquin acentuaba su buen tamaño y aspecto elegante, incluso sus facciones severas le parecieron más atractivas que el día de la entrevista en Baxter Design; quizás la cuidada barba oscura llena de canas mejoró esa percepción. Russell también tardó en salir de su asombro cuando Ashton le comentó que era la diseñadora de la nueva imagen del bufete. Luego, atento como un águila, no apartó sus ojos verdes de la guapa española mientras charlaba sin reparar en él, sopesando otros valores que podían haber influenciado la decisión de Ashton. Como estaba impaciente por iniciar el fin de semana con su mujer Hanna, embarazada de seis meses, y con su hijo James, que había cumplido su primer año en agosto y le tenía sorbida la moral, se despidió sin alargarse ni comentar nada sobre unas adicciones que no notó en ningún momento.

Riendo a gusto las bromas de Richard Seward, Candela no advirtió los ojos negros y sagaces de Yasser fijos en sus movimientos, ni a Francis Malborough hablando con el jeque Abdulá y pendiente a ella.

—Imagino que habrá sido una sorpresa el compromiso de Yasser —comentó Malborough.

—En mi familia no existen las sorpresas —dijo Abdulá con una sonrisa que Malborough no supo interpretar—. Llevaba fraguándose desde la muerte de Hamza. Ni él ni la novia han tenido voto en la

decisión. A ella no parece importarle, pero conozco a Yasser y sé que hará todo lo posible por anularlo.

—Ponte en su situación —comentó Malborough sensato—. No debe ser agradable que te impongan a una esposa.

—No, pero si Hamza no objetó nada, él tendrá que hacer lo mismo.

Malborough respetaba una cultura casi tribal en el siglo XXI, pese a no estar de acuerdo en muchos aspectos. Parecía incongruente que una de las familias más ricas del mundo, rodeada de lujo y excesos, aún mantuviese algunas tradiciones ancestrales. Con amabilidad, dijo:

—Hamza era un gran hombre, puedes sentirte orgulloso.

—Se dejó llevar por la juventud, y no siempre es la mejor consejera.

—¿Le gustaba la velocidad?

—Como a cualquier hombre —comentó sin conciencia de que los coches que ellos podían permitirse no estaban al alcance de la mayoría de los mortales—, pero si hablas del accidente, no circulaba rápido, fue un fallo mecánico —aclaró antes de darle un sorbo a su bebida—. Aún estamos esperando el informe pericial de la aseguradora. Según la policía, perdió el control del volante porque le falló el sistema electrónico. Y, según el fabricante del coche, es imposible —explicó con un gesto severo—. Cuando está en juego más que la reputación, Francis, las compañías hacen todo lo posible por dilatar en el tiempo los juicios para que la prensa se olvide de ellas. Han dado en saco roto porque hemos contratado al mejor bufete de Londres especialista en accidentes, pero serían capaces de cualquier cosa por no sufrir una publicidad negativa.

—La justicia está para algo. Si el vehículo tenía algún defecto, la marca deberá indemnizaros.

—Como comprenderás, ese dinero no es el motivo. Ellos pretenden mantener limpio su nombre al igual que yo pretendo no ensuciar la memoria de mi hijo.

—Me parece una postura coherente por tu parte. ¿Se ha terminado el proceso de venta?

—Falta poco —respondió evasivo, mutó la expresión a una alegre y añadió—: Por fin voy a poder hacer lo que siempre he querido.

Malborough conocía su afición por la cría de caballos y se alegró de que pretendiera desentenderse de ArabCorp. No estaba tan seguro de los pensamientos de otros miembros de su familia.

—Aún eres joven —dijo sonriente—. Te queda por ver varias

generaciones de campeones. —Los veinte años que los separaban eran visibles en muchos aspectos, sobre todo, en que Abdulá mantenía la cabellera negra como la noche—. Deja que ahora se encargue Yasser de los negocios.

—Ya lo hace, y tiene visión; aunque le queda mucho por aprender. Hoy está sorprendiéndome, parece más integrado.

Ambos giraron las cabezas hacia el corrillo donde estaba Yasser. Si el jeque se dio cuenta de que su hijo tenía los ojos fijos en Candela, disimuló, como Malborough, que también advirtió a Ashton más pendiente de la española que de la conversación con Richard. Durante unas horas compartió velada con Abdulá y otros invitados, hasta que se cansó y buscó a Ashton para despedirse. Tuvo la misma intención que Candela, y coincidieron frente al abogado, que aceptó las excusas de los dos sin aparente incomodidad.

Tras ofrecerle su brazo a Candela con una galantería exquisita, Francis la acompañó al acceso del hotel. Luego, abrió la puerta trasera de un taxi para que entrara, le besó el dorso de la mano y la despidió con unas palabras amables. Esperó inmóvil un instante, viendo desaparecer el vehículo negro que quedó engullido en la densidad oscura de otra fría noche húmeda. Dio la vuelta y regresó al interior, dirigiendo sus ágiles pasos a la habitación que había reservado.

Al verse sola, la melancolía que Candela intentó eludir desde que Ashton admitió que debían hablar sobre ellos se hizo con el mando de sus pensamientos. Tenía exactamente lo que se había buscado, no podía echarle la culpa a él ni compadecerse más. Desde que se conocieron sabía que le traería problemas, aun así, los asumió porque prefirió arrepentirse a quedarse con las ganas. También, resistirse a él habría sido como aguardar el azote de un tornado protegido por un simple paraguas y esperar salir indemne. Esa táctica le duró muchas semanas, que no compensaron el esfuerzo, al contrario, creía que se cogían con tantas ganas por el tiempo que fantasearon el uno con el otro.

El trayecto hacia el estudio la alejó del centro para callejear por Clapham, contemplando la vida nocturna del barrio. Había un montón de pubs, tiendas, restaurantes de comida para llevar de muchas nacionalidades y sendas de sencillas casitas de dos plantas. Antes de llegar a la de ella, vio un coche oscuro aparcado frente a la puerta, le resultó familiar. Y cuando el taxi se detuvo y Ashton descendió del Mercedes CLS Coupé, Candela se bloqueó incrédula,

siguiendo con la mirada sus presurosos pasos. Ashton se acercó a la portezuela del conductor, sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y le abonó la carrera con una generosa propina. Conmocionada por otro detalle inesperado, Candela necesitó sentir un ligero tirón en la mano para salir del coche.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando recobró la voz.

—Te he dicho que teníamos que hablar.

—No pensé que te referías a esta noche —comentó, yendo hacia la puerta con la llave en la mano—. ¿Vas a subir?

—Sí —respondió seguro—. ¿Quieres?

—¿Las niñas están con Mary?

—No, con Payton —contestó, y sonrió—. Te echan de menos.

—Y yo a ellas.

En silencio atravesaron un corto distribuidor con dos buzones en un rincón, la puerta de Mistie y la escalera que llevaba a la planta alta, donde estaba el libre de deudas y minúsculo estudio.

A Ashton no le hizo falta investigar después de quitarse la chaqueta para localizar el perchero detrás de la puerta, tampoco para encontrar una botella de Four Roses y dos vasos en el mueble blanco de la cocina. Mientras servía el bourbon, Candela se desprendía de los zapatos. Luego, del vestido; aunque Ashton solo vislumbró su estela entrando rápidamente en el cuarto de baño. No esperó mucho para verla salir con la bata corta de seda; la misma que llegó a odiar tanto como deseó arrancarle. Cómodo sin la pajarita, Ashton cruzó una pierna sobre la rodilla y bebió sin apartar los ojos de ella. Tenía el propósito de aclarar su relación, en cambio, entre el calor que sentía por los gramos del alcohol de más que sobrellevaba, la visión de la maldita bata japonesa y la abstinencia sexual que la bruja le había impuesto sin pedírselo, se lanzó a besarla como un caníbal en cuanto alargó el brazo y la sentó en sus piernas.

Durante muchos minutos dos lenguas jugaron alegres en una vertiginosa rueda que los impregnó de aromas adictivos. El apasionado choque fue intensamente lujurioso. Hasta el eco ahogado de sus respiraciones flotó por aquel espacio en penumbra. Lo envolvió sin que Ashton pudiera detenerse, embriagado por feroces sensaciones demasiado tiempo adormecidas en su interior. Sería injusto no reconocer que volvía a soñar, que desde el principio Candela le atrajo como la luz a las polillas gracias a un desdén poco respetuoso. Y si a su personalidad, que conforme mejor conocía más le gustaba, añadía la conexión sexual más explosiva que había sentido con nadie, él, que estaba acostumbrándose a exigir cómo le

gustaban ciertas prácticas a algunas de las amigas que frecuentaba, necesitaba aclararle su intención cuanto antes.

—No eres un polvo para mí —murmuró.

—Qué diplomático… —replicó Candela, le besó los labios con rapidez y se apartó. Bebió un trago de bourbon, creyendo que le ampliaría esa preciosa confesión en un momento tan apropiado, pero, como no lo hizo, agregó—. Es una suerte que ganes algún juicio… Debes ser el terror de los tribunales, aunque quizás allí seas más cauto. Pero, gracias… —Sonrió cínica—, es bueno saberlo.

—¿Y para ti? ¿Qué soy?

—Para empezar no eres qué, sino quién, y por continuar en tu línea, es evidente que para mí tampoco eres un simple polvo, básicamente porque no habría repetido.

—No soy el único con quien has repetido.

Candela ignoró el reproche malicioso y pegó los labios a los suyos.

—No es lo mismo —susurró, conteniendo las ganas de sincerarse, de decirle que no podía compararlos porque de él se había enamorado. Le habría gustado explayarse con unas cuantas verdades para dejar de mortificarse, pero como tenía por costumbre calló para que las cosas fluyeran por sí solas—. Y ya no nos acostamos, ahora somos solo amigos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no me gusta que me prohíban nada.

—¿Estamos los dos sin compromisos?

—¿Es una pregunta?

Candela sonrió contagiada por el brillo de la expectación en las pupilas azules; y Ashton, en la mirada turbadora de ella, vio la burla del temperamento que necesitaba para sentirse vivo y amarla con locura después de haber sido con diferencia la mujer que le había ocasionado más quebraderos de cabeza. Y no tenía visos de mejoría. Ni alcanzada por Harriet, ya que la infidelidad fue consecuencia del desamor y el odio nunca se mezcló con la pasión. En cambio, ese era el estado normal que sentía con Candela. De la más absoluta dicha podía pasar a la hostilidad peor encarada en cuestión de segundos, por algunos detonantes incomprensibles para él. Tanto su genio como el de ella auguraban cruentas batallas, pero sería cuestión de equilibrarlas con una convivencia algo caótica, divertida y con tendencia a la buena cocina. Además de la complicidad con Bronte y Mia, la bruja se había ganado un hueco en el corazón de Mary para hacer piña entre las tres incitándolo a que los visitara con más frecuencia, ignorando por completo esos

encuentros furtivos.

Algo después de hacer el amor, seguían ronroneando en la cama.

—Tu amigo Russell es el dueño de una de las compañías donde hice entrevistas.

—¿Ah, sí? —preguntó disimulando. Distraído repasó con esmero su vientre y le besó sosegado los labios—. Es muy bueno. Estuvimos juntos muchos años en un internado. Somos amigos desde entonces.

—No tenía un buen recuerdo de él, fue un poco gilipollas.

—No se lo tengas en cuenta —comentó, recordando el motivo en forma de polvo blanco que le dio para que no la contratara—. Si hubieses tenido suerte, no habrías montado tu propio negocio.

—Sí —afirmó contenta—. Esta noche he conocido a varias personas, pueden ser contactos interesantes.

—Con nosotros has hecho un gran trabajo, al final, esa es tu carta de presentación. Han podido verlo magnificado por el acto de aniversario, pero es un comienzo. Sé profesional para no pillarte los dedos ni con precios ni plazos y el resto vendrá rodado.

—Gracias por apoyarme —dijo sentimental.

—De nada —murmuró, receptivo a un cambio de humor rápido —. Cuenta conmigo siempre que te haga falta.

A Candela, carente del apoyo de su familia, esas palabras le embargaron los ojos de húmeda y solitaria tristeza. Había dado un paso gigantesco hacia un futuro laboral soñado durante muchos años y ni siquiera sus padres lo sabían. Acostumbrada a no contarles más que pequeños retazos insignificantes de su vida, tampoco se planteó hacerlos partícipes de algo que no vivirían o sufrirían con ella en un momento donde la muerte de su hermana todavía estaba demasiado reciente para su madre. Desde luego, visto desde la perspectiva de Candela, con ellos no tenía otra alternativa; por eso, contar con Ashton en esa transición tan crucial fue un buen aliciente contra la amargura pese a que sus lágrimas confundieran al abogado.

Antes de que se retractara con alguna perla, Candela le acarició el rostro y, sin parar de llorar, le dijo:

—Soy una contradicción con piernas. —Sonrió y sorbió por la nariz, compungiendo la respiración mientras Ashton la miraba con los ojos abiertos de par en par—. Pero no soy una bruja. —Se inclinó y le besó los labios—. Aunque es posible que esté un poco loca, que grite de vez en cuando —dijo animándose. Ashton sonrió —, o que llore histérica… —Candela echó el cuerpo hacia delante —. Soy todo eso y más, y solo para ti.

—Me alegro —dijo al secarle las lágrimas con las manos—,

porque yo soy para ti desde hace semanas.

El domingo Candela cogió el metro temprano y llegó a la estación de Oxford Circus en un rato. Gracias a la hora no tuvo que abrirse paso entre enjambres de personas con afán consumista y recorrió la calle Berners en una plácida mañana otoñal sin lluvia aunque grisácea.

Ni un minuto después de llamar al portero electrónico, sonó la voz en grito de Bronte al abrirle la puerta. Podía interpretarse como una buena acogida que iría a entusiasmo en cuanto la viera.

Sin errar, las niñas se abalanzaron sobre ella cuando salió del ascensor. Y con un follón animoso que echaba de menos, aunque apreciaba su minúsculo oasis de silencio, aguantó el tipo mientras daba y recibía afecto descontrolado. Abrazada a los cuerpos de las niñas, no se fijó en Ashton. Estaba detrás de la barra de la cocina, ensimismado, observando un cariño recíproco que sumaba a la larga lista de virtudes de la bruja. Incluida esa visita que le alegró los ojos y los planes.

Cuando lograron un acuerdo sobre el parque donde irían, salieron a la calle y anduvieron en dos filas. Con disimulo, Ashton acarició la mano de Candela, al momento inclinó la cabeza y le besó la mejilla.

—¿Quieres que comamos fuera? —preguntó Ashton—. No tenía nada previsto.

—Yo tampoco, no quería pasar el día sola.

—Yo también quería verte.

—No he dicho eso —replicó—, pero tienes razón.

El brazo posesivo de Ashton rodeó el hombro de Candela y siguieron a buen ritmo el paso acelerado de las niñas. Llegaron a los jardines de Soho Square, franquearon la verja de barrotes de forja que rodeaba todo el recinto y se dirigieron hacia la zona de juegos por uno de los sinuosos caminos. Era habitual ver bastante gente sentada en el césped bajo las varias especies de árboles —algunos con las copas espesas de hojas ocres y otros calamitosamente ralos— o en unos robustos bancos de madera; sin embargo, eso ocurría cuando Candela llevaba a las niñas por las tardes o en pleno verano, a esas horas apenas se cruzaron con unos pocos padres con niños. Bronte encontró algo de competencia en los columpios y ninguna Mia en la red trampa, que su infatigable hermana nunca dejaba de probar con unos estrepitosos fracasos; siempre solía acabar tirada en la polvorienta tierra.

Pasado un rato, mientras Candela contemplaba dubitativa la

nueva hazaña de Bronte en la red, Ashton se levantó del banco donde estaban sentados para atender una llamada. El cuerpo pesado y ágil a partes iguales de Bronte zigzagueaba sobre la maraña de cuerda, como un rinoceronte recorriendo un frágil puente colgante. De pronto perdió el equilibrio, la desestabilizó su centro de gravedad, de manera que quedó atrapada boca abajo, suspendida en el aire y enrollada en una tela de siniestros hilos como Frodo en *El Señor de los Anillos* cuando iba a ser el menú de una araña glotona.

Candela corrió a socorrerla antes de ver una cascada de rizos rubios alborotados balanceándose de manera peligrosa, aunque no parecía asustada por las carcajadas que brotaban de su garganta y correspondía el público infantil congregado alrededor del juego. En unos minutos, el topetazo contra el suelo fue brusco pero fervorosamente vitoreado. Candela le dio unos valiosos consejos, que no pareció escuchar, y volvió al banco.

El tono de Ashton al verla descendió de inmediato, algo que alertó la suspicacia de la española. Con el radar en sintonía, Candela centró el oído en él y la mirada en sus hijas. No tardó en saber que hablaba con Russell. Al creer que una mujer era el sujeto de la charla, agudizó su atención.

Confiado, pensando que no estaba en su alcance, Ashton siguió hablando:

—Se parecen, tenemos un gusto similar.

—Bastante similar —dijo Russell, admitiendo que Hanna y Candela compartían rasgos físicos y casi clavados de carácter—. Es una suerte que haya superado sus adicciones, y aún más que hayas confiado en ella —comentó mordaz—, eres un ejemplo.

—No era adicta a nada. Fue una escaramuza para que no la contrataras.

—Podías haberme dicho la verdad, lo habría entendido, palabra.

—Olvídalo. Además, sin quererlo le hicimos un favor. Bueno, yo algunos más.

—Prefiero no saberlo. Por cierto, os ha hecho un buen trabajo, creo que te lo he dicho varias veces, pero por si acaso te lo repito. Tu novia es buena, Ash.

—Que lo digas tú de su faceta profesional es un halago, se lo comentaré.

—Dile también que venga a verme cuando quiera, podemos colaborar. No tenemos problema en contratar a freelance.

—Estupendo, te debo una.

—¿Sigue en pie la comida del miércoles?

—Si tú no tienes inconvenientes, sí.

—Ninguno. Nos vemos en tu despacho y vamos donde siempre, ¿no?

—Sí, mañana reservo.

De buen humor, Ashton se guardó el móvil en el bolsillo de la americana y se sentó junto a Candela.

—¿De quién hablabas?

—De unos clientes —dijo evasivo—. ¿Qué le ha pasado a Bron?

—Lo normal —dijo sonriendo. No había pillado casi nada de la conversación, pero la respuesta de Ashton logró picarle la curiosidad—. ¿A quién le hiciste varios favores?

—A unos clientes… —Ashton apremió ponerse en pie—. Voy a buscar a las niñas. ¿Vamos al mexicano?

—Claro…

Candela también se levantó y lo siguió a unos metros. Cuando convencieron a las niñas, salieron del parque y cruzaron por un paso de peatones. Ashton se interesaba por las acrobacias de Bronte y, más tranquilas, Candela y Mia hablaban de las clases de pintura que Payton había empezado a darles un día a la semana. Le contaron que su abuela Denise las recogía en el colegio, las llevaba hasta el estudio que su tía tenía en Candem y después también se encargaba de estar con ellas en su casa hasta que Ashton llegaba del bufete. Otra tarde por semana eran los abuelos maternos quienes se encargaban de ellas. Con esa nueva dinámica, Ashton se ahorraba las visitas de su madre y suegros los fines de semana, las niñas estaban entusiasmadas y a Mary le hacía un favor porque le pesaba bastante la ampliación de su horario a raíz del despido de Candela.

La charla distendida, llena de ilusión, borró la ligera neblina que enturbiaba los pensamientos de Candela, que comió escuchando bromas y pullas mezcladas con las frases sueltas que Ashton y ella compartían entre bocado y bocado. La familiaridad encontró la manera de unirlos sin otra opción que disfrutar de su compañía. Hubo un momento donde las niñas se apaciguaron, donde reinó una tácita armonía. Fue ahí cuando Ashton se vio formando otro hogar. No podía apartar los ojos de la magia oscura de su bruja, hechizando a sus hijas, hablando alegre sobre una afición que llegó a descolocarlo.

—Pagaría por verte ordeñar una vaca.

—Pues ya estás perdiendo —replicó en un tono de suficiencia, miró de nuevo a las niñas, y comentó—. Cuando queráis hablo con mi amigo para que os enseñe.

—Olvídalo —cortó Ashton muy seco—. No es una actividad que les vaya a servir de mucho.

—¿Por qué no, papá? —preguntó Bronte—. Tiene que ser divertido.

—Lo es, Bron —agregó Candela—. Aunque da un poco de miedo.

—Porque he dicho que no —comentó brusco, sin ganas de recordar al granjero. Fijamente, encaró los ojos de Candela y continuó—. Deja de dar ideas, por favor.

Aunque la charla no acabó, desde ese momento Candela espació sus intervenciones y dejó que las niñas rellenaran el incómodo silencio que se propagó entre ella y Ashton.

Gracias a la ingenuidad infantil consiguieron olvidar la llamada de Russell y la tensión del restaurante para pasar una tarde hogareña en el apartamento. Y por la noche, cumpliendo otro capricho de las niñas, bastante insistente, Candela se ocupó de acostarlas mientras Ashton se daba una ducha. Tras arropar a Mia, en la habitación de Bronte, creyó que la encontraría metida en la cama, pero al abrir la puerta vio que no era así. En aquel amplio espacio blanco, con muebles modernos, el suelo de madera resplandecía iluminado por el haz amarilla de la lamparita que había encendida en la mesita de noche. Bronte tenía abierto *El Principito* y se lo tendió con una sonrisa.

—Me gusta más cuando lo lees tú.

Candela se sentó en el filo de la cama.

—¿En serio? —preguntó animosa. No tardó en empezar—. «*El séptimo planeta fue, pues, la Tierra. La Tierra no es un planeta cualquiera. Se cuentan allí ciento once reyes (sin olvidar, sin duda, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de ebrios, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos mil millones de personas mayores.* —Candela sonrió y acarició el espeso cabello rubio de la niña—. *Para daros una idea de las dimensiones de la Tierra os diré que antes de la invención de la electricidad se debía mantener, en el conjunto de seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.* —Leyó dándole énfasis a las cifras—. *Vistos desde lejos hacían un efecto espléndido. Los movimientos de este ejército estaban organizados como los de un ballet de ópera. Primero era el turno de los faroleros de Nueva Zelanda y de Australia. Una vez alumbradas sus lamparillas, se iban a dormir. Entonces entraban en el turno de la danza los faroleros de China y de Siberia. Luego, también se escabullían entre los bastidores.* —Candela vio a Bronte bostezar, pero siguió—. *Entonces era el turno de los faroleros de Rusia y de las Indias.*

Luego los de África y Europa. Luego los de América del Sur. Luego los de América del Norte. Y nunca se equivocaban en el orden de entrada en escena. Era grandioso. Solamente el farolero del único farol del Polo Norte y su colega del único farol del Polo Sur llevaban una vida ociosa e indiferente: trabajaban dos veces por año. —Al levantar la mirada, Candela comprendió que el cansancio la había vencido sin dar un ruido—. Felices sueños, Bron.

Hojeó el pequeño libro parándose en las ilustraciones. Detrás de una donde un farolero prendía la única farola de un país tan grande como una bola de nieve, apareció una fotografía de Harriet con las niñas. Por el abultamiento de su vientre, Candela concluyó que debieron hacérsela poco antes de que muriera. Las tres sonreían contentas, Mia tenía la cabeza apoyada en el pecho de Harriet y Bronte estaba delante de ellas con la boca tan abierta como los ojos, en una expresión heredada de su padre.

A pesar de no poder dedicarle mucho tiempo por la mudanza y adaptarse, no dejaba de pensar en dos sucesos que habían pasado por accidentes cuando podían tener unos responsables en libertad. Y por el nulo interés de Ashton, supuso que para él olvidar era mejor que reabrir una herida mal curada; en cambio, ella no pensaba igual.

Ashton se indignaría creyendo que seguía obsesionada con Harriet, pero se equivocaba. A Candela ya no la movía la curiosidad, sino el afán de esclarecer dos muertes rodeadas de misterio, intereses y extrañas casualidades. También, como era una persona lógica dentro de su insensatez, entendía que sin la intervención policial no llegaría muy lejos, aunque por poco más que averiguara estaría satisfecha. Como mínimo, quería que dos niñas inocentes que echaban de menos a su madre vivieran tranquilas sin pensar que fueron abandonadas. Mia y Bronte Holt tenían ese legítimo derecho.

El humo de la traición

Miércoles, 19 de noviembre de 2014. Londres

Harriet

«En este momento podría protegerme mejor si supiera qué está pasando a mi alrededor. Y no solo lo pienso porque mi joven y alocado amante sea incapaz de llamarme desde que canceló nuestra cita del lunes, voy más allá; a todas las circunstancias que rodean mi vida entera. Desconozco qué sabe Ashton sobre este escarceo, porque algo debe saber, dudo seriamente que no se lo plantee si desaparezco durante dos días cuando nunca lo había hecho antes. Vivo en un estado de ansiedad permanente, de desequilibrio emocional. Incluso en el hospital me noto descentrada. A veces creo que he pecado por tonta, por estar necesitada de atención, y me agobio porque sé que esto no me traerá nada positivo»

El campo enturbiado por la bruma matinal atrajo la atención de Francis cuando se fumaba la primera pipa del día en el salón esquinero y confortable de su casa, en un pequeño pueblo de Somerset. Los ventanales de las dos fachadas que formaban la esquina ofrecían una bucólica panorámica de la campiña mientras era bañada por la suavidad de una fina lluvia. Obnubilado por el aroma del tabaco, pensaba en la fiesta de aniversario del bufete y en su conversación con el jeque Abdulá sobre la muerte de Hamza. Durante esa última semana, y dada la suspicacia que sentía por la familia Al-Masud y sus negocios, había estado investigándolos pese a no dedicarse en activo al bufete desde la muerte de Roger. Ese aliciente logró eclipsar la apatía del otoño, donde la melancolía de la propia naturaleza y el desapacible clima lo forzaban a unos encierros involuntarios que llegaba a detestar y solo eludía cuando Payton pasaba algunos fines de semana en su casa, a no mucha distancia. Realmente tan cerca que desde ahí podía verla bajo la lluvia.

Volvió a su despacho, oscuro y ordenado, para sentarse tras la mesa de madera donde se le amontonaban las carpetas marrones. Dejó la pipa en un cenicero metálico, se colocó las gafas de pasta marrón y revisó de nuevo unos datos de AENCO bastante confusos. No solo acrecentaron su interés porque el bufete debía redactar las cláusulas de la fusión entre esa compañía y ArabCorp, sino también porque encontró similitudes en ciertas prácticas de AENCO con ChinOil, la petrolera nacional de China, que llegaron a asustarlo.

Según la investigación concienzuda de un periodista ecuatoriano, los gobiernos de varios países latinoamericanos endeudados de una forma brutal estaban cediendo a los golpes de talonario de los chinos para parchear la difícil situación económica

que atravesaban. Sin pretenderlo, a costa de empobrecer más a sus países, fortalecían al gigante asiático con ansia de dominar el mundo saltándose las legislaciones internacionales y a cualquier organismo que obstaculizara sus planes. El negocio consistía en que China concedía créditos por miles de millones de dólares a países endeudados con yacimientos petrolíferos y para cobrarlos se llevaba su crudo, que revendía a otros países a un precio bastante superior al facturado. Esas transacciones estaban haciéndose desde hacía cinco años, los acuerdos a largo plazo entre los países deudores y los chinos implicaban exportaciones de petróleo masivas y la comercialización sin procesos de licitación —la mayor parte iba a parar a las petroleras estadounidenses— había ido creciendo de forma progresiva. Por supuesto, no se conocía con exactitud cuánto petróleo se movía y los contratos eran poco transparentes.

A Malborough le llamó la atención que el gobierno de los Emiratos acabase de hacer público un préstamo millonario a Irán y que estuviese negociando otros dos para los próximos meses. AENCO tenía las reservas de crudo a rebosar y generaba unas cifras suculentas que todavía se incrementarían por la variada producción de ArabCorp. La fusión de ambos dejaría a Emiratos Árabes Unidos con la mayor petrolera del Golfo Pérsico, generando beneficios para su país y sobre todo para la gran familia Al-Masud. ¿Pero cómo se cobraba el dinero prestado a Irán cuando el país no podía hacer frente a los pagos? ¿Estaban los Al-Masud implicados en una trama similar a la de ChinOil? Si era así, mantenerlo en secreto sería imprescindible; y, evidentemente, estar en contra podía ser mortal.

En la estación de Paddington, lo primero que hizo Jordan en cuanto se bajó del tren fue llamar a Candela. No tenía intención de incordiarla ni de aferrarse a una relación mal correspondida, prefería no insistir para dejarle un bonito recuerdo aunque mantuviera la esperanza de que volvería por decisión propia.

Llegó a Clapham y se alegró al verla contenta. Pasaron un rato poniéndose al día. Candela le contó emocionada su nueva perspectiva laboral y algo de su relación con Ashton, ahondando lo justo al advertir que la animadversión entre ellos era recíproca.

Candela cambió de tema para no sentirse incómoda. Apreciaba a Jordan muchísimo, le agradecía todos y cada uno de los momentos pasados en su compañía y pretendía mantener la amistad apartando el sexo pese a los matices sexuales que percibía constantemente de él. No quiso prestarles atención y continuó con la amena charla hasta que Jordan vio que se le echaba encima la hora de la reunión

que tenía en una cooperativa londinense que podía interesarle. Se despidieron con dos besos en la puerta del estudio, escuchando unas pisadas en la escalera. Al instante, la silueta de Ashton acaparó sus ojos sorprendidos.

—¿Qué hay? —dijo Jordan a modo de saludo, sonriendo, complacido al ver el rostro rígido del explotador de inmigrantes. En vista de la falta de cortesía, miró a Candela y añadió—: Estamos en contacto, nena.

Aunque Jordan se esfumó, ellos tardaron unos segundos en reaccionar. Sin quitarle los ojos de encima, Candela preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Estaba cerca y tengo un rato libre —contestó en un tono neutro—, no esperaba que tuvieses visita.

—Ahórrate el sarcasmo, por favor.

Candela entró en el interior de la vivienda y se dirigió al frigorífico, a por otra tanda de cervezas; a ese paso debería ir a reponer existencias aquella misma semana. Ashton cogió la lata que le ofreció, sin hacer el amago de sentarse.

—¿Qué quería tu amigo?

—¿Tienes ganas de discutir?

—¿Por una maldita vez podrías responder sin preguntar?

—No —exclamó elevando la voz, acorde al enfado de Ashton—. ¿A qué viene atosigarme con lo mismo? Te he dicho que entre nosotros ya no hay nada más que amistad, si no te lo crees, date de cabezazos contra una pared, pero no me pidas unas explicaciones que no pienso darte. Estoy contigo, solo contigo, con mi palabra debería ser más que suficiente.

—Me esfuerzo por creerte —dijo serio—, pero no soporto ver a ese tipo cerca de ti.

—¿No me digas?

Al oírla, Ashton olvidó el enfado. No tenía remedio con la bruja, sabía sacar sus más bajos instintos, los más territoriales y también los más divertidos en un abrir y cerrar de ojos. Prescindió por completo de la cerveza para beber directamente de sus labios. El contacto profundo envió unos ramalazos placenteros a la garganta de Candela que extasiaron a Ashton. No vaciló en aferrarse a ella, en frotarse para advertirle su nivel de deseo, en devorarla con hambre, apremiando ante la oleada de lujuria que pensaba disfrutar a plena luz del día, entre dos reuniones, sin otra cosa en la mente que poseerla.

Un rato después, Candela se estiró entre las sábanas sin ánimo para continuar la jornada. El agotamiento que arrastraba y esa

sesión de sexo impetuoso la animaron a darse una tregua del ritmo que se había autoimpuesto. Pensativa, contempló cómo Ashton se abrochaba la camisa blanca del traje gris que vestía. Y cuando se cansó de mirarlo, salió de la cama y se puso la bata. Luego, cogió el portátil de la pequeña mesa que había delante del sofá y se echó de nuevo en la cama para empezar a curiosear en la página de un periódico digital. Al no entender una práctica que hacía la familia de Hamza, sin sopesar en la reacción de Ashton, preguntó:

—¿Cómo es posible que un gobierno preste dinero a otro país?

—El Banco Central Europeo permite que se compre deuda pública —respondió, anudándose la corbata roja.

—No hablo de Europa.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó intrigado.

—Porque estoy echándole un vistazo a la empresa que va a absorber a ArabCorp —explicó, advirtiendo el cambio en la expresión de Ashton; pasó de amable a fría—. Emiratos están prestando dinero a países limítrofes muy endeudados y me parece raro. Creo que el interés por fusionarse con ArabCorp puede ocultar un negocio fraudulento.

—Tú y tus creencias —dijo enfadado—. No voy a entrar en detalles sobre un cliente, Candela, y me gustaría que olvidaras el tema. Francis está haciendo su propia investigación, y si tuviésemos alguna prueba de que a Harriet la asesinaron, no dudes que lo denunciaré, pero hasta que tengamos esa prueba no haré nada. Cualquier denuncia de esa índole requiere una buena argumentación con alguna prueba irrefutable. Si hay denuncia, habrá juicio.

—Entonces ve preparando una buena acusación. Cuanto más analizo las cosas, mejor entiendo ciertas situaciones —dijo seria—. El otro día vi una fotografía de Harriet con las niñas. Creo que debieron hacérsela poco antes de su muerte porque se le nota bastante la barriga; estaba contenta, abrazaba a las niñas con mucho cariño. —Candela hablaba consciente del malestar de Ashton, que la observaba inmóvil—. No es la imagen que esperaría de una mujer depresiva, y me parece demasiada casualidad que a los pocos meses de la muerte de su amante ella se suicidara. Por lo que cuentan las niñas, había asimilado el accidente de Hamza y estaba ilusionada con el embarazo —comentó con tristeza—, incluso había elegido un nombre para el niño. —Candela vio la expresión sorprendida de Ashton—. ¿No lo sabías? —preguntó. El abogado sacudió la cabeza—. Era un varón, Harriet quería llamarlo Bennet. ¿Habría elegido el nombre si tenía pensado suicidarse?

—Pudo suicidarse en un instante de bajón. ¿Por qué tuvo que ser premeditado?

—¿Por qué? —preguntó medio gritando, se incorporó como un fuelle vigoroso—. La gente que se suicida no lo decide de un momento para otro. Les lleva meses convencerse de su propia muerte, buscar el método y el escenario adecuados. Por eso la mayoría deja notas a sus familiares.

—¿Todos se comportan exactamente de la misma manera? ¿No puede haber la excepción que confirme la regla?

—¡Claro! ¡Claro que la habrá! ¡Y vida en otras galaxias!

—¿Por qué me gritas? —preguntó en un tono bastante alto.

—Porque estoy harta de tus gilipolleces. No sé qué os llevó a acabar amargados, te juro que no tengo ni la más mínima idea, pero me pone de los nervios que por la indiferencia que quieres darle a ella no veas más allá de un suicidio que canta a leguas. ¿Tan poco conocías a tu mujer?

—No es de tu incumbencia.

La mala leche de la respuesta clavó a Candela en la cama. Ashton se alejó hacia la puerta y salió dando un ligero portazo, más por seguridad que por malos modales. Ella no quiso darle vueltas a esa actitud, se recogió con movimientos bruscos el cabello en una coleta alta y se metió en la cocinita para prepararse la comida; así se distraería. Siempre era una buena dispersión buscar combinaciones apetecibles entre sus escasos víveres con la puerta del frigorífico abierta, parecía esperar un milagro de multiplicación bíblica. Como no ocurrió ninguna hazaña divina, pensó en no dilatar más la visita al supermercado. Mientras tanto, recurriría a un socorrido huevo frito con patatas.

De forma instantánea, sonrió. Desde muy pequeña era su plato infalible, el que prefería a las legumbres o el pescado, el que comía con el verdadero placer que solo las cosas sencillas sin artificios son capaces de conseguir porque evocan gratos momentos. Nítidamente se transportó a aquellos lejanos días de su infancia, hasta verse sentada a la mesa con Miriam esperando entusiasmadas la comida. No sintió pena, sino nostalgia por la inocencia perdida, por los buenos momentos con Miriam cuando su familia todavía aspiraba a ser feliz. Una ligera película húmeda le anegó los ojos al tiempo que pasaban por su mente las imágenes de su hermana riendo, saltando o corriendo detrás de ella como la niña sana y perfecta que fue en aquella época, hasta que terminó la pubertad y empezó el fin. Primero llegaron los mareos al levantarse de la cama, ligeros, sin importancia. Después, recién cumplidos los veinte, inexplicables

caídas tontas. En menos de dos años se fracturó un pie, una clavícula y un hombro; ni ella sabía cómo tropezaba ni los médicos acertaron con un primer diagnóstico. Achacaron ese desequilibrio al oído y le mandaron sesiones de rehabilitación, claramente innecesarias. Fue entonces, en 2007, cuando su médico, buscando examinarle los oídos, solicitó una resonancia de la cabeza. Y ahí sí, por fin la ELA apareció de frente, dando la cara con la soberbia de saberse invencible, y todo se desmoronó. Candela llevaba un par de años residiendo en Londres y regresó esperanzada en ser compatible con Miriam para un trasplante de médula ósea —ya que en España, injustamente, los pacientes de ELA no pueden recibir trasplantes de donantes anónimos al estar excluidos en las listas de la Seguridad Social—; aunque no pudo ser y empezó la escisión con Mercedes. Candela llegaba a pensar que su madre de forma inconsciente la culpaba por esa falta de compatibilidad porque desde aquello no habían vuelto a mantener la misma relación.

Con la enfermedad medio estabilizada por las medicinas y las sesiones diarias de rehabilitación, Miriam aguantó cinco años más de pequeñas victorias, consciente de que poco a poco perdía terreno, hasta que llegó el declive absoluto y su cuerpo cedió a la falta de estímulos.

Durante un rato Candela lloró desconsolada, recordarla atraía el dolor angustiante que no mostró a nadie ni fue capaz de expresar en su funeral. Esa muerte era el drama de toda su familia, pese a la opinión de los médicos al considerar un gran logro ocho años de supervivencia; no había consuelo, ni quizás lo habría nunca.

Mientras se calentaba el aceite para freír las patatas, trataba de recomponerse. Como siempre, seleccionó sus recuerdos para quedarse con lo bueno, con la hermana pequeña de ojos verdes hipnóticos, con la alegre niña de pelo oscuro y rizado y con la guapa adolescente que trajo de cabeza a los chicos en el instituto. Esa Miriam sería quien copara su memoria, la que nunca estuvo sentenciada por la muerte sin haber empezado a vivir.

Candela puso música para evaporar la tristeza de sus lágrimas, y el ritmo pegadizo de *Stole the Show* de Kygo y Parson James fue el aliado que le devolvió la alegría. Sacó las patatas de la sartén contoneando las caderas y las colocó en un plato sobre papel absorbente. Luego, echó en la misma sartén el huevo y un diente de ajo cortado, apartándose conforme aquello empezó a salpicar de manera traicionera.

Estaba sacándolo, cuando llamaron a la puerta. La cara de Candela mostró la sorpresa al encontrarse a Ashton tan cerca.

—Perdóname —dijo el abogado con los ojos fijos en los de ella—, no tenía que haberte hablado mal.

—Perdonado —admitió seca. Volvió a la cocina con ganas de comer, sin ánimo para más irritaciones. El plato con una considerable ración de patatas fritas caseras y el huevo pedían a gritos un ataque inminente. Vio que Ashton desvió la mirada para contemplar su sencillo y extraordinario menú y preguntó—. ¿Quieres?

—Si el huevo me lo haces menos aceitoso, sí.

—Entonces deja de ser un huevo frito —replicó despectiva, a sabiendas de que el sabor del aceite de oliva que tenía en exceso gracias a las cinco garrafas que se autoenvió antes de volver del entierro de Miriam sería incomparable al insulso del huevo a la plancha—. Pruébalo así. Y si no te gusta, te lo hago como quieras.

De buen grado, Ashton aceptó la sugerencia. Un rato después reconocía que el ajo, el aceite y el huevo pringoso mezclados con las patatas fritas eran una delicia. Ayudó la sarta de halagos de Candela a cada bocado, consiguió trasmitirle la pasión por unos placeres al alcance de la mano que ella tenía el honor de enseñarle.

Después le contó que al día siguiente había quedado con Russell Baxter y que estaba interesado en una futura colaboración porque su diseño le había impresionado. Por supuesto, confiaba en el buen criterio de su amigo para mantener entre ellos la privacidad de ciertas prácticas rastreras. La reiterada invitación asombró a Candela, al recordar la mala experiencia con él en la entrevista por el empleo y la indiferencia que le notó en la fiesta del bufete. Y sin embargo, accedió creyendo provechoso estrechar lazos en el mundillo más selecto del diseño gráfico. Percibió un ligero cambio en la actitud de Ashton, como una relajación en los músculos de la cara, que no tardó en desaparecer para retomar la agradable complicidad que compartían charlando.

—Gracias por la comida —dijo Ashton después de mirar la hora en su reloj de pulsera.

—Quédate un poco más.

—No me tientes —comentó, y se puso el abrigo—. Te espero mañana en el despacho, a la una.

Candela sonrió ante una advertencia velada sobre puntualidad, no le dio importancia, y le besó los labios con ternura. Ashton se contuvo bastante al despedirse para no expresar sus nulas ganas de afrontar otra tarde sombría. Salió del estudio con esa idea en la cabeza, pensando en que tenía por delante largas y tediosas horas que no terminarían ni cuando llegara a casa. Allí, las niñas se

encargaban de recordarle a la bruja sin escatimar elogios, ignorando que para él sobraban; eran innecesarios porque conocía sus cualidades, porque ya la amaba.

Encerrado en el despacho, Ashton fue saturándose al comprobar la información que le había dado Malborough a medida que pasaba la mañana. No daba crédito a una implicación profesional que extralimitaba el buen código deontológico que prestigiaba al bufete. Revisó las cláusulas que ArabCorp exigía para la fusión con AENCO, siguiendo las estipulaciones que marcaba la OPEP como organismo controlador del petróleo exportado por los países productores, y también vio los entresijos de los diez contratos de provisión de crudo y fueloil entre PetroIran y AENCO. Agravándose su enfado por momentos, dejó de leer para llamar al jeque Abdulá y concertar una reunión con él esa misma tarde después de la comida con Candela y Russell.

Rotó varias veces la cabeza al colgar, cansado. La pesadez del cuello pasó a incitante nerviosismo al tener a pocos metros a Candela, que llegó con una puntualidad británica exquisita. «Al menos, eso bueno se le había pegado», pensó burlón, observando un atuendo clásico y sobrio. Estaba bella, y también no la reconocía. Llevaba un traje de chaqueta y pantalón negros, una camisa blanca, un pañuelo azul celeste atado al cuello y unos zapatos negros de tacón fino y alto. El pelo tirante recogido en un moño grueso brillaba lustroso, como unos ojos castaños que maquillados parecían un abismo rodeado de espesas pestañas larguísimas, o los imponentes labios del rojo invariable para captar toda la atención.

—Estás diferente —dijo en un tono suave—. Será el pelo, estoy acostumbrado a vértelo despeinado.

—Qué amable —replicó con la ironía que siempre le reservaba en la recámara—. Mejoras por días…

—No he dicho nada malo —comentó, acortando la ligera distancia que los separaba—. Me gusta. —Sonrió y le besó comedido la boca, como una caricia tierna y veloz—. Me gustas tú.

—Gracias —dijo contenta, sin atreverse a corresponderle. Tomaron asiento en la mesa, él en su sillón de mullida piel negra y ella en una de las antiguas sillas, las tapizadas con una tela clara similar a la de la moqueta, y del bolso de mano que dejó a sus pies, sacó un libreto. Lo colocó por delante de Ashton, mirando los ojos azules con satisfacción—. Lo he recogido de la imprenta antes de venir. A ver qué te parece.

Durante unos minutos, Ashton pasó páginas gruesas y brillantes

con fotos de los proyectos que Candela había realizado. Entre la elegancia de las imágenes y las descripciones breves, examinó un trabajo impecable, moderno y estiloso. La encuadernación sencilla pero con un material de calidad, que se advertía sin tenerlo en las manos, realzaba la profesionalidad de esos trabajos.

Con más orgullo que sutileza, a Ashton le faltó tiempo para enseñárselo a Russell en cuanto entró. Mientras los dos estaban distraídos, Candela analizaba la apariencia cuidada de Russell Baxter: facciones suaves sin destacar en exceso, parcialmente ocultas por una barba canosa, ojos verdes bonitos, buen tono de piel, bronceado, complexión atlética y una pinta tan formal como la de Ashton. Los dos vestían trajes oscuros, si bien, el abogado lo lucía con más naturalidad. No se cansaba de observar un porte distinguido, el magnetismo de unas pupilas soberbias o la confianza de unos gestos que alejaban su pesimismo. Por días, Candela se sentía más enamorada de él; aunque no tuviera en mente decírselo.

Gracias al talante amigable de Russell, que no tuvo reparos en pasar al plano laboral antes de salir del despacho, Candela logró apaciguar algo su ansiedad cuando atravesaron la cristalera curva de The Oyster y se sentaron en una mesa. A pesar de la camaradería, se vio insignificante comiendo con él. No podía evitar sentirse fuera de lugar al compartir almuerzo con alguien a un nivel profesional demasiado inalcanzable para ella. Ni trabajando cien años conseguiría una compañía como Baxter Design, ni era su aspiración. O eso se repetía para no condicionarse. Tampoco dudaba del interés de Ashton al tirar de sus contactos para allanarle el camino; no le molestaba, al contrario, sabía que estaba brindándole una oportunidad de oro, vetada para una diseñadora autónoma con un negocio recién iniciado, se lo agradecía y esperaba no defraudarlo.

—Pásate por mi oficina cuando te venga bien, Candela —comentó Russell por enésima vez.

—Me organizo y te llamo —dijo con una sonrisa tibia. Russell asintió. De forma suave, Candela se llevó la copa de vino blanco a los labios y sorbió pendiente a ellos—. ¿Os veis con mucha frecuencia? —preguntó curiosa.

—No tanto como nos gustaría —respondió Ashton—. Pero es raro el mes que no comemos juntos.

—Es bueno buscar el hueco para desestresarse con los amigos —admitió Candela.

—Con el niño es complicado quedar como antes —dijo Russell,

se detuvo sopesando si sería acertado nombrar a Harriet, y siguió para meterse en un frondoso bosque—, pero nunca se sabe cuándo te llamará un amigo para pedirte un favor.

—¿Ashton te pide favores? —preguntó divertida, pendiente a la cara con los labios apretados del abogado, añadió—: Qué callado te lo tenías…

Russell sonrió.

—Por ahí no hubiese pasado.

—Mejor no cuentes más —dijo Ashton borde—. El vino te está afectando.

—No como a ti ciertas adicciones.

—Me estoy perdiendo —dijo Candela, advirtiendo el tono cínico de los dos—. ¿De qué habláis?

—De tonterías —contestó Ashton, alzó la copa con intención de proponer un brindis y de paso cambiar el tema—. Por los nuevos retos.

—Por nosotros —dijo Russell—. Y por ti —agregó sonriendo a Candela—. Estoy seguro de que al fin trabajaremos juntos, a pesar de todo.

—Sí, porque el día de la entrevista no me fue muy bien.

—No —comentó Russell, miró un instante a Ashton (de nuevo en guardia) y, con un gesto indolente, siguió hablando—, tuviste algunas cosas en contra, pero me alegra ver que lo superaste sin secuelas.

—Si cada rechazo laboral me hubiese dejado una secuela, te garantizo que estaría muerta —explicó confiada, y desvió la vista hacia Ashton—. Tengo la capacidad de echarme los problemas a la espalda para sobrevivir sin que me afecten mucho.

—Es una cualidad importante —dijo Ashton, le sujetó la mano sin cortarse por la presencia de Russell—, entre otras…

Avergonzada por un matiz sexual que le resultó inapropiado, Candela rescató la mano con sutileza y se centró en el menú a base de ostras, que ya estaban resultándole demasiado babosas. Y en un silencio que rompió por no parecer ausente, transcurrió el almuerzo para ella. Hasta que Ashton aludió a otra cita, pagó la cuenta y se despidieron en la puerta del restaurante.

Mientras el abogado regresaba al despacho, pensaba en cómo afrontar una charla complicada que podía afectar de manera muy negativa al bufete. También desconocía hasta qué punto Abdulá era consciente de los negocios oscuros de su propia familia.

Al doblar la esquina de la Five Kings House vio el Rolls Royce Wraith plateado que se detuvo frente a la entrada. Abdulá se bajó

del automóvil cuando el chófer le abrió la puerta y se acercó hasta él para estrecharle la mano. Ashton correspondió a ese breve saludo, atento a unos ojos inteligentes y unos modales exquisitos, y subieron al despacho hablando con cortesía. Después pasaron varias horas aclarando sus asuntos, no todos laborales. Encima de la mesa, aquella tarde, las cartas se pusieron boca arriba.

Por la noche, delante de las niñas, disimuló Ashton el agotamiento mental de un día donde no paró de ocultar sus emociones desde bien temprano. Y más tarde, sentado en el sofá del salón, notó la presión en la cabeza por las situaciones que escapaban a su control. Ni siquiera el nerviosismo ante Candela cuando Russell estuvo a punto de meter la pata fue comparable a la inquietud que sintió explicándole a Abdulá los motivos por los que el bufete dejaba de representarlo. Esperó una reacción airada, quizás una confrontación, pero solo obtuvo comedida indignación, un ruego para que siguieran trabajando juntos y un profundo dolor. Como si digiriera un venado con una bola pastosa en la garganta, el jeque escuchó precisamente de sus labios una información que le descubría la facción turbia de su familia y que uno, o algunos miembros pudieron ser los responsables de la muerte de Hamza y Harriet. Sin duda, desconocía la relación que habían mantenido, y por supuesto también el embarazo.

Una vez que Abdulá comprendió que a Ashton lo motivaba hallar la verdad para que sus hijas jamás creyeran que Harriet las había abandonado y que la negativa a representarlo solo obedecía a la pauta ética que regía las normas del bufete, conversaron con la confianza que tenían tras muchos años de relación profesional. Ashton mantuvo fuera de esa charla cómo Candela había descubierto la relación entre Harriet y Hamza, aunque incluyó que alguien muy cercano los había reconocido en un hotel londinense y las sospechas de Malborough sobre AENCO porque sabía del aprecio que Abdulá sentía por él.

Ashton no se equivocó, para el jeque la opinión de Malborough tenía más peso que cualquier otra. Los dos eran perros viejos hechos a sí mismos, unos negociantes natos y si el hombre de leyes hacía una acusación tan grave sobre los Al-Masud, o los bin Jalifa, todos sangre de su sangre, él tenía la obligación de investigarlo para desenmascarar la verdad aun a riesgo de que fuese insoportable.

Al comprometerse a aclarar en privado las actividades de AENCO con su hermano, Ashton vio la mezcla de impotencia y determinación en los ojos de Abdulá. No le dio pie a pensar que el

Primer Ministro de Emiratos Árabes Unidos supiese más que el mismo Abdulá, consciente de que en ciertos niveles donde se mueven diariamente millones de dólares con la fluidez del agua era casi imposible esperar que ambos estuvieran al tanto de las cantidades exactas que generaban sus negocios y todas las prácticas que podían estar haciéndose. Siendo los Al-Masud que más habían contribuido al enriquecimiento del patrimonio familiar, y por las posiciones jerárquicas que cada uno ostentaba dentro de los consejos de ArabCorp y AENCO, Ashton creyó que debían estar informados de una actividad que raspaba los límites legales de las disposiciones de la OPEP —los dos eran miembros fundadores de ese organismo—, aparte de que sus reputaciones intachables podían hundirse y de que quizás tres personas inocentes, una de ellas ni siquiera nacida, habían perdido la vida por ocultarlas.

Con la imagen de Harriet embarazada del nieto de Abdulá, el primero para él, Ashton cerró los ojos y lloró su muerte. Necesitaba perdonarla, olvidar los malos tiempos y quedarse solo con los años felices que pasaron juntos. Era humano cambiar, evolucionar y dejar de amar, igual que equivocarse, perder o fracasar; hasta esos parámetros Ashton llegaba con sensatez, ya solo le faltaba entender por qué Harriet esperó a la evidencia del embarazo para contarle su desgracia, para pedirle el divorcio y para suplicarle que no lo llevaran a cabo hasta que su hijo hubiese nacido. ¿A qué le temía Harriet? ¿Buscaba protegerse o proteger a ese varón que habría sido el sucesor de Abdulá? Por más vueltas que le daba, Ashton se sentía como un pez en una pecera pequeña sin apenas oxígeno. Harriet era una mujer inteligente, muy responsable, bastante calmada en apariencia aunque él sabía que no siempre mostraba la realidad y quizás por esa razón se despistó durante los últimos meses que compartieron. Pero… ¿la muerte de Hamza la condujo al suicidio?; no, esa versión ya no podía sostenerla sabiendo las cifras que movían las petroleras. ¿Y qué podía pensar? ¿Que a Harriet la amenazaron? ¿Por qué? ¿Hamza le contó las miserias de los Al-Masud? ¿Sabía ella que estaba comprometido con otra para seguir enriqueciéndolos? ¿Y los Al-Masud? ¿Sabrían que iban a ser padres? Preguntas sin respuesta; a esa conclusión llegó antes de meterse en la cama y caer rendido en el sueño profundo que le evitó escuchar la charla subconsciente a gritos de Bronte. Descansó. Y entre viejos recuerdos se coló la única persona que le habría gustado tener esa noche durmiendo a su lado. La misma que estuvo cerca de pillarlo en un acto ruin pero necesario. Esa que lograba sosegarlo e irritarlo sin pestañear, de quien estaba enamorado cuando creía que jamás

volvería a tener otra oportunidad. En cambio, podía arrodillarse y jurarlo; la amaba. Su bruja española lo tenía cautivado, estaba adueñándose de él, limaba la rabia que le recubría el carácter para sacar brillo a sus rasgos positivos y empezaba a abrirle un hueco profundo en el alma para emocionarlo y llenárselo de color; tenía la absoluta certeza; y no pararía hasta mantener con ella la relación que quería; incluso hasta contemplaba arrancarle un primer sí, que sería el último y definitivo para él. Todavía era pronto para proposiciones, o precipitado en vista al poco apego de ella por la estabilidad, y no pensaba espantarla hasta estar completamente seguro de sus sentimientos hacia él, así que solo le quedaba ser paciente, más tolerante y echar mano a su experiencia, y a todo lo que fuese necesario, para no perder a la irresistible mujer que el Destino había tenido en grandísima consideración cruzarle en la vida.

Al día siguiente, por el retraso que Ashton debía agradecer al infame tráfico del centro, apresuraba el paso llegando al bufete tras aparcar en una de las seis plazas que tenían reservadas para los socios en la vía pública. Ya corrió hasta el garaje de su casa sabiendo que iba apurado después de despedirse de las niñas cuando apareció el autobús escolar, y en aquel momento subía por la escalera como un loco porque debería excusarse con Yasser bin Abdulá para sofocar la nula paciencia de la que hacía gala. El joven no camuflaba la superioridad que sentía ni lo pretendía y en alguna ocasión había usado un tono prepotente con él proclive a alentar enfrentamientos agriados. Por fortuna no solían verse con frecuencia ya que habitualmente trataba solo al jeque, pero esa mañana no le quedó otro remedio que atenderlo al recibir a las ocho un mensaje suyo concertando una reunión urgente. En cambio, las pocas veces que coincidió con Hamza tuvo una percepción opuesta. El mayor de los hermanos bin Abdulá poseía la genuina caballerosidad del jeque. No lo recordaba como muy hablador, pero sí como alguien que captaba la atención. Hamza era atractivo, alto y moreno, de físico asemejado a Yasser pero sin el halo enigmático de su negra mirada. Siempre lo vio con indumentaria occidental, más informal que la de Yasser o Abdulá. Y, sobre todo, le pareció tan educado y buena persona como su padre. Eso no lo percibía en Yasser. También era extraño que no pensara mal de Hamza, al fin y al cabo había sido el amante de Harriet y quien desencadenó su muerte; pero así le sucedía desde que lo descubrió. Ni siquiera le molestó o juzgó como reprochable

la diferencia de edad entre ellos, ni que la hubiese engañado ocultándole su compromiso con otra; nada; por Hamza sentía indiferencia mezclada con un poco de comprensión. Posiblemente, al estar atrapado en un envolvente conjuro con Candela, apasionante y turbio, embelesado por una belleza morena con más posibilidades de ascendencia árabe que de cualquier otra etnia, entendía a la perfección que Harriet se enamorara de Hamza si llegó a sentir solo la mitad del impacto que él cuando vio por primera vez a Candela. Con cierta curiosidad se planteó cuándo se conocieron. Y creyó saberlo al recordar la última fiesta benéfica a la que asistió con Harriet, celebrada como todos los años en el Jardín Claremont de Surrey. Aquel 23 de agosto por la noche él mismo los presentó.

Resollando, llegó a la puerta del bufete. En cuanto vio el gesto tenso de su secretaria, que de inmediato expresó alivio, empezó a calibrar la artillería pesada como alternativa a los misiles dialécticos de Yasser mientras jadeaba recobrando la respiración regular. Una vez recompuesto, se dirigió con calma hacia su despacho. Colocó la mano en el pomo de la puerta, expulsó una bocanada de aire y abrió mostrando una sonrisa condescendiente, y efímera.

Sentado frente a la mesa, Yasser echaba una ojeada al reloj de oro que llevaba en la muñeca izquierda, alzó la vista y lo observó sin parpadear. Esa mirada era una clara advertencia.

—Disculpa el retraso —dijo Ashton, e hizo una breve inclinación de cabeza.

Yasser pareció relajarse, aunque no se molestó en suavizar la altivez de su cuerpo rígido, con la espalda bien derecha y una pierna doblada sobre la otra. Vestía un traje oscuro, impecable; como sus lustrosos zapatos negros. Ashton detectó el tono que tendría esa reunión, encarar los ojos de Yasser fue un gran indicio, y se sentó tras su mesa. Estaba dispuesto a ser tolerante con él, siempre y cuando no traspasara los límites de la cortesía; y pintaba complicado: ambos se movían por impulsos.

10

Feas costumbres

Martes, 4 de noviembre de 2014. Londres

Harriet

«Mis malditos nervios me juegan todas las malas pasadas que pueden. No me privan de una sola. Me siento acorralada entre el trabajo, mi familia y mi amor, y a veces quiero huir de todos, y siempre vuelvo a cada uno. Me pregunto por qué me he complicado la vida de esta manera con lo fácil que habría sido divorciarme antes de empezar otra relación. Solo puedo responder con mi verdad: no elegimos cuándo o de quién enamorarnos. Cuando sucede, o cuando nos damos cuenta de que ha sucedido, ya es imposible dar marcha atrás. Así consuelo y descargo mi conciencia, aunque me surja la pregunta que nunca me atrevo a responder: ¿Cuánto tiempo me durará esta vez el amor? No lo sé y, de momento, me conformo con vivir el presente maravilloso que tengo junto a él. Nuestras citas de los lunes consiguen alegrarme el alma, a pesar de dejarme ansiosa durante otra larguísima semana»

Atravesar doscientos kilómetros del sur de Inglaterra sintiendo el aire frío en la piel, sin opción a que las niñas se apiadaran de ella y permitieran que Ashton cerrase el techo corredizo, era una situación que Candela no se habría planteado para ese domingo por la mañana. Imploró en su mente que lloviera a cántaros como los días anteriores, el techo se recolocaría automáticamente en su sitio, pero no tuvo suerte aun estando a mediados de octubre. Se conformó con abrigarse y disfrutar de una circulación agradable aunque el paisaje empezara a aburrirla entre lo poco que distinguía por la neblina espesa en el campo y el sueño que arrastraba después de la instructiva noche en la cama del abogado, tras todo un día compartiendo también a las niñas.

—¿Estás cansada? —preguntó Ashton, colocando la mano en su pierna derecha.

—¿Por qué? —respondió con una sonrisa, y puso una mano sobre la de él. Confiada en que las niñas estaban distraídas en sus cosas y que con la música no escucharían, ignoró los ojos entornados de Ashton, que supuso respondían a su incapacidad para captar la ironía, ya que esa cara de leche cortada era la misma cada vez que le contestaba con alguna pregunta, e incidió burlona—. ¿Tú no te quedaste satisfecho?

—No.

En cuanto acabó de oír la negación rotunda, Candela perdió su bronceado natural del rostro. Y Ashton, disfrutando y sin girar la cabeza, soltó una risa burlona con tal de bajarle los humos y vacilarle. Estaba dispuesto a decirle cualquier chorrada por verle esos labios rojos, sanos y ricos como las cerezas, bien prietos. Podía

pasarse todo el día lanzándole perlas, no le pesaba, y ella las valoraba tanto como él apreciaba sus respuestas preguntonas; debían estar a la misma altura. Así se provocaban y andaban compensándose.

Entraron en un camino de tierra donde las casas empezaron a disgregarse dando cabida a más campo y a más soledad, o aislamiento, según se mirara. Eso pensó Candela cuando Ashton le comentó que su hermana unos años atrás compró el viejo granero de la propiedad de Malborough y lo había acondicionado como vivienda. Desde entonces pasaba algunos fines de semana con él sin que ninguno perdiera su intimidad. Siempre habían estado muy unidos, y además eran ahijada y padrino. Tras la explicación, Candela resolvió un hecho que en su día le resultó una extraña coincidencia.

Las niñas se bajaron del coche y corrieron hacia el granero por el prado que había delante de la casa de Malborough. Mientras, Candela se fijaba en el contundente edificio campestre, que no era excesivamente grande y se veía cuidado: rectangular, de dos plantas, construido con sólidos muros de piedras parduscas y un tejado oscuro a cuatro aguas con dos pequeños ventanucos y varias chimeneas. En la fachada principal, a la altura de la planta alta, tenía dos filas de ventanales alargados distribuidos a la misma distancia; abajo, los ventanales ocupaban las esquinas; y en el centro, la puerta de entrada. Justo por donde salió Francis llevando en brazos al cachorro que había aparecido el día anterior en la finca.

Con una vitalidad contagiosa, Francis les saludó. Los ojos azules del anciano brillaron alegres recibiendo los abrazos de las niñas, agachado con una elasticidad envidiable. Las niñas brincaban alrededor de él para que les dejara el perrito cuando Candela conoció a Payton Holt, que también le pareció feliz por cómo repartió muestras cariñosas entre las niñas y Ashton. Y a gusto consigo misma, por su aspecto pulcro y descuidado, de cuerpo esbelto y alto; rostro atractivo, sereno, algo largo pero equilibrado con una mal peinada media melena castaña veteada de mechas rubias y salpicada de pintura azul; los ojos azules, que destacaban en la palidez de su tez, aunque no más que la indumentaria de campesino del siglo XIX que llevaba: un mono vaquero dos tallas más grandes que la suya, con varias manchas de rojo carmesí, y unas botas de agua verde oscuro llenas de barro.

Hasta la fecha nunca habían coincidido en Londres porque Payton no solía ir al piso de Ashton, como mucho, visitaba

fugazmente a su madre y casi siempre intentando coincidir con él y las niñas. No podía decirse que tuviera mala relación con Denise Holt, pero si distanciaba los encuentros se ahorraba oír las monsergas sobre su profesión, vida sentimental o cualquier argumento que se le terciase a la mujer para ponerle pegas a su deseada independencia.

Los adultos charlaron durante unos minutos y las niñas jugaron con el cachorro sin raza definida, que suponían rondaba los cuatro o cinco meses. Era bajito y canijo, con el pelaje corto, marrón oscuro y moteado de gris, blanco y negro. Las niñas tardaron poco en bautizarlo: *Hidu,* para empezar un adiestramiento con visos de dificultoso. Luego, Payton les sugirió volver al granero y retomar las clases de pintura que habían empezado en Londres. Mia se lanzó a la carrera sin esperar a nadie, ni siquiera a su hermana, que la siguió aunque no dejó atrás al perrito. Al perderlas de vista en el granero, los demás entraron en la casa de Francis.

Tal y como Candela pensó, el interior, aparte de masculino por los tonos oscuros y la escasez de detalles decorativos, rezumaba carácter por la sobriedad de unos muebles clásicos de madera y los espacios amplios y altos. En el despacho de Francis, poco después, mientras él encendía su pipa Ashton le contaba a Candela detalles de la reforma del granero mirando por uno de los grandes ventanales esquineros.

—El jueves me llamó Abdulá —comentó Malborough tras dar una calada y sentarse en su mesa. Ashton giró la cabeza para observarlo, como Candela, y siguió hablando—. Me dijo que su hermano sabía lo mismo que él y me pidió que no dejara de indagar. Estaba deshecho, pero quiere llegar al fondo del asunto. Me contó que de haber sabido que Hamza y Harriet iban a tener un hijo no habría insistido para que se casara con su prometida.

—¿No sabía nada de nada? —preguntó Candela, alternó la vista entre los dos.

—No —respondió Ashton y se sentó frente a Malborough. Candela permanecía de brazos cruzados observándolo atenta. Él no habría elegido ese momento para recordar la conversación con Abdulá, y la última con Yasser prefería olvidarla, pero como Francis y Candela eran los responsables de su implicación creyó oportuno aclararles el contenido de su reunión con el jeque—. Abdulá no sabía que Hamza no quería casarse con su prometida. La chica tiene veinte años y no es un dechado de virtudes —comentó haciendo una breve mueca con los labios, suspiró y se puso cómodo cruzando las piernas—. No sé mucho sobre ella, lo que Abdulá me ha

contado, pero parece que era tan reacia a esa boda como Hamza.

—Casarse a los veinte es una locura —dijo Candela.

Ashton asintió mirándola.

—Para los musulmanes no es ninguna rareza —añadió Malborough—, y no creo que a ninguno les hubiera supuesto mucho cambio. Hamza no se habría trasladado a Sarja después de vivir aquí quince años.

—Hombre, Francis —dijo Ashton en un tono perezoso—, un mínimo sí que les habría supuesto.

—¿Tan fea es? —preguntó Candela a Ashton.

—No la he visto nunca. Abdulá no me habló de su físico, sino de su comportamiento y carácter. Parece que la joven es un poco manipuladora.

—Ahora le toca a Yasser aguantarla —dijo Francis, sonrió malicioso—. Van a juntarse el hambre con las ganas de comer.

—Vino a verme —comentó Ashton, recordando la reunión donde estuvo a punto de volar por los aires varias veces—, el jueves a primera hora. —Se puso de pie—. Voy a por una cerveza —dijo. Francis levantó el índice y, dirigiéndose a Candela, preguntó—. ¿Quieres beber algo?

—Sí, gracias. —Cuando salió del despacho, Candela se sentó en la silla que había al lado de la vacía de Ashton—. Yasser me pareció un hombre muy educado y agradable, aunque un poco altivo.

—Es especial. Hay que tener en cuenta que tiene veintiocho años y un nivel adquisitivo muy por encima del resto —dijo Malborough antes de que un sinuoso aro de humo blanco sobrevolara la mesa. Por ampliarle en parte su propia percepción, agregó—: No es tan sociable como era Hamza, ni tan correcto; si quiere decir algo no mide el alcance de sus palabras antes de hablar, pero no todos podemos ser perfectos… —Malborough sonrió al igual que Candela —. Es muy inteligente, se licenció en la Universidad de Oxford con honores, en Económicas, y tiene un máster del Instituto Europeo de Negocios en Administración Empresarial. Abdulá ha puesto toda su esperanza en él. Es un lince para los negocios.

—¿Y qué? —preguntó Ashton al entrar. Había oído el comentario de Francis y no podía estar más en desacuerdo. Tras darle un vaso de cristal con cerveza a Candela, que sonrió breve al cogerlo, se sentó y, con desprecio, dijo—. Es un estúpido prepotente.

—¿Un gilipollas integral?

Como pudo, pensando en que así lo había definido a él cuando se conocieron, Candela aguantó los labios aprisionados para no

soltar una carcajada viendo a Ashton afirmar con la cabeza.

—¿Qué quería Yasser? —preguntó Malborough con la curiosidad de un sabueso—. Abdulá y yo hablamos por la tarde.

Ashton resopló sin apartar los ojos de Malborough, de soslayo miró un instante a Candela, y dijo:

—Vino a comprobar qué sabemos de AENCO y a negar que su hermano y Harriet fuesen amantes. Nos acusó de difamar y calumniar sus memorias. No se cortó un pelo, estaba furioso —comentó Ashton después de beber un trago largo de sabrosa y amarga cerveza—. No me gustó nada su tono, cualquier día voy a decirle un par de cosas.

—¿Cómo pudiste reprimirte? —preguntó Candela cínica. Malborough apretó la boca al ver a Ashton serio, concentrado en ella—. Es raro en ti.

—Porque aprecio a su padre —replicó, mordiéndose la lengua para que no se le escapara delante de Malborough ninguna de sus perlas envenenadas—. Quiere que nos ciñamos al trabajo por el que nos pagan y no a remover la muerte de su hermano.

—¿Se llevaban bien? —preguntó Candela.

—Sí —respondió Malborough—. Estaban muy unidos.

—¿Entonces sabría quién era su amante, no?

Ashton batió las mandíbulas.

—Me dijo que se enteró el miércoles por su padre.

—¿Estaban unidos y no lo sabía?

—¿Puedes dejar de hablar preguntando?

El tono alto y severo de Ashton al reprender a Candela enturbió la apacible atmósfera.

—Sí —respondió la española con voz apagada, reuniendo confianza para salir dignamente de la habitación sin montarle una escena. Miró a Malborough y dijo—. Francis, voy fuera a dar una vuelta.

—Discúlpame. —Se apresuró en decir Ashton al ver humillación en los bonitos ojos castaños de su bruja. No había tenido la intención de molestarla y le dolió pagar con ella esa mala leche que brotaba a chorros cuando recordaba a Harriet. Por más que intentaba perdonarla solo lo conseguía a ratos. En cambio, otra vez, su blanco fácil fue la única persona a quien se lo perdonaba todo—. No te vayas, por favor.

Candela le sostuvo la mirada un instante, se levantó y salió rápidamente.

—Tiene genio —dijo Malborough pendiente a unos ojos azules entrecerrados—. Y tú vas a tener que suavizar el tuyo. Si no, poco

futuro vais a tener.

—Me puede este tema, Francis —admitió cansado—, llego a aborrecerlo.

—Es comprensible, pero Candela no ha dicho nada inapropiado.

—Lo sé. —Bufó agobiándose—. Tiene la fea costumbre de responder con preguntas, sabe que lo detesto y a veces lo hace para fastidiarme.

—Ahora ha sido sarcasmo, Ash. Yo he pensado lo mismo que ella. ¿De verdad crees que Yasser no sabía que Harriet te la estaba pegando con su hermano?

—Tenías que haberlo visto, le faltó partirme la cara. Cada vez que nombraba a Harriet se lo llevaban los demonios. Es peligroso, no sabe controlarse. Y, según él, no sabía nada.

—¿Y según tú? —preguntó atento—. Porque también me extraña que viviendo con ella no supieses nada. Algo se le notaría.

—No nos veíamos, Francis —dijo vehemente—. Cuando yo llegaba, ella se iba; y si estábamos juntos era para discutir. Joder, que me enteré del embarazo cuando estaba de cuatro meses. ¿Crees que no me habría divorciado de haberlo sabido cuando se liaron? ¡Qué leches! —Ashton se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho—. Joder, que fui con ella al funeral de Hamza —exclamó —. Ahora comprendo su desolación… Se justificó aludiendo a la tragedia de morir tan joven y la creí. ¡Qué coño iba a suponer que estaban juntos!

—Cálmate —dijo impasible—. Sabiendo lo que ahora sabemos, supongo que tendría algún motivo de peso.

—Y yo, pero eso no quita para que en cuanto se lió con él hablara conmigo. No sé por qué esperó tanto.

—¿No sabes desde cuándo estaban juntos?

—No —respondió intolerante—. Pero si me enteré el otro día de que iban a tener un varón y del nombre que Harriet quería ponerle. En este tema he estado totalmente al margen, he sido el cabrón más consentido del país.

—No te fustigues. Quizás no llevaban mucho tiempo —concluyó condescendiente. Hizo una breve pausa, y añadió—. Como poco desde enero.

—¿Enero? ¡Por Dios, Francis! —exclamó enrabietado—. ¿Se echa un amante y la embaraza al minuto?

—¿Quién habla ahora preguntando? —Francis sonreía y Ashton bufó—. No le des más vueltas, será mejor centrarse en encontrar al responsable de sus muertes.

—Si lo hubiera. —Ashton vio a Candela andando distraída por la

propiedad, se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros azules que llevaba ese día con un jersey de lana oscuro mientras ordenaba sus pensamientos y, tras unos segundos, siguió hablando—. Sabemos que el coche de Hamza tuvo algún problema electrónico, que pudo ser provocado o no, y suponemos que a Harriet la asesinaron como efecto colateral. ¿Por qué? —preguntó mirando de nuevo a Malborough—. Dudo que supiera nada de sus negocios, no iban a verse para hablar.

—No, pero lo harían ¿O tú y la española no habláis?

Francis dejó la pipa en el cenicero y sacó una carpeta del cajón.

—Claro que hablamos, pero no del bufete —respondió, acercándose a la mesa—. ¿Hay alguna novedad? —Se sentó de nuevo—. Porque si no, me gustaría pasar un domingo tranquilo.

—Un par de apuntes interesantes y dejo que vayas a buscarla para que te perdone —dijo al ajustarse las gafas. El anciano percibió el enamoramiento del abogado, no reconocido pero evidente como la transparencia del agua para él. Tan solo lo había visto interactuar con Harriet y no podía decirse que las dos mujeres compartieran ni atractivo ni personalidad; eran como la luna y el sol. Si una fue rubia, esta era morena. Si una fue calmada, esta parecía un manojo de nervios. Y si una fue una sombra respetuosa tras él, esta lo arrastraba hacia ella sin consideración ni merced—. Me hace gracia verte, Ash. —Sonrió al añadir—. Y me gusta Candela.

—No sé qué tendrá de gracioso —comentó molesto—, y te entiendo, es muy guapa.

—No hablaba solo de su físico —dijo satisfecho. A su edad, que Ashton lo viera como un rival le había sido sumamente útil para darse la razón—. Me parece que te has enamorado de la horma de tu zapato.

—Sí, nos ajustamos tan bien como nos repelemos, es fascinante.

La ironía de esas palabras no afectó a Malborough. Así pues, cogió unos documentos y empezó a detallarle las prácticas de ChinOil que suponía AENCO imitaba en el Golfo Pérsico; aunque hasta el momento no tenía pruebas que avalaran su hipótesis. El quid estaba en engañar a las autoridades internacionales para cumplir con las cuotas máximas permitidas en la compra de crudo. La maniobra resultaba escandalosa y efectiva, auténtica piratería en altamar con el petróleo, ya que cambiaban la propiedad del crudo en los propios buques. En las facturas entregadas por las petroleras de los países deudores, las beneficiarias del crudo eran compañías subsidiarias de las matrices creadas en el paraíso fiscal de Panamá. Estas compañías nunca recibían el crudo porque en altamar se

transfería la propiedad de los cargamentos a las intermediarias. Ahí dejaba de ser de las subsidiarias y pasaba a las manos privadas que terminaban la operación entregándolo en las refinerías. Generaban una circulación financiera de esas transacciones a través de un puñado de cuentas en paraísos fiscales donde el rastro del dinero se desvanecía y no dejaba ni permitía seguimientos.

Cuando Malborough terminó la explicación, Ashton ya tenía clarísimo que esa investigación moriría ahí. Para ellos los datos fueron abrumadores. Y con todo, apenas tenían pruebas sobre los asuntos turbios de los Al-Masud. ¿Pero habían sido esos asuntos los causantes de la muerte de Hamza y Harriet? Posiblemente. Desde luego, el negocio apestaba, las cifras que se movían podían incitar los instintos más primarios de algunos y con la fusión de ArabCorp no solo incrementarían beneficios, sino también la metían de lleno en una trama donde la entrada parecía fácil y la salida complicada.

Cautelosamente, Ashton llegó hasta Candela, que estaba agachada cerca del granero acariciando al cachorro. El animal tenía pinta de desterrado por Payton en vista de la mugre que rebozaba sus patas. Candela siguió acariciándolo como si no supiera que tenía otra compañía. Y Ashton aprovechó para centrarse en sus nalgas prietas dentro de los vaqueros y en la elasticidad de sus piernas, con aguante para pasar horas así con tal de irritarlo.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó suave—. No creo que las niñas tarden en terminar.

—No, gracias. —Candela detuvo el movimiento de la mano y se levantó, liberando al cachorro de unos mimos agradables para dejar escapar el enfado que le reservaba—. Nunca más vuelvas a reprenderme delante de nadie y, si es posible, ni a solas tampoco. ¿Quién te crees que eres? ¿Mi padre? ¿Acaso tengo diez años?

—No —respondió controlándose al oírla elevando la voz—. ¿Podemos hablar?

—¡No, Ashton! ¡Ahora no quiero hablar!

Sin más, Candela salió de su alcance, o eso pensó. No había recorrido la mitad del camino hasta la casa de Malborough cuando Ashton le sujetó el codo y tiró con fuerza.

—Vamos a hablar —ordenó, ignorando manotazos para zafarse de él—, ya puedes gritar como una loca, me da igual.

—Suéltame ahora mismo —siseó con rabia.

Ni se inmutó. Ashton siguió andando y tirando hasta la puerta de la casa, pero no entraron.

—Te estás pasando bastante —dijo severo, sin soltarla y pegándola al muro lateral—, deja de comportarte como una

histérica.

—No me voy ahora mismo porque no tengo cómo hacerlo —espetó—, ¿encima soy una histérica?

—Sí, una pirada histérica —dijo borde—. Solo te he pedido que no siguieras haciendo preguntas, porque me molesta y lo sabes.

—A mí me molestan otras cosas de ti y no te lo digo.

—¿Perdona? —Apretó la frente mostrando la incredulidad que sentía—. ¿No me lo dices? Ah, sí, es verdad —añadió cínico—. ¡Me lo gritas!

—Serás… —Candela se mordió la lengua, aunque Ashton percibió alguna muda lindeza porque resopló por la nariz. Durante unos segundos se desafiaron sin que ninguno sopesara ceder—. Quiero volver dentro.

Ashton necesitó unos segundos para reaccionar.

—Muy bien —dijo sin moverse—, pero me he disculpado. Que conste que eres tú la que no quiere admitirlo.

—No, no quiero —habló incómoda—. No quiero verte afectado por ella, no quiero ser siempre quien pague tu frustración. —Candela fue perdiendo fuelle conforme se expresaba con sinceridad—. Te engañó, iba a tener el hijo de otro, pero no os amabais, y tú tampoco eras un santo. Puedo comprender que te duela porque fue tu mujer muchos años y era la madre de tus hijas, pero tienes que superarlo sin pagarlo conmigo.

Ashton la escuchó atento, pendiente a sus ojos brillantes.

—¿Me perdonas? —preguntó arrepentido, consciente de que en parte tenía razón. Bajó la voz al rogarle—. Vamos, bruja.

Una sonrisa insinuada al instante abarcó por completo la boca de Ashton. Guió sus labios hacia los de ella y se desearon con sosiego, con la misma suavidad que tuvieron las manos de Candela al rodearle el cuello y acariciarle el sedoso y oscuro cabello salpicado de hebras plateadas, hasta no poder parar. En eso ambos estuvieron de acuerdo. Pasados unos minutos delirantes, también sincronizados se apartaron cuando oyeron el motor de un coche. Sin embargo, no anduvieron rápidos de reflejos para evitar que Denise Holt los pillara en plena refriega.

Cohibida, Candela observó a la mujer dirigirse hacia ellos. Era como la imaginaba: parecida a su hijo mayor por los ojos azules y los rasgos marcados del rostro, que en él se veían atractivos y en ella lo endurecían. Tenía el cabello corto, teñido en un tono castaño claro; y de su indumentaria destacaba una falda acampanada oscura y unas botas altas en color negro sin tacón.

Tras un beso fugaz en la mejilla del abogado, manteniendo la

corta distancia y las pupilas gélidas fijas en Candela, habló Denise:

—Hola —saludó seca—. Soy la madre de Ashton, Denise Holt.

—Encantada, soy Candela —dijo amistosa. Se acercó más para besarla, pero reculó al ver cómo la mujer se echó hacia atrás. Denise parecía tener ya una idea formada de ella. Disimulando un súbito arranque de cinismo, sonrió y, con cordialidad, agregó—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias —respondió rápido, desvió la vista para encarar a Ashton y le preguntó—. ¿Dónde están las niñas?

—Con Payton, en el granero —contestó dejando entrever en su tono un claro indicio beligerante.

Ashton no pensaba tolerarle ninguna falta de respeto hacia Candela, por mucho que a Denise le molestara la relación que mantenían y creyera que pretendía aprovecharse de él. Si nunca había tenido en cuenta su criterio al elegir pareja, a esas alturas de su vida no empezaría a hacerlo ni la sacaría de su error, pero, por si acaso y para no dar pie a malos entendidos, sujetó firmemente la mano de su bruja cuando apresuraron el paso hacia el granero en un silencio incómodo que no auguraba nada bueno; andaban en arenas movedizas.

Después del almuerzo, donde por mucho que Payton, Malborough y el propio Ashton —con menor interés— intentaron incluir a Candela cuando Denise hablaba, no lograron que la mujer se dirigiera a ella ni una sola vez. Luego, para desmerecer los comentarios de Candela sobre su nueva andadura profesional, Denise mencionó los meses que trabajó cuidando a las niñas. Fue una provocación maliciosa.

Malborough estaba indignado, incluso avergonzado por ser el anfitrión, y muy cansado de la actitud desconsiderada de Denise. Ese mismo cansancio empezó a hacer mella en Ashton, que mantenía un silencio prudente para no entrarle al trapo y liarla; sin embargo, Payton no estuvo por la labor:

—No creo que un parón de seis meses afecte a nada —dijo Payton, y sonriendo al fijar los ojos en su madre, continuó con un matiz irónico en la voz—. A veces es bueno detenerse para saber qué es lo que uno quiere de verdad en la vida.

—Payte, cariño, no es lo mismo —replicó Denise en un tono suave, enmascarando una sutil advertencia al usar su diminutivo—. Candela no se detuvo de forma voluntaria. —Miró a la española con ojos retadores, ajena a la tensión en los rostros de Malborough y Ashton. Sin ánimo de frenar, preguntó—. ¿O sí?

—No —respondió Candela envarada—. Me despidieron.

Denise mostró una expresión satisfecha.

—¿Ves, Payte?

—¿Qué, madre? —preguntó Payton con dureza—. Como a muchas personas. Pero es admirable que cambiara de profesión para salir adelante. ¿No crees?

—Sinceramente, no. —Denise era tozuda y muy consciente del pulso que mantenía con su hija; aunque volvió a dirigirse a Candela —. No entiendo por qué no regresaste a España, la verdad.

—Porque… —empezó a decir Candela.

—No es de tu incumbencia, mamá —cortó Ashton, harto. Denise se quedó inmóvil. Sin mostrarse afectado, sujetó la mano de Candela y, sonriendo, le dijo—. Si hubieses regresado no te habríamos conocido; fue la decisión más acertada.

Desde hacía un buen rato Candela no sabía dónde esconderse, intuyendo que las pullas constantes de Denise tenían como argumento la creencia bastante extendida entre los anglosajones de que las inmigrantes solo buscaban conseguir un buen partido para vivir cómodamente. Por supuesto, no era su caso, pero incluso así no quiso darle explicaciones. Ni consideró que fuese oportuno ni que las mereciera. Ashton y ella eran adultos, y ambos tenían clarísimo cómo habían sucedido las cosas; Denise Holt podía opinar según creyera.

Para Candela, allí, delante de todos menos las niñas, que jugaban con el cachorro en el pasillo, la mujer había alzado el hacha de guerra. Y, a partir de ese momento, gracias al poco tacto de Ashton dejó de atosigarla y se encerró en sí misma. Excepto sus nietas, ninguno de los presentes vio la necesidad, o tuvo la molestia, de dirigirle la palabra. Como si la castigaran por una opinión reprobable donde prevalecían ciertos tópicos generales que no siempre se ajustaban a la realidad.

Alrededor de las seis, anochecía cuando se desencadenó un fuerte temporal de lluvia que convirtió en unos minutos el campo en un barrizal nada conveniente para el coche de Ashton. El viento agresivo hacía retemblar todas las ventanas y puertas de la casa con sonidos endemoniados mientras aguardaban en el salón a que amainara para volver a Londres. Preocupados por la cantidad de agua que caía, tanto Malborough como Payton les ofrecieron quedarse a pasar la noche; sin embargo, Ashton y Denise prefirieron regresar más tarde sin valorar que de nuevo empezó a mascarse la tragedia. La sangre no terminaba de llegar al río porque Candela contaba con unas alianzas férreas que no la dejaban sola y

contribuían de manera irónica a aligerar la mala intención de unas indirectas continuas, si bien, sentirse en medio de ese fuego cruzado con constantes disparos a discreción resultaba agotador y cansino. Ella sonreía y trataba de mantenerse correcta, aunque por dentro rogaba para que la tormenta amainase lo antes posible.

Pasadas dos horas, Ashton por fin consideró que podían marcharse. Candela se despidió con unos abrazos cariñosos de Francis y Payton y también tuvo la elegancia de unas amables palabras para Denise. Luego, voló al coche con dos ideas insidiosas en la cabeza: desaparecer y evitar a la señora Holt a toda costa.

Dejando atrás Timsbury las niñas iban distraídas viendo una película infantil en las pantallas que había integradas en los respaldos de los asientos delanteros, aisladas con los auriculares, y les dieron algo de privacidad.

—Perdona a mi madre, por favor.

—Claro —dijo Candela de manera automática, ni siquiera giró la cabeza de la ventanilla, como si viera un bellísimo paisaje cuando solo tenía ante sus ojos oscuridad—. No te preocupes.

—Es un poco borde a veces. —Ashton gesticuló cínico. Asumiendo una verdad irrefutable, agregó—: Ha sido muy grosera.

Candela soltó un ligero murmullo inteligible. No hacía falta jurarlo, «de ella debe venirte el carácter volátil», pensó. Sin ánimo, cerró los ojos un instante y suspiró hondo.

—Puedo entender su inquietud, pero me fastidia que no haya tenido la consideración de conocerme un poquito.

—Dale tiempo, suele ser así con todo el mundo.

—¿Debo consolarme? —preguntó. Al ver cómo Ashton entornaba los ojos, apretó los labios por no reír, porque iba a soltarle un deseo que trataría de cumplir a toda costa—. Me da igual cómo se comporte con los demás, que sea tu madre o la abuela de las niñas, no voy a relacionarme con ella ni con el tiempo ni sin él; nunca, para ser precisos. Me ha caído como una patada en el estómago, y no tengo necesidad de soportar las gilipolleces de nadie. Espero que lo entiendas.

—Perfectamente, pero será inevitable que os veáis.

—Ya verás cómo no —dijo con soberbia—. No sabes tú cómo vuelo si algo no me interesa, Usain Bolt a mi lado corre de rodillas.

Ashton no pudo dejar de sofocar una risa. El sentido del humor, la vitalidad y la alegría de su bruja merecían la pena confirmar esa chulería. A partir de entonces retomaron la complicidad y se contentó con conducir por la autovía escuchando la deliciosa

impresión causada por su madre aderezada con comentarios mordaces, algo exagerados pero guasones, que todavía lograron animarlo más para no dejarla escapar. No le importaba arriesgarse a batallar contra su propia madre; aunque intentaría evitarlo porque de escoger un bando se lanzaría de cabeza defendiendo a Candela, y no solo porque tenía razón; por encima de todo, porque solo deseaba estar a su lado; siempre con ella, en paz o en guerra.

11

Genio y figura

Lunes, 20 de octubre de 2014. Londres

Harriet

«No tengo dudas: lo amo. He pasado el último mes engañándome, pensando que sería algo pasajero, ilusamente creyendo que no podía suceder cuando ya no tenía esperanzas para mí, pero ha ocurrido el milagro. Solo me había enamorado una vez y tras catorce años de matrimonio no recordaba qué se sentía siendo el centro del universo de otra persona; y es maravilloso, perfecto. Todavía tengo que reunir valor para hablar con Ashton, aunque me animo porque estoy convencida de que pasado el impacto lo aceptará. No soy tonta, sé que no me ama y que no se ha privado de nada durante los últimos cinco años mientras me dedicaba a nuestras hijas y al trabajo. Ahora no voy a reprocharle nada ni le diré que hay otro hombre en mi vida, esto voy a hacerlo por mí; es lo mejor aunque duela; el tiempo me dará la razón»

Algunos días después, Candela se encontraba en un vagón abarrotado del metro regresando de una visita a un cliente potencial cuando recibió una llamada de Jordan para verse más tarde. Intentó eludirlo. Alegó al agotamiento que arrastraba tras unas jornadas sin horarios —solo sabía que empezaba a las ocho de la mañana, nunca a qué hora terminaría—, pero al granjero no hubo forma humana de convencerlo y, por evitar alguna situación incómoda en caso de que se presentara en el estudio, aceptó ir al pub. Nada más colgar, marcó el número de Lola, rezando porque no le tocase el turno de noche.

—Qué pesada, Cande —rezongó Lola cuando supo que la necesitaba de farolillo—. Es tu problema, déjame al margen.

—No seas así, Jordan es un encanto y te cae muy bien. ¿Qué más te da?

—Es miércoles, no salgo los miércoles ¿te parece bien como excusa?

—No, no me cuentes rollos, sales cuando quieres.

—Te lo estoy diciendo claramente, paso de tus líos con Jordan y Ashton.

—No estoy liada con los dos —dijo en un tono bajo al advertir algunas miradas pendientes a ella—. Le he dicho que no quería salir, pero ya sabes cómo es. Si no salgo es capaz de venir a mi casa.

—Mi niña, estás más cerca de los cuarenta que de los quince, corta de raíz con él y punto.

—Ya lo he hecho, pero somos amigos, no conoce a nadie más aquí.

—Mira, eso voy a discutírtelo. Jordan conoce a quien le da la gana, no entiendo cómo tú precisamente dices eso. ¿No recuerdas la

última noche que salimos con él?

—Sí, Lola —respondió con resignación—. Pero la semana pasada vino a mi casa y estuvimos hablando, los dos tenemos claras las cosas y me gustaría que siguiéramos siendo amigos.

—Muy bien, me parece estupendo que pretendas tenerlo en la recámara por si te falla Ashton. Te entiendo, el tío está bueno y tiene un pedazo de polvo; y tú lo has dicho, tú quieres ser su amiga, no yo. Así que adelante, sed amigos, tienes mi bendición, pero déjame tranquila.

—Qué borde eres cuando te da la gana.

—Todo lo malo se pega en esta vida, Cande.

Al escucharla, Candela entornó un ojo.

—¿A qué hora quedamos?

Esa noche el pub del Soho estaba hasta los topes gracias al ambiente futbolero. Los gritos exaltados se sucedían al mismo ritmo que la selección inglesa metía goles y la cerveza inflaba las panzas de los aguerridos asistentes. Candela y Lola llegaron a mimetizarse, divertidas y algo perjudicadas por el alcohol. Aunque la euforia colectiva que las empujó a pegar saltos de alegría cuando ganaron también le trajo a Candela la peor visión o, mejor dicho, un asombroso encuentro que logró cortarle de cuajo la diversión.

Payton disimuló mejor que la española al acercarse a saludarla. Candela la contempló enmudecida. La intención de Payton rozó la cortesía con una gran dosis de curiosidad. Desde que entró en el pub se fijó en Jordan, le atrajo un físico impactante y sus ojos. Ese color era todo un reto para alguien como ella acostumbrada a mezclar colores. Pensó observándolos cuánta cantidad de azul de Sèvres, cian y turquesa, con verde esmeralda e indio amarillo necesitaría para lograr acercarse a un tono tan extraño como cegador. Hablando con Candela fue incapaz de no desviar la vista cada pocos segundos hacia él. Creyó que la española notó su interés, aunque no la presentó.

Después, Candela volvió a integrarse con Jordan y Lola en el jolgorio colectivo. Y Payton, que acudió con un pequeño grupo de amigos, trató de ignorarlos; sin conseguirlo. Percibió con claridad los gestos afectuosos de Jordan, siempre con Candela como destinataria aunque también incluía a la otra, no paraba de sujetarlas por la cintura para bailar, o lo que fuese hicieran, ni de sonreír ni ahorrar zalamerías. Desde el rincón observaba un despliegue afectivo propio de una amistad bastante íntima. Candela no podía negar que había sido pillada in fraganti, por lo que dedujo

que Ashton no estaba al tanto esa salida; incluso le dio la impresión de que habría eludido saludarla si ella no se hubiese acercado.

Al tiempo, Candela controlaba a Payton de manera disimulada. No quiso seguir bebiendo para no perder el norte y para salir de allí en cuanto Lola y Jordan terminaran las pintas que acababan de pedir. En cambio, pasada media hora volvieron a repetir y Candela ya no pudo seguirles el ritmo. Además, por el poco espacio entre ellos y las tonterías llenas de sexualidad que estaban prodigándose, creyó que sería mejor dejarlos solos y regresar a casa. Tras despedirse, sin que ninguno insistiera en que se quedara, dio media vuelta y atravesó el abarrotado interior para salir a la calle.

La felicidad por la victoria atrajo al centro a una masa enfervorecida ondeando banderas, con unas terribles ganas de diversión. Por eso, una vez descartó Candela el metro —pese a que todavía mantenía el servicio, ella no se sentía con moral para aguantar más borrachos— anduvo deprisa hacia la calle Oxford, donde encontraría algún taxi antes de que en pocos minutos todo estuviera colapsado.

En un murmullo le dio la dirección del estudio al chófer hindú del taxi que paró, se repantingó en el asiento trasero y cerró los párpados para dejar la mente en blanco. Pretendía olvidar una noche muy rara. Que Jordan y Lola se liaran no le molestaba, incluso le agradó la idea; quizás con ese escarceo el granjero diera por concluida realmente su relación, ya que no llegaba a convencerse de que la hubiese superado; sin embargo, el desconcierto que contempló en los ojos de Payton, tan similares a los de Ashton, fue el punto discordante que la descolocó como si protagonizara una comedia de enredos sin ninguna gracia. Sabía que habría creído que Jordan, Lola y ella tenían “algo” juntos porque no le quitó los ojos de encima a Jordan ni a sus manos juguetonas mientras las sujetaba a ambas cuando bailaban. Payton pareció alucinada, aun así ella confiaba en que mantendría la boca cerrada porque solo les había visto bailar. Conociendo al Príncipe de las Tinieblas era básico que manejara la menor información posible.

Candela se levantó el sábado extrañada ante la desaparición de Ashton. Solía llamarla a diario interesándose por ella y su trabajo, además de que se veían los viernes por la tarde en el apartamento y ya no se separaban durante el fin de semana. Al no tener constancia de ninguna llamada perdida ni de que estuviera fuera de Londres, se preocupó y no vaciló al dirigirse a Fitzrovia, pensando en que esa

ausencia solo podía augurar dos cosas: estaba enfadado porque Payton le había contado que se encontraron o por alguna razón ajena a él estaba incomunicado; se decantó por la primera opción.

Subiendo la escalera mecánica para salir de la estación de Oxford Circus podía intuirse el enjambre de personas que había en las calles incluso con el tiempo tan desapacible como el de aquella mañana. Caía una ligera lluvia, muy fría, demasiado invernal para esos últimos días de octubre. Si bien, no afectaba a los turistas que abarrotaban la zona buscando gangas en las tiendas de ropa, ni al intenso tráfico con un ruido infernal. La calma de su barrio resultaba incomparable.

A solo un paseo de allí, cruzó hacia la calle Berners por la tienda de suvenires y no pudo reprimir la nostalgia viendo el revoltijo de banderas británicas a los lados del escaparate y el batiburrillo de “espectaculares” ofertas que siempre le provocaban unas sonrisas. Al pasar por delante del supermercado Sainsbury´s, donde había hecho muchas compras para Mary, le sucedió igual.

Llamó al portero electrónico del edificio de fachada señorial, encajonado entre uno de oficinas revestido por entero de cristal y otro cubierto por una gran lona debido a la restauración que llevaban meses haciéndole, y pasados unos minutos sin respuesta concluyó que las niñas debían estar con los abuelos. Empezó a preocuparse seriamente por Ashton, hasta que detectó una silueta femenina andando por el elegante vestíbulo. La reconoció de inmediato: era la mujer de los arcos perfectos por cejas. La misma con quien coincidió una noche en el apartamento, esa que parecía ejercer una antigua profesión y ahora le aclaraba dónde estaba Ashton.

Cara ni siquiera la miró. Salió presurosa y enfiló la calle con unos tacones de vértigo que no le impedían andar con garbo, atrayendo ávidas miradas. A Candela no le extrañó debido a la ropa provocativa que vestía, sobre todo por la minifalda negra que exponía sus largas piernas. Dispersa en la figura de la mujer mientras se alejaba, decidía si soltar la puerta que había sujetado con hábil disimulo o si desaparecía sin pedirle explicaciones. Los celos y el orgullo vencieron una cruel batalla contra la sensatez y entró en el vestíbulo. Al subirse en el ascensor volvió a tener suerte, ya que no funcionaba si no se introducía un código de seguridad que cada propietario reprogramaba cuando quería y Ashton esa semana no lo había cambiado.

—Qué sorpresa —dijo Ashton al verla. No ocultó un tono irónico ni una mirada fría como el hielo. Candela permaneció inmóvil,

observándole el pelo mojado, una camisa blanca desabrochada, unos vaqueros y los pies descalzos. El abogado, con mala leche, añadió—: ¿Vas a salir del ascensor o has quedado para ver el fútbol?

—Ninguna de las dos cosas —respondió hablando despacio. Apretó el botón de parada con un gesto brusco y, enfocando toda su atención en él, le preguntó—. ¿De qué vas? ¿Puedes explicármelo?

—No —dijo rotundo sin dejarse influir por los puñeteros labios rojos y las ganas que tenía de besarlos. Merecía un escarmiento por los dos días infames que le había hecho pasar. Desde que Payton lo llamó y le soltó la bomba llevaba descentrado, esperando ese momento con verdadera ansiedad, aguantando estoico sin responder sus llamadas para provocar esa situación—. ¿Me has dado tú alguna explicación de tus salidas entre semana?

—¡¿Mis salidas entre semana?! —espetó reventando, acercándose hasta quedar a pocos centímetros de él—. ¡No salgo entre semana! ¡Hablas sin saber una mierda de mi vida! ¡¿Acabas de tirarte a una puta y me pides explicaciones?! ¡Se acabó! —Indignada, en español gritó—. ¡Vete a tomar por culo!

Antes de darse cuenta, Ashton tiró de su mano y la sacó del ascensor.

—No sé qué habrás dicho, imagino que soy maravilloso, pero me importa tirando a poco —dijo sin soltarla, guiándola hacia el sofá grande del salón. De momento no tenía pensando aclararle que la visita de Cara fue por un asunto estrictamente profesional, prefirió que sufriera un poco más—. Explícame qué hacías con el guaperas y te cuento qué hacía con Cara.

—¡Sé lo que has hecho con Cara! —exclamó roja de rabia.

Ashton ya no pudo contenerse.

—¡¿Lo mismo que tú con tu amigo?! —gritó y, rodeándole la cintura con sus brazos, la besó en la boca furioso. Una vez desatada la bestia, no moderó la presión de sus manos para apretarla ni la velocidad de su lengua para devorarla. Cuando sintió que Candela le correspondió y se relajó, se apartó—. ¿Estás más tranquila?

Ashton le acarició la cara con una ternura opuesta a la ferocidad del beso.

—¿Cómo? —espetó incrédula—. ¿Crees que así vamos a solucionar algo?

—No, pero te echaba de menos y no puedo resistirme a tu boca.

—¿A la puta no la besas? —escupió.

—No es prostituta, y no, no la beso. ¿Besas al rubio?

—Tampoco, pero no viene a mi casa vestido como ella.

—Imagino… —comentó insinuando una sonrisa—. ¿Por qué no me has dicho que saliste el otro día con él?

—¿Por qué no has respondido mis llamadas? Aunque hubiese querido hacerlo, habría sido difícil. ¿No crees?

—Estaba enfadado —reconoció yendo a la cocina. Sacó dos copas del armario y una botella de vino tinto. Sin preguntar, las sirvió y le dio una, que ella cogió mirándolo aún con un brillo desafiante—. Vamos a hablar tranquilos, por favor.

Sentados en el sofá con un espacio demasiado amplio entre los dos, durante muchos minutos se dieron las explicaciones que necesitaban. Si uno entendió que sus celos fueron infundados, la otra también admitió haberse dejado llevar al ver a Cara. Ni en un millón de años habría supuesto que Ashton era su abogado, que se dedicaba a la moda pese a una apariencia dudosa y que la visita solo respondió a la urgencia de resolver un contrato antes de regresar a Italia esa misma tarde.

Cuando se terminaron las copas de vino, aclarada la mutua desconfianza, Ashton preguntó:

—¿Te apetece comer fuera? Mis suegros no traerán a las niñas hasta esta tarde.

Candela desvió la mirada al balcón y frunció un instante el gesto.

—No sé… prefiero que nos quedemos, no tengo ganas de lluvia. Podemos cocinar juntos.

—Juntos…

Ashton giró el cuerpo para sentarse de lado e inclinó la cabeza sobre ella. De nuevo acoplaron sus labios deseosos de rozarse entusiastas. Candela metió la mano entre los faldones abiertos de la camisa de él y deslizó la mano por un pecho con poco vello oscuro, salpicado de plata como su cabello o la incipiente barba que no se había afeitado, y no perdieron el tiempo al desnudarse sin desear otro alimento que sus cuerpos para mitigar el hambre acumulada.

Apenas terminado el encuentro sexual, Ashton lanzó un suspiro largo, lento y placentero sin apartar los ojos de unos oscuros que lo miraban embobados. Esperó unos segundos, pero por alguna extraña razón la bruja no emitió sonido alguno por esa boca voluptuosa que había enrojecido a base de un apasionamiento descontrolado. Trató de levantarse creyendo que estaría incómoda soportando su peso, pero Candela le sostuvo las nalgas para que no saliera de ella, demasiado a gusto y satisfecha para moverse un mísero centímetro.

—Deberíamos levantarnos —dijo Ashton sonriendo—. Tenemos

que comer.

—Cómeme, pero no me pidas que me mueva, no puedo.

—Insiste un poco —comentó bromista, encantado por la expectativa de hundir la cabeza entre sus piernas y no moverse durante el resto del día de aquel cómodo sofá que por primera vez usaba para algo más que sentarse a ver la televisión—. No me importaría estar aquí hasta que vuelvan las niñas.

—Ni a mí —afirmó susurrando. Paseó las manos por un culo prieto y suave, tanto como una lengua que no perdió oportunidad para regresar a sus pezones y lamerlos cuidadosamente—. Me gustas mucho.

Ashton alzó la cabeza.

—Tú a mí también, lo sabes y te aprovechas.

—Me gusta cuando me mimas.

—Es un placer —dijo—. A mí me gustas tú, Candela, más de lo que nunca habría imaginado. —Al conocer su reticencia a las relaciones formales, pensó en que jamás se le declararía sin tener la absoluta certeza de qué sentía él, y añadió—. Me estoy enamorando de ti —habló serio, pendiente a la humedad que llenó unos ojos castaños incapaces de ocultarle nada. Candela no lloró, pero tragó despacio. Ashton quiso poner toda la carne en el asador, obviando solo una pequeña porción, aquella ruin que le avergonzaba y pretendía enterrar en el olvido ayudado por su amigo Russell—. La primera vez que hicimos el amor te propuse que fueses mi pareja, me pediste unos días para pensártelo, pero han pasado semanas sin que me hayas dado una respuesta —comentó esbozando una sonrisa —. No me hace falta porque sé que también te gusto, los dos estamos igual. —Le besó los labios y se tomó unos segundos para preparar la traca definitiva—. Eres mi pareja, y algún día te convenceré para que seas mi mujer.

—¡¿Qué?! —Candela desorbitó los ojos.

—¿Tienes que hablar gritando? —preguntó antes de resoplar—. Sabes que soy un poco impulsivo. —Se incorporó y se sentó—. Hay cosas que se sienten —dijo, poniéndose el bóxer negro, mientras, Candela salía del trance y también se sentaba—. Podemos estar saliendo años, pero será perder el tiempo; tú y yo algún día nos casaremos —concluyó. Ella no reaccionaba, con la vista clavada en la pantalla negra de la televisión—. ¿Qué te pasa?

—Nunca nos casaremos, Ash. No me lo pidas y tendremos la fiesta en paz.

—¿Por qué? —preguntó tras ponerse los vaqueros, abrochándose la camisa blanca—. ¿Es porque piensas que quiero tener más hijos?

¿Por eso?

Candela estaba nerviosa, notaba cómo le sudaban las manos y se las restregó.

—En parte —respondió evasiva. No tardó nada en ponerse la ropa interior, los pantalones pitillo negro y el jersey grueso blanco de cuello alto. Se levantó y buscó la gomilla del pelo para recogérselo de nuevo, pero no la encontró—. ¿Has visto mi coletero?

—No, y suelto te queda mejor.

—Perfecto. —Candela enfiló el corredor lateral del ascensor camino de su antiguo dormitorio, allí encontraría otro coletero—. Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas? —preguntó detrás de ella, parándose en la barra de la cocina.

—A recogérmelo, me agobia tenerlo suelto.

—Acabo de decirte que suelto te queda mejor, me gusta más.

—El pelo es mío, soy su dueña y yo decido cómo llevarlo; te guste o no.

Ashton puso los ojos en blanco. «Dame paciencia, Señor», pensó al mostrar una sonrisa cínica. El irónico Destino había querido que se enamorara de dos personas diametralmente opuestas. Si Harriet pecó por una condescendencia que llegó a sacarlo de quicio muchas veces, en los planes de la bruja eso mismo no entraba ni de lejos porque era altiva, directa, solía aparentar una seguridad engañosa y tenía un carácter de mil demonios; que a él no lograba apabullarlo. Podía decirse que se sentía abrumado por la dicha; ese genio equilibraba a la perfección sus personalidades y las complementaba. Así y todo, como ya se había declarado, lo mejor sería mostrarse indiferente ante sus desplantes; si no, estaría perdido a su merced.

Candela reapareció algunos minutos después, duchada y con el cabello bien peinado en una coleta alta. Ashton estaba pelando unas patatas con intención de prepararle su comida favorita sin ayuda. Ella se percató y, aparte de felicidad, reconoció que se merecía una disculpa.

—No he querido ser borde —comentó al sentarse en uno de los taburetes, observando su buena maña cortando las patatas—, perdóname.

—Perdonada —admitió sonriendo ligeramente, sin mirarla, atento al cuchillo—. No quiero tener más hijos.

Al terminar de hablar, Ashton levantó la vista para toparse con unos atentos ojos oscuros.

—Sé por qué lo dices. —Candela suspiró y se levantó para

agilizar la comida si pretendían terminar antes de que las niñas regresaran. Colocó en la vitrocerámica la sartén con el aceite de oliva que Mary habitualmente usaba y volvió de nuevo al taburete. Recordó su estupefacción al saber que Harriet estaba embarazada de un varón e, interesada, preguntó—. ¿No te gustaría tener un niño?

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. Tengo a mis hijas medio criadas, no me apetece volver a la esclavitud de un recién nacido. —Ashton vio las cejas elevadas de Candela, expresando ironía y se apresuró en añadir—: No lo decía por mí, sino por ti —habló con una sonrisa breve—. Vi a Harriet cuando las niñas eran pequeñas, está claro que los primeros años ella llevó el peso —admitió con cierta humildad—, pero contribuyeron a distanciarnos y no quiero eso para nosotros. Si tú desearas tener hijos, te prometo que no me importaría; pero es un tema en el que te doy potestad absoluta. Tampoco me gustaría volver a ser padre cuando tenga cincuenta años.

—Te faltan diez, no exageres —dijo resignada.

—Nueve.

—Uuuu, disculpa…

Candela cogió el escurridor con las patatas y las echó poco a poco en la sartén mientras Ashton estaba a su lado. Al acabar, los dos se sentaron en la barra. Él acercó las dos copas vacías, las rellenó de vino tinto y, entre sorbo y sorbo, siendo francos, charlaron con un cómplice sosiego.

Ashton no se adjudicó méritos con sus hijas y reconoció la gran tarea que realizó Harriet cuando también debía cumplir en su trabajo. Candela, por su parte, le contó que con la enfermedad de Miriam obvió la llamada de la maternidad tan comentada por muchas mujeres; nunca la había sentido con la fuerza necesaria para plantearse en serio pasar por un trance que la asustaba demasiado.

Unos minutos más tarde comieron y siguieron hablando sin parar, divertidos y felices entre recuerdos, ideas o sueños. Ashton no era capaz de dejar de sonreír, entregado al placer de la simplicidad con la compañía deseada. Esa podía llamarse su meta, por la que lucharía contra viento y marea; conseguir estar siempre así con ella. De entrada habían empezado y, aunque Candela llevaba muy poco tiempo en su estudio y todavía no pensaba pedirle que se mudara con él, más adelante volverían a convivir; cuando estuviera preparada para casarse; no contemplaba otra alternativa: la bruja sería su mujer.

En aquella tarde lluviosa vieron una película tumbados en el sofá, relajados, hasta que sonó el portero electrónico y el pánico cundió en Candela. Sin mucho éxito, Ashton trató de calmarla, pero ella corrió despavorida al aseo para arreglarse el cabello antes de que las niñas subiesen con los Barlow, los padres de Harriet. Ni cinco minutos después, escuchó hablar a Ashton y las voces de las niñas.

Con aprensión, regresó Candela. Lo primero que alejó algo su inquietud fue el saludo cariñoso de Bronte y Mia. Luego, ante la inesperada amabilidad de la señora Barlow, a su marido no lo conoció porque se quedó en el coche, por fin pudo comportarse de manera natural. La mujer rondaba los setenta años; de cuerpo delgado y esbelto como un junco; con las arrugas propias de la edad en un rostro bien conservado y de rasgos dulces, al igual que la expresión del azul pálido de su mirada; y lucía un corte actual en un espeso, pulcro y nada artificioso cabello blanco. Candela, que se preparó para otra madre arisca, casi se emocionó cuando la señora Barlow le trasmitió su beneplácito por la relación con Ashton. Supuso que las niñas habían sido las encargadas de ponerla al tanto.

Durante los minutos que duró esa conversación, y pese a parecer entretenido escuchando las anécdotas de las niñas, Ashton las miró de soslayo muchas veces sin perder compás de su charla, satisfecho por la reacción de las dos y encantado por la sociabilidad de la bruja, que cuando quería podía transformarse en la más benévola de las hadas. La madre de Harriet no dilató el encuentro alegando que la esperaba su marido, derrochó cortesía al despedirse y un enorme cariño hacia sus nietas.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dijo Ashton cuando la mujer se metió en el ascensor y las niñas corrieron a la planta alta.

Candela sonrió y se acercó a él.

—Es muy agradable —comentó, y le dio un beso breve en la boca—. Me ha sorprendido, creía que no le haría gracia que ocupara el lugar de su hija. Sabes que no es mi intención.

—Aunque no lo sea, las niñas te ven como a una madre. —Ashton le sujetó la cara entre las manos—. Hablan de ti, les gustas y eso se nota. Para mis suegros es importante que ellas estén bien, y contigo van a estarlo —añadió.

—Eso espero —dijo Candela, sintiéndose de nuevo insegura.

Poco antes de las ocho, Mia y Bronte terminaron de cenar y cansadas se acostaron. Candela no ayudó a Ashton con la

preparación de la cena, porque jugó con la pequeña argucia de recurrir a unas socorridas pizzas, ni tampoco colaboró con las niñas cuando se ducharon, limitándose a observarlas. Las dos eran autosuficientes con las limitaciones propias de su edad, se defendían muy bien, y no olvidaron ninguna de las prácticas enseñanzas que ella les había dado durante el tiempo que las cuidó. Incluso Bronte, algo despistadilla y desordenada, recogió al terminar toda la ropa que había tirado en el suelo y la echó en el cesto de la colada sin que Candela necesitara recordárselo. Ese pequeño detalle la conmovió. Desde que se conocían nunca actuaron para agradarla, sino como dos niñas de ocho y diez años demasiado felices para la desgracia que las rodeaba en aquel momento; si bien, desde que sabían de su relación sentimental con Ashton, a veces, sobre todo cuando estaba con ellas en el apartamento, parecía como si quisieran demostrarle que eran dos virtuosas por si ese comportamiento pudiera influenciarla con su padre. La inocencia infantil no podía estar más alejada de la realidad, en cambio fue un apunte para ella. Aunque tuviera clarísimo que su bienestar debía primar ante la relación con Ashton, comprendió el alcance de la estabilidad que podía ofrecerles, y volvió a sentirse abrumada. En cuanto el abogado terminó de recoger el leve estropicio de la cocina, despacio se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tú me gustas —dijo Candela—, pero tus hijas aún me gustan más.

Ashton tardó un segundo en besarla, suave.

—Vaya… —susurró estudiando despacio la expresión de Candela—. No es ninguna sorpresa, las dos te adoran, creía que ibas a decirme otra cosa.

Las manos de Ashton se cerraron en la cintura femenina, aferrándola posesivo mientras le apretaba el cuerpo al de él.

—Sí, también —afirmó tras besarle los labios—, vamos a la cama, estoy agotada.

Eso no fue precisamente lo que Ashton deseaba escuchar después de un sábado revelador, en cambio cedió al instante imaginando el espléndido sexo que de nuevo iban a disfrutar. Estaba contento por las confidencias compartidas y por su declaración sin ambigüedades, conformándose sin presionarla para dejar que todo fluyera como tanto le gustaba. Si Candela se sentía como el agua turbulenta de un río indómito, él sería el cauce con sinuosas ondulaciones que la conduciría a través de profundos cañones y valles hasta el mar; tendría pendiente suficiente para que corriera veloz en libertad y extensas llanuras para frenarla; así

llegarían juntos a la orilla de la playa, o sin rodeos, a su hogar.

A la mañana siguiente, Francis Malborough desayunó en la cocina después de esperar durante un rato la aparición de *Hidu.* El cachorro sin una raza definible compartía con él su gusto por la independencia y no parecía amilanarse por la lluvia para inspeccionar los tres acres de parcela arbórea que rodeaban la casa. Al terminar, viendo que el perro no había vuelto, se dirigió al despacho con una idea sobre ArabCorp rondándole en la cabeza. Una vez tuvo encima de la mesa los documentos que atestiguaban los préstamos de Emiratos Árabes Unidos a Irán no pudo confirmar cómo se devolvía el dinero. No dudó que para Emiratos debía ser escandalosamente rentable. Tanto, que no solo la vida de Hamza y Harriet pudo depender de ese negocio, sino la de cualquiera que hubiese supuesto un incordio para sus intereses.

Francis tuvo claro que los árabes eran mucho más cautelosos que los chinos, no incumplían ninguna ley o disposición internacional, y se trataba de un acuerdo consentido entre dos países donde uno se aprovechaba de la necesidad del otro aunque resultara bochornoso. Y se sintió en un callejón sin salida. ¿Cómo podían encontrar al o a los responsables de las muertes de Hamza y Harriet si ni siquiera tenían pruebas de nada ilícito? ¿Estaba la OPEP enterada de ese negocio? No tardó en afirmarlo. Tanto Abdulá como Hussein bin Jalifa Al-Masud eran miembros fundadores y tenían serios intereses involucrados. ¿Pero tal y como Abdulá le aseguró no conocían los pormenores de un negocio de aquella envergadura?

Durante varias horas siguió indagando, leyendo informes de algunos valientes periodistas que arriesgando sus vidas no habían tenido miedo en hacer público los trapicheos de ChinOil. Sin embargo, cuando trató de localizarlos parecían haberse esfumado. Incluso la familia de uno tenía interpuesta una denuncia por desaparición desde hacía un año. Este hecho apoyaba más si cabe su teoría, a esa escala, saber y manejar información suponía un riesgo elevadísimo, y hacerlo público, posiblemente, sentenciarse a muerte.

Bastante cansado, Malborough guardó la documentación en uno de los cajones del escritorio, bajo llave. Con un chubasquero azul marino y las Hunter negras salió de la casa por dar un paseo bajo la fina llovizna que a esa hora caía y de paso para confirmar que *Hidu* estaba con Payton.

Nada le resultó extraño mientras recorría el prado dirigiéndose

al granero: las nubes plomizas de un gris tan oscuro que solo vaticinaban lluvia constante, la tierra con un pegajoso barro donde se hundían sus pasos varios centímetros y, como siempre, un tranquilizador sosiego roto por el sonido del agua e impregnado de la pureza que desprendía la fragancia a tierra mojada.

—¡Francis! —gritó Payton—. ¡Francis!

Al oír la desesperación en una voz que conocía perfectamente, sin ver a Payton ni saber a qué venía ese histerismo, corrió cuanto le permitieron sus viejas piernas y el fango. Para nada habría esperado la imagen que encontró tras rodear el granero. Payton tenía la vista fija en un punto entre los árboles que servían de delimitación con la propiedad del vecino, temblaba y ni siquiera giró la cabeza cuando se acercó a ella. Malborough buscó con los ojos el punto al que miraba Payton y se bloqueó, impresionado. Tiró del brazo de Payton para apartarla de una de las imágenes más crueles que había tenido la desgracia de contemplar en sus ochenta años. El pequeño cuerpo sin vida de *Hidu* colgaba de la rama de un árbol, con el cuello roto y ladeado, la lengua atrapada entre unos colmillos de leche que jamás mudaría y el pelaje muy mojado y sucio.

—Llama a la policía —dijo Francis—, y haz la maleta para regresar a Londres, te vas.

—¿Qué está pasando? —preguntó entre sollozos, abrazada firmemente al cuerpo del anciano—. Cuéntamelo.

—No, cariño —dijo amable, le besó la sien y le limpió las lágrimas—. No sé si está relacionado con algo que estoy investigando para Ash o es algo fortuito obra de algún demente, como sea, es mejor que no sepas nada, hazme caso, Payte, vuelve a Londres y no regreses hasta que yo te lo diga.

Payton, frente a él, vio el aspecto pálido de su piel, el brillo obstinado en el azul de sus ojos y la exagerada protección que durante toda su vida le había dado.

—¿Y tú? —preguntó en un murmullo. Ese hombre era una pieza clave para ella, no solo porque fue el mejor amigo de su abuelo y de su padre, su primo y socio, ni porque era su padrino y lo adoraba desde niña, sino porque gozaba de su confianza y del mismo amor que él sentía por ella. No podía pensar en irse y dejarlo aislado en un lugar tan solitario donde podían pasar varios días seguidos sin ver a nadie—. ¿Puedes estar en peligro? Vente conmigo.

—No —dijo rotundo—. Esta es mi casa. No sabemos nada, puede haber sido cualquier malnacido que estuviera de paso. Si el perro le molestó…

Malborough trató de pensar con cierto raciocinio. En algunos pueblos todavía era escasamente habitual que apareciesen animales asesinados de una forma parecida. Por suerte, estaba penado; sin embargo y por desgracia no disuadía a ciertas almas endemoniadas. El perro pudo cruzarse con alguna, aunque restaba peso a esa suposición que hubiese sido ahorcado dentro de la propiedad. Y por el aspecto del animal, parecía haber sido arrastrado, pudo haber muerto en cualquier sitio. Era otra opción, pero… ¿Quién se habría arriesgado a colgarlo allí? Esa pregunta era machacona. ¿Quién?

Buscando posibles culpables pensó en que también la caza de corzos, gamos y ciervos atraía a las fincas de la zona un buen número de cazadores. Estos solían respetar la naturaleza —si por respeto se entiende pagar un precio variable que oscila en función de la especie, tamaño y otras características y nunca es inferior a dos mil libras para divertirse asesinando a un animal salvaje— y se presuponía que eran personas equilibradas al disponer de un permiso de armas. No creyó que fuesen los responsables de esa crueldad; eliminarlos de su lista imaginaria de sospechosos resultaba casi lógico, sin embargo, todavía no los descartó.

Y por último, quien o quienes habían matado a Hamza y Harriet, porque ya no tenía dudas sobre sus muertes y sí la certeza de que los máximos responsables de ArabCorp y AENCO debían tener constancia de la investigación que estaba llevando a cabo. Entonces… ¿significaba la muerte de *Hidu* una advertencia o podía considerarse una grave amenaza?

12

Revelaciones cautivadoras

Jueves, 16 de octubre de 2014. Londres

Harriet

«Soy prudente y no he expresado mi sorpresa, pero ha conseguido dejarme muda. Estamos viajando hacia un paradero desconocido para mí en un jet de la compañía de su familia: ArabCorp. Mientras me sirven una copa de champán, suena su móvil y atiende la llamada. Escuchándolo hablar, no entiendo nada de lo que dice y no sé quién es su interlocutor, pero percibo su enfado por el tono arisco. En este momento no quiero pensar en problemas porque tengo los míos propios con Ashton. Con él parezco una mentirosa compulsiva por buscar la manera para salir de Londres sin levantar sospechas. En cuanto termina la llamada, reclina la cabeza en el confortable asiento de piel beige y, con los ojos cerrados, entrelaza su mano con la mía. Durante un instante contemplo el sello de oro que lleva en el meñique, tiene un símbolo que no reconozco y tres piedras preciosas diminutas; me gusta, y para él debe ser importante porque apenas se lo quita. Supongo que será un regalo o heredado, no lo sé, ahora, prefiero centrarme en nosotros y en estos cuatro días donde por fin dejaremos de escondernos»

En el preciso momento en que Ashton regresaba a su despacho, después de concluir la primera reunión de esa mañana de lunes, le sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo del pantalón. Respondió antes de sentarse en la mesa. Malborough le contó que la policía de Timsbury había abierto una investigación para esclarecer la muerte del cachorro y que la recopilación de pruebas sería prácticamente nula debido a la lluvia. Ambos compartían la inquietud, conscientes de que podía tratarse de un hecho aislado o de una forma macabra de meterles miedo si como pensaban estaba relacionado con la investigación sobre los Al-Masud; todos los Holt podían correr peligro, incluyendo en el lote al propio Malborough y a Candela.

—Deberíamos hablar con Abdulá —dijo Ashton.

—Es mejor que a partir de ahora no sepa más de esto. —Malborough habló serio—. ¿Quién crees que los ha puesto sobre aviso?

—No digas tonterías, Francis, por favor, estás dando por sentado muchas cosas. Estoy seguro de que Abdulá no sabía nada sobre los negocios de AENCO.

—Y yo, Ash, somos amigos, pero en cuanto ha sabido que estábamos investigando habló con Hussein y con Yasser, y no podemos fiarnos de ninguno de los dos. Su hermano es un hombre muy poderoso y no solo por su estatus en Dubái, sino también en la OPEP. Y de Yasser qué voy a contarte que no sepas. Creemos que tenía buena relación con Hamza, sin embargo puede que estemos

equivocados. Ambos estamos de acuerdo en que podía estar muy enfadado con él, carácter no le falta y un buen móvil para quitarlo de en medio tampoco si realmente está a favor de la fusión.

—Dudo mucho que haya sido tan estúpido, Francis —comentó, girando el sillón. Gracias a la situación alta y esquinera del despacho tenía una bonita panorámica del Puente Southwark—. Y, sinceramente, no creo que esté implicado en la muerte del hermano. Sería una ruindad que Abdulá jamás le perdonaría.

—Hay dos periodistas desaparecidos, Ash. Dos que se metieron a fondo en los negocios de ChinOil. El dinero es muy goloso y arrasa con la ética de algunos —dijo sencillamente—. Deberíamos denunciarlo a la policía.

—¿Con qué, Francis? —preguntó enfadado, bufó y se puso en pie—. A Harriet la incineraron, no tenemos ni su cadáver para buscar alguna prueba, y aunque lo tuviéramos dudo mucho que el agua hubiese dejado algún rastro. No podemos presentarnos ante la policía y contarles que porque han matado a tu perro a Harriet también la asesinaron.

—El Waterloo es el más largo de los puentes, tiene cuatro carriles. ¿Sabemos si hay cámaras de vigilancia?

—No lo sé —respondió casi resignado. Dirigió la mirada al ancho ventanal. El Southwark no tenía nada especial, era como cualquier otro puente moderno de los muchos que atravesaban el río: dos carriles rodados para el tráfico y dos para bicicletas; aceras sin mucho tránsito, quizás por las nubes oscuras en el cielo; y, como elementos destacables, lo recorrían en paralelo dos filas de antiguos tridentes verde agua que estaban coronados con farolas de cristal—. Si no recuerdo mal —dijo Ashton, enfrentando los ojos de nuevo al espacio neutro del despacho—, el único sitio para cámaras en el Waterloo es la mediana. Déjame que hable con alguno de mis contactos en Scotland Yard.

—Es de suma importancia, Ash. Sabes tan bien como yo que sin un culpable identificado no podemos hacer nada, y debemos movernos rápido y ya.

Ashton entendía esa presión y no puso objeciones.

En unos minutos, la tormenta que se desató de repente, acompañada por un terrible trueno, lo sacó del ensimismamiento tras la conversación. Se fijó en la gente que corría por la calle buscando refugio y, pensando en la seguridad de sus hijas, se preguntó si no sería oportuno dejar de meter la nariz en AENCO para eludir un peligro que empezaba a atosigarlo. Había demasiado en juego, y estaba convencido de que no tendrían escrúpulos en

matarlas por seguir con el suculento negocio.

Algo después de llamar al inspector Anthony Carter consiguió centrarse en el trabajo mientras se tomaba el café recién hecho que todas las mañanas su secretaria le llevaba puntual. El interés de Carter tras explicarle el porqué de sus sospechas sobre la muerte de Harriet le resultó consolador. Obviamente, no mencionó a AENCO ni a ArabCorp, solo a Hamza bin Abdulá. El inspector escuchó la tergiversada versión de un viudo que no aceptaba el suicidio y para retomar su vida sin ese reconcomio necesitaba tener la absoluta seguridad de que fue un acto voluntario, y le creyó.

Ya había anochecido cuando Candela llegó aquel mismo lunes exhausta al estudio después de varias reuniones, muchos transbordos de metro y demasiada distancia recorrida con unos tacones altos. Dejó en el maltrecho sofá oscuro el maletín donde llevaba toda su vida laboral condensada y se dirigió al baño para darse una ducha que le aliviara el cansancio.

Pese a saber que no debía extasiarse bajo el chorro de agua caliente ya que el termo eléctrico no tenía mucha capacidad ni duración, estuvo muchos minutos perdida sin dejar que esa nimiedad le afectase. De golpe se apagó la luz y la oscuridad total copó el pequeño espacio con más intensidad que el vaho del calor.

—Mierda —farfulló. Del grifo empezó a salir el agua templada y, al momento, gélida—. ¡Joder!

Buscó a tientas el albornoz en el perchero que había detrás de la puerta sin reparar en el agua que chorreaba de su cuerpo al suelo cerámico, en un estado tan deplorable como las instalaciones; seguramente, con el mismo nulo mantenimiento que el resto del antiguo edificio. Tiritando, salió del baño abrochándose el albornoz, con el cabello empapándolo por la espalda. Buscó un pantalón en el armario, un jersey polar y, tras vestirse sin molestarse por la falta de ropa interior, se enrolló una toalla en la cabeza. Luego se quitó la humedad del cabello y dejó la toalla encima de la cama.

Descalza se dirigió a la cocina. La negrura escasamente clareaba por las dos ventanas alargadas del salón gracias a la tenue luz de las farolas que había en la calle. Frente a la barra encontró el diminuto cuadro de protección eléctrica, con dos únicos y deteriorados interruptores. Sin pensar, al ver que los dos estaban bajados, sujetó uno y lo levantó, aunque de inmediato volvió a bajarse. Apenas llegó a tocar el otro un segundo cuando los dedos se le quedaron pegados al tiempo que recibía una descarga tan intensa como vertiginosa, y su reacción estuvo a la par; de un salto retiró la

mano. Se alejó temblorosa para sentarse en el sofá con los pies arriba. Durante unos minutos pensó en su buena suerte, que acababa de librarla de una muerte segura, rápida y solitaria.

Aún bajo el efecto del shock, unos fuertes porrazos en la puerta lograron sobresaltarla más. Pasó delante del cuadro eléctrico con miedo, como esperando que algún misterioso campo magnético la atrapase, miró por la mirilla y abrió la puerta a su septuagenaria vecina.

Mistie Halstead, que traía en la mano una vela encendida, aparte de enclenque y bajita, llevaba gafas de vista y una dentadura tan postiza como unas largas uñas pintadas con la misma maña que sugería el tinte violáceo de su pelo tipo coliflor.

—Hola, Candela —saludó Mistie con voz cantarina y redulzona, disimulando su sorpresa al verle la cabeza—. He supuesto que no tendrías y te he subido una vela —comentó satisfecha, ofreciéndosela—. Hasta mañana no vendrán de AVRO Energy—dijo refiriéndose a la Compañía de Gas y Electricidad—, ya les he avisado.

—¿Se va la luz a menudo?

—¡¿Qué?!

Ante esa sordera, Candela sonrió y repitió la pregunta elevando la voz.

—¡La luz, Mistie! ¡¿Falla mucho?!

—La verdad es que no, a no ser que haya tormenta —respondió casual—. Es raro que esta mañana no se haya ido ni una sola vez y ahora que no llueve se vaya.

—Sí, es una faena —dijo, pensando en que no tendría agua caliente, conexión wi-fi ni podría cocinar nada para cenar hasta que la compañía suministradora solucionara el contratiempo. Tampoco recordó tener cerillas o mechero y dijo—. ¡Voy a encenderla ya! —Candela acercó la vela a la que Mistie sostenía y en un instante se duplicó la sinuosamente amarillenta iluminación—. ¡Muchas gracias por el detalle, Mistie!, ¡no sé qué habría hecho sin luz hasta que me acueste! —comentó amable—. ¡Debería haberle hecho caso a mi madre!, ¡siempre dice que hay que tener velas a mano para estas situaciones!

—Si los hijos le hicieran caso a sus madres no serían hijos normales.

Candela sonrió asintiendo.

—¡Buenas noches, y si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy!

—Igualmente. ¿Sabes jugar al Bridge? —preguntó con interés.

—Lo siento —contestó meneando la cabeza, con un mohín de disgusto algo exagerado—. ¡Soy española, se nos da mejor el Cinquillo o la Brisca!

La anciana arrugó por completo todo el lado derecho de la cara.

—¿Son complicados?

Al escuchar la pregunta, Candela se la imaginó sentada en su sofá durante horas jugando a las cartas y rechazó la opción sin contemplaciones.

—¡Mucho! —dijo seria para dar credibilidad a una mentira piadosa—. Pero, si quieres, ¡otro día te enseño!

Mistie dio media vuelta y descendió la escalera, algo empinada, a paso lento y seguro, bien sujeta con la mano a un pasamanos de basta madera clara pero oscurecida por la roña.

De vuelta en el interior de la vivienda Candela se desanimó al abrir la nevera, que necesitó iluminar con la vela para ver el escaso contenido, y ante un panorama deprimente decidió conformarse con un sándwich de atún como en sus aciagos días sin recursos.

Cuando empezó a comérselo sentada en uno de los taburetes, sonó su móvil. Se levantó, lo cogió de la mesita que había delante del sofá y, antes de aceptar la llamada de Ashton, advirtió el parpadeo del símbolo de la batería; no tenía pinta de mantenerse hasta el día siguiente, más bien indicaba agotamiento en breve.

—Hola, Ash, ¿qué tal?

—Hola —respondió en un tono alegre—. ¿Has hecho las visitas que tenías previstas?

—Sí, todas —dijo Candela, contenta ante su interés—. ¿Cómo te ha ido el día a ti?

—Bien… —respondió evasivo. Buscó las palabras para anunciarle el asesinato del cachorro, pero, tal y como le pasó el día anterior cuando se enteró, no las encontró—. ¿Podemos comer juntos mañana? Tengo que comentarte algo.

—¿Otro encargo? —preguntó sonriendo.

—No, es por otro tema. Te espero en el despacho sobre las dos.

—De acuerdo. ¿Y las niñas? ¿Ya se han acostado?

—Sí, estaban cansadas.

—¿Y qué haces? —preguntó con algo de cariñosa burla.

—Ver una película mientras ceno. ¿Has cenado?

—Estoy en ello —respondió resignada, suspiró y añadió—: No tengo electricidad, me he hecho un sándwich bajo la luz de una vela que me ha subido mi vecina, muy romántico, como en la Edad Media.

—¿Se ha ido la luz en el barrio? —preguntó sacudido por una

súbita aprensión.

—No, qué va, solo en mi edificio. Me he llevado un susto de muerte, Ash, casi me electrocuto.

—¡¿Cómo?! —exclamó alarmado—. ¡Sal de ahí ahora mismo!

—No seas tonto —dijo impasible—. Voy a terminar de cenar y a acostarme, mañana será otro día.

—¡Ni se te ocurra no hacerme caso! —soltó enfadado—. Coge un taxi y ven a mi casa, déjate de heroicidades.

—¿Desde cuándo es un acto heroico estar unas horas alumbrada por una vela?

—¡No empieces, Candela! ¡O coges un taxi o voy a buscarte!

—¿Vas a dejar a las niñas solas? —preguntó irónica.

—No, las sacaré de la cama, las meteré en el coche y me presentaré en una hora ahí. ¿Te parece bien?

—Estás loco —dijo sin darle importancia a unos arranques de genio que cada día conocía mejor y respetaba menos—. No serás capaz…

—Escúchame bien, bruja cabezona, tienes una hora para aparecer por aquí. Como no vengas, iré a buscarte con las niñas. —Ashton miró su reloj y agregó—. Son las ocho, tienes de plazo hasta las nueve.

—¿Pretendes que coja un taxi y vaya a tu casa solo porque no tengo luz?

—Sí —contestó rotundo—. Déjate de gilipolleces y hazme caso.

Candela colgó sonriendo, sin tomárselo en serio. Con pocas ganas de comer, se terminó el sándwich, pensando en él y en esa manía de imponerle su criterio a sabiendas de que lo detestaba. Sopesó durante unos minutos si sería conveniente, por una vez y sin que sirviera de precedente, hacerle caso; si bien, como no le gustó su tono beligerante ni que anduviera mangoneándola se decidió por su negra guarida. Además, tampoco creyó que cumpliera su amenaza al tener que venir con Bronte y Mia. De igual manera, recordó una declaración que la llenó de emoción, esperanza y de inquietud. Estaba segura de que también se había enamorado de él, no tenía dudas, ¿pero sería capaz de casarse con un hombre que quería dominarla? La piel se le erizó nada más pensarlo. El matrimonio nunca había entrado en sus planes, con nadie. También era honesto por su parte reconocer que nadie se había acercado a la sensación que Ashton le provocaba, de ahí su seguridad al admitir que el verdadero amor había llegado a ella de la mano del hombre más inesperado, del único que había encontrado la forma de colarse en su corazón sin avisar.

Mientras, los minutos pasaban y Ashton se subía por las paredes. ¿Estaría en peligro? ¿Aparecería en su casa como le pidió? Por enésima vez desde que terminaron bruscamente de hablar miró la hora en el reloj; las nueve y cinco. Maldiciendo, volvió a llamarla, pero le saltó el buzón de voz. Trató de controlarse sin mucho éxito y sin otra cosa en la mente que sacarla a rastras del estudio.

Entre la ingente cantidad de pensamientos que lo acribillaron, uno empezó a coger fuerza. En los más de diez años que llevaba viviendo en el tríplex nunca necesitó pedir favores a los vecinos, pero aquello era una emergencia y no vio apropiado despertar a las niñas porque Candela fuese una cabezota. De las cinco plantas que tenía el edificio, solo en las dos primeras había vecinos, dos en cada una. A todos los conocía, con ninguno tenía confianza y, entre ellos, contaba con dos matrimonios de su edad con hijos pequeños que posiblemente se solidarizarían durante dos horas como máximo.

Consiguió bajar al garaje del sótano en pocos minutos y sacar el coche hasta la calle, bastante acelerado. Luego, el tráfico le permitió atravesar el Puente Lambeth al doble de la velocidad permitida, arriesgándose a una multa o directamente a que lo detuvieran; no le importó. En su cabeza solo tenía una prioridad: llegar a Cavendish Road en el menor tiempo posible, antes de tener que lamentar otra desgracia, una para la que no estaba preparado y le supondría el peor drama imaginable.

A los cuarenta minutos dobló la esquina de la silenciosa calle donde estaba el estudio. Estacionó encima de la acera y salió corriendo sin cerrar el coche.

En cuanto llegó a la casita de dos plantas, recordó la falta de electricidad que imposibilitaba el funcionamiento del portero electrónico. Sacó el móvil del pantalón y llamó a Candela, pero nada; saltó de nuevo el buzón de voz. En otras circunstancias jamás habría vuelto al coche para ponerse a tocar el claxon cuando no se veía un alma ni se escuchaba una mosca en el sosegado vecindario, sin embargo, no tuvo reparos en hacerlo reiteradamente. No tardaron en asomarse algunos vecinos de las casas colindantes, todas en la misma línea sencilla que la de Candela: fachadas de ladrillo, ventanales anchos de aluminio y tejados negros.

Al cabo de un momento se oyeron unas voces increpándolo, que no lograron disuadirlo. Cuando vio a la anciana señora Halstead descorrer el visillo de su ventana, por fin cesó la exagera sonata del claxon. Su presencia cuidada y el coche de gama alta consiguieron que Mistie confiara en él para abrirle la puerta. Y tras intentar

descifrar las palabras aturrulladas que oía, la mujer se quedó inmóvil sosteniendo la vela. Lo vio subir de dos en dos los escalones hasta que desapareció en la más absoluta oscuridad.

—¡Candela! —gritó Ashton al aporrear la puerta—. ¡Candela! ¡Abre!

Pasaron unos minutos angustiantes con el silencio envolviendo el lúgubre espacio. De repente apareció un punto amarillo acercándose lentamente, cada vez más nítido, más grande y refulgente.

—No se inquiete —dijo Mistie cuando llegó arriba—. Debe estar durmiendo.

—¿Ha visto algo extraño esta tarde? —preguntó, volvió a insistir con el puño sobre la madera.

—¡¿Qué?!

Al ver un gesto arrugado, Ashton comprendió rápido que la mujer no oía bien.

—¡Le preguntaba si ha visto algo extraño esta tarde!

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. Lo único raro ha sido el corte de luz. Llevo viviendo aquí cincuenta años y es la primera vez que sucede durante tanto tiempo.

Del interior del estudio surgió un sonido abrupto, luego otros similares, parecía como si alguien estuviese arrastrando muebles.

—¡Candela! ¡Abre la puerta!

No había terminado de gritar Ashton, y se escucharon unos lamentos repetidos. Harto de esperar, empezó a golpear la puerta a codazos, por cada uno que daba soltaba un taco. Con lo fácil e indoloro que parecía en las películas y nada más lejos de la realidad. Ni la puerta cedía ni su brazo resistiría muchos más golpes.

Dolorida por los tropezones contra los muebles, Candela se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—¡Abre la puerta!

—La madre que lo parió —farfulló antes de abrir y tenerlo enfrente—. ¡¿Qué quieres?! —exclamó enfadada sin reparar en Mistie.

—¡¿Estás bien?! ¡¿Qué te ha pasado?! —gritó Ashton, aliviado al verla, apretando los ojos pendiente al espeso cabello de Candela. Era como una masa enorme disparada en todas direcciones, y confirmaba su sospecha: era una bruja—. ¡¿Dónde estabas?!

—¿Dónde voy a estar? —Candela frunció el ceño—. ¡En la maldita cama, Ash! ¡Ahí es dónde estaba! ¡¿Qué haces aquí?!

Viendo esa exaltación, Mistie dio media vuelta para salir del alcance de una pelea que tenía visos de durar un buen rato. De malos modos, Candela volvió dentro y se sentó en el sofá. Ashton la siguió, pero prefirió quedarse de pie como una sombra malévola rodeada por oscuridad.

—Llevo como un loco desde que hemos hablado por teléfono.

—Qué sorpresa —exclamó irónica, aunque no salía del asombro ante esa visita intempestiva del Príncipe de las Tinieblas, en aquel momento más tenebroso que nunca—. Es tan raro… ¿Dónde has dejado a tus hijas?

—Durmiendo —respondió tranquilamente—. Vístete, nos vamos.

—¿Cómo? —Candela se levantó igual que un resorte y se encaró con él—. ¿Has sido capaz de dejar a dos niñas solas? ¡¿Por qué?! ¡¿Estás loco?! —preguntó sin esperar respuesta, fue al dormitorio y rebuscó a tientas en el armario la ropa que se había quitado antes de ponerse el pijama—. ¿En qué estás pensando? —Candela se vistió con los leggins negros, se calzó unas deportivas sin los calcetines y se apresuró poniéndose el jersey térmico. Guardó un traje pantalón de lana, oscuro, unos zapatos bajos y ropa interior en la primera bolsa de tela que encontró, se la colgó en el hombro y salió de nuevo—. Como les pase algo por tu culpa, vamos a tener una buena; te lo advierto.

—No están solas —dijo en un tono suave, y la miró con infinita ternura. Estiró el brazo y la sostuvo pegada a su cuerpo como si quisiera fundirla en él—. Vamos, tenemos que hablar. —Le besó la frente como si fuese una cría y añadió con una sonrisa cariñosa—. Recógete el pelo, anda.

—¿En qué quedamos? —preguntó alucinada—. ¿No decías que te gustaba más suelto?

—Y me gusta, pero no discutas y hazte una coleta, o ponte un gorro.

—Pues…, mira, ahora no me da la gana —dijo suficiente, totalmente ajena a la carga eléctrica que tenía su cabello y la hacía parecer recién salida de algún aquelarre mágico.

—Como quieras —admitió aguantando una sonrisa.

Candela agarró el maletín y no lo esperó para abandonar con prisas la casa.

En silencio llegaron al coche, sin llamar más la atención. Ashton no sabía cómo contarle qué había motivado su alarma y Candela estaba tratando de razonar qué hacía yendo con él a su casa solo porque se había quedado sin electricidad.

—Tienes que salirte con la tuya sí o sí, ¿no? —preguntó, meneando sin pretenderlo la nebulosa oscura que le rodeaba la cabeza. Al advertir la sonrisa contenida y los ojos espantados de Ashton cuando la miró, se molestó más—. ¿Te hace gracia? Porque yo no se la veo por ningún lado.

—Mírate en el espejo —dijo, le echó un vistazo de reojo y añadió simpático—: Bruja.

Acción: bajar la solapa de piel que había delante del asiento del copiloto y ocultaba un pequeño espejo. Reacción: un alarido agudo que martirizó los sensibles oídos del abogado.

Entre aspavientos, Candela lograba amansar algo su cabello mientras Ashton se concentraba en la carretera pensando en hablarle sin rodeos. Cuando se lanzó, empezó contándole cómo se enteró el domingo del asesinato del perro. Candela se quedó pálida, prestó atención al contenido íntegro de esa llamada de Malborough.

Ignorando por completo la reciente discusión, que no había existido para ellos porque podían estallar en mil pedazos y pasados unos minutos los dos tenían una pasmosa facilidad para no tenérselo en cuenta, calmados, hablaron tratando de hallar los motivos de alguien para cometer un acto tan ruin; sin mucho éxito, ya que ninguno defendía la violencia en ninguna vertiente. Hablando llegaron a AENCO; pero era hasta ridículo pensar que una compañía de ese nivel se tomara la molestia de desplazar a nadie hasta Somerset para matar a un cachorro con la intención de meterles miedo. ¿Estarían equivocados y todo obedecía a una concatenación de hechos aislados que podían malinterpretarse? En aquel instante, ambos solo estuvieron de acuerdo en que sin un testigo ocular esa muerte tenía pocas posibilidades de resolverse y, claramente, la policía aún no lo había encontrado. Pasaba lo mismo con el fallo eléctrico, que podía obedecer a un cableado obsoleto o a que se hubiese manipulado el cuadro general de electricidad que había en el vestíbulo de la planta baja del destartalado edificio, ubicado al lado de los buzones y al que cualquiera pudo acceder porque no tenía medidas de protección. Candela solía cerciorarse al salir del edificio de que la puerta principal quedara bien cerrada, pero en más de una ocasión la había encontrado al llegar misteriosamente abierta, y ni siquiera podía asegurar que no hubiese sido un descuido de Mistie. La sordera y la naturaleza despistada de la anciana alentaron esa idea. De todos modos, como AVRO revisaría la instalación, pronto sabrían por qué se ocasionó el fallo y como poco resolverían ese nuevo problema.

Tras agradecer varias veces el favor a su vecina y despedirla con una amabilidad exquisita, Ashton sirvió unos vasos de bourbon y se sentó en el sofá en "ele" al lado de Candela, que se había quitado las deportivas y tenía las piernas estiradas.

—¿Sigue entonces en pie la comida de mañana? —preguntó Candela, pensando que ya no sería necesaria.

—Por mi parte, sí —respondió y le besó la mejilla—. ¿Tienes alguna visita programada?

—Sí —contestó Candela, bostezó y agregó—, por eso me he traído el maletín.

Ashton se puso en pie y le tendió la mano.

—Vamos a acostarnos, estás cansada.

Admitiendo una verdad irrefutable, Candela sujetó su mano y se levantó. Subieron a la planta alta y durante un instante vieron dormir a las niñas. Luego, en silencio, Ashton colocaba la mano en el hombro de Candela mientras recorrían el pasillo camino de la habitación del fondo, guiándola y apoyándose. Había sido incapaz de olvidar la abrumadora sensación que lo machacó al creer que ella podía correr peligro.

A su edad —después de estar dieciséis años con Harriet, catorce casados y dos de novios— no recordaba la intensidad del enamoramiento de esa manera. A los veinticinco amó perdidamente a Harriet, y ahora, gracias al poso de la experiencia o a la evolución de su personalidad desde el chico que fue hasta el hombre en el que se había convertido, tenía la suficiente perspectiva, incluyendo paciencia, para distinguir la fuerza demoledora de la cantidad de emociones encontradas que le provocaba la bruja. Esa fuerza era de un brillo cegador, destellaba cuando estaban juntos, los rodeaba para envolverlos y confundir sus cuerpos; se pertenecían y él no iba a dejar de asediarla hasta arrancarle la declaración que no llegaba y quería escuchar de una boca que podía chillar descosida igual que besarlo desterrándolo del mundo.

Viendo que Candela cerró los ojos y se dejó caer agotada en la cama sin desnudarse, Ashton agilizó sus movimientos al quitarse la ropa y ponerse el pantalón del pijama. Delante de ella, metió las manos bajo la cintura de sus leggins, palpando la calidez de una piel suave, y tiró despacio hacia abajo.

—No llevas bragas —comentó gratamente sorprendido, eso que le ahorraba.

Candela sonrió pícara y se limitó a echar los brazos para atrás, facilitándole la tarea de desprenderle el jersey.

—Mmmmmm.

Los besos tiernos en sus pechos tardaron tanto como Ashton en meterse bajo el edredón. Candela ronroneaba mientras cedía al placer de una lengua ávida. Acarició el sedoso cabello del abogado con el mismo esmero y mimo que él estaba prodigándole, con esa entrega dócil que cuando querían equilibraba otros encuentros menos primorosos, mucho más violentos. Podían correr y explotar siendo los fuegos artificiales de una espléndida noche veraniega o sutiles luciérnagas, tal y como hicieron ese húmedo lunes de un mes de octubre a punto de finalizar.

La hora de nuevo se le echó encima a Candela para llegar puntual la mañana siguiente al despacho de Ashton. Intentó abreviar la única visita que realizó, pero el director de marketing de turno tenía ganas de charla y no pudo deshacerse de él con facilidad. Había raspado tanto el tiempo que durante el trayecto en metro se mentalizó para escuchar alguna airada protesta sobre los hábitos del conjunto de los latinos. Habitualmente, Ashton generalizaba sin distinción; el simple hecho de hablar español bastaba para ostentar el “honroso mérito” de la impuntualidad.

Candela aún tenía los pies doloridos por la paliza de los tacones del día anterior, ni los cómodos mocasines planos que llevaba evitaron el dolor de las rozaduras en los talones, y no aceleró el paso hasta la Five Kings House. Esperó impaciente el ascensor, repitiéndose que debía mantener la boca bien cerrada hasta que Ashton terminara su alegato.

Cuando el ascensor empezó a subir, se echó un vistazo en el espejo que había alrededor de la cabina, llena de luminosos dorados, y su apariencia formal la satisfizo. El traje negro de pantalón y chaqueta le daba un sugerente aire masculino, todavía le duraba el color rojo del pintalabios y el cabello alisado volvía a tener la sedosidad habitual tras la larga e imprescindible sesión de peluquería antes de salir del apartamento de Ashton.

La poco agraciada secretaria rubia la invitó a pasar cordialmente, y atravesó el pulcro corredor pintado en un tono crema, con algunas láminas de flores abstractas en las paredes y varias puertas blancas antiguas con los nombres de los abogados que componían la plantilla del bufete, hasta el despacho de Ashton, que estaba al final del corredor y tenía en ese momento la puerta entreabierta.

Al aproximarse, Candela escuchó su voz profunda y fría, por el tono percibió confianza e irritación, y se detuvo para no interrumpirlo.

—Te he dicho que no lo sabe. —Ashton hablaba con Malborough, y en un arranque de sinceridad, después de contarle el extraño fallo eléctrico en el edificio de Candela, no había tenido mejor ocurrencia que contarle las malas artes usadas para fastidiarle los empleos, y llevaba arrepentido desde el mismo instante que se lo soltó—. No va a enterarse —dijo a punto de perder la paciencia—. No me lo repitas más, tengo clarísimo que fui un cabrón con ella.

—No sé cómo pudiste hacerlo, Ash —dijo Francis, tratando de imaginar hasta qué punto la desesperación podía hacer que personas sensatas actuaran con malicia—. Con Russell puedo llegar a comprenderte porque sois amigos, pero con Tobias Randall…

—Rusell la conoce y está advertido, y con Tobias Randall no tiene relación —dijo confiado. En el corredor, justo terminó de asociar los dos nombres, Candela se centró por completo en esa conversación—. Deja de preocuparte, Francis, por favor, ni me agobies más, bastante tengo encima. —Ashton siguió hablando vehemente, ajeno a unos oídos curiosos bien afinados—. Llevo dos meses con remordimientos de conciencia por esas llamadas. Solo espero que nunca se entere, ese es mi único consuelo.

—Y yo solo espero que jamás se repita —replicó Francis—. Avísame cuando sepas algo del corte eléctrico en su casa.

—De acuerdo, cuídate. Llámame si hay cualquier novedad. —Ashton dejó el móvil en la mesa y reclinó la cabeza en el respaldo de la silla, aunque duró con la vista clavada en el techo unos breves segundos insuficientes para relajarse. La puerta se abrió despacio y la figura oscura de Candela logró sorprenderlo, tanto que dio un respingo y se levantó de golpe—. Hola —saludó yendo hacia ella. Sonrió contento, pero también fue un tiempo muy corto ya que el rostro rígido que le vio no prometía nada bueno—. Llegas tarde.

—Me da igual —dijo borde, apartó la cara para no recibir el beso que Ashton pretendió darle—. ¿Qué te remuerde la conciencia?

—Nada —respondió en guardia—. ¿Has visto a tu cliente?

—¿De qué está advertido Rusell?

—De nada, Candela. —Al oírla supo que estaba perdido, pero intentó seguir eludiéndola—. ¿Nos vamos? Tengo la reserva para las dos y media.

Candela no pareció escucharlo, tampoco se movía del sitio mientras Ashton se colocaba el abrigo.

—Si me da igual haber llegado tarde y soportar tus apreciaciones sobre mis hábitos, imagina cuánto me preocupa llegar tarde al restaurante —comentó severa, cerró la puerta que había

entornado al entrar y de nuevo se centró en Ashton, expectante y a la defensiva. Eso Candela no lo dudó. Pasaba algo con ella y era importante, tanto como para que le remordiera la conciencia y ni siquiera fuese capaz de contárselo—. Te he escuchado, Ash. Hablabas con Francis de mí. Cuéntame de qué está advertido Russell.

—No es nada relacionado contigo, hemos mezclado las conversaciones.

—Ashton —cortó seca—, has mencionado a dos hombres que conozco por motivos laborales, ambos me rechazaron, uno incluso se negó a entrevistarme —dijo, pensando en Randall y su falta de profesionalidad al negarse a entrevistarla de una manera bastante súbita y sospechosa—, y el otro es uno de tus íntimos amigos, el mismo que pasó de ser gentil y profesional a condescendiente y estúpido tras recibir una llamada en mitad de mi entrevista. —Candela se acercó más, librando una batalla por mantenerse fría, por no dejarse llevar por unas incontenibles ganas de gritar atronando como una fiera salvaje—. Sé sumar. Voy a preguntártelo solo una vez. ¿Llamaste a Russell y a Tobias Randall para que me rechazaran? —Al verlo tragar despacio tan pálido como las paredes, obtuvo la respuesta indeseada que buscaba. A la par, llegó la frustración y la incredulidad—. ¿Por qué? ¿Por eso me dejabas asistir a las entrevistas?

—No —susurró.

—¿Entonces por qué? ¡Habla! —gritó harta—. ¡¿Qué les contaste de mí?!

—Ya no importa…

—¡No te importará a ti! ¡Para mí es bastante importante saber qué mierda has ido contando sobre mí! ¡Es mi reputación lo que está en juego! ¡¿Entiendes?! ¡Mi puñetera reputación! —Candela había sido derrotada por la rabia que la incitaba a agitarse nerviosa, enfureciéndola cuanto más abatido veía a Ashton—. ¡¿Qué les dijiste?!

—Por favor, tranquilízate. —Trató de sujetarla, pero recibió un codazo disuasorio—. No quería perderte, no podía permitir que nos dejaras.

—¿Qué les dijiste? Randall ni siquiera quiso verme. ¡Joder, habla!

Ashton no apartó la vista de sus ojos rabiosos y se tomó unos segundos antes de hundirse en el fango.

—Les dije que tenías problemas con la coca.

Si el rostro de Candela ya era un poema descompuesto, en ese

preciso instante cerró los ojos y bajó la cabeza meneándola. Pasaron unos segundos criminales para los dos hasta que Candela reaccionó.

—Hemos terminado —dijo al levantar la mirada para enfocarla en unos ojos azules abiertos con una expresión horrorizada—. Acabas de darme la puñalada más trapera que nadie jamás me ha dado.

Candela fue hacia la puerta y la abrió.

—Por favor —rogó yendo tras ella sin atreverse a ponerle una mano encima—. Lo hice por nosotros, te amo.

—¿Amor? ¡¿Esto es amor?! —Candela lo miró echando chipas por los ojos, habló bajando el tono—. No quiero tu amor, no me ha traído nada bueno.

—Eso no es verdad. Perdóname.

—No, hay cosas que no se pueden pasar por alto, y esta es una de ellas. Olvídame, no vuelvas a mencionarme y no vuelvas a hablarme en tu vida.

—No puedes dejarme.

—Puedo hacer lo que me dé la gana, y sí, te dejo. Has sido con diferencia el peor hombre que he conocido. Adiós.

Con esa única palabra concluyó la discusión y su relación. La ira y el desengaño no atrajeron ningún llanto liberador, sino desanimo e inquietud.

Candela salió a toda prisa del bufete y apuró aún más el paso al bajar la escalera en plan flecha para desaparecer lo antes posible. Con una cortina de turbia agua en los ojos, parecida a la confusión que le martilleaba la cabeza, callejeó por la City sin fijarse en nadie ni en nada dirigiéndose a la estación Bank. Bajó como un alma en pena la empinada escalera mecánica hasta el andén y esperó el metro con la mirada perdida en algún punto lejano, cegada por el dolor. «¿Cómo había podido equivocarse de esa manera con él?» «¿En qué más le habría mentido?» «¿Desde cuándo arruinar la reputación de una persona en nombre del amor era admisible?» No encontró manera de justificarlo. Por esa vil traición, cubierto de gloria y honores, Ashton acababa de convertirse en parte de su historia. Sería otra piedra más en el tortuoso camino de una vida plagada de decepciones, batallas y cicatrices, quizás una pesada roca que le impediría continuar sin dar un buen rodeo; y sin embargo, incluso estando enamorada de él, vagaría por las oscuras sendas del desamor hasta superarlo como cualquier otro fracaso. Uno más, no la mataría.

13

Las desgracias no vienen solas

Martes, 7 de octubre de 2014. Londres

Harriet

«Mi joven y alocado amante se vuelve más exigente por momentos. Ya no se conforma con que nos veamos solo los lunes, me quiere a tiempo completo y le cuesta admitir que hay otro hombre en mi vida: mi marido. Delante de él no puedo ni nombrarlo, está empezando a odiarlo de una forma tan visceral que a veces me da miedo. No soporta que convivamos aunque no tengamos ninguna intimidad desde hace cinco años, ni lo entiende ni hace por entenderlo, en eso no puede ocultar sus genes árabes. Tampoco se molesta en moderar un genio altivo que explota cuando no obtiene de inmediato sus pretensiones; es un consentido; pero me gusta mucho y quiero seguir conociéndolo»

Tras un breve vistazo a las nubes de aquella tarde, de un gris oscuro cenizo, Candela apuró el paso hacia el metro al terminar la reunión con un cliente potencial que pospuso el día anterior, cuando se vio obligada a alegar un imprevisto indefinido —o nula operatividad— después de veinticuatro horas horrorosas sin dejar de pensar en Ashton y en la repercusión de su falsa adicción. Estaba convencida de que Tobias Randall podía hacerle mucho daño a su incipiente negocio aunque Russell Baxter mantuviera la boca cerrada.

No consiguió andar todo lo rápido que hubiese querido por los dichosos tacones. También llevaba un vestido negro, demasiado estrecho y formal, pero apropiado para venderse. Como diseñadora, sabía que una imagen valía más que mil palabras y, aunque le supusiera un engorro cuidar su apariencia en exceso o no fuese con su carácter anárquico, no le quedaba otro remedio. Amargada por el dolor constante en los pies, bajó al andén y aguardó paciente mientras la rodeaba un silencioso gentío.

Tuvo suerte cuando llegó el vagón de su línea y pudo sentarse en un asiento, que se bamboleó un poco. Se colocó el maletín en el regazo y contempló a los pasajeros sin ver ningún rostro, abstraída en un hipnótico vacío. Así se sucedieron las paradas para ella. Con cada una, menos gente abarrotaba el vagón. Y al llegar a la suya, ya apenas quedaban unas pocas personas.

La puerta se abrió sonoramente delante de ella y salió presurosa con ganas de llegar a casa y tomar una ducha caliente. Al menos, tras el sinsabor por la ruptura con Ashton, la única buena noticia que había tenido fue el arreglo de la instalación eléctrica. Según el parte de la compañía de gas y electricidad, que Mistie se preocupó en mostrarle, un pico de tensión quemó el cable que alimentaba al contador general. Ni hubo sabotaje ni ninguna de las sandeces que

Ashton le metió en la cabeza. Fue un hecho fortuito confirmado y arreglado por AVRO.

Cuando subía por la escalera mecánica, alguien la desplazó con brusquedad. Giró la cabeza y miró con expresión agriada a un chico moreno que vestía una sudadera gris con la capucha puesta. Sin tener la consideración de disculparse, el chico siguió avanzando escalones hasta ser engullido por la muchedumbre que transitaba como una devastadora oleada el pasillo principal. Luego, Candela llegó a la salida. Notó en la cara el aire frío, se ajustó la bufanda de lana en el cuello y se abrochó los botones del abrigo.

Anduvo rápido al cruzar el paso de peatones, era un último esfuerzo. Dobló la esquina y enfiló la larga acera de Cavendish Road, distraída observando los tonos marrones de las pocas hojas que todavía quedaban en las ramas de los grandes árboles. De pronto, un fortísimo tirón en la mano la desequilibró. No pudo reaccionar. Anonadada, vio cómo el chico de la sudadera gris corría a toda velocidad con su maletín. En un instante llegó a la esquina, y lo perdió de vista.

—¡Eh! —gritó en cuanto fue consciente de que acababan de robarle. Como pudo con los tacones, corrió en la misma dirección —. ¡Mi maletín! ¡Vuelve!

En aquel momento dejaron de dolerle los pies. Sin percatarse de las miradas curiosas de algunos transeúntes, pendientes al chico que estaba a punto de desaparecer por uno de los senderos del parque, Candela llegó a la esquina con la lengua fuera y se quitó los zapatos para perseguirlo.

Entre la escasa iluminación de las farolas y la tenue luz del anochecer, lo vio internarse en la zona más solitaria hasta que su figura fue diluyéndose en la lejanía. Abatida emocionalmente y exhausta, Candela se rindió a la evidencia. En un abrir y cerrar de ojos se lo habían robado todo. Sin ánimo, se sentó en la hierba húmeda, presa del bajón de adrenalina que la llevó a llorar desconsolada. Así pasó un buen rato, compadeciéndose.

La noche se cerró con rapidez.

Mezclado con sus lamentos, escuchó el sonido rítmico de las gotas de lluvia sobre las hojas anaranjadas que formaban charcos alrededor de los árboles. Se levantó tambaleándose y caminó descalza por el sendero con las medias negras rotas y un zapato en cada mano. Por más que las nubes descargasen sobre ella ya nada le importaba. Y ni siquiera podía pagar un billete de metro para ir a la comisaría y denunciarlo. A pesar de que un robo en plena calle no fuese nada extraordinario en una gran ciudad, jamás había sufrido

un percance allí, al contrario. Cuando llegó diez años atrás pasó algunas calamidades para subsistir, pero se sintió segura e integrada, consideraba Londres su segunda casa. Consiguió salir adelante gracias a su tesón; se soltó con el inglés a base de desvergüenza; trabajó como una jabata, a pesar de unas condiciones laborales abusivas o desempeñando tareas inferiores a su cualificación profesional, porque tenía claro que los comienzos eran duros pero necesarios; y siempre había disfrutado cada etapa sin miedo; en cambio, ese palo en un momento tan delicado había conseguido bloquearla.

Gracias a que llevaba en el bolsillo del abrigo el móvil y las llaves de la casa pudo entrar ahorrándose explicaciones a Mistie. No tuvo moral para ducharse, solo llenó un vaso de agua, que se bebió sedienta, y se metió en la cama tras desnudarse medio aturdida. Y allí, en la desoladora y oscura quietud de aquel minúsculo refugio, volvieron unas compasivas lágrimas para acongojarla, para lograr que se sintiera tremendamente desgraciada admitiendo la soledad. Y, otra vez, acurrucada en su gélida cama, sin pretenderlo y por no perder la costumbre de machacarse, llegaron las mortificantes y repetitivas preguntas que no querían concederle una miserable tregua: «¿Cómo Ashton había sido tan rastrero?» «¿De verdad la amaba ya entonces y debía creer que lo hizo para no perderla?» Como fuese, no le interesó nada por más que copara su memoria. Ashton había dejado de existir, debía mantenerse firme y desterrarlo de su cabeza aunque le doliera, angustiara o echase terriblemente de menos; cualquier tema relacionado con él estaba muerto.

Acongojada, pensó en su maletín; era uno de sus bienes más valiosos. En él llevaba no solo documentos relacionados con el trabajo, sino también su cartera con algo de dinero, los carnés de conducir y de identidad, algunas tarjetas bancarias y lo que más le dolió perder: una fotografía de su familia que la había acompañado desde que llegó a Londres. En ese momento aciago se planteó si había merecido la pena el esfuerzo y la renuncia a su familia por conseguir su sueño. Ese que estaba rozando con la punta de los dedos, pero como un ilusorio espejismo se desvanecía difuminado entre sus lágrimas. ¿Había llegado la hora de conformarse con la realidad? ¿Sería el robo una sutil advertencia para que regresara a España? Quizás era el momento apropiado para apoyar a sus padres y compensar así una prolongada ausencia. Desde luego, con ellos tendría el calor que no había conseguido por sí sola. Y de la misma manera que estaba empezando ahí su nueva andadura profesional

podía hacerlo en Madrid, en su verdadero hogar, arropada por los suyos. Sopesando riesgos, y mareada por una idea inconcebible hasta entonces, incluso calibró la reacción de sus padres, logró dormirse profundamente.

Varios días después de la debacle, cuando Ashton intentaba conciliar el sueño tras un domingo interminable en Somerset, los remordimientos volvieron para pasarle factura. Desvelado, se levantó de la cama. Al recorrer el pasillo escuchó hablar a Bronte mientras dormía, no le dio importancia y bajó al salón. Se sirvió un vaso de bourbon algo más lleno de lo habitual y se asomó al balcón. La intensa lluvia empapaba la terraza y su sonido envolvente lo dispersó, sintiendo la ausencia de Candela y la culpabilidad por la situación que él había provocado. No conseguía quitarse de la cabeza su mirada dolida antes de abandonar el despacho, antes de susurrarle un adiós que le sonó definitivo. Bebió, pensando en ella, recreándose en su enfado como llevaba haciendo las últimas cuatro noches. Con esa se cumplía la quinta en vela. No solo conseguía venirse abajo al recordarla, sino que también, por la serie de acontecimientos que a simple vista parecían aislados y podían no serlo, le costaba centrarse en cualquier cosa que no fuese encontrarles sentido.

Repasó de nuevo los datos que conocía de Hamza, Harriet y las petroleras partiendo del origen e intentando llevar un orden cronológico: «AENCO pertenece a la familia Al-Masud, la preside el jeque Hussein bin Jalifa, pretende fusionarse con ArabCorp, de su hermano el jeque Abdulá bin Jalifa, y tiene desde hace cinco años una relación contractual más que dudosa con algunos países limítrofes. Contrario a esa fusión, Hamza bin Abdulá, con una prometida impuesta en Sarja, muere el 12 de febrero de ese mismo año en un accidente de tráfico sospechoso. Harriet, amante de Hamza y embarazada de él, el 11 de junio se suicida tirándose al Támesis desde el Puente Waterloo. El 25 de octubre aparece ahorcado el cachorro de Francis, cuando el padre, el tío y el hermano de Hamza ya tienen constancia de la relación que mantuvo este con Harriet y de la investigación que hemos iniciado sobre AENCO. Y el lunes pasado, un día después del asesinato del perro, mi bruja casi se electrocuta por un extraño fallo eléctrico, que casi me mata imaginándomelo». Llegó a las conclusiones de siempre: dos personas y un animal habían muerto en circunstancias sospechosas y no podían acusar a AENCO de nada. Todo parecía un círculo confuso sin principio definido, sin un final. ¿Eran hechos

aislados o formaban parte de un complot?

Vencido por el cansancio, en esa noche tristemente mojada, dejaron de preocuparle esos asuntos porque a los muertos no podían devolverles la vida; sin embargo, reparar el daño que le había hecho a Candela dependía de él. Estaba en su mano resarcir su reputación ante Tobias Randall para conseguir un perdón anhelado más que el oxígeno, se humillaría con tal de limpiar una imagen que ensució sin pensar en las consecuencias. Aquella mala decisión podía traer de regreso al hombre amargado sin vida ni esperanza, podía perder su mejor complemento, su mitad; esa que le hacía compañía y le alegraba el alma; la misma que deseaba con locura y lo martirizaba con diversión. Candela sin duda se había adueñado de él, porque lo consintió encantado, y recuperarla era una prioridad absolutamente necesaria para seguir conociéndola, aprender más de su práctica filosofía y sobre todo para seguir amándola, porque, si en un mes de relación le había devuelto la ilusión de vivir, con tiempo y dedicación la bruja podía terminar de descubrir al Ashton espontáneo y cariñoso, la mejor versión de sí mismo que no aparecía en público desde su época de chaval y también a veces echaba de menos.

Con la loable intención de corregir un error garrafal, consiguió mitigar el constante martilleo en su cabeza. Rectificar no solo era de sabios, en su caso, era una cuestión de honorabilidad y profundo arrepentimiento.

A la mañana siguiente, tras vestirse con un traje oscuro, Ashton se colocó el abrigo y esperó que las niñas guardaran en las mochilas los bocadillos que Mary acababa de hacerles. Nada más se subieron en el autobús escolar, paró un taxi y se dirigió a BJR&Menzies. Por supuesto, no tenía concertada ninguna cita.

Poco después, sentado frente a Tobias Randall en su moderno, níveo y minimalista despacho, Ashton no tuvo ningún reparo al admitir que la información sobre la adicción de Candela no fue cierta. Tampoco le supuso un esfuerzo despejar cualquier duda sobre su profesionalidad; era incuestionable, y así se lo dijo.

El señor Randall, con su adusto gesto y unos pequeños ojos negros, escuchó una férrea defensa sin mostrarle el desconcierto que sentía. Tampoco se interesó por sus motivos. Se limitó a observarlo. Ashton creyó que Randall lo había calado y que esa visita fue innecesaria porque parecía un hombre demasiado severo para ir contando chismes de una persona que ni siquiera llegó a conocer. No obstante, por amplificar la valía de Candela y abrirle otra vez la

puerta de su empresa, de forma casual nombró a su amigo Russell Baxter. La reacción de Randall fue inmediata. Captó su interés. Ashton sabía que en todos los campos profesionales las conexiones eran básicas y más si cabe cuando BJR&Menzies y Baxter Design tenían la mejor reputación en Londres, aparte de ser competencia directa. No exageraba hablándole de ella, pero hacía breves pausas para comprobar cómo el cebo oscilaba de forma provocadora delante de Randall.

Más tarde, Randall levantó el teléfono y solicitó que les sirvieran unos cafés. Ashton ya tenía el control absoluto de la conversación. Se explayó a gusto sobre el interés de Rusell por colaborar con Candela y fomentó su curiosidad para que él mismo le pidiera ver el trabajo que les había hecho con la imagen corporativa del bufete. Durante unos minutos Randall analizó atento las fotografías que Ashton le mostró en su teléfono, y el trato seco pasó a amable.

Al finalizar la reunión, Randall acompañó a Ashton a la puerta y lo despidió en un tono amistoso. No olvidó ofrecerle otra entrevista a Candela para colaborar con ella tal y como pensaba hacer Russell.

Muy animado por haber cumplido su propósito, salió Ashton a la calle. El sol huidizo entre nubes mitigaba algo el frío y, al no hallarse lejos del bufete, decidió ir caminando para pensar con calma cómo decírselo a Candela.

Atravesaba la plazoleta que tenía la pequeña y algo descuidada Iglesia de San Jaime, con un curioso reloj de cuco sobresaliendo del campanario, cuando la llamó por teléfono. No obtuvo respuesta, como en los últimos días. Comprendía su enfado, era lógico y justificado, pero se le empezaba a agotar la paciencia. La única alternativa de hablar con ella sería presentarse en el estudio y hacerla entrar en razón discutiendo, obstinación contra indiferencia, aunque dejaría correr esa semana. Ni un día más.

Cuando el viernes por la mañana Ashton entró en la señorial Five Kings House, saludó al conserje y se metió en el viejo ascensor, repasando mentalmente su agenda. Recordó una de las reuniones que tenía previstas. Pensativo, pasó por delante del mostrador de la eficiente Lily, vacío en ese momento, y se dirigió hacia el corredor. Al verla salir de su despacho, se detuvo observándola intrigado. La chica era tan alta como él, un metro ochenta y cinco, delgada como el palo de una escoba y con una timidez tan pronunciada que solía confundirse con seriedad.

—Buenos días, señor Holt.

—Buenos días, Lily. ¿Ocurre algo?

—El señor bin Abdulá está esperándolo. Acabo de ofrecerle un café, pero no quiere tomar nada.

—¿Por qué no ha esperado en la sala?

—Ha insistido en hacerlo en su despacho —respondió nerviosa.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó curioso. Lily afirmó deprisa con la cabeza sin ocultar el respeto que Yasser le imponía—. Muy bien —dijo, preparándose para ese inesperado encuentro—. Tengo la reunión con Abramhs a las once, avísame a menos cuarto. —Ashton sonrió breve y, decidido, abrió la puerta. Yasser estaba de pie, contemplando la vista desde el ventanal. Llevaba un traje azul marino, con la chaqueta marcándole los hombros. Tenía un buen físico, cultivado en prolongadas horas de gimnasio, o con algún entrenador personal. Se giró al escuchar la puerta y, como Ashton imaginaba, estaba enfadado. Ignorando unos ojos negros desafiantes, la tensión de un rostro poblado con una espesa barba y la celeridad con que se le acercó, falseó amabilidad y dijo—. Buenos días, Yasser.

Ashton le tendió la mano, pero Yasser la ignoró con una mirada despectiva.

—¿Cómo te atreves a morder la mano de quién te da de comer?

El tono de Yasser no fue el indicado para mantener a raya la hostilidad impulsiva que Ashton trataba siempre de apaciguar con él.

—No sé de qué hablas —respondió seco, tomó asiento e hizo un gesto con la mano para que ocupara una silla frente a él—. Siéntate, por favor.

Por descontado, no aceptó una petición que sonó a orden.

—¿Qué le has contado a la policía de mi hermano? —preguntó, inclinando el cuerpo sobre la mesa—. ¡Te lo advertí! —espetó furioso—. ¡Mi hermano murió en un accidente! —Con un gesto brusco, sacó un sobre blanco del bolsillo interior de su chaqueta y lo dejó caer encima de la mesa—. ¡Ahí lo tienes! ¡El informe pericial de la aseguradora del Ferrari! ¡Fue un accidente!

—Para empezar, yo no le he contado nada a la policía sobre tu hermano —dijo en un tono rotundo y alto, se levantó para encararse con él—, y para continuar, o guardas las formas o te vas de mi bufete. Tu padre es mi cliente, un buen cliente, pero no me da de comer. Si quieres que hablemos, estoy dispuesto, pero ni soy tu perrito faldero ni voy a consentir que te dirijas a mí perdonándome la vida.

—Te hablaré como quiera, te guste o no —dijo Yasser sin amilanarse—. Te has empeñado en hundir a mi familia difamándola

y eso tampoco voy a consentirlo yo. Mi tío y mi padre son hombres honestos, inmensamente ricos, pero lo que tienen no lo han conseguido de manera ilegal.

—¿Por qué Emiratos están prestando dinero a otros países?

—¡Porque pueden! ¡¿Qué tiene eso de ilegal?!

—¿El cobro? —dijo malicioso—. ¿Lo recuperan como ChinOil?

A Yasser, que conocía el rumor que circulaba sobre las prácticas de esa petrolera, la ira lo cegó.

—¿¡De qué mierda estás hablando?! ¡Los chinos son unos indeseables! ¡No tienen nada pero lo quieren todo! ¡Van a muerte! —gritó tan cerca de la cara de Ashton que perdió el enfoque—. ¡Nosotros tenemos petróleo para cien años! ¡Como Irak, Kuwait o Arabia Saudí! —Yasser se apartó y respiró entrecortado. Tardó unos segundos en apaciguarse ligeramente, observando el rostro hierático de Ashton—: Entérate bien de cómo funciona nuestro negocio antes de soltar una acusación tan grave —añadió en un tono más comedido aunque aún elevado—. El Gobierno de Emiratos presta dinero a países hermanos para ayudarles a salir de la crisis y lo recupera tal cual, con intereses, por supuesto, pero no exprimiéndoles el crudo para revenderlo a los norteamericanos. AENCO no tiene nada que ver, y mi compañía tampoco.

—En ningún momento he dicho que Emiratos estén haciendo lo mismo que China.

—¡No! Pero lo has insinuado. Se lo insinuaste a mi padre y acabas de hacerlo otra vez. ¿No quieres seguir trabajando para mi padre? —exclamó—. ¡Perfecto! Tenemos abogados en medio mundo, mucho mejores que tú, dispuestos a cualquier cosa porque seamos sus clientes. ¡Tú no eres nadie!

—¿Y tú? —preguntó antes de bramar—. ¡¿Quién eres tú?! ¡¿Qué has hecho por ti mismo?! —Ashton sonrió con desdén—. ¡Nada! ¿Y sabes por qué no has hecho nada? ¡Porque eres un crío! ¡Un niño rico de papá!

—Soy quien soy y no puedo cambiarlo —dijo Yasser moderando el tono, impresionado ante la falta de costumbre de que nadie le plantara cara—. No elegí nacer en mi familia, ni nada.

—Ten clara una cosa —dijo Ashton. Percibió la frustración agresiva de Yasser, quizás por no tener albedrío para decidir su vida como quisiera—. No me interesa cómo murió Hamza —comentó sin desprecio—, nunca me ha interesado más allá de la amistad que me une a tu padre, pero sí tengo la intención de esclarecer la muerte de mi esposa. Tenía una aventura con él, iban a tener un hijo. —Ashton habló con suave mordacidad—. Y tengo dudas más que

razonables para suponer que su muerte pudo ser provocada. Voy a seguir adelante hasta encontrar al responsable con o sin tu aprobación —sentenció, y con sarcasmo, agregó—, porque no la necesito.

Yasser aguantó la mirada fría de Ashton unos segundos, antes de sonreír cínico y decir:

—Tu esposa… —Meneó despacio la cabeza—. No debías amarla mucho cuando se enamoró de otro.

Ashton tensó tanto las mandíbulas que parecieron de inquebrantable mármol.

—No es de tu incumbencia —dijo sin apenas mover la boca.

—Mi hermano y tu esposa… —Yasser torció los labios—. La pareja perfecta.

—No sé si fueron la pareja perfecta o no, solo sé que fueron amantes y que ella se deprimió mucho cuando Hamza murió —comentó atento a los labios apretados de Yasser, que lo acribillaba con una mirada negra cargada de arrogancia, parecía incrédulo—. Le he pedido a la policía que revisé las cámaras del Puente Waterloo, pero no es mi intención atacar a tu familia ni menoscabar la memoria de tu querido hermano —dijo cínico—. Si a ti te ha molestado su relación, imagina qué siento yo.

—Cuando se está casado —empezó a hablar en un tono casi correcto—, se corre el riesgo de que aparezca otra persona…, pero existe el divorcio.

—Sí, ese era mi plan. —Ashton resopló por la nariz y se sentó—, pero Harriet quiso asegurar. No estaría tan enamorada como crees de tu hermano.

Yasser soltó una muda risa, dio la vuelta y salió del despacho sin cerrar la puerta. En cuanto reaccionó, Ashton abrió el sobre y leyó las conclusiones sobre el fallo electrónico del famoso *manettino* que llevaba el LaFerrari de un millón y medio de euros que conducía Hamza. No había duda: el dial responsable de la variación de velocidad de la caja de cambios no respondió, ocasionando la colisión frontal contra un inexpugnable muro de acero y hormigón que acabó con su vida. A la vez, pese a la opinión de Abdulá, la elevada velocidad a la que Hamza conducía le impidió controlar a la mala bestia roja de 963 CV que tan solo unos pocos privilegiados, bajo encargo, podían permitirse. Con todo, al compartir la responsabilidad entre la negligencia de Hamza y el funcionamiento del vehículo, se procedería a un reparto equitativo de culpas. También, la pretensión de Abdulá de exonerar la conducta de su hijo quedaría en intentona. Como padre, llegaba a entender la fe

ciega del jeque en Hamza; sin embargo, como abogado, compadeció al gabinete jurídico especialista en accidentes de tráfico que le representaba contra la marca italiana. Si Abdulá seguía empecinado, tenían por delante una defensa tan ardua como la suya propia para demostrar que a Harriet la asesinaron.

A media tarde regresó Candela a su casa después de ir a la comisaría para interesarse por el robo del maletín. La esperanza que le dio la policía de encontrarlo fue nula, algo que no le sorprendió. Y podía dar gracias de tener el pasaporte, así se ahorró obtener en la embajada un salvoconducto para viajar a España donde debía tramitar los nuevos carnés de identidad y conducir. No todo fueron noticias desalentadoras, la llamada de su madre anunciándole su intención de visitarla en Navidad logró por un rato que olvidara los problemas. Sería la primera vez que irían en los diez años que llevaba viviendo en Londres. Por la enfermedad de Miriam y el absorbente horario de Diego en el bar nunca pudieron planteárselo. Asombrada por el cambio que notó en Mercedes, no dudó en ponerla al día sobre sus novedades profesionales, el robo y el final abrupto de la relación con Ashton; aunque esto último se lo contó cuando directamente le preguntó por su novio, tal y como se lo presentó en el funeral de Miriam.

Colgó feliz. No recordaba que hubiesen hablado nunca con esa complicidad. Pensó incluso en volver con ellos a Madrid cuando regresaran, de todas formas tenía que ir a tramitar los carnés. Sería una opción más que recomendable para tantear el terreno por si finalmente cerraba su capítulo internacional y le vendría bien por desconectar unos días de la pesadumbre que sentía.

Sin ganas de hacer nada, cuando empezó a anochecer, se preparó un cuenco de palomitas, se puso un pijama horroroso pero calentito y se tiró en el sofá para ver una película que la evadiera. Entre la extensa oferta de la televisión por cable le costó decidir un canal. Desechó dos comedias románticas, porque no estaba para fantasías perfectas; tres de suspense, porque ya las tenía muy vistas; no se planteó los deportes; exactamente igual que las series norteamericanas o los programas de cocina, porque unas no le interesaban nada y los otros, que le encantaban, en ese momento solo le pondrían la miel en los labios con recetas que jamás haría para ella sola. Terminó dejando un programa de decoración; le distraía imaginar las posibilidades increíbles que cualquier espacio podía tener con algo de imaginación y dinero. Estaba cogiendo un puñado de palomitas cuando el móvil empezó a vibrar con un baile

absurdo encima de la mesa. No se molestó ni en levantarlo, vio de refilón quien quería incumplir su deseo y lo ignoró. Tenía pensado bloquear ese número si no desistía; no había contado sus llamadas, pero eran constantes y no las soportaba; creía que de la misma manera que a ella su bajeza le había decepcionado, él debía admitir la ruptura.

Candela no conseguía centrarse en la televisión, quizás al ser el segundo viernes que cambiaba la rutina de aparecer en Fitzrovia para pasar con Ashton y las niñas el fin de semana estaba más afectada. No solo lo echaba de menos a él, sino también a las niñas. Se preguntó cómo estarían, si les habría contado el porqué de su ausencia, y la tristeza se apoderó de ella, pensando en las ideas estrambóticas de Bronte y en sus divertidas caídas tanto físicas como verbales o en la inocente picardía y sensatez de Mia, pendiente siempre de los hilos que Bronte tirara. Esa gris melancolía la arrastró de nuevo a un pozo de profunda desolación. Tenía experiencia en rupturas sentimentales y en pérdidas de seres queridos y sabía que llegaría el día en que no le dolería tan intensamente su recuerdo; sin embargo, no había compartido con nadie esas vivencias ni ninguna de sus anteriores parejas significó tanto como él. Realmente se creyó que sería su mujer pese a no admitirlo conscientemente. Igual que se vio ejerciendo de madre con sus hijas. Recordar no le traía nada positivo, al contrario, la deprimía arrojándola en picado dentro del negro pozo donde no quería estar.

Habían dado las nueve cuando el timbre del portero electrónico sonó insistente, y el pánico se apoderó de ella. Se levantó, apagó la luz para evitar que Ashton supiera que estaba dentro y sigilosamente echó un vistazo por la ventana. No vio el coche. Pasaron varios minutos y creyó que habría desistido, en cambio oyó pasos en la escalera y se bloqueó. Al instante, le llegaron dos voces que conocía y suspiró aliviada. Trató de recomponer su imagen, pero no le dio tiempo.

Abrió la puerta en pijama, despeinada y con los ojos vidriosos que no dejaban lugar a equívocos. Nada más verla, Jordan y Lola cambiaron la expresión risueña por otra preocupada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jordan, entrando en el salón.

—Estoy de bajón —respondió, mientras Lola la observaba de arriba abajo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Venir a buscarte —dijo Jordan—. Estoy casi de paso, hoy he tenido una reunión y me apetecía verte antes de irme.

—Y yo llevo más de una semana sin saber nada de ti —añadió

Lola—. Y como es viernes y no trabajo… ¿Estabas dormida?

—No, y no voy a salir.

Lola le sujetó el brazo antes de que Candela pudiera eludirla.

—¿Por qué estás así? ¿Has estado llorando?

El resoplido agobiado de Candela respondió a la canaria. En un rato, tomándose unas cervezas, les contó con pelos y señales todo lo sucedido con Ashton. No se dejó en el tintero más que el sexo. Lo demás, al completo. Incluidas las sospechas sobre las muertes de Hamza, Harriet y el cachorro. Ninguno comentó nada hasta que Candela se liberó de su pesada carga.

—Es un capullo, Cand —dijo Jordan. Fue incapaz de ocultar el rencor que sentía por los encontronazos que tuvo con Ashton en el apartamento—. Se cree el ombligo del mundo.

—No sé, mi niña, estás muy tocada —dijo Lola, tras reprobar el comentario de Jordan con una mirada fija. Entre ellos había camaradería, tonteaban y solían verse cuando él iba a Londres, pero no cruzaban el límite. Y no porque Jordan no quisiera, porque ella prefería tenerlo como amigo a amante ocasional. Sentía el peligro que podía suponerle iniciar una relación con alguien poco dado a la constancia y un físico demasiado espectacular; no estaba para andar encelada y viendo el deplorable estado de Candela se vanaglorió por su inteligente decisión—. A veces se hacen cosas sin pensar en las consecuencias. Intenta hablar con él.

—No, Lola —dijo sacudiendo la cabeza—. Hay que ser muy mala persona para hacer lo que me ha hecho. Si se corre la voz, estoy perdida, no podré trabajar aquí como diseñadora. Lo siento, pero no. No puedo justificarlo de ningún modo.

—Es que no es justificable, Cand —apostilló Jordan en sus trece, en contra del abogado—. Mírale el lado positivo, un capullo menos en tu vida.

—No hables muy alto —dijo Lola con ironía—. De capullos está lleno el mundo.

—Será mejor que dejemos el tema. —Candela se puso en pie, cogió las latas vacías y se dirigió a la cocina. Como ya no le quedaba cerveza, solo pudo elegir entre sus ambarinos favoritos, a cual más intenso: Jose Cuervo Especial o Four Roses. Prefirió dejar el tequila para otro momento, podía suponer que todavía tendría alguno pésimo, y agarró el bourbon. Desde la barra levantó la botella y tres vasos de chupitos—. ¿Os apetece o vais a salir?

Entre trago y trago se les fue el santo al cielo a la vez que la tristeza de Candela se evaporaba con el alcohol. Esas horas con sus amigos le mejoraron más el ánimo que cualquiera de sus repetitivas

arengas. Luego, cuando se quedó sola de madrugada, sin notarlo consiguió un ansiado sueño en el que Ashton no se presentó y, al fin, reinó una gran tranquilidad en su mente; todo un logro para alguien con un espíritu inestable y un corazón quebrado en infinitos pedazos.

14

Ceder a la evidencia

Viernes, 19 de septiembre de 2014. Londres

Harriet

«Todavía estoy en shock. No sé cómo he podido hacerlo, sencillamente me he dejado llevar. Sabía que le gustaba, me lo había dicho, pero esto… Esto es maravilloso. Al salir del club nos encontramos con su hermano, parece enfadado y no duda en reprocharle que esté conmigo. Mi sensacional amante se enfrenta a él, con valor y una mala leche parecida a la suya. Los observo sin atreverme a abrir la boca, se ladran en árabe como si estuvieran a punto de pegarse. Cuando se han dicho de todo, su hermano entra en el club. Nosotros nos montamos en un Ferrari impresionante y, arrullados por el sonido potente y hueco del motor, desaparecemos para dar rienda suelta sin testigos a la pasión que acabamos de descubrir; nadie osará frenarla»

La resaca atontó a Candela durante gran parte de la mañana. Se sentía débil y cansada y solo le apetecía beber zumo de naranja. Cuando cogió el último tetrabrik que tenía, por el peso, supo que estaba seco. Intentó que salieran algunas gotas, a la desesperada, pero en el envase no quedaba nada. Justa de ánimos, se vistió con ropa cómoda —leggins negros, polar y deportivas— y bajó a la calle para reponer existencias. El sol radiante le molestó tanto que caminó hacia la esquina con los ojos entrecerrados, y aun así no dejaron de escocerle.

Volvió con una bolsa de plástico llena de víveres básicos para paliar los efectos del alcohol: dos litros de zumo de naranja, uno de leche, un pack de seis latas de cerveza y otra botella de bourbon. Cogió un vaso de cristal y, tras llenarlo de zumo hasta arriba, se lo tomó sedienta. Estuvo un buen rato sentada en el sofá contemplando la cocina. No le apetecía hacer nada, ni pensar, pero ese espléndido día era insólito y no quiso desaprovecharlo; le vendría bien despejarse dando un paseo por el parque.

Y así fue. Nada más entrar Candela en el parque se sintió mucho mejor. El aire olía a fresca naturaleza, el canto alegre de los pájaros distraía el sonido del tráfico y hasta vio algunas pequeñas ardillas corretear entre los troncos de los árboles.

Dos equipos de rugby jugaban un partidillo en el extenso campo de tierra que había en la zona central del enorme triángulo que conformaba el Common, decenas de personas de todas las edades recorrían los senderos de tierra al igual que ella y otras, simplemente, sentadas en corrillos, charlaban o tomaban el sol ocupando el césped que crecía por todas partes.

Candela se cansó de andar y buscó un sitio poco concurrido para hacer un alto en el camino. A pleno sol, se tumbó en la hierba y

contempló el cielo azul despejado de nubes que confirmaba la calma después de la tempestad.

Una gran bandada de palomas descendió repentinamente para arremolinarse alrededor de la anciana que estaba desmigando pan sentada en un banco de madera. Al momento, varios niños se le acercaron. La anciana compartió con ellos el pan y las impacientes palomas empezaron a asediarlos hasta envolverlos. Candela se fijó en una niña de una edad similar a la de Bronte, también rubia y con un tipo regordete parecido. Era la única que no daba de comer a las palomas; su afán de espantarlas y perseguirlas agitando los brazos como si volara consiguió que riera divertida, recordando las travesuras de Bronte. En una de las carreras tropezó y se dio de bruces en la tierra contra una piedra solitaria. Candela se incorporó, creyendo que se había hecho daño, al menos, eso pensó viendo la sangre que le salía de la boca; sin embargo, cuando una mujer se le acercó corriendo y la sujetó con brusquedad de la mano, la niña abrió la boca y soltó una carcajada. Con esa reacción de nuevo se vio Candela embargada por la nostalgia. «¿Dónde estarían?» «¿La echarían de menos tanto como ella?» No podía quitarse de la cabeza unos pensamientos que solo atraían lágrimas incontenibles a sus maltrechos ojos. De ellas pasó a Ashton, y con él todo se emborronó de contradicción. Que la amaba estaba fuera de dudas, no solo se lo había dicho, sino que se lo demostraba entregado con apasionamiento. Pero, ¿cómo podía amarla y a la vez hundirla profesionalmente? ¿Qué clase de amor era ese? Recordó unas palabras de Ashton que hasta ese instante había ignorado: «No podía permitir que nos dejaras». Haciendo memoria, cayó en que la fallida entrevista en BJR&Menzies fue solo unos días antes de la muerte de Miriam, y de la primera vez que hicieron el amor, «¿sería posible que Ashton estuviese ya enamorado y se asustara al pensar que iba a dejarlos?» Con la pregunta, acudió a su cabeza aquella primera noche. Recordó la desesperación y la pasión agresiva; la decepción al marcharse a su dormitorio y la ternura cuando regresó y le confesó que no quería dormir solo. En ese instante sintió el calor de su cuerpo como si estuviera allí. También, escuchó su voz ronca, suavizada, pidiéndole convencido que fuese su pareja. «¿Quién en su sano juicio hacía esa clase de petición después de un primer polvo sin la mediación de un sentimiento más profundo?» Claramente: Ashton Holt; el hombre que podía sacarla de sus casillas, sosegarla y hundirla en la miseria con la misma soltura que plantearle un futuro donde podría tocar las estrellas. Si Candela antes de conocerlo ya era consciente de sus contradicciones,

analizando despacio la relación que habían mantenido no se bajaba de loca. ¿Estaba su propio instinto de conservación jugándole una mala pasada? Solo alguien tan inestable como ella podía oscilar entre el amor y el odio con esa aterradora facilidad. «¿Por qué desde aquella primera noche se había empeñado en negar la evidencia?» «¿Y por qué no había tenido el valor de reconocerle, como él hizo, que lo amaba?» Suspiró agotada y se puso en pie. Tras sacudirse con la mano el césped que se le pegó en el trasero, regresó a su casa, cavilando en la maraña que la golpeaba sin descanso.

Al ver a Ashton frente a la puerta del estudio, apoyado en el capó del Mercedes, y pese a las emociones que sentía, no vaciló en apremiar el paso hasta tenerlo delante sin querer darle la más leve oportunidad por más que su semblante afligido o el cansancio que transmitía el azul apagado de su mirada le rogaran enmudecidos tolerancia.

—Largo —exclamó—. No quiero que vengas para tener que aguantar tu presencia.

—Tenemos que hablar —dijo muy serio, intentando sonar suave.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¡No vamos a hablar! —gritó sin advertir a varios vecinos curiosos—. ¡No te soporto!

—Así va a ser imposible. Baja la voz.

—¡Soy española! —exclamó, y sonrió dejando entrever cinismo —. ¡¿No lo recuerdas?! ¡Somos unos malditos histéricos! ¡Pero no vamos por la vida dándole lecciones a nadie! ¡¿Te molesta?! —Candela perdió los nervios—. ¡Pues ya sabes! ¡Olvídame!

—Eso quisiera —mascculló a punto de reventar.

—Es bien fácil, solo te costará pasta.

—Te estás pasando. —Ashton habló con lentitud, digiriendo esa referencia a las prostitutas como otro obstáculo más de los muchos que tenía por salvar—. Aunque te fastidie, vamos a hablar. Tú y yo no hemos terminado.

—Eso lo dirás tú. Jamás volveremos. ¡Jamás!

Candela se quitó de en medio rápidamente, subió corriendo la escalera y entró en el estudio resollando. Con la boca otra vez pastosa y el dolor de cabeza de vuelta, se tomó un analgésico y se tiró en el sofá.

Estuvo adormilada gran parte de la tarde, hasta que la luz comenzó a escasear y se levantó despacio. Tras una vigorizante ducha semifría, se puso el pijama y pasó un rato preparándose un sándwich con una tortilla a la francesa. Abrió el segundo envase de zumo, rellenó el vaso y lo llevó todo a la mesita que había delante del sofá. Mientras cenaba se entretenía con el portátil navegando

por Facebook. Vio un post de alguien que no conocía, pero tenía como amigo virtual, y sonrió ante las imágenes de una boda de otros desconocidos y también amigos.

Al ver a dos de los invitados con el tradicional pañuelo blanco sujeto en la cabeza por el cordón negro, dejó la red social para curiosear por Internet en la vida de los Al-Masud. Con la depresión de los últimos días se había olvidado de ellos, pero ahora, ahí aburrida, decidió encontrar alguna imagen de la prometida de Hamza bin Abdulá, o como Ashton le comentó tras la fiesta de aniversario del bufete, actualmente, la prometida de su hermano Yasser.

Los únicos datos de partida para Candela eran la edad de la chica, veinte años, y el nombre de su padre: Humaid bin Saud Al-Masud, sultán y gobernador de Sarja. No tardó en encontrar el nombre de ella: Aisha. Pero no tuvo suerte al ponerle cara. De los príncipes herederos encontró numerosas fotografías, tanto en sus países de origen como en Inglaterra o Estados Unidos, donde la mayoría se formaba; en cambio, de las mujeres apenas había información. Sin grandes sorpresas, leyó que cada jeque tenía varias esposas y, el que menos, con cada una de ellas había tenido media docena de hijos. Abdulá era el único que seguía casado con su primera esposa y solo había tenido tres descendientes. El resto, por rama de los Al-Masud, sumaban desde los doce hasta los veintitrés vástagos.

Tras un rato dando vueltas por varias web, se desanimó al ver cómo las tradiciones condenaban al ostracismo a las mujeres mientras los hombres alardeaban públicamente de su gusto extremo por el lujo y no tenían ningún impedimento en dejarse fotografiar con mujeres occidentales cuando a las suyas les prohibían cualquier tipo de exhibición. Desengañándose, halló información de una convención de mujeres árabes que tuvo lugar en el lujoso y colosal Hotel Emirates Palace de Abu Dabi. Lo más granado de la sociedad femenina oriental acudió al encuentro, pero solo una ínfima porción de las mujeres lucieron sus rostros descubiertos; la mayoría lo ocultó bajo la tradicional *abaya* negra.

A punto de tirar la toalla, Candela encontró a la escurridiza princesa Aisha bint Humaid en unas imágenes antiguas, de su etapa adolescente, cuando participaba en torneos hípicos en Inglaterra. En una de las fotografías Aisha recogía un premio de manos de Hamza. Ella tenía quince años y él veinticuatro. A priori nada le pareció extraño. Observó a una atractiva joven, muy morena, delgadísima y bastante alta; si bien, en cuanto Candela buscó otras fotografías de

ese torneo, donde ni Aisha ni Hamza posaban, ya no se dirigían sonrisas amables, sino miradas asesinas. Y contrariamente, Aisha parecía feliz cuando hablaba animada con su padre o con otro joven ataviado con el pañuelo blanco en la cabeza y una túnica hasta los pies. La fotografía no tenía mucha resolución, pero hubo algo de ese joven que captó la atención de Candela. Guardó la imagen en el disco duro y la abrió con el Illustrator, uno de los programas que usaba para diseñar. Tras unos minutos observando al joven, de rostro primorosamente bronceado y afeitado, lo reconoció: Yasser bin Abdulá.

No paró hasta tener más de diez fotografías donde Aisha y Yasser salían con más personas. Y, con gran sorpresa, en todas tuvo la misma sensación, ella se lo comía con la mirada. Por parte de Yasser no llegó a tenerlo claro porque en todas las imágenes mantenía el semblante severo; sin embargo, no creyó equivocarse con Aisha bint Humaid: sentía algo especial por él y detestaba a Hamza; aunque quizás era su percepción y las expresiones contrariadas de Aisha fuesen el resultado de alguna desavenencia pasajera entre ellos, podía ser. Si bien, sus gestos alegres y cómplices saltaban a la vista cuando Yasser era el destinatario.

Candela no dejó de elucubrar sobre los hermanos bin Abdulá y sus líos de faldas. La cabeza no paraba de enviarle ideas a cada cual más enrevesada. Conforme llegaban, las desechaba pensando en que ya poco importaban. Ashton había iniciado la investigación para esclarecer la muerte de Harriet gracias a ella, pero esa nueva información se la reservaría. Si el señor Holt quería averiguar cómo o por qué había fallecido su esposa, disponía de los medios para hacerlo por sí mismo sin contar con su ayuda; ella con olvidarlo iba sobrada.

Como solución a sus males, pensó en una escapada a Madrid porque la Navidad se le hacía demasiado lejana todavía y sería una sorpresa bonita para sus padres. Por supuesto, no se engañó, necesitaba salir de Londres cuanto antes para dejar de martirizarse y evitar otro altercado con Ashton. Comparó precios en varias compañías aéreas hasta decidirse por la más asequible. Al rato, llamó a Lola y quedaron donde siempre.

En el pub del Soho esa noche reinaba un sosiego reconfortante. De las diez mesas que había, solo tres estaban ocupadas por parejas. En la barra, pocos clientes, aunque Lola desviaba la vista cada pocos minutos para controlar a uno en particular. Era un hombre más joven que ella, bien parecido y sin compañía.

—Siento decírtelo, mi niña, pero tienes mala cara.
—Sigo regular. El lunes me voy a Madrid.
—¿Definitivamente? —preguntó dejando de flirtear.
—No, una semana.
—No creo que Ashton vuelva a darte la paliza —comentó, creyendo que el encuentro con el abogado era el responsable de su decisión—, pero seguro que te anima estar unos días con los tuyos.
—Sí. Necesito salir de aquí, Lola. Me vendrá bien pasar unos días con mi familia y de paso aprovecharé para tramitar el DNI y el carné de conducir.
—¿Cómo sigue tu madre?
—Parece que está mejor. —Sonrió levemente—. Quiero darle una sorpresa.
—Es una buena idea, Cande. Aún está reciente la muerte de tu hermana, aunque la pobre haya tenido mucho tiempo para hacerse a la idea…
Candela suspiró, pensativa. Había escuchado tantas veces eso sobre Miriam que no entró a explicarle algo que solo podía entenderse viviéndolo. Incluso sin esperanza por parte de los médicos, incluso sabiendo que lo tenía todo en contra, su madre se negó a admitir la lenta muerte de Miriam. Al menos, jamás habló de eso con ella.
—Es una pena que yo no haya visto venir a Ashton.
—Sí, pero también es una pena que hayáis terminado tan mal. ¿Por qué no dejas que te dé su versión?
—Ya me la dio, Lola —habló cínica—. Me calumnió por amor.
—Chica, qué complicados son algunos hombres. —Lola sonrió al tipo de la barra, que en ese momento saludaba a otro hombre. Ella pensó que estaría esperándolo—. ¿No dicen que a rey muerto, rey puesto? —preguntó animosa—. ¿Por qué no nos ligamos a esos dos?
Candela dirigió un vistazo a los dos hombres.
—No me gusta ninguno.
—No te he dado a elegir —dijo resuelta—. Para mí el moreno, te dejo el rubito.
—No, gracias. Me van más los morenos.
—¿Desde cuándo? —Lola sonó irónica—. ¿Desde Ashton? Porque Jordan es rubio, Charlie también, aquel holandés que conocimos en Glastonbury tres cuartos de lo mismo.
—Espero que lleves tus cuentas tan bien como las mías —dijo molesta.
—Descuida, para lo que quiero soy muy aplicada —comentó Lola, y le guiñó un ojo al moreno de la barra. Cuando el hombre

mostró un vaso de chupito, dando a entender que estaban invitadas, se puso en pie y tiró de Candela—. Venga, vamos.

—Yo no, Lola. Me voy, no tengo ganas de perder el tiempo.

—¿En serio? No seas petarda.

—Lo siento, de verdad. No me apetece. —Candela se puso el abrigo y cogió el bolso—. Además, tengo que preparar el equipaje.

—Estás peor de lo que imaginaba. —Lola se despidió con dos cariñosos besos—. Intenta pasártelo bien en Madrid. —Se abrazaron —. Y dale un beso enorme de mi parte a tu madre.

—Se lo daré. Te llamo cuando vuelva.

El clima húmedo no permitió que el sol brillara el domingo mientras Ashton conducía hacia Somerset. Logró que las niñas se relajaran al cerrar el techo corredizo, para continuar el trayecto distraídas jugando entre ellas o curioseando con preguntas sobre Candela que no eludió ni tampoco respondió con una verdad absoluta. Creyó que no tenían edad para la cruda realidad y mantuvo exactamente la explicación que llevaba dándoles desde el fin de semana anterior: el exagerado trabajo de Candela no le permitía acompañarlos.

Una hora después circulaba por el estrecho camino de tierra cuando empezó a caer una fina lluvia, que en cuestión de segundos se desató como intensa tormenta. No le dio tiempo ni de aparcar frente a la casa de Malborough. Las niñas, inmunes al agua, corrieron por el prado en busca de Payton.

Ashton vio en el granero al anciano, que las recibió con unos abrazos entusiastas, y se aproximó sin aligerar el paso, mojándose como si así pudiera alejar a Candela del pensamiento. Tras los saludos, Malborough les maquilló a las niñas la ausencia del cachorro. Y Ashton, con la mirada fija en el cuadro que había inacabado en un caballete, fue al rincón donde Payton estaba pintando. No podía dar crédito. «¿Qué hacía el guaperas ahí?»

—Los ojos han sido un reto —dijo Payton, ajena a las manchas azules que le decoraban las mejillas, sonrió satisfecha y le preguntó —. ¿Te gusta?

—No —respondió seco.

Ashton no reprimió mirar el lienzo con desdén.

—¿Por qué? —Payton apretó la frente, inclinó la cabeza con los ojos atentos en el rostro risueño de Jordan y agregó—. Es un amigo de Candela.

—Por eso —dijo Ashton sin ganas de ampliarle la información. Se dirigió a la cocina integrada en el salón, tenía las mismas vigas

de madera en el techo que el resto de la casa, y se sirvió un vaso de agua. Bebió pendiente a las caras serias de sus hijas y le hizo una señal con la cabeza a Malborough para que se acercase a él cuando este consiguió conformarlas mintiendo sobre el destino del perrito —. Tenemos que hablar —murmuró Ashton en cuanto Malborough estuvo a su lado—. Yasser vino a verme el viernes.

—Lo sé, he hablado con Abdulá.

Se excusaron con Payton y salieron decididos pese a la copiosa lluvia que como siempre convirtió en un barrizal el prado. Malborough pisaba con seguridad dejando las huellas de sus botas de agua en la tierra y precedió a Ashton, más cauteloso; aunque no le sirviera de nada ya que al entrar en el vestíbulo tenía mojados los pantalones vaqueros desde los bajos hasta las rodillas. Se desprendió de la parka oscura, la colgó en el perchero que había detrás de la puerta, encima de un paragüero, y dejó las deportivas totalmente sucias y los calcetines junto a un pesado descalzador de hierro para las botas de agua.

Malborough, que se quitó el chubasquero y lo colgó al lado del de Ashton, pisó el descalzador con el pie izquierdo, colocó el derecho en la parte curvada que tenía delante y con un ligero tirón se sacó la bota sin esfuerzo.

—¿Quieres cambiarte? —preguntó Malborough, fijándose en el pantalón de Ashton.

—No, estoy bien.

Con una sonrisa tibia, Ashton negó con la cabeza y se pasó la mano por el cabello empapado. Lo siguió al despacho, donde la chimenea caldeaba la penumbrosa habitación y la iluminaba con una tenue luz dorada.

Mientras Ashton atizaba el fuego, Malborough encendía su pipa. Tras varias bocanadas, el humo y el aroma a tabaco se mezclaron con el olor a la madera quemada.

—¿Por qué no ha venido Candela?

—Me escuchó hablar contigo —respondió dándole la espalda—. Hemos roto.

—Lo siento, Ash —dijo al sentarse en su mullida silla de piel negra—. Actuaste mal, es lógico que se haya enfadado.

—Francis, no quiero hablar de ella. —Ashton sonó antipático, se giró y tardó un instante en decir—: Yasser estaba indignado, negó que AENCO estuviera procediendo como ChinOil. —Hizo una breve pausa, manteniendo las pupilas azules, heladas, fijas en el anciano — . No me preguntes el porqué, pero le creo. Es un hombre visceral, habría notado si me hubiese mentido. Según él, los Emiratos están

prestando dinero a países hermanos y lo cobran en dinero con intereses, no en crudo. Creo que estamos equivocados. También me trajo el informe pericial del accidente de Hamza. No fue provocado deliberadamente.

—Lo sé. —Malborough lo observó serio—. Abdulá me pidió asesoramiento. El gabinete jurídico le ha aconsejado desistir.

—Me parece lo más ético por su parte, es absurdo que siga por ahí, la concurrencia de culpas es evidente. Si Hamza hubiese respetado el límite de velocidad, el impacto no lo habría matado. El fallo en el volante se produjo y es responsabilidad de Ferrari, pero Abdulá no puede achacar su muerte solo a ese fallo.

—Abdulá está empeñado en que solo intentan evitar el desprestigio.

—Puedo entenderlo, Francis, pero un empecinamiento personal no va a darle la razón. Nosotros pensamos que a Hamza y a Harriet los asesinaron porque tenían información que AENCO no quería que saliera a la luz y, sin embargo, ahora sabemos que como mínimo él murió de manera fortuita. Y ya te he dicho que Yasser me convenció sobre los negocios de AENCO. Cuando revisé los contratos con PetroIran había varias cláusulas abusivas que rozaban la ilegalidad, pero no la traspasaban; hay una diferencia, y si PetroIran las aceptó es un acuerdo lícito entre dos petroleras, independiente a los préstamos que haya hecho el Gobierno de Emiratos. Si Irán emite bonos de deuda pública y Emiratos los compra, ambos países están en su derecho. Nosotros no vamos a juzgarlos ni a seguir indagando, Francis. Empezamos porque Candela se empeñó en que Harriet no se había suicidado, encontramos los asuntos turbios de ChinOil y creímos que AENCO estaba haciendo lo mismo, nos dejamos llevar por nuestro empecinamiento y estamos viendo que era totalmente infundado —habló con contundencia—; a Abdulá le pasará lo mismo cuando se dé cuenta de que no tiene razón.

—De acuerdo, pero con respecto a Harriet todavía podemos tener razón, Ash.

—Sinceramente, lo dudo. —Ashton se sentó frente a Malborough, ya con el pantalón medio seco, y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda—. Voy a darle unos días más al inspector —comentó, balanceando el pie descalzo—. Esta semana me he fijado al pasar por el puente y no he visto cámaras; va a estar complicado.

—Sí, y es posible que nunca sepamos qué le sucedió… —agregó con un ligero asentimiento de cabeza—. Es muy injusto, porque si la

mataron el culpable está suelto.

—O no, Francis. Harriet no estaba bien anímicamente. Vamos a dejarlo en manos de la policía; si hay alguna prueba, la encontrarán —habló empezando a enfadarse al recordar la insistencia de Candela—. Y hasta ese día, si es que llega, no quiero volver a escuchar la palabra asesinato.

—Solo una vez más. Anoche mataron a otro perro aquí al lado, exactamente igual que al mío.

—Entonces…, descartamos que fuese nadie de paso ni ningún cazador, debe ser alguien del pueblo. Y, por descontado, vamos a olvidarnos de los Al-Masud —añadió serio, y suspiró—. Ten mucho cuidado cuando estés solo, tiene toda la pinta de la fechoría de un demente. Supongo que la policía estará buscándolo, ¿no?

—Sí —afirmó, expulsando una bocanada de humo blanco—. Los vecinos están asustados, muchos tenían a los perros sueltos por las fincas y ahora todos los tienen dentro de sus casas.

—Recuerda poner la alarma por las noches —dijo severo, por el ventanal vio pasar a las niñas corriendo con Payton y se levantó—. Voy al vestíbulo, como no las frene van a ponerlo todo perdido.

Ashton estaba saliendo cuando Malborough también se puso en pie y apagó la pipa.

—Tu madre come con nosotros.

—¡Perfecto! —exclamó desde el pasillo—. ¡Otro domingo en armonía familiar!

Un poco más tarde Denise hizo acto de presencia. Aun con ropa informal —ese día llevaba un jersey asimétrico de color berenjena, pantalones marrones ajustados y botas altas—, invariable, tenía una imagen elegante que la estilizaba y restaba edad; aunque difiriera de una mal ocultada soberbia o la descortesía de llegar cuando la comida estaba servida en la mesa. Malborough no le dio importancia y admitió su excusa, achacada a la lluvia y la lentitud del tráfico; en cambio, Payton, que preparó la comida sin prácticamente ayuda, no vaciló al reprocharle el retraso. Denise aguantó el tipo poco afectada, se centró en las niñas y se sentó al lado de Ashton.

Luego, molesto porque no había tenido el detalle de preguntarle por Candela, el abogado trataba de disimular cuando despegaba unas palabras contestándole escuetamente si se dirigía a él. Pero, tras escucharla paciente durante unos minutos en otra de esas exposiciones malignas con las mujeres inmigrantes como protagonistas, rebalsó su límite y la cortó con brusquedad:

—Tienes un concepto muy distorsionado de las cosas, mamá. Veladamente estás insultando a Candela y me estás hartando mucho. Te ruego que dejes el tema o como poco que pienses bien lo que dices.

—No sé qué os dan las latinas —comentó Denise con desprecio —, pero todos los hombres caéis como moscas.

Ashton la observó tan concentrado, con la boca tan apretada, que parecía una estatua.

—Generalizas sin saber, Denise —dijo Malborough al ver la expresión de Ashton—. Cada persona es un mundo y cada cual tiene sus gustos. —Movió los labios en una mueca irónica, y Denise tragó despacio. Malborough no quiso parar y, por recordarle "algo" que daba la impresión haber olvidado, continuó—. Ni la apariencia, el origen ni la riqueza engrandecen a las personas, sino su conducta digna y honorable. —Sonrió sin cortarse al verla pálida—. Candela podrá gustarte como persona o no; todos en algún momento de nuestras vidas hemos admitido a las parejas de allegados o amigos porque ellos las habían elegido, sin que nos gustaran —comentó mordaz—. Está en uno mismo conocerlas sin juzgarlas por unas ideas preconcebidas que solo denotan intransigencia. Si supieses de qué hablas, sabrías que generalmente la cualificación de los inmigrantes suele ser superior a la de los puestos de trabajo que ocupan, que víboras y prostitutas las hay de todas las nacionalidades y que vestir un traje caro no te hace elegante —hablaba sosegado—. Por respeto y educación deberías ahorrarte tus apreciaciones. Cuando vuelva Candela —dijo, y desvió un instante la mirada hacia Ashton, que agradecido sonrió ligeramente—, tú no aparecerás sin haber sido invitada. El otro día fuiste muy grosera con ella, aquí, en mi casa, y como no estoy de acuerdo contigo ni considero que sea una conducta apropiada no habrá una próxima vez.

—¿Estás diciéndome que la prefieres a ella?

—Nunca te he preferido a ti, Denise —respondió suave—. Te he transigido durante años por Roger, he intentado de todas las maneras posibles conocerte y comprenderte, pero por desgracia contigo me bastaron tres minutos para saber que te crees superior a todos simplemente porque tienes un ego tan grande que no ves más allá de ti misma. No me gustaste cuando te conocí y me moriré sin que me gustes.

Denise se levantó en plan muelle automático.

—Podías habérmelo dicho hace cuarenta y cinco años.

—No, porque le habría hecho mucho daño a Roger.

—Muy bien, Francis, no volverás a verme —dijo intentado sonar normal. Miró a sus hijos y añadió—: Gracias a los dos.

Cuando Denise se despidió con dos besos de las niñas, abandonó rápidamente el salón. Al salir de la casa cerró dando un portazo que retumbó con la misma agresividad que la dominaba. Como fueron testigos y percibieron el enrarecido ambiente, las niñas preguntaron, pero Ashton le quitó hierro al asunto y las incitó a que jugaran un rato porque pronto se marcharían.

—La has hundido, Francis —comentó Payton al servir unos vasos de whisky.

—No os preocupéis, es algo entre ella y yo; viene de lejos. No le he dicho ninguna novedad. Si quiere volver, ya sabe a qué atenerse, o se comporta con Candela o se queda en su casa.

—Que Candela y yo volvamos está por ver —dijo Ashton con voz apagada.

—Volveréis —replicó Malborough, bebió un pequeño sorbo, se puso en pie y fue a la zona de estar. Cogió la pipa de la mesita antigua de madera que había delante de los sillones, el tabaco que tenía en una funda de piel y un viejo mechero y regresó a la mesa donde Ashton y Payton bebían en silencio—. Cuando se ama, se perdona.

—¿Lo habéis dejado? —preguntó Payton sorprendida.

Ashton siseó e hizo un gesto con la mano para que bajara el tono.

—Algo así. Las niñas no lo saben.

—Te lo has buscado —comentó Malborough, terminó de cargar la pipa y levantó la vista para enfocarla en el rostro agriado de Ashton—. Si admites un consejo, haz lo imposible por recuperarla.

Ashton bufó antes de apurar de un solo trago el ámbar líquido escocés, estaba con el ánimo por los suelos después de tener a Candela presente gran parte de esa reveladora reunión, pensando en que al día siguiente iba a arrodillarse hasta que le perdonara tal y como Malborough acababa de decirle. «¿Pero y si no lo conseguía?» Ese pensamiento terminó de socavarle el ánimo; no podía digerirlo; lo imposible debía hacerse posible, si no, ¿cómo podría vivir con el remordimiento de haber sido el responsable de su ruptura?

Ashton dio vueltas en la cama repitiéndose los argumentos que pretendía darle a Candela, como si de un juicio se tratase. Aquella noche infernal se paseó por el dormitorio nervioso, sin apenas fijarse en la ensordecedora lluvia que caía a mansalva y chorreaba por las ventanas. Normalmente, tanto escucharla como

contemplarla conseguía abstraerlo y relajarlo, sin embargo, a unas horas de salir de dudas el efecto fue contrario. El repiqueteo del agua se le metió en el cerebro y ni muerto de cansancio dejó que el sueño lo venciera.

Esperó al amanecer para darse una ducha muy caliente que le desentumeció los músculos y, tomándose su tiempo, se afeitó y vistió con un traje azul marino, una camisa celeste y una corbata de seda con el fondo oscuro y pequeños lunares grises. Bajó a la cocina, se preparó un café cargado y dos tostadas, y desayunó sentado en uno de los taburetes de la barra leyendo un periódico atrasado. Estaba terminando cuando escuchó abrirse las puertas automáticas del ascensor, plegó el periódico y lo dejó a un lado. Con la llegada de Mary se agilizó la salida hacia la parada del autobús escolar. También, esos minutos con sus hijas le sirvieron para olvidar a Candela entretenido con la conversación incansable de Bronte, las veces que tuvo que pararse para que se subiera los calcetines del uniforme y las otras pocas que le regañó por las pullas constantes a Mia, que no se soltó de su mano mientras Bronte corría alocada hasta la esquina de la calle.

A paso rápido, Ashton regresó a su edificio y bajó al garaje. De nuevo inquieto, se montó en el Mercedes. Antes de arrancar se echó un vistazo en el retrovisor y resopló agobiado.

Condujo tranquilo hasta que pasando por la larguísima fachada de Westminster apenas avanzaba unos metros cuando tenía que parar. Más tarde de lo que previó, cruzó el Puente Vauxhall y salió del caos que por la hora punta abarrotaba de vehículos y autobuses el centro.

Al cabo de una hora enfiló la calle de Candela. A unas decenas de metros de su casa encontró aparcamiento, cogió el abrigo del asiento del copiloto y salió suspirando profundamente para tranquilizarse.

Andaba hacia el portal abrochándose los botones del abrigo por mitigar el frío húmedo de otro día plomizo, pensando en la reacción que intuía tendría Candela al verlo. Llamó al portero electrónico, pero no obtuvo respuesta y se distrajo con el móvil. Cuando un buen rato después escuchó ruido en el interior, de inmediato aguardó en alerta. Mistie, que tampoco esperaba encontrarlo a él, dio un repullo nada más abrir la puerta.

—¡Hola! —saludó Ashton elevando la voz acorde a la sordera de la anciana—. ¡¿Cómo está?!

—Bien —respondió Mistie, sonrió de pronto—. ¿Y usted? ¿Es el novio de Candela, verdad?

—¡Sí! ¡Estoy esperándola, debe haber salido!

—Claro que ha salido —comentó extrañada—. Se fue a las ocho.

—¡Tendría alguna reunión! ¡La esperaré!

—Pues ármese de paciencia.

Mistie le tocó el brazo.

—¡¿Por qué?!

—Porque ya debe estar en Madrid —comentó sonriendo, cerró la puerta y tiró del carrito de la compra—. Buenos días.

Ashton estaba inmóvil; comprendió de repente que Candela no iba a darle otra oportunidad cuando él creía que hablando solucionarían sus problemas. Debía desengañarse para retomar su vida, aunque asumir el olvido que ella quería fuese peor que atravesar un desierto sin agua o un océano a nado; no sobreviviría cuerdo porque cualquier alternativa acabaría destrozándolo. Así pues, o se rendía, y era complicado tras haber tenido la inmensa fortuna de conocerla, o luchaba hasta recuperarla. Y ahí, parado mientras observaba la desierta acera, halló de nuevo su espíritu combativo y el consuelo al que aferrarse: mantendría la esperanza, nunca se daría por vencido sin aclararle que por no perderla actuó con la cobardía de un miserable canalla.

15

Fuerza bruta

Martes, 9 de septiembre de 2014. Londres

Harriet

«Ayer fue la segunda vez desde que nos conocimos que estuvimos a solas. Decir que me sorprendió cuando apareció en el hospital para invitarme a cenar es quedarse muy corto; me dejó alucinada. Luego, cuando llegamos a Bray rebasando la velocidad permitida, accedimos por una discreta entrada a una sala íntima del exclusivo The Waterside Inn. En privado, rodeados de ricos terciopelos rojizos, seda y muebles de época degustamos los delicados sabores de un exquisito menú presentado de forma artística y original. Hablando con él, divertida por su fino sentido del humor, no tuve en ningún momento la sensación de estar con un hombre mucho más joven; excepto cuando eligió el postre y se perdió como un niño. Aun así, contemplé a un hombre formidable y noté cómo mi timidez natural y los prejuicios por su edad o creencias se difuminaban. Ahora mismo podría gritar que fui feliz porque él me regaló una velada simplemente perfecta»

A mediados de noviembre Candela regresó a Londres. Se despertó en su cama del estudio y lo primero que hizo al abrir los ojos fue comprobar la hora en el móvil. Por defecto vio la cantidad de llamadas perdidas de Ashton. Volvió a reclinarse en la almohada y escuchó la lluvia otoñal que sonaba rítmica contra los cristales de las ventanas. Una sensación nostálgica la invadió al recordar la semana que había pasado dedicada por completo a hacer compañía a sus padres. Salvo una visita a la comisaría de policía para obtener al momento un nuevo DNI y gestionar en la Oficina de Tráfico la tramitación del carné de conducir, que le enviarían por correo. A su madre no le fue necesaria ninguna explicación para saber nada más verla que había sucedido algo grave con Ashton. Hablaron durante horas en unas charlas llenas de sabiduría y cariño. Incluso a veces justificó los grandes errores que podían cometerse por amor, sobre todo cuando uno está asustado y no contempla perder algo demasiado valioso. Candela admitió de buen grado los consejos maternales, pero no tenía pensado dar marcha atrás porque había tenido tiempo de comprobar a lo largo de su vida que las personas no cambiaban. ¿Qué podía esperar de Ashton si en el inicio de su relación, y conociendo la ilusión que tenía por el trabajo, ya la había calumniado? Sus padres llegaban a entenderlo, no el medio, sino el fin; en cambio, ella no justificaba nada cuando la había traicionado. Ni todo el amor del mundo lograría que le diese otra oportunidad —a fin de cuentas podía asumir otro descalabro en su vida, llevaba tal cantidad que tenía la piel curtida— lo olvidaría y saldría adelante con el tesón que despuntaba en un alma luchadora,

pese a la estrepitosa tristeza de los latidos de su corazón.

Cuando se sintió con más energía, salió de la cama con la intención de centrarse en uno de los dos encargos que tenía pendientes. No eran trabajos complicados, ni siquiera iba a cobrar unos honorarios justos, pero fue ella quien marcó el precio y podía diseñar con libertad. También debía realizar de nuevo todas las impresiones de los trabajos de muestra que llevaba en el maletín, con el gasto extraordinario que le supondría, aunque era mejor no pensarlo para no amargarse dándole vueltas a algo necesario si quería conseguir clientes.

Las horas transcurrieron entre contornos, paletas de colores y planos. Esa era la cualidad que más valoraba cuando se ponía a trabajar: la abstracción absoluta. Dos golpes secos en la puerta alejaron su tranquilidad de forma fulminante, le desbocaron los nervios al galope, creyendo adivinar quién estaba al otro lado de la puerta, y se movió avanzando para abrirla con una lentitud tan prudente como sigilosa.

—¡Cand! ¡Abre! ¡Soy yo!

Respiró aliviada al escuchar la voz de Jordan.

—¿Qué haces aquí?

—Hoy firmo el contrato con la cooperativa —respondió, entrando al salón tras besarla en la mejilla—. Tengo la reunión dentro de un par de horas. ¿Interrumpo algo?

—No, estaba trabajando, pero casi había terminado.

—¿Todo bien en España?

—Sí, muy bien, mucho mejor de lo que esperaba.

En pocos minutos el granjero se bebía una lata de cerveza mientras ella se tomaba un vaso de zumo, pendiente a unos gestos expresivos, el habitual desaliño en su imagen masculina, muy atractiva, y la verborrea incesante sobre un nuevo proyecto con las vacas, preguntándose por qué nunca se había enamorado de él cuando cumplía sobradamente con sus requisitos básicos.

—A lo mejor voy a hacerte una visita —comentó Candela—, me gusta la granja.

—Es tu casa. —Jordan sonrió dejando visible la perfección de unos dientes blanquísimos, nada acordes al tabaco y las otras sustancias que fumaba—. ¿Puedo? —preguntó, enseñándole un porro.

Candela parpadeó asintiendo; en su casa estaba permitido fumar, cualquier cosa. Al instante, el intenso olor a marihuana se coló por todos los rincones de la pequeña habitación. Tras dar una calada larga, Jordan le pasó el porro. En otras circunstancias

Candela lo habría rechazado, fumando se relajaba demasiado; pero dadas sus pocas expectativas para esa mañana, con el trabajo a falta de unos retoques que haría al día siguiente, no lo pensó y aspiró a conciencia para relamerse degustando un sabor muy agradable.

—¿Cómo va tu vida amorosa?

—Como siempre —respondió Jordan, cogió el porro y volvió a fumar—, soy el rey de Oxfordshire. —Se despatarró en el sofá, exhalando humo—. ¿Quieres que nos enrollemos?

—No sé… —Candela observó unos preciosos ojos turquesas expectantes que no perdieron detalle de cualquier reacción suya—. No creo que sea una buena idea, a tus súbditas no les haría gracia.

—Por ellas no te preocupes, de momento no hablan.

—¿Solo mugen y dan leche?

—Básicamente.

Ambos rompieron a reír. Candela siempre se divertía con él, tenía la virtud de disipar sus problemas con humor. Hasta que Jordan le sostuvo la cabeza entre las manos y tomó la iniciativa de besarla. Volver a sentir sus labios no fue ningún otro bálsamo, consiguió entristecerla al darse cuenta de que no era su boca la que necesitaba.

—Lo siento —murmuró Candela cuando él se apartó—, no puedo.

—Más lo siento yo. —Jordan también notó que la química había brillado por su ausencia—. El tío ese te ha dejado para el arrastre, Cand, intenta superarlo. No lo digo por mí o por nosotros, es por ti.

Candela bajó los ojos, aceptando su amarga verdad, y Jordan, poco acostumbrado a lidiar con mujeres abatidas, le sostuvo la barbilla obligándola a levantar la cabeza para alejar de esa mirada oscura el velo gris que apagaba su destello cegador. Trató durante un rato de restarle importancia a la patraña urdida por Ashton, analizó con sensatez la repercusión que podía tener en su trabajo sin contemplar ningún acto de amor, sino para definirlo como egoísmo puro y duro, dándole así la razón a ella. Candela se sintió comprendida, ya que había llegado incluso a pensar que, en definitiva, el miedo a ver dilapidada su reputación más la vergüenza por una adicción que la sociedad rechazaba si era pública lograron que no admitiera la explicación de Ashton aun reconociendo por otro lado que gracias a él había descubierto la grandeza del amor; una cosa no quitaba la otra, ni lograría justificarla.

Tras una hora de gratificante cháchara, Jordan se levantó para

despedirse en cuanto vio que se le echaba encima la reunión que tenía prevista. Y justo en ese preciso momento, el martirio de Candela estaba aparcando a poca distancia de allí.

El encuentro de los dos hombres en la calle fue inevitable, aunque cada uno gestionó sus emociones de forma diferente. Para empezar, Ashton obvió responder al saludo de Jordan por dos motivos: el desconcierto de su presencia y la sorna que captó en sus palabras. Esa actitud conllevó que Jordan intentara escurrir la visita respondiendo con evasivas las preguntas sin filtrar, medir ni razonar que Ashton lanzaba completamente rabioso encarado con él.

—Estás inflándome las narices —dijo Jordan a punto de darle un cabezazo.

Ashton se acercó un poco más, cerrando el puño.

—¡Habla de una vez! ¡¿Qué haces aquí?!

—No voy a darte cuentas de nada.

Jordan volvió a hablar en un tono más comedido pero tan desafiante como el de Ashton.

—Como no me digas ahora mismo a qué has venido, voy a quitarte las ganas de vacilarme.

—Eres un cretino —dijo despacio, sonriendo—. No te debo explicaciones.

—Si sales del apartamento de mi novia, me debes todas las explicaciones que quiera pedirte. ¡Habla!

—Déjame tranquilo —espetó levantando la mano, en un gesto de cansancio. De repente, solo vio el puño de Ashton atizándole en un ojo. Jordan se tambaleó hacia atrás, tapándose el ojo con la mano—. Serás cabrón… ¡Me has dejado ciego!

Ashton parpadeó varias veces, tornando a la realidad.

—Lo siento —dijo respirando acelerado. Intentó verle el ojo, aunque Jordan le dio un manotazo—, discúlpame, por favor.

—Vete a la mierda. —Jordan, que era un pacifista confeso, en ningún momento se planteó devolverle el golpe, si bien, denunciarlo podía entrar en sus planes—. No me gustas desde que te conocí, has jodido a mi amiga y, no contento, acabas de pegarme en mitad de la calle. ¿Quién mierda eres? —preguntó indignado.

—Un gilipollas integral —dijo con arrepentimiento—. Ve a que te miren el ojo y mándame la factura.

—No hace falta, tengo seguro. —Jordan creyó que con un poco de hielo evitaría la hinchazón, veía bien y no parecía que fuese a peor. Con las vacas había tenido percances físicos mucho más graves; ese fue un varapalo para su dignidad—. Procura controlarte, tío. Así no se puede ir por el mundo.

—Lo sé —admitió afectado—. De verdad que lo siento mucho.

Con el ánimo por los suelos, Ashton dio la vuelta en dirección al coche. Jordan sopesó subir de nuevo al estudio para buscar el hielo, pero con eso solo conseguiría preocupar a Candela y ponerle las cosas más difíciles a Ashton. Y ese no era su estilo. Podían recriminarle un millón de defectos, pero nadie nunca le reprocharía entrometerse en ninguna relación. Esperó que Candela volviese con él cuando rompieron, acababa de intentarlo al besarla porque sabía que ya no estaba con Ashton y ahí terminaba su esfuerzo por mucho que creyera que estaba perdiendo a la mujer perfecta para él; tenía que enfrentarse a la verdad: cuando una guerra estaba perdida los caballeros siempre se retiraban.

Camino del bufete, Ashton no dejó de fustigarse. ¿Llegar a las manos? Eso era gravísimo, podía ser relativamente soportable si Jordan hubiese empezado. En cambio, aguantó toda su grosería, ni siquiera trató de devolverle el golpe cuando habría estado más que justificado y, encima, tuvo un comportamiento ejemplar al aconsejarle que se moderara. Desde luego, pensaba hacerlo. Ahora que Candela había regresado de Madrid, debía relajarse o nunca conseguiría el perdón que buscaba. Ese que mantenía viva su esperanza de reconciliación.

Diciembre comenzó con un tiempo otoñal, tan voluble como la moral de Ashton después de otros quince días nefastos, tanto que cuando llovía de pronto se sumergía en la tristeza y como asomara el sol rozaba una efímera alegría. Aquella mañana de martes ya no aguantó más llamadas sin respuesta y volvió al estudio con el propósito de no marcharse hasta haber aclarado su situación porque desde el 27 de octubre habían tenido un intervalo más que razonable, un mes largo, treinta y cinco días exactos, ochocientas cuarenta horas contadas, más de cincuenta mil minutos infames para reposar los ánimos o afilar las lanzas.

Tocó el portero electrónico, esperó incapaz de estar quieto durante unos segundos e insistió; sin éxito. Cuando sopesaba recurrir a la amable Mistie, una silueta que reconoció al instante captó su atención —mallas negras ajustadas a unos muslos finos, marcándole las curvas de las caderas; camiseta blanca de mangas largas, también pegada al cuerpo para destacar una espléndida delantera; y coleta de caballo, espesa y oscura, resaltando el óvalo elegante de un rostro hermoso— y sonrió sin apartar los ojos de ella, embobado ante el majestuoso poderío de la rotunda feminidad de su añorada bruja.

Candela, que había estado corriendo un rato por el parque, dobló la esquina y no tardó en frenar. Regresaba con ganas de ducharse y desayunar, no para encontrarse con Ashton en la puerta de su casa. Parada a una distancia escasa pero suficiente, no lo pensó y dio media vuelta. Sacó fuerzas de flaqueza pese a estar agotada y huyó corriendo por la calle como haría una gacela protegiéndose de un hambriento león; sin duda, Ashton, el león, se lanzó a la carrera tras ella.

El flato que Candela empezó a sentir le impidió acelerar como hubiese querido, pero conocía bastante bien el barrio y creyó que si se metía en la calle del supermercado que había al otro lado de la manzana se ahorraría el semáforo para cruzar al parque. En esa calle, no muy lejos, había un callejón sin salida donde podría ocultarse hasta que pasara el peligro. La idea fue gloriosa, con un potencial bárbaro, en cambio, resultó un desastre antes siquiera de aproximarse al ansiado escondite por el tirón brusco que sintió en la coleta.

—Te pillé —dijo Ashton respirando entrecortado.

—Suéltame ahora mismo. —Candela giró el cuerpo y se quedó de piedra al observar sus ojos celestes, brillantes, tan limpios como la blancura de los dientes perfectos que una amplia sonrisa le dejó entrever. Al instante, reaccionó sin intención de ceder, y exclamó—. No quiero verte, no quiero que vengas a mi casa y no quiero hablarte. ¡Olvídame!

—No puedo —dijo aún respirando rápido—, porque yo sí quiero verte, sí quiero que vengas a mi casa y sí quiero hablarte. Por favor, Candela, lo necesito.

—No —sonó rotunda—. Me has vendido profesionalmente de la forma más ruin, calumniándome; no voy a perdonártelo.

—Lo harás. —Ashton no pudo contener su genio, la agarró firmemente del brazo y empezó a caminar ignorando unos gestos airados para desasirse—. Vas a escuchar mis motivos, vas a entenderlos y me perdonarás, te guste o no. Compórtate y no líes una escena.

—Pues suéltame —espetó indignada.

—Ni lo sueñes, bruja. Primero hablamos y después te suelto.

La mirada rabiosa de Candela no acobardó al abogado para suavizar la presión ni un ínfimo milímetro al tirar de ella tratando de no llamar la atención del resto de viandantes. Iba asumiendo que su temida charla tenía el cariz de toda una confrontación. Él había llegado preparado para unas escaramuzas dialécticas; pero con esa persecución y la actitud beligerante de Candela vio clarísimo una

guerra inminente.

Cuando llegaron a casa de Candela la tensión entre ellos era tan poderosa que Ashton se temió lo peor. Aquello no iba a ser una guerra, sino la exterminación del planeta. Anduvo rápido de reflejos y con la mano detuvo la puerta que Candela casi le estampa en la cara. No abrió la boca. Pero en cuanto la cerró, soltó malhumorado:

—¿Pensabas darme con la puerta en las narices?

Obstinada, no respondió. Lo observó un instante apreciando unas ojeras marcadas que sugerían falta de descanso, y se alegró; se merecía todas las consecuencias que sus remordimientos le depararan. Rápidamente, fue al pequeño cuarto de baño, echó el pestillo interior y se desnudó con brusquedad para darse una ducha, que por desgracia solo le limpiaría el sudor. Mientras tanto, acalorado, Ashton se quitó el abrigo, la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Buscó un vaso en la cocina, lo llenó de agua y, sentado en el incómodo sofá, bebió ansioso.

Unos minutos después dejó de oír la ducha, y no pasaron muchos más hasta que salió del baño Candela, envuelta en un largo albornoz blanco. Desapareció de su vista detrás del panel que separaba el dormitorio del salón.

—¿Todavía sigues aquí? —preguntó Candela en un tono alto. Se había peinado el cabello hacia atrás, puesto unas bragas y el batín japonés de seda, ignorando el efecto que esa prenda le causaba a Ashton—. Tengo cosas que hacer, déjame sola.

—No hemos hablado —comentó, y se levantó.

—Ni vamos a hacerlo —replicó acelerándose, pasó por delante de él y abrió la puerta. La mantuvo abierta, pero Ashton no se movió del centro del salón. Candela perdió la paciencia e hizo un gesto con la mano invitándolo a abandonar la casa—. Vete, por favor.

—Estás comportándote como una adolescente —espetó—. Tenemos que hablar.

—No —exclamó—. No tenemos que hacer nada. Tú quieres hablar, pero eso no significa que yo quiera hacerlo o que sea necesario. —Candela estudió el gesto perplejo de Ashton, y no modificó la gravedad que expresaba el de ella—. Largo de mi cueva.

Escucharla llamar al estudio como él hizo la primera vez que lo pisó fue un bofetón sin mano.

—Eres una rencorosa —dijo acercándose. Candela no apartó los ojos de los suyos—, pero no me importa, me gusta tu carácter.

Ashton sonrió, se sacó la corbata y empezó a enrollarla en la

mano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con los ojos como platos.

—Voy a bajarte los humos.

De repente, Candela empujó la puerta con fuerza y cerró de un portazo.

—Ponme una mano encima y vas a saber de qué soy capaz.

Con una mirada desafiante y sonriendo ligeramente al percibir su nerviosismo, Ashton avanzó hacia ella. Por cada paso que daba, Candela reculaba otro. Cuando tuvo la espalda pegada contra la barra, Ashton decidió atacar aun a riesgo de detonar la furia iracunda de la bruja. Sin dejarle espacio, se inclinó sobre ella y atrapó su boca con seguridad y vigor. En un instante Candela se rindió, la corbata cayó al suelo y la pasión se hizo con el control de sus actos.

La desesperación del deseo contenido y la abstinencia brotó para unirlos como sus lenguas se enredaban o sus cuerpos se mecían calientes y pegados. Ashton no quería soltarle la cabeza ni parar el beso, pero de no hacerlo seguiría sin darle la explicación que necesitaba.

—Te he echado tanto de menos que me duele el corazón —susurró cuando se apartó y pegó la frente a la de ella—. Quiero meterme en la cama contigo y no salir nunca, pero antes tenemos que aclarar las cosas.

Candela se emocionó al verle los ojos vidriosos, insinuó una sonrisa y le acarició la cara, tan suave como su voz suplicante. No podía negarse más. Ni negarle la explicación de los hechos que los habían llevado a separarse solo un mes, eterno para los dos.

—Ofréceme algo de beber que no sea agua —dijo Ashton, se agachó y recogió la corbata. Fue al sofá, dejó la corbata encima de la chaqueta y se sentó repantingando las piernas. Observó cómo Candela abría la nevera y pasaba unos segundos mirándola mientras fruncía los labios y los movía—. O la oferta es nula o estás pensando envenenarme.

—No tengo el mismo surtido que tú, y no me des ideas… ¿Qué prefieres: leche, zumo de naranja o tequila? —preguntó Candela. Con la última opción, Ashton elevó las cejas. Casual, ella agregó—. No hay ni cerveza ni vino.

—Dada la hora, ¿no te parece un poco extremo el tequila?

—No más que me hayas perseguido por la calle —comentó irónica—, y que casi me arranques la coleta. —Cogió la botella de *Jose Cuervo Especial*, un vaso de chupito y los llevó a la mesa—. Esto te ayudará más que la leche.

—¿Sin sal ni limón?

—Qué pijo eres…

Aguantando reírse, Ashton abrió la botella y olfateó el líquido. Candela cortó el limón en rodajas gruesas y se las entregó en un platito con un puñado de sal.

Ashton, sin apartar los ojos de ella, y después de años sin hacer un ritual que fue casi diario en la universidad, se tomó el tequila de un golpe, carraspeó y comenzó a hablar.

Durante mucho rato Candela guardó silencio, tragó varias veces lentamente al entender que el miedo le llevó a actuar como lo hizo y se desengañó cuando le oyó decir que había rectificado.

—Gracias, es un detalle muy bonito.

—No, era lo justo —dijo Ashton en el mismo tono sosegado que había estado hablando—. Randall quiere conocerte, no esperes mucho para ir a verle.

—No sé… Tanto él como Russell están muy por encima de mi nivel, pero de verdad que te agradezco mucho que hayas hablado con los dos —hizo una breve pausa—. Si se corría la voz, podía dar por finiquitada mi carrera.

—Escúchame atentamente, Candela —dijo serio—. Randall se quedó impresionado cuando le enseñé tu trabajo para el bufete, y ya sabes lo pesado que se puso Russell contigo cuando lo vio. Puedes estar insegura porque acabas de empezar, es normal y razonable, pero si ellos están insistiendo en que vayas a verlos, hazlo. No dejes escapar esta oportunidad. En esta época, donde la competencia es brutal, aunque tu producto sea excelente, lo que te diferenciará del resto no es tu producto, sino cómo te vendas. Te lo dije en la fiesta y voy a repetírtelo, la comunicación es básica y ahora estás sola para venderte. Si quieres que tu negocio funcione, tendrás que hacerlo. Cuentas con el apoyo de las dos empresas más fuertes de tu campo, ni lo dudes, lánzate sin paracaídas porque nunca llegarás al suelo mientras tenga manos para sostenerte. No voy a dejar que te estrelles. —Ashton sonrió y le enjugó la lágrima que caía despacio por su cara—. Jamás lo permitiré porque tengo confianza en ti. —Acercó la boca a la de ella y le besó los labios con suavidad—. Te amo, muchísimo. A veces me da miedo, he llegado creer que me has embrujado —dijo pendiente a la sonrisa tristona de Candela—, pero imaginar que no estaremos juntos todavía me da más miedo. Contigo soy feliz y quiero que seas feliz conmigo, cuando estés preparada, cuando tú lo decidas, pero con la esperanza de que lo conseguiré algún día.

Candela no pudo articular ninguna palabra. Si él tenía miedo,

ella estaba aterrada. Intuyó desde que se conocieron que Ashton era peligroso, como una advertencia subconsciente de que con él todo podía cambiar. Y ese sexto sentido que la alertaba no se equivocó ni levemente, nada; dio en el clavo con exactitud, justo en el centro de su corazón. Tantas veces se había repetido que entre ellos solo existía atracción sexual, que descubrir de sus labios un sentimiento apabullante como el amor llegó a bloquearla. Y en ese maltrecho sofá, junto al hombre que no tenía reparos en declararle un apoyo incondicional y hasta el momento se había conformado con sus silencios, tomó la decisión de sincerarse. No eran aún las doce y efectivamente podía parecer excesivo darle al tequila, pero para abrir unas compuertas que siempre habían estado cerradas necesitaba un empujón contundente.

Ashton permaneció inmóvil viéndola lamer la sal que se echó en la mano, gesticular al tragarse el tequila y morder con rapidez el limón. Candela no apartó los ojos de sus pupilas azules y sonrió antes de acomodarse encima de sus piernas para darle un beso sincero en la boca, rayando el delirio, aliviando con su sabor la intensa quemazón del alcohol y, por supuesto, arrollando intencionadamente con los embates de una lengua enamorada la escasa cordura que él podía dominar. Ninguno reprimió el salvaje instinto depredador que había estado inactivo todo un mes, al revés, el abogado espoleó a la fiera sin miramientos. Por eso, por tenerse, sucumbieron a un sexo violento que no salió de aquel viejo sofá, aunque retumbó alocado llenando de erotismo un espacio bochornoso, sudado.

Algo después se repartían mansas caricias en la cama, hablando de lo que habían sentido separados, del viaje a España de Candela y de las niñas. Dejaron de lado sospechas y conspiraciones para centrarse sin más en ellos mismos. Luego, Candela recordó el robo del maletín, se lo contó incluyendo la poca fe de la policía en hallarlo y necesitó apaciguarle el ánimo exaltado durante unos minutos. Ashton no comprendió cómo había olvidado mencionarlo cuando podía ser algo más que un hecho delictivo. Por fortuna, ella logró tranquilizarlo con la suave resignación de quien está acostumbrado a salvar muchos obstáculos para retomar una charla amena, hasta topar con otro fleco negativo cuando se interesó por Francis y, de pasada, Ashton mencionó a su madre. A partir de ese momento, por más que le pintó la discusión de Somerset como una vieja rencilla entre ellos, Candela creyó que le ocultaba algo y preguntó intrigada:

—¿Pero por qué empezó? No entiendo a Francis, cariño —dijo

con ternura. Ashton sonrió al escucharla y la estrechó aún más fuerte contra él. Satisfecha, le besó los labios—. Tu madre es bastante peculiar. No sueñes con que nos llevemos bien, te lo advertí en su día y lo mantengo.

—Me hago cargo —replicó, sonriente añadió—, cariño.

Bien acoplados, los dos disfrutaron porque ninguno destacaba por su romanticismo, pero ambos reconocieron sin palabras que ese apelativo abría otra etapa, más íntima, relajada y consecuente con su enamoramiento.

—Aunque nunca te lo haya dicho, sé que lo sabes… —Candela habló atenta a unos ojos celestes que brillaban alegres—, creo que te quiero —murmuró.

—¿Crees? —preguntó, ronroneando por su cuello.

—Sí, no tengo referencias para compararte.

—Me alegro —dijo, con un beso largo en la boca.

Candela le acarició el rostro con delicadeza.

—Esto debe ser amor —comentó al apartarse, convencida por la sinceridad de un golpe certero en el centro de su corazón. ¿Era una locura? Quizás. Pero una emoción tan abrumadora como poco se merecía la oportunidad que querían y estaban dispuestos a darle olvidando el error que casi los separa definitivamente. Podía parecer precipitado, incluso podían pensar que confundían el deseo con el amor; sin embargo, los dos tenían experiencia en relaciones esporádicas y la conexión que llevaban sintiendo desde la primera vez que hicieron el amor no se acercaba ni un poco a esas relaciones—. Esto no lo había sentido con nadie —dijo Candela en un susurro—. Tenía tantos miedos acumulados que no me atrevía a decírtelo, pero es así. —Le vio a Ashton la intención de interrumpirla y no lo consintió. Había tardado mucho en decidirse. Puso una mano en sus labios y siguió hablando—. Me habría gustado tener tu valentía y seguridad, haber sido sincera desde que lo sé, pero a veces soy muy tonta y creo que callándome sufriré menos porque nadie sabrá dónde están mis puntos débiles —dijo sosegada mientras Ashton acariciaba su espalda con las yemas de los dedos—. Tú eres lo mejor, lo más intenso que he tenido nunca. Me gustas con tus defectos y tus grandes virtudes, de todas las maneras. Incluso cuando me sacas de quicio o te saco yo a ti, no lo hago a propósito. Intentaré hacerlo menos.

Candela sonrió.

—No, si no lo hicieras, no serías tú —comentó en un arrullo, sintiendo el romanticismo de un momento precioso. Tardó unos segundos en continuar hablando—. Me gusta tu carácter

encantador, esa mezcla de espontaneidad y rebeldía; eres elegante, sencillamente, sin darte cuenta. —Al ver un gesto asombrado en Candela, asintió y la besó en la boca—. Sí, aunque te cueste creerlo. Me gusta cuando explotas con una carcajada alegre, con un grito atronador o bailando llena de purpurina, siempre consigues sorprenderme. —Acarició su cuello con la nariz—. Adoro la suavidad de tu piel, es aterciopelada y me encanta tu tono bronceado. —Afirmó sus palabras mirando embelesado el recorrido de su mano entre unos pechos turgentes que se amoldaban a sus palmas como perteneciéndoles—. Y ante tu cuerpo solo puedo rendirme; tiene curvas sensuales —dijo, tocándole con más presión los pechos, para descender por su vientre con la mano lenta y bien abierta—, son excitantes, y tiene unos rincones tentadores e irresistibles.

Con precisión, Ashton metió la mano entre sus piernas para acariciarla, sucumbiendo al deseo y a ese delirio que sentía cuando Candela perdía la razón por él. El cielo se tornó oscuro y las nubes descargaron con virulencia; todo pudo estallar en mil pedazos y a ellos nada los separó. Al contrario, amparados bajo el estruendo de la tormenta, sus sonidos pasaron inadvertidos.

Antes de las cinco, como Candela había alentado con el reconocimiento de su amor el futuro pretendido por Ashton, le propuso acompañarlo a la parada del autobús para recoger a las niñas y también por pasar la desapacible noche en Fitzrovia entre confort y cómplice familiaridad.

En aquel 1 de diciembre Candela no podía pensar en nada que no fuese optimista. Entendía que aunque la atracción física era importante en su relación, los sentimientos que compartían y las expectativas de los dos iban más allá del sexo. Para empezar, ella lo aceptaba con todos sus defectos y cualidades, en un breve periodo de tiempo ya había superado una grandísima decepción, no opinaban igual sobre algunas cosas, pero tenían la habilidad de entenderse sin juzgarse y era consciente de que caminaban en la misma dirección. Así pues, para Candela no quedaban dudas: amaba a Ashton, verdaderamente.

Si después de la reconciliación ya estaba pletórica, al ver el recibimiento de las niñas rozó la felicidad absoluta. Cenaron los cuatro juntos, conversando dicharacheros sin que Bronte ni Mia se extrañasen por los gestos cariñosos de su padre y ella; ninguno ocultó que estaban a gusto. Más tarde, cuando las niñas se acostaron, Ashton puso el último álbum de Amy Winehouse, *Back to*

black.

El soul flotaba por el amplio salón mientras servía dos vasos de bourbon y empezaba a contarle las novedades sobre la muerte del cachorro. Candela lo escuchaba tumbada cómodamente en el sofá. Ashton le entregó un vaso y se sentó en uno de los sillones antes de acabar de disipar las sospechas que tanto tiempo les habían robado. Bebió un sorbo y estiró las piernas. Ella concluyó, dándole la razón, que fue una fatalidad causada por algún demente, aunque en su momento llegaran a creer que la intención era asustarlos. Ashton volvió a hablar, ahora para contarle a grandes rasgos la visita de Yasser. Añadió el informe pericial que esclarecía los motivos del accidente de Hamza, sin quitarle los ojos de encima. Candela bebía despacio, asimilando que su curiosidad estuvo a punto de convencerla de que esa muerte fue provocada por unos asuntos turbios de negocios que tampoco existieron. Lo confundió todo por la absurda corazonada del asesinato de Harriet y se sintió mal consigo misma.

—No vuelvas a hacerme caso —dijo Candela—, en menudo lío te he metido.

—No te preocupes —habló amable al verle el gesto agobiado—. Nunca trabajaré con Yasser y con Abdulá mi relación profesional sigue intacta. —Se tomó un segundo para una exhalación profunda —. Todavía puedes estar en lo cierto, la policía está buscando alguna prueba del posible asesinato de Harriet.

—Ya no sé qué pensar, Ash —comentó resignada—. Tú la conocías y estabas convencido de que se suicidó, hazme el favor de frenarme cuando veas que me lanzo.

—Lo tendré en cuenta. —Ashton sonrió y dobló un tobillo sobre el otro—. Quiero que hagas algo por mí.

—¿Qué? —preguntó sorprendida, imaginando una escena bastante erótica.

—Abdulá celebrará su cumpleaños este sábado en la casa de campo que tiene en Stamford —dijo observado por unos ojos oscuros entornados—, y me gustaría que vinieras conmigo. Nos iríamos el viernes por la tarde, hasta el domingo.

—Tendré que comprarme un vestido, porque supongo que será muy formal, ¿no?

—Sí, demasiado formal, pero no te estreses mucho, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —respondió y sonrió breve—. ¿Irán todos los Al-Masud?

—Todos, todos, no creo, pero un gran número sí.

—¿Estará la prometida de Yasser?

—No lo sé, puede; aunque me extrañaría que se relacionara con los invitados, al menos durante las comidas. Salvo excepciones, las mujeres no suelen compartir mesa con los hombres, ni tampoco hablan en público. En ese aspecto son muy tradicionales.

—Lo suponía —replicó dejando que en su tono se detectara algo de sarcasmo—. Busqué fotos de ella para saber cómo es, y solo encontré algunas de cuando era adolescente —comentó. Ashton inclinó la cabeza y ella encogió los hombros—. Soy curiosa —afirmó, y sonrió—, no te molestes.

—No me molesta, me ha sorprendido.

—Pues más te sorprendería saber qué pienso de ella —dijo antes de beber un trago y relamerse, pendiente al gesto de Ashton, que movió la lengua dentro de la boca con una evidente lascivia—. Creo que debe estar encantada con su nuevo compromiso. Desde luego, hace unos años bebía los vientos por Yasser.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, y se puso en pie.

—Porque soy mujer —contestó con picardía—, y reconozco ciertas cosillas.

Ashton le tendió la mano. En cuanto Candela la agarró, rodeó su cintura con los brazos y se inclinó sobre ella con el deseo vibrando insidioso entre sus piernas, dejándose llevar por el impulso que los pegó apasionadamente.

—Espero que hayas reconocido la cosilla que tengo para ti.

Candela volvió a besarlo, acompañando el gesto con una caricia firme por encima de su bragueta endurecida.

—Tu cosilla está impaciente…

—No más que yo, cariño.

16

Un brillo cegador

Domingo, 7 de septiembre de 2014. Somerset

Harriet

«Bajo el tibio sol del campo relajo la mente para olvidar la calma tensa que me rodea cuando estoy con Ashton en presencia de familiares y conocidos; por días es más absurdo seguir juntos e imprudente para mantener una relación sana con las niñas. Las dos ríen mientras Francis les gasta bromas, imagino que intentando suavizar la salida de tono que ha tenido Ashton hace un rato. Sinceramente no me ha molestado ni sorprendido porque sé que él aquí se siente como en casa y no hace ningún esfuerzo por moderar ese genio que, como siempre, me reserva. Aunque podía ignorarme siguiendo mi ejemplo. Es algo incómodo, lo sé; pero me parece más elegante que amargar a nadie con nuestros problemas. De pronto, sin distinguir nada más que siluetas, sumergida en una claridad tan luminosa como cegadora, me doy cuenta de que estoy sonriendo por la imagen que asalta mi memoria: el rostro espléndido de un chico encantador».

El anochecer había ahuyentado la luz y la lluvia cuando Ashton guardó en el maletero los equipajes para el fin de semana. Candela colgó en el asidero que había encima de la portezuela trasera los dos portatrajes con los vestidos de noche que se había comprado, con el asesoramiento de Lola, en una tienda bastante económica de la calle Oxford —ambos largos, uno rojo y el otro de un elegante color marfil— creyendo que pese al precio estaría a la altura de las demás invitadas; si bien, daba por hecho que quien estuviera acostumbrado a la calidad excesiva no tardaría en notar la carencia de la misma en sus vestidos. Se había peinado la melena en una coleta baja y llevaba puesto un traje negro masculino con unos zapatos de tacón alto, porque no se atrevió a llegar en vaqueros. A Ashton eso fue algo que no pareció importarle, ya que vestía unos azules desgastados, camisa blanca, chaqueta sport oscura con coderas y unos cómodos mocasines marrones. Dejaron a las niñas en casa de los abuelos maternos y, después de los buenos consejos que les dieron, pusieron rumbo a Stamford.

El trayecto estaba resultando tranquilo por el poco tráfico, aunque los nervios empezaron a jugarle malas pasadas a Candela conforme se aproximaban a Cramhley House. Conocer que la casa tenía cuatro siglos y que formaba parte del patrimonio nacional no estaba ayudándola; sin embargo, escuchó atenta una serie de datos a cada cual más notable. La construyeron con forma de E en honor a la reina Isabel I, en una finca inmensa a las afueras de Stamford, y estaba rodeada de jardines primorosos diseñados por uno de los paisajistas más renombrados de la época. En las plantas baja y

primera contaba con treinta y cinco habitaciones grandes y más de ochenta menores, entre numerosas salas, baños y áreas de servicio. Tenía obras de arte repartidas por incontables rincones y, en la actualidad, también había un helipuerto, el vasto campo de golf que Abdulá añadió a la excelencia que ya poseía y una cuadra totalmente nueva donde estaban los pura sangre árabes que criaba y entrenaba para competiciones de primer nivel. En vista del estupor que notó en Candela, le ahorró otros lujos que conseguirían apabullarla más, Ashton prefirió dejar que ella sola descubriera esa joya antiquísima que significaba para Abdulá mucho más que una propiedad: Cramhley House le daba prestigio ante un selecto grupo de aristócratas más interesados en su poder adquisitivo que en la historia.

Mientras Ashton conducía prudentemente por el desvío que acababa de coger, tras pasar una verja flanqueada por dos sencillas casas de piedra, la oscuridad impidió que Candela pudiera hacerse una composición del lugar, aunque se intuían grandes extensiones de terreno con arboledas.

Unos cientos de metros más y tuvo la casa delante de sus ojos.

—Madre mía… —Candela agachó la cabeza para apreciar por la luna del parabrisas la colosal arquitectura isabelina. Contempló las tres fachadas iluminadas de manera indirecta con una luz amarillenta. Eran simétricas, altísimas, y estaban adornadas con ostentosos pórticos, innumerables piezas de cantería y arcos perfectos—. Es preciosa, Ash.

—Espera a verla por dentro.

Se acercaron a la puerta principal de Cramhley House en el Mercedes después de atravesar unos caminos con guijarros rodeados de preciosos jardines con balizas anaranjadas en el suelo. Había una fila de carísimos vehículos atestando la entrada de la mansión, donde numerosos chicos ataviados con uniformes oscuros se los llevaban para aparcarlos a una distancia considerable mientras otros se encargaban de trasladar los equipajes a las habitaciones. Las personas que descendían de los coches, a pesar de no vestir de gala ya que esa noche no habría ninguna celebración, rezumaban altivez cuando apenas miraban a los uniformados chicos o al saludar a sus conocidos con gestos leves y unas voces en las que resonaba la hipocresía.

Saludando a los invitados junto a Abdulá estaba Yasser, vestido con la elegancia occidental que Candela ya había observado anteriormente —llevaba un traje oscuro sin corbata y camisa blanca— se había recortado la barba en una cuidada perilla y tenía el

espeso cabello peinado hacia atrás con unas ligeras ondulaciones en el cuello.

Cuando descendieron del coche, al instante, Yasser sonrió de oreja a oreja. Su rostro adquirió un grato encanto para Candela y una sombra de alerta para Ashton.

—Qué sorpresa, Candela —dijo Yasser contento, le besó gentil el dorso de la mano y cambió la expresión al dirigirse a Ashton—. Bienvenido, Holt —sonó seco, estrechándole la mano.

—Gracias —dijo Ashton, e inclinó la cabeza a modo de deferencia—. Es un honor celebrar con vosotros el aniversario de tu padre.

Yasser aceptó con amabilidad el cumplido y se apartó para saludar a otros invitados. Antes de que Candela y Ashton siguieran al chico que tenían asignado, el jeque los recibió con amabilidad y les informó de que esa noche les servirían la cena en su habitación. Candela se limitó a asentir cohibida, notando la relación amistosa entre ellos y la decepción del jeque al comentar la excusa de Malborough para no asistir. El anciano, reacio a ese tipo de eventos, no vaciló al alegar a su edad como impedimento; pero no convenció a Abdulá, que comprendió su postura y sin reproches bromeó con Ashton durante unos minutos.

Accedieron al alto vestíbulo, con cúpula incluida, de donde pendía una lámpara con infinitos cristales, y con el suelo de pulcro mármol blanco transitado por el personal de servicio, hombres en su mayoría, y por los invitados que no mostraban ningún signo de asombro ante tamaña magnitud. Y con los ojos imparables hacia las cantidades de bellos objetos dorados que Candela detectaba a cada paso, por no llamar la atención, disimuló y sujetó la mano de Ashton. Aparte de unas piezas suntuosas muy barrocas, la gran escalera que veía al fondo de esa estancia, con dos anchos pasillos a los lados, captó su interés. Tenía dos tramos simétricos y curvos, de tres metros libres cada uno, con los pasamanos de un dorado tan brillante que parecían de autentico oro. Sin duda, era la escalera más grande y majestuosa que había contemplado en su vida.

Cuando llegaron a la primera planta vieron a un corrillo de cuatro mujeres ataviadas con túnicas y velos negros. Hablaban en árabe y guardaron silencio hasta que pasaron por su lado. Continuaron andando detrás del chico por el pasillo que había a la izquierda de la escalera, los guiaba cargando con habilidad los equipajes y los portatrajes. El largo corredor tenía las paredes recubiertas de seda en tonos azules y dorados, denotando la predilección por ese color, y un suelo de intrincada madera oscura

que podía ser el original de la casa. Dejaron atrás varias puertas con molduras, en todas había unas pequeñas placas metálicas con los nombres de los huéspedes, hasta que el chico se detuvo frente a una donde podía leerse: «*Mr. and Mrs. Holt*».

Cuando el silencioso chico dejó en el interior del espacioso dormitorio su liviana carga, en comparación con la de otros invitados, y se despidió con sigilo, a Candela ya no le sorprendió el recargamiento de los postes torneados de la cama con un dosel blanco, los muebles antiguos, la chimenea encendida ni las pesadas cortinas que ocultaban dos ventanales. Tampoco que prácticamente todo fuese dorado, aunque empezaba a saturarse del abuso de ese color.

Después de ponerse cómodos, mientras Ashton colgaba los trajes en el vestidor camuflado en una de las paredes, Candela echó un vistazo en el baño, alargado, con sanitarios ultramodernos y de un asombroso tono crema. Durante unos segundos se observó en el espejo de suelo a techo que había junto a una bañera circular con hidromasaje, se deshizo la coleta y salió atusándose el cabello para sentarse en la cama. Observó el cuerpo de Ashton por detrás, un valor prieto en alza, sobre todo cuando ella tenía el placer de acariciarlo, y, sonriendo por sus tonterías, preguntó:

—¿Dónde está la esposa de Abdulá?

—No lo sé —respondió y se giró, cogió uno de los portatrajes de Candela, sacó el vestido rojo y lo repasó un instante de arriba abajo con ojos ávidos—. No suele prodigarse mucho, pero normalmente asiste con él a algunos actos —comentó, y colgó el vestido—. Supongo que la conocerás mañana.

—Espero verle la cara, más que nada para poder reconocerla.

—La jequesa es una señora muy tradicional, Candela, acata las costumbres de su religión por decisión propia, no pienses que Abdulá se las impone.

—Soy una invitada en su casa y no voy a poner eso en entredicho, pero dudo seriamente que nadie disfrute yendo asfixiada por gusto. ¿Te has fijado en que esas llevaban unos taconazos impresionantes?

—No —contestó, acercándose a la cama—, aunque tengo entendido que debajo de la túnica suelen vestir modelitos de alta costura.

—No le entiendo el sentido, la verdad, pero ellas sabrán.

—Es mejor que no intentes comprenderlo —comentó al sentarse a su lado, antes de dejar caer el cuerpo hacia atrás—. Cada país tiene sus costumbres.

—Por supuesto, pero no me discutas que esa no es demasiado radical, aparte de machista.

—No discuto, bruja —replicó cansado por el ajetreo del día.

Candela se tumbó y le sacó la camisa de la cintura de los vaqueros para meter la mano y ascender con tranquilidad hacia su pecho. Ashton colocó un brazo por encima de su cabeza y se dejó hacer, encantado. Por desgracia para él, unos golpes suaves en la puerta interrumpieron su sesión de mimos. No tardaron en decidir ante el camarero de turno un menú ligero, que les sirvieron en un tiempo brevísimo con igual eficiencia y presentación que en cualquier restaurante con estrellas Michelin. Tampoco dudaron en finalizar esa solitaria velada en casa ajena —aun sintiéndose como en un hotel de siete estrellas— haciendo el amor de forma lánguida procurando mantener la discreción que les rodeaba. El silencio solo se rompió de vez en cuando por el crepitar del fuego o por los sonidos entrecortados que surgieron de sus gargantas, les fue imposible acallarlos a besos.

El día siguiente amaneció brumoso, de un gris azulado que auguraba la humedad y el frío que ahí se recrudecía más que en Londres. Tras un desayuno continental en la intimidad del dormitorio, disfrutando de nuevo de un impecable servicio de habitaciones y de compartir una ducha que se convirtió en un despliegue de lujuria, Ashton se vistió con un traje negro y Candela con una falda escocesa, un jersey blanco de cuello alto y una chaqueta corta marrón, a juego con unas botas altas de tacón cuadrado. Se separaron en la planta baja, donde el jeque y un corrillo de invitados, hombres rondando los sesenta, medio secuestraron a Ashton. Candela, que se habría quedado con él si no hubiese visto una sutil negación en el azul de sus ojos, otra vez, por respetar unas costumbres machistas que ya empezaban a escocerle, mostró una sonrisa encantadora y justificó amablemente su interés por explorar la finca. Eso sí, antes de dejarlo en tan selectiva compañía le plantó un beso en la boca con menos recato del que habría tenido en circunstancias menos hirientes para su género.

A lo largo de esa mañana, dando un paseo, Candela fue conociendo a otras invitadas. Cuando se aburría de las conversaciones superficiales con amabilidad se excusaba, dirigía sus pasos hasta alguno de los parterres con una variedad de flores y plantas dignas del mejor jardín botánico inglés o recorría el enorme y estirado lago de oscuras aguas que circundaba gran parte de la

propiedad. Luego regresó a la casa harta de contemplación y soledad. Llegando a paso tranquilo, observó a Yasser hablando con una mujer alta y morena, vestida con ropa de montar a caballo. Estaban apartados de la entrada principal, solitaria en ese instante, y en sus expresiones podía adivinarse poco entendimiento.

Creyendo que Yasser no la había visto, no hizo ningún amago por saludarlo cuando pasó a unos metros de ellos.

—¡Candela!

Al oír su nombre, la española miró a Yasser, que se le acercó decidido. La mujer morena lo siguió, con el rostro serio. Candela la reconoció de inmediato, era Aisha. Los años habían restado atractivo a las imágenes que recordaba haber visto de ella. Mantenía la figura esbelta muy delgada; la nariz, demasiado larga, afeaba su cara de rasgos marcados; y sus ojos, negros y grandes, podían considerarse bonitos, pero al estar bajo unas cejas arqueadas y puntiagudas le endurecían la mirada.

—Hola, Yasser —dijo sonriendo—, ¿cómo estás?

—Bien —respondió contento, se percató de que tenía a Aisha detrás y, algo menos amable, dijo—. Candela, te presento a mi prometida: la princesa Aisha bint Humaid.

Cautelosa al percibir la mirada oscura cargada de desdén que le recorrió el cuerpo por completo, no extendió un saludo de cortesía más allá de dos frases y hecha una experta en buscar excusas absurdas para desaparecer, de manera convincente, aludió a que Ashton la esperaba y siguió su camino.

La ferviente actividad en el interior de la casa logró distraerla mientras subía la escalera, aquello parecía más un hotel en plena jornada laboral que una mansión privada. En la habitación, impoluta y con un aroma floral muy agradable, se entretuvo un rato chateando con Lola antes de que el ensordecedor sonido de un motor concentrara su atención en el jardín. Un helicóptero blanco tomó tierra con precisión sobre el gran círculo amarillo que había frente a la casa. Tenía un logotipo rojo en la cola, que destacaba con autoridad y le resultó curioso; no supo interpretarlo; parecía una letra árabe, algún símbolo con forma de “ese” invertida o, incluso, con imaginación, podía verse el perfil surrealista en un solo trazo de un ave con cresta. «¿Qué sería?» Se preguntó curiosa. Todavía con el rotor superior en funcionamiento, varias personas se acercaron al aparato, entre ellos: Yasser y Abdulá. Al cabo de pocos minutos, la figura grande del jeque Hussein bin Jalifa, vestido al modo tradicional con la túnica blanca y el turbante en la cabeza, emergió tras abrirse la portezuela del helicóptero. Besó repetidas

veces en la cara a su hermano, a su sobrino y a otros tres hombres de edades similares a la suya. Candela pensó que serían también miembros de la familia. De pronto, de la misma portezuela salió una mujer joven, de silueta esbelta y larga melena oscura, mal escondida bajo el colorido pañuelo que le cubría la cabeza —iba vestida con un elegante traje blanco de chaqueta y pantalón y unos zapatos altísimos—, detrás de ella, aparecieron dos niños pequeños que rondarían los cuatro y los siete años. Ninguno de los hombres que hablaban con el jeque se acercó a la mujer, en cambio, se mostraron muy afectuosos con los niños, sobre todo, Yasser, que alzó en brazos al pequeño.

Cuando el grupo emprendió el camino hacia la casa, sorpresivamente, la mujer precedió a los hombres andando como una consumada modelo. Candela llegó a pensar que la última esposa del jeque gozaba de unos privilegios negados al resto de féminas de su propia familia y la admiró por ello. Daba fe de que por mucho que la religión o unas ancestrales costumbres impusieran el ostracismo, asumido con docilidad por la mayoría de mujeres de esos países, dependía de cada una acatarlos. También mostraba la tolerancia del jeque, aunque por lo que llevaba visto ninguno de los varones Al-Masud parecían radicales, al menos, esa fue su impresión desde fuera.

Antes del mediodía, Ashton regresó a la habitación. Al ver a Candela sentada en el escritorio con el portátil abierto, se sintió mal por haberla dejado sola y se acercó con un gesto contrariado en el rostro.

—¿Te has aburrido mucho?

—Bueno… ha sido un aburrimiento instructivo. —Candela se levantó y le rodeó el cuello con los brazos—. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Hablar demasiado —respondió y le besó breve los labios—. ¿Quieres comer aquí o prefieres ir a dar una vuelta por el pueblo?

—Si a Abdulá no va a molestarle, preferiría el pueblo, no me encuentro cómoda aquí —comentó. Ashton apretó la frente, y Candela se explicó—. Estoy un poco cansada de ser agradable con gente que no me gusta. No tengo nada en común con ellos, Ash. Entiendo que para ti sea más fácil porque los conoces y te has criado en un ambiente parecido, pero a mí me resulta insufrible.

—Si crees que me resulta fácil, estás equivocada. Conozco a unos pocos porque hemos coincidido en otros eventos, y ni de lejos me he criado en un ambiente como este. Mi padre era un hombre

pudiente, que no rico. Gracias a su trabajo nos dio una buena vida, pero esto está a años luz de lo que tuve siendo niño.

—Pues imagina dónde está de lo que yo he tenido. Una cosa es tener dinero para reventar, pero otra es rozar lo ridículo —dijo entornando los ojos—. Con las mujeres que he hablado las conversaciones han sido absurdas, no salen de la moda, de los viajes y de fantasmear veladamente para quedar unas por encima de las otras, no son más tontas porque no se entrenan.

Ashton rió sacudiendo la cabeza.

—Anda, vámonos un rato y así te despejas para recargar fuerzas.

Cogieron los abrigos, salieron de la habitación poniéndoselos y atravesaron el largo y silencioso pasillo andando sosegados. Ashton entrelazó sus manos y le habló tonterías al oído sin reparar en las dos mujeres que susurraban a un lado de la escalera. Ambas vestían ropa informal al estilo occidental, con finos velos blancos en las cabezas que no ocultaban sus rostros, y pasaban desapercibidas entre el trasiego de jocosos invitados y el discreto personal de servicio. Mientras esperaban en el dorado vestíbulo que les trajeran el coche, risueña, Candela desvió la vista hacia las mujeres. Al instante reconoció los grandes ojos de Aisha pendiente a ellos y sonrió ligeramente, aunque solo observó la elevación de una de sus cejas y no creyó que fuese ningún saludo. Extrañada por esa actitud, la ignoró y, en cuanto el chico encargado de traerles el Mercedes avisó que ya lo tenían en la puerta, salió sin molestarse en mirar atrás.

Por la noche accedieron puntuales al Gran Salón para la cena de gala. Ashton, como casi todos los hombres, se había puesto un esmoquin negro. Y Candela, aferrada con firmeza a su brazo, lucía el rostro bien maquillado, y despejado gracias al moño artístico que le peinó una de las peluqueras a su disposición, el vestido rojo con escote palabra de honor y un pañuelo de seda plateada cubriéndole los hombros, por no ofender unas costumbres religiosas que allí estaban brillando por su ausencia. En aquel espacio descomunal, abovedado, con representaciones de escenas de caza en frescos decorativos, y donde había una mesa alargada para todos los comensales profusamente adornada con candelabros de tres brazos y centros florales, Candela disimuló su sorpresa por los trajes de alta costura de las mujeres, incluidas las pocas árabes que asistieron. Aunque esperaba ese despliegue, apenas podía mantener los ojos en sus orbitas ante la extravagancia de algunos modelitos; resultaban ofensivos al buen gusto. Trató de corresponder con sutil

agrado cuando halagaban su vestido, rezando para que ninguna curiosa le preguntara por su procedencia, suponiendo que las damas habrían distinguido su exigua calidad al percibir miradas de asombrado desdén contrarias a las de admiración que recibía por parte de los varones.

Durante la velada habló entretenida con las personas más allegadas a su sitio en la mesa, esforzándose por ser condescendiente cuando los temas no le gustaban o limitándose a escuchar sin prestar atención. Luego, tras el brindis que realizó Hussein bin Jalifa por Abdulá, en el que solo hubo champán para los comensales occidentales, vieron un espectáculo de danza tribal con elásticas bailarinas algo rollizas pero sinuosas como ligeros brotes de flores zarandeados por una brisa suave. Al término de ese baile, en el mismo escenario, una gran orquesta al más puro estilo hollywoodense empezó a tocar viejas canciones. A Ashton no le dio tiempo ni de pensar en sacar a bailar a Candela cuando se vio acaparado por un grupito de animados caballeros con ganas de seguir hablando mientras bebían licores tan exquisitos como el menú elaborado que habían degustado en la cena. Candela se sintió sola y por eludir más charla insulsa vio su oportunidad para recorrer el salón a su aire.

—¿No bailas con Holt?

Candela, que observaba la bóveda con verdadero interés, dejó la contemplación y giró la cabeza hacia Yasser.

—No —respondió sonriendo. El árabe, al que había visto en la mesa de lejos, le resultaba enigmático, a veces creía que se sentía atraído por ella, pero no estaba segura y en aquel instante parecían compartir aburrimiento—. ¿Y tú? —preguntó amigable—. ¿Por qué no bailas con tu prometida?

—Porque no me apetece. —Yasser no disimuló la indiferencia en su voz—. ¿Te gustan los frescos?

—Sí —respondió e inclinó la cabeza hacia arriba—. Están muy bien conservados. ¿Qué te parecen a ti? Tenía entendido que para los musulmanes estaba prohibida la representación visual de figuras humanas y animales.

—A mí personalmente me gusta el arte en general, incluido el religioso cristiano —comentó con una ligera sonrisa, que le dulcificó la expresión para aumentar su atractivo—. Y en el Corán esa prohibición del culto a la imagen no es muy explícita, aunque existieron claras evidencias en el arte islámico que han corroborado esa postura. Sin ir más lejos, el mismo Mahoma destruyó todos los ídolos en la Ka’aba porque todo lo trascendente es irrepresentable.

—Es una postura —admitió Candela, que ya había comprobado anteriormente que Yasser era un hombre muy culto, un gran admirador del arte y un conversador nato si se encontraba a gusto —. Aunque a veces en nombre de la religión se han hecho unas barrabasadas increíbles. Aún recuerdo cómo se destruyó, hace poco, la figura de Buda en una montaña de Afganistán.

—Aquello no fue por motivos religiosos, Candela —dijo sonriendo leve, y negando con la cabeza—. Ten en cuenta que la religión siempre ha estado unida al poder político, y para algunos es una forma de justificar acciones imperiales y guerreras. Los talibanes han arremetido en contra del patrimonio cultural por reivindicar su poder y para desafiar a una sociedad enemiga.

—¿Estás justificándolo? —preguntó asombrada.

—No —contestó en un tono duro—. La destrucción de cualquier manifestación artística, de cualquier pueblo —recalcó—, me parece un acto hostil y una aberración contra el patrimonio de la humanidad. —Yasser habló convencido—. Me molesta que algunos crean que todos los musulmanes somos así porque no es cierto. La religión y el pensamiento en torno a la imagen en el Islam son más complejos de lo que se suele describir, y esos crímenes vandálicos realmente escudan detrás del fundamentalismo religioso sus motivaciones verdaderas, que no son otras que políticas y expansionistas. Esas agresiones forman parte de un proceso de conquista; pretenden destruir no solo los símbolos del poder espiritual, también del poder terrenal de las naciones o grupos étnicos que se quieren derrotar.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo admirando de nuevo la elegante belleza de las escenas representadas en la bóveda, aparte de figuras humanas, animales y vegetación tenían un profundo carácter cristiano por los dorados de los cielos donde la figura de Dios aparecía resplandeciente—. Me gusta que lo hayáis respetado, dice mucho de vosotros.

Yasser soltó una risa.

—A veces los prejuicios no permiten a las personas ver más allá de tópicos. Mi familia es rica, eso salta a la vista —dijo, echando una mirada alrededor, sin vanidad—, y tenemos muchos negocios además del petróleo, pero, según mi padre y mis tíos, quien abre puertas, abre mentes. Por eso están empeñados en mejorar el entendimiento cultural entre nuestros pueblos, los extranjeros que trabajan en los Emiratos y los turistas que van de vacaciones. De ahí la gran inversión en infraestructuras y hoteles, sin olvidar el dinero que destinamos a la filantropía.

Pensando en los excesos que le cegaban los ojos con sus brillantes dorados, Candela no midió la ironía de su pregunta:

—¿Vas a decirme que también sois filántropos?

—Sí —respondió rotundo—. Puedes comprobarlo si quieres —dijo mordaz—. Hemos creado un centro de ayuda humanitaria que gestiona la ONU, tenemos ONG repartidas por todo Oriente Próximo para ayudar a que los niños pobres tengan cubiertas sus necesidades y puedan acceder a las escuelas. Mi familia hace numerosas donaciones para la investigación científica y tecnológica, ha creado becas para jóvenes promesas en muchos campos, no solo científicos, y premios que se otorgan en diferentes universidades para retribuir el esfuerzo de esos jóvenes talentos. Y todo con un afán altruista sin ánimo de lucro. —Yasser sonrió, ahora sí se mostró arrogante—. ¿Qué es todo eso para ti, Candela?

—¿Una manera de eludir al fisco?

—Para nada, cualquiera puede comprobar las cuentas —respondió sin molestarse—. Es una cuestión de buscar el equilibrio entre lo que se tiene y lo que se ofrece.

—Siento discrepar —dijo, meneando la cabeza—. Cuando donéis la mitad de vuestro patrimonio, me hablas de equilibrio. No uses la demagogia conmigo, por favor.

—No pretendas ser igual de espabilada que todos los comunistas confesos que en cuanto se ven con poder su única motivación es enriquecerse a toda costa olvidando la teoría que tanto predicaban. Si tú no regalas la mitad de tu salario, ¿por qué tendríamos que hacerlo nosotros?

—Yasser, por Dios… —dijo divertida—. Yo jamás ganaré un billón de dólares al mes.

—Ni yo —replicó riendo—. ¿De dónde sacas tu información?

—No sé, es la primera cifra que he pensado.

—Será mejor que sigas diseñando —dijo Yasser con una sonrisa alegre. Candela dio un sorbito a su copa. Y desvió la vista hacia el techo. Él inclinó la cabeza hacia arriba y contempló los frescos durante unos segundos—. Hablando de Dios… —Levantó la mano derecha y señaló con el meñique una zona brillante rodeada de nubes—, siempre está pendiente de nosotros. Una vez conté cuántas veces está representado…, si no recuerdo mal, eran veinte.

Además de esas figuras, otra cosa captó la atención de Candela.

—¿Me permites ver tu anillo? —preguntó amable. La expresión relajada de Yasser pasó a rígida, tragó despacio y extendió la mano delante de ella—. Es muy bonito —dijo Candela. En ningún momento le tocó, se limitó a observar tres piedras preciosas

pequeñas: un rubí, una esmeralda y un topacio, y el relieve en el oro de un símbolo, el mismo que observó en la cola del helicóptero —. ¿Qué significa?

—Nada —respondió seco—. Es “mim”, una letra. —Sin ganas de recordar, maldijo el impulso que tuvo de ponérselo tras vestirse esa noche—: ¿No habías visto antes un sello de oro? —Yasser le clavó una mirada arrogante. Candela abrió los ojos de par en par, y él, torciendo el gesto, añadió con mala leche—. Si me disculpas, tengo que marcharme.

Tan cohibida como incrédula ante un cambio de actitud muy extraño, lo observó andar rápidamente hasta que lo perdió de vista cuando salió del salón. No entendía por qué se había molestado ni tampoco se lo planteó más de unos segundos, eso solo venía a corroborar su teoría: los ricachones eran insoportables. Subió a la habitación desanimada, pensando en que todavía le quedaba otro día por delante donde tendría que seguir siendo amable, incluso tolerante cuando escuchaba una sandez detrás de otra o cuando presenciaba los bruscos giros en el comportamiento de unos personajes tan volubles como Yasser.

Después de desvestirse y quitarse el maquillaje, sacó el batín japonés de la maleta, se lo puso y se tumbó en la cama. Cogió el móvil, vio una llamada perdida de Jordan, que ignoró, y respondió al último *Whatsapp* de Lola con una descripción exagerada de los vestidos que había visto en las damas. La canaria tardó unos segundos en contestar. A medida que los detalles cotillas se sucedían, el humor de Candela se reanimaba. De improviso sonaron tres golpes repetidos en la puerta, y se levantó de inmediato, creyendo que sería el personal de servicio con algún recado. Sin embargo, al abrir la puerta tuvo en frente al único hombre que no esperaba ver dada la hora poco apropiada y la salida de tono de los últimos minutos que habían compartido.

Yasser la miró a los ojos tras un breve pero conciso examen a su cuerpo de abajo arriba. Sería absurdo negar la evidencia, Candela era hermosa, y le caía bien, a pesar de que un rato antes se sintió miserable al recordar por su culpa. Debía esforzarse tanto para controlar su genio como para gestionar un remordimiento insidioso, totalmente secreto. Cuando pensaba que lo tenía superado, resurgía poderoso, latente y vívido para mortificarlo.

—Hola —saludó Yasser—, quería pedirte disculpas, he sido grosero contigo sin venir a cuento.

—No te preocupes —dijo mostrando una sonrisa tímida. Candela no soltó el pomo de la puerta ni la abrió completamente, aunque

echó un vistazo rápido a la mano derecha de Yasser; ya no lucía el anillo—. A veces peco por curiosa.

—Eso no es un defecto, lo mío es peor.

—No sé qué será lo tuyo —dijo Candela, y pensó en Ashton al agregar—, pero mi curiosidad me ha traído más problemas que beneficios.

Cavilando en invitarla a visitar la cuadra por la mañana, Yasser sonrió, de pronto se oyeron unas pisadas aceleradas sobre el suelo de vieja madera, y giró la cabeza. Nada más ver la tensión en el rostro del abogado, comprendió que estaba malinterpretando la situación.

—¿Puedo saber qué haces aquí? —preguntó Ashton sin elevar la voz pero destilando furia.

Yasser intentó contener la hostilidad que le brotaba a chorros en su presencia, llevaba consiguiéndolo desde la noche anterior, pero en ese momento fue un reto vano.

—Es algo entre ella y yo —comentó con una sonrisa—, ya me iba, he terminado.

—¿Qué has terminado? —preguntó Ashton lentamente.

Candela decidió intervenir, asombrada con los dos.

—Nada, Ash —dijo severa, miró a Yasser y añadió—: Ha venido a disculparse.

—¿Por qué? —Ashton ignoró la sonrisa contenida del árabe, centrado en su novia, que parecía nerviosa y encima solo vestía el endemoniado batín japonés, exhibiendo las piernas y marcándole indecentemente el resto de un cuerpo demasiado sensual para pasar inadvertido. Recordó la discusión con Jordan y, por no irritarse más, se centró en ella—. ¿Qué te ha hecho?

—No saques conclusiones precipitadas, Holt —dijo Yasser con dureza, miró a Candela e inclinó la cabeza en un gesto de cortesía —. Buenas noches, mañana nos vemos.

Dio media vuelta y enfiló el pasillo camino de la escalera. Ashton entró en la habitación y cerró la puerta con brusquedad.

—¿Vas a explicarme qué ha pasado para que haya venido a pedirte disculpas o no?

—Depende —contestó tensa, cruzó los brazos sin moverse del sitio—. ¿Vas a dejar de comportarte como un machista celoso?

—Esto es el colmo —exclamó indignado.

Ashton se arrancó de un tirón la pajarita, con el mismo ímpetu abandonaron su cuerpo la chaqueta y los zapatos, y atravesó la habitación rezongando hasta que se metió en el baño sin ver la expresión airada de Candela. Terminó de desnudarse, se lavó los

dientes durante unos minutos larguísimos y salió vestido con un escueto bóxer negro. De nuevo ignoró a Candela, ya metida en la cama, bien tapada con un sedoso edredón blanco que tenía repartidas incontables frases en inglés bordadas con una bella caligrafía negra en el algodón satinado. En cuanto se metió en la cama, giró el cuerpo sin rozarla.

—¿No vas a hablarme? —preguntó Candela, se acercó por detrás y colocó una mano encima de su estómago—. Entiendo que estés molesto… —Movió la mano despacio abarcando más piel cálida—, pero no tienes motivos. —Candela le besó delicadamente el hombro —. He estado mucho rato sola, Yasser me ha hecho compañía, luego ha sido un poco borde, por eso ha subido a disculparse.

—Podía haber esperado a mañana.

—Sí, pero no lo ha hecho —dijo, y aflojó la presión de sus dedos, al instante, Ashton le sujetó la mano. Candela sonrió y volvió a acariciarlo con más audacia, tentando sigilosa—. ¿Vas a disculparte tú? Me has abandonado por esa panda de rancios.

Provocación y reacción de la fiera. Candela no necesitó más para alentar el instinto depredador que Ashton a duras penas contenía. El abogado se revolvió tan rápido que ni siquiera supo cómo le sujetó los brazos y la apresó bajo su cuerpo. Perdió la capacidad de pensar cuando sintió una lengua hambrienta colándose con fuerza en su boca, cuando la liberó de su agarre y solo vio el brillo malvado de un azul electrizante que prometía una entrega brutal e incontrolable.

En unos minutos todo se redujo a dar y recibir placer. Olvidaron la soledad o los celos; eran nimiedades comparadas con la unión que sentían. Ashton redimió su culpabilidad a base de pasión mientras Candela mantenía una encarnizada lucha contra su alocada garganta, eufórica por gritar. Casi consiguieron mantener ese arrollador encuentro en la intimidad; aunque luego se rieron y no dudaron que ciertos sonidos involuntarios no pasaron inadvertidos a los invitados que dormían en las habitaciones contiguas. Entre todos los asistentes a la celebración ellos eran una de las parejas de menor edad, en plenitud física y enamorados. Y pudieron comedirse, incluso abstenerse, pero no entró en sus planes y ninguno se arrepintió, muy al contrario, entre bromas y carantoñas una cosa llevó a otra hasta empezar otra vez partiendo de cero.

Esa última noche en Cramhley House ambos estuvieron de acuerdo en terminar por todo lo alto, y lo máximo para ellos fue el acople perfecto de sus cuerpos sin fingir ni medida, siendo

vehementes en lo bueno y lo malo, tal y como se amaron.

17

Sombras abstractas

Lunes, 1 de septiembre de 2014. Londres

Harriet

«Me tengo que reír como una adolescente nada más colgar el teléfono. ¿En serio acaba de llamarme para preguntarme por un dolor en la rodilla? Apenas había pensado en él desde la semana pasada y ahora mismo no sé cómo tomarme este interés. Me siento halagada, es un hombre muy atractivo, pero también es demasiado joven. No puedo convertirme en el capricho de nadie, no tengo un espíritu infiel ni edad, ni me apetece entrar en la dinámica de mi marido; creo que no valgo para engañar, se me notaría. De todos modos, mentiría si no reconociese que gracias a la poca vergüenza de mi magullado admirador empiezo a plantearme situaciones impensables»

Hacía cinco días que Ashton y Candela volvieron de Stamford y no habían podido verse desde que se despidieron la misma tarde del domingo ya que los dos debían cumplir con sus obligaciones. Afortunadamente, esa noche finalizaría la indeseada separación.

Mientras llegaba la hora, en plena City, el abogado estaba reunido en el bufete con Malborough y Abdulá, terminando de repasar las cláusulas de la fusión, prevista para la próxima semana en Dubái. AENCO había modificado ligeramente unos porcentajes, ajustándolos a la pretensión de ArabCorp, y al igual que en el resto del vastísimo acuerdo no había nada ilegal. De buen humor, sentados en la mesa charlaban sobre sus planes de futuro cuando Lily interrumpió a Ashton por la llamada del inspector Carter.

Conforme fue escuchando la sucesión de datos corroborados por la policía, el ánimo optimista del abogado se tornó amargo. Candela tenía razón. Se puso en pie sin ver los dos pares de ojos tan distintos como la noche y el día fijos en él y, asumiendo el asesinato de Harriet, no apartó su mirada perdida de un grupo de turistas parado en mitad del Southwark fotografiando el río. Como la mayoría, los turistas buscaban una de las codiciadas estrellas de la ciudad: la panorámica del Puente de la Torre. Pocos sabían que era realmente una estructura exclusivamente metálica y que gracias al conservadurismo de finales del siglo XIX —que consideró inapropiado que algo tan feo atravesara el Támesis por el centro de la ciudad— se recubrieron las dos torres de fábrica, siguiendo un estilo arquitectónico ecléctico e inspirado en el renacimiento gótico muy popular durante el larguísimo reinado de la última monarca de la Casa de Hannover, la reina Victoria. Desde allí podía contemplarse perfectamente aunque tuviera por medio el insulso Puente de Londres ofreciendo solo toneladas de hormigón, acero y un tráfico tan congestionado como el pesado bufido que él soltó al

finalizar la conversación con el inspector. No fue un homicidio, sino un asesinato con todas sus letras, con alevosía —sabiendo que Harriet no podría defenderse— y, casi con seguridad, a cambio de dinero; por lo que añadían el agravante de la concurrencia de precio. ¿Por qué? ¿Qué interés tenía alguien en matar a una mujer embarazada de seis meses? ¿Qué estaba pasando a su alrededor?

—A Harriet la mataron —dijo Ashton apesadumbrado, volvió a sentarse en su cómodo sillón de piel y observó las expresiones inmóviles del jeque y Malborough—. La policía está buscando a dos hombres, son los sospechosos de su asesinato. Han revisado las imágenes de las cámaras que hay en los edificios tanto de la parte norte como de la sur —explicó—. Harriet accedió por el paseo peatonal —dijo refiriéndose a la zona sur, a The Queen´s Walk—, no era muy tarde, pero llovía a cántaros y el puente estaba solitario. Uno de los hombres la siguió desde allí, el otro accedió por la zona norte. No hay ninguna prueba visual de que la tiraran al río, pero la policía cree que esos dos hombres están implicados porque el que entró en el puente detrás de Harriet iba a poca distancia de ella y si no fue responsable como mínimo fue testigo; aunque lo dudan porque los dos desaparecieron juntos por la escalinata hacia Victoria Embankment.

—¿Tienen alguna característica distintiva para poder identificarlos? —preguntó Malborough.

—Los dos son altos, morenos y corpulentos —respondió Ashton —. Uno de ellos tiene un tatuaje en el hombro. Carter piensa que pueden ser exmilitares.

—Lo siento mucho, Ashton —dijo Abdulá en un tono grave—. No la conocí mucho y entiendo que la relación que mantuvo con mi hijo no fue acertada, pero ninguno tuvo suerte y desgraciadamente han muerto muy jóvenes —comentó afligido—. El niño que esperaba habría sido mi primer nieto, lo único que me quedaría de Hamza. —Abdulá batió las mandíbulas—. Cuenta con todo mi apoyo, para mí también es un asunto personal —añadió rotundo.

Ashton, que aguantaba los ojos fijos en él, admitió su apoyo con un breve parpadeo y pareció relajarse un poco mientras Malborough movía la cabeza, asintiendo.

No lejos de allí, un poco antes de las doce atravesó Candela el arco de seguridad que había en el vestíbulo del ultracontemporáneo edificio donde ArabCorp tenía la sede. En cuanto pasó el sofisticado maletín burdeos de piel de cocodrilo, un exquisito y funcional modelo de Vuitton regalo de Ashton para sustituir al robado, lo

recogió con delicadeza y fue hasta los ascensores, dos cabinas de cristal en forma de cápsulas dentro de unos huecos transparentes que ofrecían una visión completa del apabullante interior. Para esa reunión laboral se puso un vestido beige con el largo bajo las rodillas, unos zapatos negros de tacón alto y un abrigo oscuro de paño. Al llegar a la última planta necesitó unos segundos para ubicarse en el espacioso corredor con amplias cristaleras. En un directorio leyó dónde encontrar el despacho de Yasser y se dirigió con pasos sosegados hacia las puertas automáticas que lo separaban del resto de oficinas, pensando en que conseguir trabajar para la petrolera, con el espaldarazo del director ejecutivo, ahora que faltaba tan poco para la fusión con AENCO, podía significar el despegue definitivo de su negocio. Como poco, se conformaba con meter la cabeza. Aquella semana ya se había reunido con Russell, tenía pendiente con él unos bocetos que no le supondrían un trabajo excesivo, pero era un comienzo, y aún debía concertar la cita en BJR&Menzies; otra buena oportunidad a tener en cuenta.

Recordó que en Stamford, antes de que concluyeran los actos por la celebración del cumpleaños del jeque y después de posar de manera individual y colectiva con él para dos fotógrafos, mantuvo una conversación con Yasser en la que se mostró muy interesado por su trabajo. Percibió sus ganas de modernizar la imagen de la compañía, que aun formando parte de AENCO seguiría con su propio nombre y una línea de negocio semiindependiente, y creyó que a otra escala más trascendental quería algo similar al diseño del bufete de Ashton.

Mientras esperaba en la solitaria y prístina sala aneja al despacho de Yasser, se quitó el abrigo y lo colocó bien doblado en uno de los dos sillones de diseño que había junto a unos maceteros con plantas altas de vivos colores rojizos. La claridad resultaba asombrosa ese frío día nublado tan característico de Londres gracias a las ventanas y la mampara traslúcida que separaba la desahogada estancia de la zona de tránsito donde la madura y eficiente secretaria que la atendió tenía su mesa.

—Me alegro de verte, Candela —dijo Yasser, entrando en la sala. Vestía un impecable traje negro y había mantenido en su rostro la cuidada perilla. Se acercó mostrando una expresión cordial y le tendió la mano—. Gracias por venir tan pronto, sé que no te he avisado con suficiente antelación.

—Gracias a ti por ponerte en contacto conmigo.

Candela apreció la distinción que notó en su actitud correcta y profesional. Aparentaba exactamente lo que era: el máximo

responsable de una empresa con una facturación millonaria. Tenía una licenciatura de Oxford con honores en Ciencias Económicas, un máster en Empresariales por otro prestigioso organismo europeo y, pese a no haber cumplido treinta años, se intuían en sus formas seguridad y dotes de mando. Según Ashton, le faltaba aplomo, sin embargo, a ella le parecía un líder nato.

Pasaron más de una hora en su despacho —un espacio diáfano acorde en tamaño a la amplitud que Candela llevaba vistos desde que pisó el edificio, aunque ese le sorprendió por la austeridad minimalista— donde él, conciso, le explicó las ideas que tenía para la nueva imagen de ArabCorp. Ella, para obtener la comunicación visual que captó tras escucharlo con suma atención, ofreciéndole buenas soluciones, le enseñó algunas imágenes del portafolio renovado que había impreso para sustituir al perdido en el robo del maletín. Y, en sintonía, se enzarzaron en una charla ingeniosa que los evadió del tiempo.

Yasser echó un vistazo al llamativo pero elegante reloj de oro que llevaba en la muñeca izquierda, y Candela creyó que iba a despacharla cuando todavía no habían concretado nada; en cambio, aceptó su invitación para comer en un restaurante cercano mientras seguían la reunión. El detalle consiguió alentarla, esperanzada. Él informó a su secretaria por teléfono, ordenándole que cancelara sus reuniones de aquella tarde, se levantó y, después de ponerse un abrigo negro y anudarse al cuello una bufanda gris con flecos, salieron del despacho hablando de manera amigable.

Luego, esperando el ascensor, al ver que Candela pretendía ponerse el abrigo, Yasser se prestó a ayudarla con gentileza. El buen ambiente les duró poco; la llegada de Aisha en uno de los ascensores panorámicos lo cortó de cuajo. Ese día vestía un sobrio traje oscuro de chaqueta y pantalón, sin añadiduras religiosas; de hecho, su larga melena negra parecía recién salida de la peluquería. Yasser no mostró ninguna emoción, contrariamente al gesto rígido que ella compuso cuando intercambiaron un escueto saludo en inglés. Aisha añadió unas incomprensibles palabras en árabe que a Candela le sonaron a reproche. Del mismo modo que había observado cómo Yasser podía pasar de la amabilidad a la más arisca frialdad con Ashton, interpretó una réplica malhumorada.

Los tres descendieron en el ascensor envueltos en silenciosa tensión. Y ya en la calle, Yasser se hartó de las miradas furiosas que Aisha le dedicaba a Candela.

—Procura avisarme antes de venir —exigió Yasser en un tono duro, encarando los ojos negros de Aisha.

—Quería darte una sorpresa —dijo con voz suave.

—No me gustan, y menos en mi trabajo, que no vuelva a suceder.

Aisha le sostuvo la mirada unos segundos, inclinó la cabeza hacia abajo y asintió abatida. El gesto sumiso no pareció afectar a Yasser, que la observó frunciendo los labios hasta que dio la vuelta y se alejó de ellos.

—¿Te apetece comer bien? —preguntó amable, sin rastro de enfado.

—Simplemente comer —matizó Candela disimulando su asombro. No llegaba a entender esa capacidad de cambiar el tono en función de su estado anímico y de quien fuese su interlocutor—. Creo que tu novia está molesta conmigo.

—No es mi novia —replicó serio—. Es mi prometida.

—¿Dónde está la diferencia?

Yasser sonrió y negó despacio moviendo la cabeza.

—Me voy a casar con ella, la diferencia es abismal.

—¿No quieres casarte? —preguntó, e inició el paso.

—No —respondió con rapidez—. En mi familia ciertas costumbres están demasiado arraigadas, una de ellas es contraer matrimonio por intereses que aquí suenan absurdos. —Yasser entornó los ojos—. Al morir mi hermano me toca cumplir casándome con ella, y lo acepto, pero en cuanto me dé un hijo la dejaré.

—Es muy triste casarse sin amor.

—Hay cosas peores —comentó casual.

Pensativos, anduvieron durante unos minutos. En las calles con un tráfico intenso, abarrotado de autobuses, furgonetas de reparto y taxis se notaba el tumultuoso ajetreo por la hora del almuerzo. La zona estaba plagada de oficinas y entidades bancarias con edificios que eran una amalgama entre arquitectura contemporánea y clasicismo victoriano. Cruzaron por un semáforo acompañados de un enjambre de personas y Yasser sujetó con suavidad el codo de Candela, guiándola hacia una estrecha calle peatonal.

—¿Te gustan los shawarma? —preguntó Yasser.

—Claro que sí —respondió, sorprendida—. ¿Tú los comes?

—De vez en cuando, ¿no pensarás que siempre voy a sitios de lujo, no?

—Estoy perdiendo la capacidad de analizarte —contestó con humor.

—Vaya… —Yasser se detuvo en la puerta de un pequeño restaurante de comida rápida y le cedió el paso—. Pensaba que ya

me conocías un poco.

—Me desconciertas —dijo al entrar.

Candela sonrió echando un vistazo a la barra, olfateó el intenso aroma a especias que envolvía el local y se dirigió a la única mesa vacía de las seis que había repartidas tras los dos escaparates de la fachada.

Poco más tarde, Candela comía un abundante y sabroso shawarma de pollo y Yasser otro de cordero, los dos con apetito.

—¿Holt sabe que teníamos esta reunión?

—No, ¿por qué?

—Porque me parece que de enterarse, le haría tanta gracia como a Aisha.

—Lo dudo —dijo convencida—. Él sabe que entre nosotros no hay nada, en cambio tu prometida debe estar pensando de todo.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

Candela apretó las cejas, tratando de averiguar dónde quería llegar.

—Se lo diré dentro de un rato cuando le vea, no tengo por qué ocultárselo ni tampoco por qué llamarlo expresamente para decirle con quién me reúno por motivos laborales.

—En Cramhley se enfadó cuando nos vio hablando, le caigo como una patada en el estómago.

—Igual que él a ti —dijo rápido—. ¿Por qué os lleváis mal? Desde luego, tengo claro que no es por mí.

—No, no es por ti —comentó borde—. Nunca hemos tenido buena química, eso es todo. ¿Volvemos al tema que nos interesa?

Tal y como le pasó en Cramhley House, al escucharlo, se sintió cohibida. No comprendía la brusquedad de sus palabras cuando estaban manteniendo una charla agradable. Yasser se concentró en la comida sin mirarla. Durante unos minutos Candela organizó sus pensamientos, dándole tiempo para que gestionara un enfado evidente. No se hizo de rogar y antes de acabar los sabrosos menús retomaron la conversación con la buena sintonía que tuvieron en el despacho, la misma que habían tenido desde que se conocieron y ampliaban compartiendo opiniones en las que casi siempre estaban de acuerdo. No solo se limitaron al plano laboral. Amigables, tanto Yasser le contó anécdotas divertidas de su paso por Oxford, típicas de jóvenes ricos o pobres, como Candela le habló de su llegada a Inglaterra en busca de un sueño que estaba haciéndose de rogar, aunque alivió las miserias de sus comienzos con pinceladas sobre sus compañeras de fatigas, que arrancaron en Yasser más de una carcajada.

Así, en aquel diminuto restaurante turco, dos personas criadas en ambientes diametralmente opuestos compartieron sus vivencias con la soltura de los buenos amigos, sin otra pretensión que pasar un buen rato conociéndose. Volvieron a desconectar del tiempo entre risas y una comida suculenta pero sencilla. Esa que siempre resultaba la mejor opción para Candela porque la conquistaba por el paladar sin artificios que resultaran sublimes a través de los ojos, porque en definitiva se identificaba con el poder de la naturalidad.

El amanecer en el campo era fantasmagórico, no se distinguían los árboles por la espesa niebla y la humedad calaba hasta los huesos incluso estando confortables en la habitación que ocuparon en casa de Malborough. Habían llegado con las niñas la noche anterior con ganas de tranquilidad y por acompañar al anciano ante la ausencia ese fin de semana de Payton.

Candela, asomada al ventanal, contemplaba absorta cómo poco a poco la brisa elevaba la bruma y aparecían las tonalidades verdes que rodeaban la propiedad.

—Buenos días —dijo Ashton, abrazándola por detrás. Posó los labios en su cuello, inclinado para recibirlos, y apretó las manos en su cintura sin presionar—. ¿Hace mucho que te has levantado?

—No —respondió y se giró—. ¿Has dormido bien?

—Mucho. —Ashton le besó los labios—. Si tenemos suerte y sale el sol, podíamos ir a dar una vuelta por los alrededores, Francis se conoce esto como la palma de su mano.

—Como queráis —dijo sonriendo tristona—, a ver qué opinan las niñas cuando se levanten.

—Se volverán locas —comentó—, ¿sigues pensando en el asesinato de Harriet?

—No puedo quitármelo de la cabeza, ¿tú sí?

—Tampoco, pero confío en que pronto tengamos identificados a los sospechosos. Carter es metódico y concienzudo, no creo que tarde en hacerlo.

—Eso espero, Ash, me gustaría saber por qué lo hicieron. Si Francis y tú pensáis que no está relacionado con Hamza, me cuesta imaginar el motivo para matar a una mujer embarazada. Estoy segura de que iban a por ella, si no, no tiene sentido que entraran en el puente cada uno por un lado, y habéis descartado que fuese un robo… No sé…, pienso en el miedo que debió sentir. —Candela perdió la voz, emocionada—, me da mucha pena; nadie merece morir de una forma tan cruel.

Ashton no solía ponerse en el pellejo de Harriet en aquellos

últimos minutos, desde su muerte solo había pensado egoístamente en él y en sus hijas, pero al escuchar la compasión de Candela se la imaginó sola y asustada en el puente, sabiendo que iba a morir, y fue incapaz de evitar las lágrimas que le anegaron los ojos.

—Me arrepiento de mi comportamiento con ella, Candela —dijo en un susurro, pensando en sus infidelidades—. Por mi culpa llegamos a la situación que teníamos y, en vez de terminar, me pasé durante meses. No era nada discreto, llegué a restregárselo por la cara. Fui un cabrón y me perdonó por no arruinar nuestra familia.

—Los dos os equivocasteis —dijo con ternura, y le recorrió con una mano el rostro áspero plagado de vello salpicado de canas—. Cuando se os acabó el amor, debisteis poner fin a vuestro matrimonio. Estaré equivocada porque algunas parejas consiguen superar sus crisis, pero son la minoría. Ese dicho de que el amor es como una flor que hay que regar a diario es cierto, igual que también es verdad que cuando la flor se marchita y muere no vuelve a renacer. Podrá brotar otra, pero ya no es la misma; lo que muere, muerto se queda.

—¿Entiendo que tú eres mi nueva flor? —preguntó con ironía.

—¿Yo? —Candela se mostró teatrera—. Para nada, yo soy tu bruja.

—Es verdad… —Ashton notó cómo el deseo crecía entre sus piernas y la aferró de las nalgas pegándole el cuerpo al suyo—. Una maléfica, con unos encantos hechizantes y unas malas pulgas muy molestas.

Candela apretó los labios y habló casi rozándole la boca.

—Pero te gusto, no puedes evitarlo.

—No —dijo antes de besarla—, me va la marcha.

Si Ashton hubiese sabido que esa apreciación se convertiría en abrumadora realidad cuando desayunaban con las niñas y Malborough, posiblemente no la habría soltado con ligereza. Estaban sentados alrededor de la mesa cuadrada de madera oscura que había en el centro de la cocina antes de que Candela recibiera la llamada de Jordan que trastocó el sosegado ambiente familiar. Aunque no se alargaron hablando, en cuanto dejó el móvil encima de la mesa, Candela notó el cambio de humor en Ashton y trató de distraerse con las niñas durante el tiempo que duró el desayuno. Al terminar, Ashton fue al dormitorio y ella recogió la cocina hablando con Malborough mientras escuchaban las risas de las niñas, que se abrigaban en el vestíbulo para salir.

Una vez Candela dejó la cocina inmaculada, se excusó con el anciano y no tardó en entrar al dormitorio. Ashton estaba sentado

en la cama calzándose unas deportivas oscuras y se acercó a él.

—No quiero discutir, Ash —dijo al ver que no se dignó en levantar la cabeza—, pero estoy empezando a enfadarme. Sabes que Jordan y yo somos amigos y que estamos en contacto. No entiendo por qué te pones así.

—No estoy de ninguna manera —replicó sin mirarla.

—Muy bien —admitió Candela, sonrió cínica—, porque vamos a pasar juntos todo el día y no me apetece bregar con tus chorradas, no tengo ganas de niños grandes.

—No estoy muy seguro de eso. —Ashton se levantó y se dirigió al armario.

—¿Ah, no? —Candela no tenía intención de salir sin aclarar unos celos absurdos para ella—. Voy a seguir relacionándome con Jordan con o sin tu aprobación porque no la necesito para ver a mis amigos, y me reuniré con Yasser cuando sea necesario porque voy a trabajar para él, también con o sin tu aprobación. —Mientras hablaba, Ashton seguía de espaldas—. Puedes enfadarte, encelarte o darte cabezazos contra una pared, me da igual.

Al escucharla, no contuvo la rabia y se plantó delante de ella.

—Por supuesto que te da igual, lo tengo clarísimo —exclamó—. Haces lo que te da la gana, me lo demuestras y me lo repites constantemente —dijo mirándola con el rostro rígido—. Hace un rato decías que el amor había que regarlo a diario, pero supongo que no hablabas del nuestro, porque esto no es agua para que crezca, más bien es un pesticida para exterminarlo.

—Aparte de sacarme de mis casillas, eres especialista en interpretar las cosas como te interesa —dijo frustrada, sacudió la cabeza y fue hacia la puerta—. Sigue pensando lo que quieras y sigue con tus celos de mierda, me agotas y no tengo ganas de aguantar tus tonterías.

Sin esperar otra réplica, Candela salió deprisa de la habitación.

Ashton resopló por la nariz y cogió de un tirón su chaquetón. El domingo ya se había ido al traste. La salida familiar que prometía ser divertida cuando la planteó en ese momento tenía todos los visos de convertirse en un suplicio. Él llegaba a admitir que la sola mención de Jordan le molestaba, aunque también era honesto reconocer que el hombre había sido caballeroso al dejar el puñetazo entre ellos. De enterarse Candela, tendrían otra discusión, y de las gordas. En cambio, de Yasser nunca se había fiado ni lo haría. «¿A qué vino citarla para ofrecerle trabajo si no era para encubrir que pretendía seducirla?» Notó en la fiesta del bufete su interés en ella y en Stamford confirmó que no estaba equivocado.

Sabía que los dos andaban detrás de su novia y eso le desquiciaba. No se sentía amenazado por el guaperas, si bien, recordando aquella noche donde tuvo el privilegio de oír la retrasmisión en directo de cómo se las gastaba en la cama —¡en su propia casa!— tampoco podía sentirse indiferente ni subestimarlo. Y el árabe era harina de otro costal, tenía mucho peligro aunque no dudara de Candela. Las bazas con las que jugaba podían ser deslumbrantes para las mujeres y si estaba rondándola no pararía hasta salirse con la suya. Conocía bien a esa clase de tipos, quizás porque se veía reflejado en él. Ambos eran constantes y no daban por perdido un juego sin luchar ferozmente por la victoria. Contra la forma de actuar de Yasser no podía hacer nada, sin embargo estaba en su mano evitar los enfrentamientos con Candela. No era la primera vez que discutían por sus celos y el resultado siempre se repetía: acababan enfadados. Ella odiaba las órdenes y bastante que creyese o interpretase una suya para contradecirlo. Debía poner de su parte, aunque tuviese que hacer de tripas corazón, encontrando la manera de alertarla sin que se lo tomara como una exigencia posesiva, porque discutir no era el mejor camino para mantenerla a salvo de un depredador arrogante, forrado y con prometida, y sin escrúpulos a la hora de engañarla para salirse con la suya.

Cavilando en varias ideas sutiles que camuflarían esa inquietud con desdén, se reunió en el vestíbulo con Candela y las niñas, que lo recibieron entusiasmadas contra la ligera sonrisa de la bruja. Detectó al instante la frialdad en sus ojos. Se acercó a ella, inclinó la cabeza y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Perdóname —susurró.

El cambio en los delatores ojos castaños fue inmediato, pasaron de congelarlo a quemarlo con un brillo falto de rencor.

—Perdonado —dijo Candela, sujetó su mano y correspondió rozándole los labios con otro “casto” beso delante de sus hijas, que ni se inmutaron ya acostumbradas a esas muestras de afecto.

Aguardaron unos minutos a que Malborough se uniera a ellos. Cuando apareció, por esa salida que rompía la rutina habitual de las visitas a Timsbury, se desató una jocosa histeria infantil que estuvo a punto de lograr la deserción de Ashton; sin conseguirla, porque por otro lado resplandeció la alegría y su espíritu bromista.

Abandonaron la casa bajo el cálido sol que reinaba solitario en el cielo celeste, con unas escasas nubes, y se montaron en el coche. Fijaron como primer rumbo el cercano lago Chew Valley para aumentar el desenfreno parlanchín de Bronte, animar que Mia pusiera en entredicho cada palabra que escuchaba, y Malborough,

en medio de las dos, repartiera su atención entre ellas, mientras, Candela y Ashton olvidaban la discusión y retomaban la complicidad con el firme propósito de no desperdiciar un espléndido y rarísimo día de diciembre.

Varias veces a la semana, desde que se había mudado al estudio, Candela retomó el saludable hábito de correr para mantenerse en forma. Así lo hizo aquella mañana de jueves a primera hora. Por no enfriarse, escuchando música con los auriculares que llevaba puestos, no dejó de moverse al esperar mientras el semáforo cambiaba a verde para cruzar al parque. Tras reiniciar la carrera, saltó la menuda valla metálica que delimitaba el parque de la acera y corrió de manera suave por un estrecho sendero con un prado enorme a la derecha y una hilera de árboles a la izquierda. Notó unas ligeras gotas de lluvia en la cabeza, pero no le afectaron internándose en el sendero.

Dobló hacia la derecha cuando llegó a una bifurcación y mantuvo las zancadas, fijándose en el campo de rugby, a esa hora temprana desierto, y en las pocas personas que se le cruzaban también corriendo. En la confluencia del sendero de tierra con otro camino asfaltado por donde se podía acceder en coche, atravesó un bolardo de hierro y siguió a buen ritmo por el sendero alejándose de los recorridos más transitados.

Al pasar por la cafetería de la caseta de madera, aún cerrada, la insidiosa lluvia ya era molesta y ella estaba cansada. Se detuvo junto a una arboleda pequeña y apoyó las manos en el tronco mediano de un árbol con la copa baja, espesa por cientos de hojas doradas, y flexionó la pierna izquierda para estirarla. Ni se mojaba mucho protegida bajo el árbol ni tampoco oía el sonido del aguacero que formaba charcos y embarraba los caminos. De forma súbita, una fuerte embestida la tiró de boca y, cuando pudo reaccionar, una mano enorme le pegó la cabeza contra la tierra mojada. El pánico paralizó su facultad del habla. Aquello no parecía un atraco. Apenas veía unas botas negras, creyó que unas Dr. Martens, muy grandes, y unos pantalones vaqueros enfundando dos piernas tan sólidas como los troncos de los árboles. Esos que ya no la protegían, sino la camuflaban de posibles miradas curiosas.

Candela trató de mantener la calma, pero temblaba. Con los ojos abiertos de par en par, vio la camiseta blanca de tirantes que el agresor llevaba ceñida a su amplia anchura torácica. Pudo fijarse en el hombro del brazo contrario que él tenía echado contra su cuerpo inmovilizándola. Resaltaba un tatuaje negro muy raro, parecido a

una caligrafía ornamental arábiga. Mentalmente fotografió los elementos sueltos que lo componían: una especie de gran uve doble con un extremo circular, un trazo único alargado; encima, otra uve doble, más pequeña y redondeada; y sobre esta, una especie de tilde. Hecho, pensó Candela. No sabía qué significaba, sin embargo jamás lo olvidaría.

El grandullón no hablaba, usaba su fuerza bruta para retenerla sin que ella entendiese el motivo. Se limitaba a comprimirla contra la tierra, aplastándole la cabeza como si matara a una insignificante mosca; temió que le partiera el cuello. No dudó que podría hacerlo con un leve movimiento. Oyó el sonido de unos pasos acercándose. Al instante, unas breves, rotundas e incomprensibles palabras en árabe. Entonces, en vez de la deseada y necesaria ayuda, sintió una violenta patada en el costado. El hombre que le sujetaba la cabeza aumentó la presión, y llegó otro golpe en el mismo sitio, más furioso. Encadenó una sucesión de patadas, puñetazos y puntapiés. Candela ni siquiera pudo gritar pidiendo auxilio, protegerse con los brazos, emitir penosos alaridos y contener el dolor hecha un guiñapo aterrorizado era de por sí un esfuerzo descomunal cuando la lluvia se intensificó despejando los caminos de corredores. Ellos habrían sido los únicos en poder ayudarla, pero los astros se confabularon en su contra para aliarse con esos agresores silenciosos que no parecían con intención de dejarla viva. Del hombre que controlaba la situación, y al corpulento, recibía constantes patadas en las piernas y costados, hasta que dejó de protegerse cuando no sintió los brazos.

Después de algunos minutos, Candela terminó desmayada. Los hombres se miraron. El grandullón, que estaba arrodillado junto a su cuerpo inerte, se levantó y la observó con desprecio. El otro, negando con la cabeza, frenó que la rematara. Sonrió ligeramente y le escupió en el pelo. Acto seguido se alejaron andando con tranquilidad, como si no acabaran de apalear a una mujer indefensa ni la hubiesen dejado a su suerte en un paraje solitario donde tardarían horas en encontrarla.

La lluvia arreciaba mientras Candela se perdía en las sombras abstractas de la inconsciencia. Nada, sin fuerzas ni ningún auxilio que la ayudara a sobrevivir, su cuerpo despatarrado en aquel siniestro rincón rodeado de árboles parecía un sucio títere al que le hubiesen cortado las cuerdas, y aunque todavía respirara el sutil olor a tierra mojada, el tiempo se había detenido para ella.

18

Rendirse o reaccionar

Jueves, 28 de agosto de 2014. Londres

Harriet

«Intento evadirme en el hospital porque en casa con las niñas a veces es más complicado. No me gusta que noten la frustración que siento con Ashton, pero las dos son muy listas; estoy convencida de que saben que ya no nos amamos. Ahora, cuando estoy asumiendo que jamás recuperaremos el amor perdido —tampoco me casé pensando que estaríamos juntos toda la vida, pese a desearlo en aquel momento— cuando ya no me planteo cómo hemos llegado hasta aquí, transigiéndole estas infidelidades que detesto me convierto en cómplice de una situación insostenible. No funcionamos como pareja, mirar hacia otro lado sin ser capaz de hablarlo por salvar las apariencias se me hace insoportable por mucho que asuma la parte de culpa que me corresponde al no reaccionar y acabar con este martirio en vez de perdonarlo; Ashton es un mujeriego y no se molesta en ocultarlo, pero yo me merezco ser infeliz por cobarde»

Después de que las niñas se montaran en el autobús escolar ese último día lectivo antes de las vacaciones de Navidad, creyendo que Candela había tenido horas de sobra para cargar el móvil, Ashton la llamó de nuevo, como llevaba haciendo desde la noche anterior. Volvió a no obtener respuesta. Pasó unos minutos en la esquina de la tienda de suvenires decidiendo qué iba a hacer. ¿Presentarse en el estudio o ir al despacho? ¿Mostrarle la preocupación irritante que sentía o dejarla a su aire hasta que apareciera por la tarde? Muy cansado de sus propias contradicciones, regresó a casa y bajó al garaje. Se conocía, con ella le escaseaba el aguante. La incertidumbre no le permitiría concentrarse y como no tenía ninguna reunión importante optó por seguir su instinto, que le advertía algo grave. No podía explicarlo, pero tal y como se calentaba pensando que Candela lo ignoraba para escarmentarlo por sus celos, de inmediato otro pensamiento se le colaba en la cabeza justificándola con alguna cita laboral de última hora, por el insomnio si había tenido que acabar algún diseño o una repentina enfermedad propia de la época del año a pesar de no notarle síntomas de resfriado cuando hablaron por última vez el miércoles.

Conducía hacia Clapham escuchando un programa de radio, había dejado atrás el follón del tráfico que congestionó varios minutos el Puente Chelsea y circulaba en paralelo al parque Battersea cuando saltó el manos libres del móvil que normalmente activaba nada más arrancar el Mercedes.

—Buenos días, inspector Carter.

Con ese saludo amable acabó la cordialidad de Ashton. Al

escuchar el motivo de la llamada, de forma automática apretó el pedal del acelerador hasta enfilar la larga avenida que rodaba cerca del río, con otra horda de intenso tráfico para ralentizarlo.

Minutos después accedió al Puente de la Torre. Pilló el semáforo en verde para no perder más tiempo esperando que el puente se elevara hidráulicamente, pasara algún barco y volviera a su posición; eso le habría supuesto un amago de infarto. En ese momento de pánico no apreció la robustez de las dos torres con un peculiar estilo neogótico victoriano, tan admirado por los turistas, ni los tirantes pintados en azul y blanco, ni otra cosa que no fuese el lento avance de los vehículos que tenía delante. En su cabeza solo resonaba una palabra: brutalidad. Carter la había repetido varias veces, si bien le aseguró que Candela podía contarlo porque los dos bastardos que la golpearon no quisieron matarla. Los nervios estaban traicionándolo al imaginar cómo la encontraría cuando llegase al Royal London Hospital, sin duda, el último lugar donde esperaba hallarla.

El inspector le explicó el porqué de interrogarla tan rápido tras enterarse de lo sucedido en el parque gracias a que un hombre que hacía deporte cuando la lluvia amainó se encargó de avisar a una ambulancia, a las once de la mañana, casi tres horas después de que Candela saliera de casa para esa carrera que pudo terminar en tragedia. Carter se trasladó al hospital sospechando que podía no ser un acto delictivo fortuito por la ausencia de robo y agresión sexual. Tan pronto como el médico que atendió a Candela le permitió moverse, dibujó unos símbolos, que no eran otra cosa que una palabra: Al-lāh, Alá o Dios. Ese tatuaje, el del hombre corpulento, era el mismo que lucía uno de los implicados en el asesinato de Harriet. Carter relacionó los delitos de inmediato. Necesitó averiguar qué tenían en común las dos mujeres y se respondió con rapidez: a él. Ashton era el nexo entre Harriet y Candela. El inspector no sabía más, y así se lo dijo. Pero… ¿quiénes eran esos hombres? Ashton no los conocía, estaba seguro. «Y si Carter tenía razón y no actuaban en su propio nombre, ¿quién estaba detrás?» «¿Quién podía tener algo contra él, que entendía debía ser gravísimo para ordenar dos homicidios?» «¿Y por qué habían dejado con vida a Candela cuando por Harriet no tuvieron ninguna piedad?» No pudo responder a nada, en cambio, si al conocer el asesinato de Harriet ya tenía decidido encontrar a los responsables, tanto ejecutores como instigadores, con esto pensaba ser implacable. Echaría mano de todos los recursos que pudiera tener a su alcance y si debía contar con la ayuda de Abdulá por

descontado que se la pediría. A Harriet ya nadie podía salvarla, pero Candela seguía viva y sería su prioridad mantenerla sana y salva hasta dar con los culpables.

Por fin, un buen rato más tarde, corrió por los pasillos del hospital. Toda su intranquilidad se alivió al entrar en la habitación donde Candela dormía esperando las cuarenta y ocho horas prudenciales que su médico necesitaba para confirmar que no tuviera ninguna lesión interna. Ashton solo le veía la cabeza inclinada sobre la almohada, sin evidencias de maltrato, con un collarín de espuma en el cuello. Tras saludar escuetamente a la mujer que compartía habitación con ella —era rubia y delgada, de mediana edad, con un brazo escayolado y una pierna vendada desde la ingle hasta el tobillo— se sentó en una de las sillas que había a un lado de la cama de Candela.

—Le han dado un calmante no hace mucho —dijo la mujer con una sonrisa amable.

Ashton asintió y se reclinó hacia delante, pendiente al rostro sereno de Candela. Durante unos minutos le pareció tranquila, pero empezó a moverse como si tuviera una pesadilla y se levantó para calmarla. Sentado en el borde de la cama, le susurró tiernas palabras como habría hecho con Bronte en alguno de sus episodios nocturnos. Candela abrió lentamente los ojos y lo miró ausente, hasta que lo distinguió y se echó a llorar acongojada.

—Estoy aquí, cariño —dijo Ashton inclinándose mientras le acariciaba la cara—, no llores, ya ha pasado todo.

—Me duele mucho, no puedo moverme —murmuró—. ¿Me has visto el cuerpo?

Ashton meneó la cabeza con una sonrisa tristona. Candela bajó despacio la sábana que la cubría y se subió el camisón blanco a la vez que los expresivos ojos del abogado se abrieron como platos viendo la cantidad de hematomas repartidos por los costados y las piernas. Eran de tamaños dispares; algunos grandes, de un morado ennegrecido; otros, los que sugerían menos contundencia, eran pequeñas manchas rojas. Se percibía con claridad que había sido un apaleamiento sin intención de matar. No tenía ninguna fractura, cuando lo habitual habría sido alguna costilla rota; eludieron los órganos vitales, respetaron su hígado, cuando podían habérselo aplastado; y tampoco le tocaron la cara, pese a la tortícolis que presentaba en el cuello tras sufrir una fuerte presión. Pensativo, Ashton estuvo de acuerdo con la teoría del inspector: a Candela le perdonaron la vida. ¿Por qué? Esa era la gran pregunta.

El abogado por la noche recurrió a Denise para que se hiciera cargo de las niñas y solo se movió de la habitación durante los breves periodos que salió a la cafetería o al baño. Llevaba muchas horas sin la corbata, en mangas de camisa, tratando de estar lo más cómodo posible para atender a Candela cada vez que se despertaba. Incluso ejerció como su solícito secretario cuando Lola la llamó por teléfono sin saber qué había ocurrido. Se lo explicó, tranquilizándola e invitándola a visitarla en su casa si al día siguiente le daban el alta, porque no pensaba dejarla sin vigilancia. En cuanto Candela abandonase el hospital, se iría con él a Fitzrovia, con o sin su consentimiento. Uno podía ser permisivo en ciertos aspectos de la vida, tolerante incluso con la independencia obsesiva que arrastraba como filosofía Candela; sin embargo, ahora la situación era de extrema gravedad y hasta que atraparan a los responsables estaba descartado que ella se viera sola en ningún momento. No admitiría una negativa.

Algo después, toda la buena disposición que le dedicó a Lola, la olvidó al responder la llamada del guaperas, que también atendió él por no interrumpir el plácido sueño de Candela. Al enemigo ni agua. No entró en detalles, se limitó a cortarle el interés sin contemplaciones. Luego llegó a arrepentirse porque percibió la sincera preocupación de Jordan por ella y pensó que un poco de amabilidad por su parte no habría sobrado. Rectificaría más adelante, cuando mejorara también su estado de ánimo.

Exhausto, no conseguía quitarse de la cabeza el sufrimiento padecido por Candela ante el rastro de las magulladuras que le veía cuando se destapaba y se levantaba a arroparla, dejándole de paso algunas caricias llenas de ternura y compasión.

Amparado en la penumbra de la habitación, esa madrugada Ashton lloró amargado por una vileza que podía haberlo destrozado. En las lágrimas lentas que recorrían su rostro se mezclaban los remordimientos por pensar que Candela estaba escarmentándolo. Con ese recuerdo en la mente, una idea lo fulminó: ¿había sido la paliza una advertencia? ¿Para Candela o para él? Trató de razonar con frialdad, pensando en alguien con quien estuviera enemistado, alguien árabe, o relacionado estrechamente con ellos, alguien poderoso que pagara por asesinar, con un móvil de peso y sin intención de dar la cara. Solo tenía relación con una persona que encajaba en todos esos parámetros: Yasser bin Abdulá. Si era él, no entendía qué pudo llevarlo a ordenar la muerte de Harriet cuando Hamza ya había fallecido. Si Yasser buscaba ocupar el lugar de su hermano, ¿por qué matar a

Harriet? ¡El niño!

Ashton se levantó de la silla como un fuelle, entró en el pequeño baño de la habitación y se echó agua en la cara para despejarse. Necesitaba estar bien lúcido. Salió y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta que tenía colocada en el respaldo de la silla. Volvió a sentarse, abrió la aplicación que usaba para tomar anotaciones rápidas y empezó a teclear las preguntas que asediaban una imaginación tan sensata como rocambolesca. ¿Qué le habría supuesto a Yasser su sobrino? ¿Dinero? No, ese no podía ser el problema. ¿Deshonra? Posiblemente. ¿Pero era un motivo para matar? Pensó que era una solución demasiado radical, pero no la descartaba. Yasser tenía un carácter impulsivo, pudo oponerse a la relación entre Hamza y Harriet y también lo veía capaz de quitarla de en medio evitando que nadie supiera de la existencia del niño por salvaguardar la reputación de su hermano. Hablaría con Abdulá, pero antes tenía que recurrir a Malborough. Él fue la primera persona que sospechó de Yasser cuando todavía creían que el accidente de Hamza fue provocado. En aquella ocasión le pareció una idea extrema que haría muchísimo daño a Abdulá, en cambio, en ese instante, tomaba tanta fuerza que solo quería tener a Yasser enfrente para arrancarle a golpes la verdad.

Por otro lado, no tenía clara su implicación en la paliza de Candela aunque los agresores fuesen los mismos. Sabía que ella le gustaba, ¿por qué podía haber ordenado que le pegaran? Barruntos llegaban machacones a su cabeza, y desaparecían. ¿Y si Candela estaba ocultándole algo? ¿Sería posible que hubiese rechazado a Yasser y esta fuese su represalia? Desde luego, la actitud de Candela con él no era la de alguien atemorizado, muy al contrario. La última vez que discutieron defendió tozuda que seguiría viéndolo a pesar de su opinión. Eso descuadraba la sospecha en Yasser.

—¿Qué haces? —preguntó Candela con la voz adormilada.

Ashton guardó el móvil en la chaqueta, se puso de pie y se sentó en el borde de la cama.

—Entretenerme un poco —respondió—. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que algo mejor —susurró—. ¿Quieres tumbarte conmigo? —Sonrió ligeramente y agregó—. Llevas todo el día en esa silla.

—Claro. —Ashton empezó a quitarse los zapatos, y Candela se movió despacio para hacerle sitio. Con cuidado se echó a su lado y posó una mano en su cintura. El roce apenas le tocaba una de las zonas que tenía más amoratadas. Con el mismo tiento, buscó y encontró su boca, sintiéndola cálida en un beso reverente y casto—.

Te vas a poner bien, cariño, yo me encargaré de protegerte para que jamás vuelva a ocurrirte algo parecido. Te lo juro, nadie volverá a maltratarte mientras viva.

Al verlo tan dramático, Candela advirtió determinación en sus palabras.

—Gracias. —Lo besó de nuevo y para quitarle importancia a un dolor constante y agudo que encontraba alivio cuando los calmantes le hacían efecto, como en aquel momento, comentó—. Me han dicho que de seguir así solo tendré que hacer reposo unos días.

—Sí, no te preocupes, seguro que todo irá bien. —Ashton le acarició la cara con una mirada cariñosa—. Quiero que te mudes conmigo —habló serio—. Las niñas han empezado las vacaciones y yo no tenía intención de trabajar hasta enero, entre los tres te cuidaremos. Mary no estará, podemos tomarlo como un periodo de prueba, los cuatro solos —comentó sonriendo, notó las dudas de Candela y se apresuró en añadir—. No será definitivo si tú no quieres, pero ya sabes lo que opino. Y no voy a admitir un no por respuesta. No vas a estar sola, te pongas como te pongas.

—Me iré con vosotros —afirmó con docilidad. Ashton hizo una inclinación de cabeza, agradecida, sin apartar los ojos de los suyos —. Pero mis padres llegan la semana que viene… —comentó dubitativa—, iban a quedarse conmigo…

—Pueden quedarse en tu casa —resolvió—. Organizaremos la comida en la mía. —En cuanto usó ese posesivo, rectificó—. Que también es tuya y será nuestra.

—Te quiero, Ash —dijo emocionada—, gracias por estar aquí.

—¿Quién dice ahora tonterías? —preguntó contento—. No podría estar en otra parte, cariño. Cuando el inspector me ha llamado esta mañana iba camino de tu casa, tenías que haberme visto, he estado a punto del infarto varias veces, no quiero que me dejes nunca, me hundiría en la tristeza. —Ashton le recorrió la cara con la yema de los dedos—. Te amo —susurró pegado a su boca—, eres mi necesidad, el brillo alegre de mi vida —habló sin trampas, consciente de sus palabras al haberle visto las orejas al lobo—, y también siento un miedo irracional a perderte, pero no puedo evitarlo aunque intentaré contenerme para no espantarte porque sé cuánto valoras tu independencia. Estoy dispuesto a todo para conseguir que tú llegues a amarme de la misma manera, sé que algún día lo harás.

—Estás muy equivocado —dijo en ese tono íntimo que los aislaba pese a no estar solos—, te amo profundamente y también siento el mismo miedo que tú, pero no he huido, he seguido contigo

porque prefiero amarte estando asustada a no tenerte y volver a estar sola. Otra cosa es que veas fantasmas donde no los hay, eso me molesta porque denota desconfianza y para mí es impensable serte infiel. Has puesto el listón tan alto que has anulado al resto de hombres. En mi vida hay un antes y un después desde que te amo, bien claro y delimitador. Nadie será comparable a ti porque no pienso estar con nadie más —comentó y le besó los labios, introduciendo una lengua serena pero tan confiada como la rotundidad de sus palabras—. Te quiero, Ash.

Con esa sencilla declaración resumió Candela todas las emociones que sentía. Y en aquella habitación de hospital donde ni siquiera tenían intimidad, por primera vez reconocían de frente, sin dudas, la grandeza del amor intangible, físico y superior que habían descubierto y ninguno estaba dispuesto a perder por más obstáculos que les surgieran. Pasaron unos minutos en silencio, roto cada pocos segundos por los leves ronquidos de la rígida compañera lisiada, que atiborrada de sedantes llevaba horas panza arriba fuera de combate.

—¿Yasser ha intentado propasarse?

—Cariño, por favor…

—Es importante. —Ashton ignoró un tono resignado—. Contéstame.

—No, nunca. Es siempre muy correcto —dijo sin entender a qué venían otra vez los celos cuando acababa de hablarle sin tapujos de sus sentimientos—. No tienes que preocuparte, está prometido, sabe que eres mi pareja, no empieces con él…

—Va a casarse obligado, hay una gran diferencia entre lo suyo con su novia y lo nuestro.

—Ya, me ha confesado que cuando tengan un hijo la dejará. Me da pena porque los dos son jóvenes y no pueden decidir sus destinos, aunque la verdad es que ella va a pasarlo peor que él —comentó y suspiró con un deje dolorido—, es una lástima, pero les compensará por otra parte.

Ashton le vio el gesto apretado en la cara y dejó de interesarse por la pareja, centrado en quien realmente le preocupaba.

—¿Estás incómoda?

—Un poco, se me está pasando el efecto del calmante. ¿Puedes avisar a la enfermera?

—Por supuesto —respondió con un beso en la frente—, está a punto de amanecer, has aguantado toda la noche muy bien.

—Es mérito tuyo, la conversación me ha distraído.

Ashton sonrió, se levantó y recogió los zapatos del suelo. Al

momento pulsó el timbre y se sentó en la dura silla para calzarse antes de que entrara la enfermera. Más tarde, si todo seguía como esperaban, llamaría a Lola para que pasara por el estudio y le trajese ropa a Candela, pero no una muda, sino toda la que encontrara. La estancia con él no se interrumpiría hasta su completa recuperación. Luego buscaría la forma de prolongarla indefinidamente, ya pensaría cómo. Y mientras sucedía, aparte de pasar la Navidad en familia tenía unos objetivos ineludibles: atrapar a los dos asesinos que andaban sueltos y desenmascarar al fantasma, el verdadero responsable de un crimen atroz y otro en grado de tentativa. Ese individuo podía ocultarse, pero donde se escondiera, con o sin la policía, iba a encontrarlo para ajustar cuentas.

Unos días después, la fusión de ArabCorp y AENCO fue noticia en las secciones financieras de casi todos los diarios del mundo, con ella, la supremacía de los Al-Masud era la única con petróleo suficiente para plantarle cara a los chinos.

Cuando Abdulá regresó a Londres y se puso en contacto con Ashton, todo su buen humor tras el acuerdo desapareció. No reaccionó al escuchar la descripción de un detalle que logró enmudecerlo. Volvió a brindarle su colaboración, aunque tenía en mente esclarecer la oscura traición que ensombreció sus pensamientos con la única persona en quien confiaba en ese momento. Reconoció a los dos agresores de Candela y lo habría hecho cuando se enteró del asesinato de Harriet si el inspector le hubiese descrito a Ashton el tatuaje inconfundible que Mustafá Gül llevaba con orgullo en el hombro desde que dejó el ejército turco y entró a formar parte del equipo de guardaespaldas de su familia. Gül siempre iba acompañado por Rashid Al-Kaabi, el jefe de seguridad y la única persona capaz de imponerle órdenes o de suavizar una fuerza que podía resultar demoledora. Normalmente él solo recurría a sus servicios cuando por algún motivo puntual los dos hombres que solían acompañarle, también bajo el mando de Al-Kaabi, no estaban disponibles. Y, que supiera, ninguno de sus tres hijos se habían relacionado ni se relacionaban con ellos; sin embargo, yendo al despacho para reunirse con Yasser, ya no sabía qué pensar. Hamza jamás usó seguridad privada, Yasser tampoco y el pequeño, Ahmed, a sus veinte años, estudiaba en una prestigiosa universidad de Estados Unidos como cualquier joven de buena familia, era un chico muy discreto y pocos sabían quién era él o sus tíos. En eso, sus tres hijos siempre habían coincidido. A pesar de

que disfrutaran de los lujos que podían permitirse, se habían criado en occidente, ninguno mostró nunca un interés especial por las tradiciones o la religión y, desde luego, valoraban su intimidad como para ir siempre acompañados de una escolta que creían innecesaria. No todos los miembros de su familia pensaban igual, incluso esa postura les acarreó algún que otro enfrentamiento. Sin ir más lejos, ni su hermano ni sus primos daban un paso sin contar detrás con un séquito de guardaespaldas, en cambio respetaban la decisión de ser ellos mismos los únicos responsables de sus vidas.

Dentro del elegante Rolls Royce plateado, Abdulá recordó la de veces que Hussein le había reprochado que por esa postura Hamza estaba muerto, sin querer admitir que todos nacemos con el límite de vida impuesto y eso es inexorable. Aquella noche del 12 de febrero llegó la hora de Hamza, igual que cuatro meses después llegó la de Harriet Holt y el bebé que esperaba, y nadie pudo evitarlo. Pero había una persona que él intuyó sabía algo y había permanecido sin abrir la boca.

Decidido, Abdulá entró en el brillante edificio de ArabCorp con intención de no salir sin tener compuesto un intrincado puzle que cuanto más giraba en su mente mayor desasosiego le causaba. Durante el breve trayecto en el ascensor panorámico se mantuvo impertérrito a un buen número de miradas de soslayo. Y al acceder a la zona exclusiva para los ejecutivos, nítida por las cristaleras que ofrecían una bonita vista del río aquel despejado y frío día de diciembre, aparte de recibir muestras de respeto cuando los empleados inclinaban la cabeza a su paso, sintió la nostalgia del trabajo. Podía suponerse que no tenía obligación de acudir diariamente a su despacho, sin embargo, desde que fundó la compañía había sido una rutina enriquecedora que nunca evitó, porque no había nacido rico y estaba acostumbrado al esfuerzo.

Todos los Al-Masud descendían de la estirpe más aristocrática de la tribu Al Bufalasa, que fueron nómadas beduinos de la península arábiga, pero su inmensa fortuna no tenía más de cuarenta años. El fuerte carácter beduino del que estaban tan orgullosos se curtió durante generaciones en el desierto, donde no hay espacio para la debilidad, y gracias a sus genes habían logrado convertirse en quienes eran actualmente: unos audaces afortunados. También, aún perduraba en la mayoría la herencia de unos rostros armoniosos y bellos: los ojos negros como la noche, nariz recta, pómulos altos y la piel dorada por el sol. Y como sus legítimos descendientes tenían una extraordinaria capacidad para afrontar situaciones adversas, los valores ancestrales que prevalecían en sus conductas —como el

honor, la lealtad, la obediencia, generosidad o la hospitalidad—, y una extraordinaria entrega para ser feroces guerreros, pasionales en extremo con las mujeres y despiadados hasta la muerte si eran traicionados. Tanto Abdulá como Hussein crecieron bajo la férrea protección de su padre, uno de los jeques que firmó la constitución provisional de Emiratos Árabes Unidos en 1971, un hombre visionario que junto a sus parientes vio la necesidad de unir sus tierras para fortalecerlas conservando vivas las tradiciones de una época que reflejaban un pasado glorioso y para traerles una próspera modernidad muy ansiada. Sarja era fundamental en Emiratos, contaba con una ubicación estratégica excelente y hasta la UNESCO la eligió como la capital cultural del mundo árabe en 1998. Esa distinción fue fruto del enorme esfuerzo que los Al-Masud habían realizado a lo largo de su longeva historia, con honor. Enriquecieron la península a base de explotar los recursos que la naturaleza les había dado para equilibrar la crudeza del desierto y jamás ninguno había matado sin estar en guerra. Confiaban en la política para resolver conflictos, en aquel momento, sobre todo, en sus países vecinos. Así pues, Abdulá bin Jalifa creía en el diálogo. Pero si uno de sus hijos había mancillado su apellido, involucrándose en el asesinato del que podía haber sido su primer nieto, la ira de Alá no tendría piedad con él; nadie lo libraría de cumplir una condena de por vida; ese sería su ineludible destino por un delito impío.

—Vaya —dijo Yasser sorprendido cuando Abdulá entró en su despacho—. ¿A qué debo este honor?

Abdulá torció una sonrisa despectiva y elevó la barbilla.

—¿Honor? —repitió despacio. Yasser siguió con el rostro tenso su recorrido por el extenso despacho y se levantó—. Apaga el sistema de vigilancia —murmuró Abdulá.

—¿Qué ocurre? —preguntó asombrado.

—Obedece.

Percibiendo una hostilidad que le aceleró el pulso, Yasser apretó el botón que había bajo el escritorio de su mesa de cristal negro. Observó inmóvil cómo Abdulá se le acercó, pálido, con el rostro desencajado. De pronto le cruzó la cara con una bofetada rabiosa. Yasser siguió rígido como un bloque de acero. No tenía claro el motivo de su padre para humillarlo como nunca había hecho, aunque podía intuir que su gran secreto estaba detrás de ese comportamiento.

—¿Ordenaste a Gül y a Rashid que mataran a Harriet Holt?

Al escucharlo, Yasser sintió unas ganas enormes de vomitar.

—No —respondió moviendo la cabeza, atento a los ojos negros de Abdulá que lo observaban empequeñecidos mientras intentaban escudriñar en su interior—. ¿A qué viene todo esto?

—La policía está buscándolos, tienen pruebas que los sitúan en el puente cuando la mujer de Ashton murió y, curiosamente, el jueves le dieron una paliza a Candela. No la mataron porque no quisieron.

—¿Gül y Rashid le han dado una paliza a Candela? —preguntó desconcertado. Abdulá asintió lentamente—. ¿Por qué? ¿Ellos?

—Pensaba que tú tendrías las respuestas —dijo en un tono comedido, empezando a asumir que se había equivocado con él—. ¿No sabes nada? —insistió.

—No. —Yasser tragó despacio, se sentó en su silla y agachó la cabeza entre las manos—. Ni siquiera sabía que estaban aquí —habló susurrando, abatido—. ¿Seguro que son ellos?

—Discúlpame, hijo —rogó con suavidad. Abdulá no esperaba una muestra de debilidad tan apabullante y se sintió mal por haberle levantado la mano, algo impropio de él que no hacía desde que era un mocoso travieso y siempre andaba metido en problemas con Hamza—. Llevo un rato de locos. —Se sentó en la silla que había frente a la mesa y cruzó una pierna sobre la otra. Antes de hablar, suspiró hondo—. Me he dejado llevar sin escucharte primero. —Con mejor disposición, Abdulá le explicó lo mismo que él sabía del asesinato de Harriet y la agresión de Candela, centrándose en la identificación del tatuaje de Gül; la prueba irrefutable que lo convertía en el principal sospechoso para él—. Es un malnacido, Yasser, los turcos lo expulsaron del ejército por violento, siempre ha sido una bomba de relojería. ¿Por qué crees que Al-Kaabi no lo deja ni a sol ni a sombra? —preguntó enfadado. Yasser apretó la frente y Abdulá respondió con desprecio—. Porque Hussein no lo quiere cerca, alguien como él solo atrae problemas, pero Al-Kaabi está en deuda con él y le suplicó que no lo despidiera. Con esto, los dos van a sentenciarse, pero nos salpicará y estaremos durante un tiempo en el punto de mira de la prensa, y ya sabes qué significa eso. Aunque lo peor no son ellos, lo que realmente me preocupa es para quién están haciendo estos trabajos.

—No lo sé… no puedo decirte nada —comentó con los ojos vidriosos, recordando la última mirada que le dedicó Harriet en el funeral de Hamza. Tenía grabado en la retina un mar azul de lágrimas, profundamente decepcionadas por el devenir imprevisto que trastocó no solo el destino de su hermano, sino también el futuro de otras vidas que aquel triste día se llevó al otro mundo con

él. Como siempre, se tragó la verdad. Delante de su padre no podía sincerarse, aunque su mente trabajara con rapidez conectando esos agrios recuerdos para hallar alguna pista que lo condujera hasta el móvil de los culpables. Yasser apenas podía articular varias palabras seguidas, pero aun así intentó hablar de forma neutra—. No sé por qué matarían a…

—Harriet —dijo Abdulá con dureza—, la que hubiera sido la madre de mi primer nieto, tu sobrino.

Yasser tenía un nudo en la garganta, enorme como sus remordimientos, pero seguían siendo solo suyos y no iba a traicionarse a sí mismo.

—Sí, tu primer nieto —dijo apesadumbrado—, espero que Holt cargue duro contra los asesinos, sean quienes sean. Pero me extraña mucho que Gül y Al-Kaabi la mataran, que yo sepa, no se conocían.

—No estás escuchándome. —Abdulá sonó rotundo—. Cumplen órdenes, te aseguro que no conocían a ninguna de las dos. Voy a repetírtelo, trabajan para alguien, y ni es tu tío, ni somos nosotros. He pensado que todo sea para hacerle daño a Ashton, pero solo se encarga de mis asuntos, no tiene relación con nadie más de la familia. Y tampoco creo que mataran a Harriet por su relación con Hamza, nadie sabía que eran amantes; Ashton se enteró cuando llevaban varios meses muertos.

—¿Cómo se enteró? —preguntó. Recordó una conversación en el despacho de Ashton. Aquel día se enfrentaron por las insinuaciones que hizo sobre la legalidad de los negocios de AENCO, aunque le soltó también el tema de la infidelidad de su mujer con Hamza. Con ironía, sin ocultar el desprecio que le inspiraba, agregó—. Siento mucha curiosidad.

—Porque los vieron varias veces entrando y saliendo de un hotel del centro, uno de tres estrellas, no recuerdo ahora mismo el nombre.

Yasser entrecerró un ojo.

—¿El Pembridge Palace por casualidad?

—¿Sabías que tu hermano se veía en ese hotel con Harriet? —preguntó severo—. No me mientas, por favor.

—No —contestó mirándolo a los ojos—. Candela me contó que una de sus amigas trabaja en él desde que se mudó de España, he supuesto que sería el mismo hotel.

—¿Qué hay entre Candela y tú? —preguntó serio.

—Nada —respondió y torció la boca—. Quiero que nos actualice la imagen, me gustan sus diseños. El otro día tuvimos una reunión para enfocar cómo sería el trabajo. Es muy buena y nos saldría

mucho más barata que dándoselo a las empresas de siempre.

—¿Solo eso? —preguntó mordaz—. ¿Crees que he nacido ayer?

—Tengo prometida ¿recuerdas? —dijo con una sonrisa cínica—. Candela es muy guapa y muy divertida, nos llevamos bien, hasta la considero una amiga, pero no soy idiota ni tengo intención de entrometerme entre ella y Holt.

—Me alegra escucharte, porque no me gustaría que otro de mis hijos se implicara con otra de sus mujeres.

—Descuida —comentó desdeñoso—, nadie va a quitarle nada.

—¿Por qué sientes tanta animadversión por él? Es una buena persona, le conoces desde hace muchos años y sabes del aprecio que nos tenemos. ¿Habéis tenido algún problema?

Sacudiendo la cabeza, Yasser trató de mostrar una sonrisa sin intención de contarle la razón de una inquina que el tiempo no diluía, sino agravaba. Tampoco pensaba adelantarle su próximo movimiento: llamar a Candela en cuanto él terminara esa visita que, aparte de una sospecha dudosa, basada en un tatuaje de Alá que Gül no llevaría en exclusiva con seguridad, solo le dejó un golpe en su orgullo, totalmente gratuito, para revivir los recuerdos que se desesperaba en olvidar; aunque nunca lo había logrado y dudaba conseguirlo algún día. Incluso a veces se convencía de que esa sería su cruel penitencia por los deleznables errores que cometió guiado por el miedo, por su carácter impulsivo y por no saber contener la rabia de unas palabras tan hirientes como falsas.

19

Coincidencias sorprendentes

Lunes, 25 de agosto de 2014. Londres

Harriet

«No he pasado en la cafetería del hospital con mi joven acompañante ni una hora y no recordaba haber sido nunca tan sociable con alguien que apenas conozco. Tampoco soy de plantearme ciertas coincidencias que están en un plano metafísico incomprensible. En cambio, regresando a casa, rodeada por la aglomeración de personas que hay en el metro, no dejo de pensar en que este encuentro es lo más interesante que me ha sucedido con un hombre en años. Estando con él me he bloqueado varias veces por la conexión electrizante que sentía, creo que ni siquiera en los buenos tiempos con Ashton tuve tanta complicidad. Es extraño porque a simple vista somos polos opuestos, no solo por nuestros físicos; el mío, prácticamente nórdico; el de él, agraciado y rotundamente árabe; sino también por nuestras edades y tradiciones. Y sin embargo, voy apretujada en este vagón y no paro de sonreír, consciente de que el azar me ha brindado un rato feliz antes de acabar otro día aburrido que todavía puede empeorar. Ahora mismo no me importa, ya tendré tiempo de agobiarme»

Aún no se había cumplido una semana de la agresión que sufrió Candela en el parque cuando tras reunirse con Hussein bin Jalifa y el resto de jefes Al-Masud, Abdulá se presentó con Ashton en la oficina de Scotland Yard del inspector Anthony Carter. Identificó sin dudas a Mustafá Gül y Rashid Al-Kaabi, además de aportarle una información valiosísima sobre ellos. El inspector no supo el motivo de esa buena disposición del jeque, aunque intuyó que la poderosa familia pretendía lavarse las manos y distanciarse del escándalo que pronto saldría a la luz pública. Sorprendentemente, a los pocos minutos de esa visita, sin que se hubiera emitido aún ninguna orden de detención, tuvo noticias de la misteriosa desaparición de suelo británico de los dos sospechosos. Según la información facilitada por sus compañeros del Control de Pasaportes de Heathrow, horas antes de que el jeque se presentara en la comisaría, habían abandonado Londres con destino Dubái. Esa huida solo dilataba que la Interpol los localizara y extraditara de vuelta al Reino Unido donde deberían afrontar los cargos delictivos que se les imputaran por sus crímenes, pero hubo un detalle desconcertante: los hombres no viajaron en un vuelo comercial, sino en uno de los jets de AENCO. Con eso, presintió que los Al-Masud tenían sus propios planes para ellos.

Carter, como acérrimo defensor de la justicia, no toleraba la Ley del Talión, pero creía que ambos no iban a librarse de una muerte lenta. Y mucho menos cuando el jeque constantemente se refirió al

hijo que esperaba Harriet Holt como su amado nieto. Estaba convencido de que la raza y el carácter vengativo de la familia Al-Masud jamás permitirían un juicio justo para ellos. Por eso, compartiendo la opinión de Ashton, empezó a centrarse en descubrir al instigador antes de que Gül y Al-Kaabi lo delataran. El tiempo corría en su contra y sin poder interrogarlos sería difícil dar con ese fantasma oculto entre sigilosas sombras.

Mientras tanto, en Fitzrovia, Candela retomaba una actividad ligera siempre en compañía de Ashton y las niñas, que no se habían enterado de nada porque salió del hospital sin el collarín y solo su padre tenía “el placer” de contemplarle los hematomas cuando la veía en la ducha o cuando le aplicaba la crema que el médico le recetó. Ni siquiera Lola los había visto por más que insistió el día que fue a visitarla. Candela prefería ocultarlos, quizás para no recordar más, ya que era muy conocedora de dónde estaban todos y cada uno de ellos.

Aquella misma tarde llegaban los Báez a Londres y se empeñó en ir al aeropuerto a recogerlos sin escuchar las protestas de Ashton para evitarles otro disgusto. No entraba en sus planes que supieran nada de la paliza ni quiso que siendo esa la primera vez que iban a visitarla se vieran solos con él por mucho que insistiera con toda su buena intención.

Puntuales, los abuelos maternos de las niñas pasaron a buscarlas antes de unas fiestas que para ellos ese año no serían nada alegres, dándole tiempo a Candela de vestirse antes de que Ashton regresara de la compra que le encargó para poder cocinar con su madre el menú de Nochebuena que habían previsto.

En el dormitorio de Ashton, que compartían desde su llegada del hospital, se puso un jersey negro de cuello alto y unos suaves leggins más cómodos de soportar que cualquier prenda. Apenas tenía molestias, pero el roce de los vaqueros era otra manera de recordar que todavía no habían desaparecido las magulladuras y prefería evitarlos. Tras maquillarse ligeramente, se recogió el cabello en una coleta alta y salió del baño, pensando en coger las botas marrones que combinaban con el color beige de los leggins. Buscaba las botas en el ordenado vestidor de Ashton, donde le colocó casi toda su ropa y zapatos, gracias al afán servicial de Lola, cuando el ritmillo pegadizo de la melodía de su móvil interrumpió esa incursión. Vio el nombre de Yasser y dudó si responder. No sabía con exactitud cuántas veces la había llamado en las últimas cuarenta y ocho horas, pero su interés empezaba a preocuparla. También, por no molestar a Ashton se las ocultaba, igual que hacía

cuando era Jordan el que llamaba. Del granjero no alberga dudas, sabía que estaba conmocionado, en cambio, del árabe las tenía todas. No creía que fuese normal esa preocupación desmedida cuando no eran íntimos amigos, aún no trabajaba para él y, encima, estaba en Massachusetts, concretamente en Cambridge, en la Universidad de Harvard donde estudiaba su hermano Ahmed, para asistir a la entrega de unos premios que concedía alguna de las numerosas fundaciones altruistas de los Al-Masud. Aunque trató de abreviar la conversación, Ashton regresó de la compra y la pilló de pleno. Entró en el dormitorio y fue escucharla y no controlar el nivel de furia que le atravesó el cerebro.

Ashton pensaba que Yasser era el instigador, que esas llamadas solo las hacía por salvaguardar su imagen y que Abdulá había declarado ante la policía para protegerlo. ¿Por qué, si no, lo había mandado a Estados Unidos? ¿Por qué, si no, inculpó a esos dos miembros de la escolta privada de los Al-Masud sin darles la posibilidad de un juicio en Inglaterra? Realmente apreció el gesto del jeque porque agilizó la investigación, en cambio no dejaba de ser una manera de jugar a dos bandas terminando rápido sin que su familia se viera envuelta en un asunto muy turbio cuando estallara la noticia ahora que tenían la atención de la prensa por la fusión.

Parado delante de Candela, aguardó mirándola hasta que finalizó la llamada.

—Quiero que cortes de raíz toda relación con Yasser.

—Reconozco que está un poco pesado —dijo acercándose, sonrió para calmar su tensión y le rodeó el cuello con los brazos—, no te enfades, está siendo amable.

—No tiene escrúpulos. —Ashton no había querido contarle su sospecha, ni siquiera Carter la conocía, pero tenía que ser muy claro con ella para que no creyera que eran celos—. ¿Recuerdas cuándo te pregunté si Yasser se había propasado contigo?

—No empieces, por favor.

Candela apartó las manos de su cuello, pero él las sujetó con firmeza.

—Escúchame con atención —dijo severo—. ¿Qué tienes en común con Harriet? —preguntó, atento al ceño fruncido de Candela al oírlo—. A mí. ¿Quién me odia de una forma visceral con recursos y gente a su servicio para atacarme?

—¿Estás loco? —Candela trató de zafarse de su férreo y suave agarre, pero no tenía fuerzas para conseguirlo—. No es posible, somos amigos.

Irritado por una defensa incomprensible, dejó que se apartara.

—¡Es él! —bramó sin apartar los ojos de un rostro incrédulo—. ¡Él ordenó que mataran a Harriet! ¡Y él ordenó que te pegaran!

—¡¿Por qué?! —gritó harta—. ¡¿Por qué querría que me apalearan y después va a estar llamándome varias veces todos los días preocupado por mí?! ¡¿Para qué querría matar a Harriet?! ¡¿Eh?! ¡Explícamelo!

Candela se plantó a escasos centímetros de Ashton y cruzó los brazos en una pose altanera.

—¡Porque me odia!

—¿Y por eso mató a tu mujer embarazada del hijo de su hermano? ¿Por qué no ordenó que te mataran a ti si al fin y al cabo es a quien quiere joder?

—¡Porque con vosotras me hace más daño!

—¡No digas estupideces! —exclamó—. ¡Hemos hablado mucho! ¡Sé cómo piensa! ¡No es un hombre violento! —Candela recordaba las largas conversaciones con Yasser, su impresión, el respeto por el diálogo que siempre le trasmitía. No podía haberse equivocado tanto con él. Desafió a Ashton unos breves segundos con una mirada letal, apaciguó su genio un poco y dijo—. No sé por qué esos dos hombres mataron a Harriet ni por qué me pegaron, pero dudo mucho que Yasser sea el responsable.

—Yo no —habló duro—. Es un cobarde y me odia, no puede ser nadie más.

—Me dijo que os caéis mal desde hace tiempo, pero no me explicó el motivo. Cuéntamelo, al menos así podré llegar a la misma conclusión que tú.

—No hay ningún motivo en particular, nunca nos hemos caído bien. —Ashton intentó buscar el origen de su desavenencia, sin éxito. No sabía exactamente por qué tenía atravesado a Yasser desde que se conocieron, aunque en aquella época se medio transigían; sin embargo, de un tiempo atrás hasta este momento no era capaz de ponerle una fecha. El deterioro de su relación había sido progresivo, quizás desde el verano anterior o desde la muerte de Hamza, cuando Yasser atravesó una profunda depresión… Por más que pensara en el porqué o el cuándo, siempre acababa dándose la misma respuesta—: Supongo que es una cuestión de química.

—¿Y crees que por eso ordenó la muerte de Harriet sabiendo que esperaba un hijo de su hermano?

—¿Quién te ha dicho que sabía que esa criatura era de Hamza? —preguntó a punto de reventar otra vez—. Todo el mundo creía que era hijo mío. Pudo pensar que así me hacía más daño.

—Ashton, ahora escúchame tú, por favor. —Candela bajó el tono de su voz hasta un nivel amable—. Eres abogado, habrás visto decenas de móviles para cometer asesinatos, y deberías saber tan bien como yo que no transigir a una persona no es motivo para matar.

—La mente humana es un misterio, Candela, el odio engendra violencia y venganza. No intentes buscarle la lógica porque nunca la hallarías, las apariencias son engañosas. ¿Cuántos hombres han matado a sus mujeres y las personas de su entorno habrían jurado hasta la saciedad que eran parejas ideales?

—Muchos, es cierto —admitió en un murmullo. Ante la realidad que diariamente reflejaban los crímenes por violencia de género, a Candela no le quedó otro remedio que admitir una duda tan razonable como inquietante. ¿Podía haber compartido muchas horas de su vida con un tipo de esa calaña? No pudo responderse ni estaba en condiciones de rebatir con argumentos algo que desconocía. Lo más sensato era mantenerse alejada de él hasta tener claro su implicación en los crímenes—. La próxima vez que llame, le diré que no voy a trabajar para él. —Candela observó el alivio instantáneo de los ojos azules atentos en ella—. Pero prométeme una cosa: averigua si es tan culpable como los otros y, si lo es, haz todo lo que esté en tu mano para que pague.

—Voy a hacerlo —concluyó con frialdad—. No le he dicho nada a Carter porque quería tenerlo enfrente para sonsacarle la verdad, pero tendré que esperar a que vuelva y no sé si volverá o irá directamente a Emiratos para refugiarse. Carter también piensa que hay alguien en la sombra y que Abdulá ha pretendido distanciar a su familia —explicó—; entre los dos lo sacaremos de su escondite.

—Espero que no estés equivocado, Abdulá es un buen amigo tuyo y de Francis, esto acabará drásticamente toda relación con él.

—Lo sé y lo asumo —concluyó tenso—. Pero si está actuando así para proteger a su hijo, poco o ningún valor tiene nuestra amistad para él.

—Ponte en su situación, ¿preferirías perder a unos amigos antes que a tu propio hijo?

—No, pero no sé si lo encubriría.

—Quizás no esté encubriendo nada —dijo y encogió los hombros—, me extrañaría mucho…

—Ya veremos. —Ashton sonrió sin ganas, aunque se sentía mejor tras escucharla admitir una petición que sonó a mandato. Miró la hora de su reloj de pulsera y, con ánimo de picarla, dijo—. ¿Voy solo al aeropuerto o vienes conmigo?

—¿Me tomas el pelo?

Con el buen humor recuperado, Candela se puso un gorro blanco de lana, una bufanda y aceptó la ayuda de Ashton para colocarse el abrigo marrón de paño, también se llevó de propina un buen beso en los labios.

No pasaron más que unos minutos hasta que Ashton sacó el coche del garaje con rumbo al aeropuerto de Heathrow y Candela empezó a explicarle los planes que tenía para que sus padres conocieran algo la ciudad. Estaba entusiasmada, realmente se notaba su ilusión por esa visita, y no le importó soportar en silencio una ligera jaqueca; resultaba agotador seguir el ritmo de la bruja parlanchina. Pero, incluso así, no disimuló la satisfacción al verla tan contenta y, ni que decir tiene, que pensaba sumarse con las niñas en todos los recorridos que le planteó. Esa Navidad sería diferente, especial e íntegramente familiar porque para todos eran las primeras sin personas importantes con ellos. Si los Báez echaban de menos a una hija, las niñas a su madre, y ante eso él tenía la obligación como padre de minimizarles una añoranza que en esa época se hacía más patente. De ahí la aceptación sin peros al maratón que escuchaba sin descanso. En la media hora de trayecto Candela no le dio un breve respiro, no calló hasta que aparcó en el aeropuerto.

Al bajarse del coche sujetó su mano en un silencio que denotaba nerviosismo, entraron y se dirigieron a la zona de llegadas. Un gentío ruidoso transitaba por la terminal. Ashton seguía los pasos rápidos de Candela, directa a las pantallas de información. Una vez leyó que el vuelo procedente de Madrid ya había aterrizado, los nervios se adueñaron de ella, parecía al borde de un ataque.

—¿Estás bien? —preguntó Ashton, sin entender ese agobio.

Candela miraba alrededor, pero no podía concentrarse en nada.

—No —respondió veloz—. Estoy muy preocupada. No quiero que tengan ninguna incidencia por mi culpa.

—¿Traen algo para que los detengan?

—Claro que no. —Candela frunció el ceño—. Como mucho traerán turrones. Pero no me fío de vosotros, sois tan plastas…

—Estás hablando de comida, ¿no?

—Sí, de momento, en España no fabrican turrón de uranio enriquecido.

Candela meneó la cabeza en un movimiento negativo, resignado y cansino.

—Menos mal… —Sonriente, Ashton colocó la mano en su hombro—, entonces no tienes de qué preocuparte. Y si tuvieran

mala suerte y algún policía les requisara el alijo, yo les defendería por un módico precio.

—Déjate de tonterías —habló tensa—, ¿no ves que estoy nerviosa?

—¿No me digas? —Compuso una expresión irónica—. No lo había notado.

—¡Candela! —gritó Mercedes.

De pronto, los dos giraron la cabeza. Los Báez se aproximaban sonriendo, tirando de unas pequeñas maletas, casi corriendo tan acelerados como Candela. Y en aquel preciso momento, Ashton dejó que el tumulto lo alejara, prefirió mantenerse al margen de unos saludos contenidos pero cariñosos para que tuviesen unos minutos de privacidad. Observó a Diego, que con sesenta y dos años que no aparentaba, tenía el cuerpo atlético, el rostro bien definido con unos ángulos marcados, ojos castaños iguales a los de Candela y las sienes elegantemente plateadas. Y a Mercedes, que era un poco más joven que él, había ganado peso desde septiembre y en su cara de facciones suaves se marcaban unas ligeras arrugas como rastros profundos de la edad y el sufrimiento, aunque resaltara el verde claro de unos ojos grandes que llamaban la atención. Ashton no apartó la vista de ellos, sin acercarse, hasta que Candela los guió en su dirección. Él de pronto sintió la inseguridad de la barrera idiomática, que desapareció rápidamente con la ayuda de Candela y el afable saludo que tanto Mercedes como Diego le dispensaron. Ese recibimiento, que fue una aceptación formal de su relación y un perdón encubierto por el tema innombrable de la calumnia, que todos se habían propuesto olvidar, logró animarlo para integrarse con ellos, intentando no perderse en un idioma que cuanto más oía, más le gustaba. Podía interpretarse como su particular síndrome de Estocolmo, había pasado de intransigente con el volumen del tono español a adepto, comprensivo, porque ya no le ponía los vellos de punta, y la causante, que hablaba y gesticulaba haciendo gala de su origen, no le había soltado la mano desde que andaban camino del coche, a su lado, tal y como le gustaba sentirla; siempre con él.

Al día siguiente, las inquietudes que a ratos se apoderaban de la cabeza de Ashton se disiparon mientras conducía de regreso a casa después de dejar a los padres de Candela en el estudio, recordando el ambiente navideño que respiró durante la celebración de su primera Nochebuena como tal. La imagen de la decoración barroca con el colorido espumillón que sus hijas pusieron sin criterio por cualquier rincón de la casa, el alboroto y los aromas agradables

absorbieron los problemas y le recompensaron con una merecida tregua.

En las desiertas carreteras cristalinas, mojadas por la lluvia, pensó en el funeral de Miriam, en los pocos minutos que compartió con los Báez aquel día de sobrecogedora tristeza, y en el efecto sanador del tiempo en los tres meses que habían transcurrido desde entonces. La encomiable admisión de la pérdida estaba logrando que el matrimonio recobrase la alegría de vivir. En Diego era obvia. En varias ocasiones trató de explicarle que tenía en mente vender el bar que regentaba en una céntrica calle madrileña para disfrutar con Mercedes de unos años tranquilos. Con buen criterio, él aplaudió su decisión porque sabía del sacrificio que les había supuesto relegar sus vidas atendiendo a Miriam y porque comprendía que a sus edades ese negocio les resultaría agotador. Ashton no pudo hablarle con la soltura que habría querido por la dificultad del idioma, aunque ambos tenían voluntad y se entendían. Ayudó la intermediación de las niñas, que al tener el español como asignatura escolar podían chapurrearlo, y el rápido apoyo de Candela cada vez que pasó por el salón mientras ellos ponían la mesa. No dudó en echarles una mano ni se privó en azuzarlos para que intercambiaran conocimientos sobre sus idiomas; así dejarían de gritarse y gesticular como dos locos. Delante de Diego no se molestó en replicarle; le tenía reservadas algunas frases en su lengua materna que esperaba practicar en cuanto llegara a casa, en la intimidad. Como mínimo le callaría la boca y le bajaría los humos arrogantes que derrochó con él para hacerse la graciosa amparada en la protección de su padre.

Su impresión de Mercedes también fue bastante positiva. En ella, pese a que intentaba disimular, el dolor por la muerte de Miriam estaba más presente. Sobre todo lo notó cuando Bronte y Mia revolotearon por la cocina tratando de ayudarla en la preparación del menú navideño. Mercedes se transportó a otra época, como si viera en ellas a sus hijas de niñas, y no pudo evitar las lágrimas al buscar el consuelo de Candela. Juntas compartieron esa desgraciada pena, y él presenció el primer abrazo cariñoso y reconfortante sin renuencias ni distancia de Candela con su madre.

Al revivir la velada, pensando en la imagen alegre de su bruja, sintió un intenso estremecimiento por la columna vertebral. Recatada, porque aún tenía visibles algunos hematomas, se puso un vestido negro ceñido, unas medias muy tupidas y unas botas altas. Brilló elegante ocultando su piel aceitunada convertida en el lienzo de una pintura abstracta. Recordando el buen humor que derrochó,

sonrió. Él fue feliz viéndola. Ni siquiera se molestó por las perlas llenas de malicia que le soltó durante la cena; al contrario, las disfrutó porque eran un síntoma de la mejoría de sus secuelas psicológicas cuando las físicas estaban casi superadas. No tuvo dudas, si ya era capaz de volar entre nubes burlonas, su miedo, o angustia, debía estar alejándose.

A él eso le daba pie a sentenciarla, pero a una lujuriosa condena; se cobraría en sexo todas sus guasonas afrentas. Sería cuidadoso, incluso romántico; aunque sonara como un tonto enamorado. Por días la notaba ahondando en sus entrañas, abriéndose hueco, escarbando para meterse en lo más profundo, tan dentro que no resistiría acostarse otra noche a su lado rozándola sin tocarla más que para extenderle la crema. Tras una semana, echaba de menos tenerla fundida en su cuerpo, sumergirse en la violenta oscuridad de la pasión con una fuerza insoportable y llegar al paraíso, o al infierno que lo arrasaba como el fuego hasta dejarlo medio muerto de placer en sus brazos. Los dos se perdían en ellos mismos, se descontrolaban de la manera más loca que era posible hacer el amor. Lo mucho que se deseaban se volvía insignificante, siempre era poco para desearse más, para no terminar de amarse.

Entre esas cavilaciones viciosas acudieron a su cabeza los sabores penetrantes que probaron en la mesa. Ninguno escatimó halagos para las cocineras y la abundante exageración que tuvieron por delante. Empezaron con unos entrantes variados: vieiras gratinadas, diferentes tipos de quesos, foie-gras y setas empanadas. Después, un consomé suave de carne y verduras y de segundo: rosbif al horno, la gran aportación de Candela. Tras muchas horas marinando la carne, consiguió que quedara bien dorada por fuera, rosada por dentro y de un sabor delicioso, siguiendo una receta de su cocinero favorito: Jamie Oliver, el artífice del interés de sus hijas y de la mayoría de mujeres del país por la cocina. El tío era simpático, caía bien y encima sus programas los repetían en bucle. Por descontado, la mezcla entre la cocina española y la británica funcionó como un engranaje perfecto. Bebieron vinos blancos y tintos, degustaron los turrones que Mercedes trajo de España, rieron como locos con el *cracker* —el juego en el que dos tiraron por los extremos de un regalo sorpresa hasta que uno lo rompió, típico tras la cena, y algunos como Candela consiguieron mágicos rompecabezas— y brindaron con champán para desear que una noche como esa pudieran repetirla juntos muchos años seguidos. En aquel instante se conformó con que Candela viviera en su casa porque no se atrevía a proponerle algo más serio —matrimonio,

siendo concretos— temiendo una respuesta negativa que no quería escuchar ni en broma y desbarataría sus planes. Y pese a no contar con la paciencia entre sus cualidades destacables, prefería seguir soñando hasta el día en que esa incierta respuesta fuese una clara victoria. Sería un día extraordinario.

Nada más se abrieron las puertas del ascensor, el silencio dirigió sus pasos hasta la planta alta. Era muy tarde y Candela había aprovechado para acostar a las niñas mientras él iba y venía de Clapham. Supuso que estarían agotadas después de un día intenso. A ellos aún les quedaba poner los regalos delante de la chimenea del espacioso salón.

Al entrar en su dormitorio, se quedó inmóvil. Candela estaba de espaldas, mirando por el ventanal, vestida con el batín rojo floreado. La piel de sus piernas resplandecía con el brillo naranja de la luz del fuego que crepitaba en la moderna chimenea de acero.

Se acercó lentamente, arrebatado por la tenue sensualidad. La espesa melena oscura se balanceaba sobre sus pechos con el suave movimiento de su respiración, sinuosa como la fina seda de una prenda que era lo más erótico que había visto nunca. Esa corta bata siempre apremiaba el deseo por poseer a su dueña.

Sintiendo su presencia, Candela giró el cuello.

—Has tardado mucho —dijo, y sonrió. Cuando sus dedos tocaron los hombros del abogado para quitarle la chaqueta de piel negra, notó cómo él dio un ligero repullo—. ¿Te ocurre algo?

Con una sonrisa tibia, Ashton negó en silencio, levantó la mano y le colocó un mechón rebelde de cabello detrás de la oreja. Dejó que le quitara la chaqueta y le desabrochara la camisa blanca. Al instante, besó sus labios rojos. Eran pétalos de amapolas salvajes, perfumados de un dulce aroma y tan jugosos que solo pudo devorarlos hambriento. Movieron sus lenguas y él cerró los ojos, sintiendo vértigo por la intensidad del amor que los conectaba y aterrado por lo cerca que había estado de perderla.

—Te quiero —dijo con voz grave—, y quisiera tener el honor de hacerte feliz.

—Ya lo haces. —Candela sonrió y deslizó los dedos por su cabello castaño y sedoso, con las pinceladas plateadas que le aportaban distinción y más atractivo—. Yo también te quiero, nunca lo dudes ni lo olvides.

Buscó de nuevo su boca para fundirla con la de ella, que lo oía gemir mientras mecían lentamente sus lenguas y se hundió a conciencia en una calidez húmeda y embriagadora. Ashton le descubrió los hombros, fue bajándole la seda del batín hasta dejarla

totalmente desnuda para contemplarle el cuerpo con una mirada cargada de pasión. Pretendía ser cuidadoso creyendo que podía lastimarla, aunque sucumbió a la belleza de unas curvas generosas y se animó aún más cuando ella terminó de quitarle la ropa y le acarició con la excitación que compartían. Solo quería olvidar amándola. Trató de ser benévolo al tumbarse en la cama, arrastrándola sobre su cuerpo, pero la feroz pasión de Candela rozó lo agresivo y no le fue posible contenerse.

Descender y clavarse en su interior. Subir y aumentar el placer. Anclado con firmeza a las caderas de Candela, no deseó otra cosa que permanecer así siempre. Ashton había tenido muchas amantes, con todas había hecho el amor de formas similares y diferentes, y con ninguna recordaba haber sentido un placer tan sobrecogedor como entrelazado a su bruja.

Con los cabellos revueltos, sus pieles se confundieron entre desgarradores espasmos. Y sus voces, que no pudieron ni expresarse gritando, se lamentaron cuando el enredo fue un profundo y absoluto éxtasis.

Sosegaron el ritmo rápido de sus respiraciones y Ashton atrajo a Candela, acoplándola a su costado. Recorrió con la yema de los dedos sus largas piernas y la miró sonriente.

—Cuando estamos así me siento en paz —dijo ahogándose en la negrura de unos ojos oscuros pero transparentes, tanto como el agua pura de un indómito y solitario arroyo—. No me dejes nunca, me moriría de pena.

—¿Por qué estás tan raro?

Candela paseó los dedos por su incipiente barba con infinitas hebras blancas.

—No estoy raro, cariño —comentó y le besó los labios—, pero soy consciente de la suerte que tengo. —Ashton rozó su frente con la boca—, no puedo perderte porque tú eres ahora mi vida. He amado y me han amado, pero como te amo nunca lo había sentido antes. Es posible que sea por la edad, no lo sé —habló mirándola a los ojos—, solo sé que debo hacer que estés siempre conmigo.

—De momento no tengo intención de ir a ninguna otra parte. —Candela acarició su pecho, extrañada al percibir una tristeza inesperada. Por consolarlo, repartió breves besos en su cuello, subió sigilosa por su mentón y terminó apoderándose confiada de una boca predispuesta a complacerla. Se apartó con suavidad y comentó —. Vamos a dormir. Mañana las niñas se levantarán temprano, mis padres no creo que tarden tampoco en aparecer y Francis dijo que estaría aquí sobre las once; nos espera otro día sin parar.

Ashton bufó agobiado, apartando el edredón que los cubría.

—Tengo que bajar a poner los regalos. —Salió de la cama y se puso los bóxer negros que recogió del suelo—. No tardo.

—No olvides poner el mío.

Al escucharla, se detuvo antes de llegar a la puerta y se volvió para mirarla.

—¿Y tú? ¿Cuándo vas a poner el mío?

—¿Quién dice que no lo tienes ya puesto?

Ashton entrecerró un ojo.

—No lo he visto cuando he llegado.

—Porque has mirado con los ojos. —Candela replicó aguantando una sonrisa. No podía remediarlo, disfrutaba haciéndolo rabiar o simplemente tomándole el pelo—, y algunas cosas son invisibles si no se miran con el corazón.

—Entre el Principito, Bronte y tú vais a acabar conmigo…

Ignoró una carcajada y abandonó apresurado el dormitorio. Cuando atravesó el pasillo, por confirmar su teoría victimista, Bronte gritó en una de sus peleas oníricas. Movió la cabeza tras asomarse al entreabrir la puerta de su habitación y siguió hasta bajar al antiguo dormitorio de Candela, donde escondía un montón de paquetes de todos los tamaños con brillantes envoltorios. Tras varios viajes al salón, cuando apiló los de las niñas bajo el árbol navideño en montones independientes, dejó encima de la chimenea otro paquete. Se intuía una cajita alargada, no muy alta, y tenía el papel de regalo plateado, un lazo rojo y un nombre escrito de su puño y letra. Echó un vistazo alrededor, con los ojos, claramente, no localizó lo que perseguía y regresó al dormitorio.

Encontró a la bruja dormida invadiendo su espacio de la cama con total impunidad, tal y como había hecho con toda su vida. No tenía miramientos con él, y tampoco los quería porque era la mujer de la que estaba enamorado hasta la médula. Se arrebujó tras ella, abrazado a su cintura, y le besó el hombro de forma suave, sintiendo la tranquilidad de su sueño.

Ashton cerró los ojos, pensando cómo Candela en tan solo tres meses desde aquella primera vez que hicieron el amor se había metido en lo más recóndito y profundo de su ser. ¿Cómo era posible? ¿Quizás porque cuando uno menos buscaba el amor, este llegaba de la mano de una persona inesperada?, ¿o porque estaban predestinados?, ¿o porque los dos se necesitaban? ¿O, sencillamente, porque ella era su alma gemela? Como fuese, anhelaba tenerla a su lado, cada día con más intensidad, incluso a veces de una manera obsesiva que rayaba la desesperación. Candela

lo había notado un rato antes, y él ni siquiera se tomó la molestia de disimular engañándola. No podía perderla, ni pensarlo, sin ella ya no imaginaba el futuro. Quería pasar y compartir el resto de su vida con ella, porque lo único cierto, lo único que sabía con una rotunda certeza, era que en Candela había encontrado al amor de su vida.

El día siguiente, Navidad, pasaban de las doce de la mañana y seguían esperando que Diego y Mercedes aparecieran. Candela llamaba a sus móviles cada pocos minutos, pero no obtenía respuesta; ambos tenían los teléfonos apagados.

Sentado en el sofá de la sala, Malborough se distraía con las niñas, que jugaban con dos de las muñecas que descubrieron impacientes antes del amanecer, y Ashton hablaba con Denise felicitándole las fiestas que estaba pasando en una isla caribeña con varias amigas. Al abogado no le extrañó esa decisión, ya que desde la muerte de su padre solía irse de Londres. Al igual que hizo Payton, que ese año, sabiendo que Malborough estaría con él, se había ido a Ámsterdam con su grupito de amigos bohemios.

Candela preparaba en la cocina un aperitivo a base de tostadas con queso de untar y salmón cuando Ashton se sentó en uno de los taburetes, colocó los codos en la barra y, de buen humor, preguntó:

—¿Me quedan bien?

—Perfectos —respondió Candela, mirando los gemelos de plata que le había regalado y se puso en una camisa beige, con un traje oscuro sin corbata—, aunque hoy no te pegan mucho.

—Me da igual —admitió sonriente—, me gusta cómo me quedan. Son originales. —Contempló las dos pequeñas brujas montadas en unas escobas—. Cada vez que me los ponga, me acordaré de ti. Serán mis brujitas de la suerte.

—Son tus brujas de la suerte —matizó Candela, le ofreció una copa de vino tinto y, con otra, se sentó a su lado—. En Brujas son superfamosas, están por todas partes. Hace años que no voy… —comentó con un deje nostálgico—. Podríamos organizarnos un fin de semana y llevar a las niñas. Es una ciudad de cuento, y tienen el mejor chocolate del mundo…

—Por mí, bien. —Ashton bebió un sorbo de vino, pendiente a la intranquilidad que le notaba. En un gesto insistente, había mirado su nuevo reloj de pulsera dos veces en menos de un minuto—. Veo que estás sacándole partido a tu regalo.

—Es precioso —dijo sincera. El reloj de oro blanco era fino, con la esfera ovalada y rodeada de diminutos brillantes—. Estoy un

poco preocupada, me da miedo que se hayan perdido. Tenían que haber llegado hace un par de horas, es un poco raro.

—Son mayorcitos, cariño —habló condescendiente—, habrán preferido venir en metro en vez de coger un taxi.

—Si al menos tuvieran los móviles operativos sabría dónde están. —Candela suspiró resignada—. Bastante que les dijera que vinieran en taxi para que hayan pasado de mí.

—Es raro sí… —dijo asintiendo—. ¿Cómo se les habrá ocurrido contradecirte?

—¿Estás tomándome el pelo?

—No —dijo con una sonrisa cándida—. Conozco bien esa sensación. ¿Te identificas conmigo?

—¿Por qué hablas como yo?

—¿Hablar preguntando es una exclusiva tuya?

—No me calientes, Ash —dijo con una mirada severa—, no estoy para bromas.

—No te enfades. —Inclinó el cuerpo hacia delante y le besó los labios—. No tardarán en llegar. Si quieres, te ayudo con la comida.

—Está bien. —Candela tomó un trago generoso de vino y se puso de pie—. Se habrán entretenido comprando cualquier cosa —dijo para convencerse a sí misma, pensando que su madre, no acostumbrada a hacer regalos en Navidad, limitándolos a los Reyes, habría querido comprar algún detalle para las niñas—. Ponte a cortar el embutido.

A varios miles de kilómetros, para Yasser estaba amaneciendo un día despejado aunque gélido por la manta de nieve que cubría las calles. Después de dormir solo unas pocas horas gracias a la juerga que se corrió con su hermano, vestido con ropa informal de abrigo, bajó a desayunar al restaurante del hotel donde se alojaba. Más tarde había quedado con Ahmed para despedirse y concluir de una vez esa visita a Harvard que solo se salvaba por su compañía, todo lo demás era preferible olvidarlo.

Cuando un atento camarero le sirvió un café bien cargado en una vajilla de diseño vanguardista, sacó el teléfono y llamó a Candela. Posiblemente ella tuviera una idea equivocada, pero creía estar haciendo lo correcto. Interesarse por su evolución se había convertido en una especie de rutina.

—Hola —saludó Yasser contento—. Feliz Navidad.

—Gracias —dijo Candela—. ¿Debo felicitártela?

—No —respondió soltando una breve risa—. ¿Cómo sigues?

—Estupendamente —respondió seria.

—¿Han ido por fin tus padres?

—Sí, llegaron el miércoles. —Observó los ojos azules de Ashton fijos en ella y añadió—: ¿Cuándo vuelves?

—Mañana. Deberíamos vernos para cerrar el contrato. Si te va bien, te llamo para acordar un día en cuanto esté en la oficina y me organice.

—Verás… He estado pensando mucho en ese trabajo y creo que no podré hacerlo; es demasiado para mí.

Ashton apretó los labios y sacudió la cabeza. «¿Por qué no podía decirle a bocajarro la verdad?»

—¿Cómo que no? —preguntó Yasser—. Si es por los plazos, no te preocupes, llegaremos a un punto intermedio.

—No es por eso —comentó con sequedad—. Estoy empezando por mi cuenta y no creo que pueda afrontar un trabajo tan complejo.

—La verdad, Candela, no te entiendo —dijo Yasser, creyendo que Ashton podía haber influido en su decisión—. Cuando nos reunimos me dijiste que era una gran oportunidad, en ningún momento pareciste acobardada por el trabajo.

—No estoy acobardada por el trabajo —espetó—. No insistas. —Candela empezó a perder la paciencia. No tenía ganas de enzarzarse en un tira y afloja y, por aclararle su postura, en un tono entre comedido y rotundo, agregó—. Y también deja de llamarme todos los días. Aprecio tu interés, pero es excesivo. No te molestes.

Yasser entornó los ojos y soltó sin voz una obscenidad.

—Lo entiendo —dijo falseando la suavidad de unas palabras nada comprensibles. Observó a Aisha acercándose hacia su mesa, sonriendo mientras recorría el selecto restaurante medio vacío. La joven poseía unas maneras suaves, que nunca le agradaron. Como su físico. La consideraba una mujer atractiva, aunque no podía obligarse a sentir nada por ella. Él funcionaba por arrebatos, o una mujer le entraba por los ojos la primera vez que la veía o ya nunca se fijaría en ella. Esa mañana, Aisha se había dejado la melena suelta y no la cubría con ningún velo. Eso, supuso, podía buscar provocarlo, pero no saldría de su boca ningún reproche. La religión y las tradiciones no iban con su forma de ser, jamás le habían interesado y nunca impondría a nadie algo que consideraba retrógrado, por mucho que ese alguien pretendiera molestarlo solo por tener su mísera atención. Otra cosa es que acatara las órdenes de su familia, fundamentadas en intereses bastante alejados del misticismo. Apartó la vista de Aisha, no sin antes advertir el conjunto carísimo de pantalón y chaqueta oscuros que vestía con

unos zapatos de tacón alto poco apropiados para la espesa capa de nieve que había en la calle, aunque para ella no resultara un inconveniente como para el resto de los mortales, ya que era raro que diera varios pasos seguidos porque usaba para cualquier actividad el lujoso coche con chófer que tenía a su disposición. Se centró en la conversación con Candela, tratando de entender qué la había motivado a rechazar el empleo cuando también suponía que estaba agradecida por la declaración de su padre en la comisaría—. No malinterpretes mi interés por ti. —Se ahorró añadirle que tampoco Ashton lo viera como un rival—. Me impresionó mucho tu agresión, pero comprendo que me he pasado un poco. Eso no quita para que nos veamos la próxima semana —habló sin devolverle a Aisha un mudo gesto amable cuando se sentó frente a él, la miró con desprecio. En cambio, su tono de voz al dirigirse a Candela fue suave terciopelo—. Me debes una explicación —dijo, teniendo claro que Ashton había usado alguna artimaña para obligarla a rechazarlo.

—No te debo nada —replicó Candela—. Tengo que colgar, buenos días, Yasser.

—Buenos días, Candela —dijo sonriendo. Disimuló su rabia delante de Aisha y, a sabiendas de que la comunicación ya estaba cortada, como si Candela todavía pudiera oírlo, añadió—. Te llamo cuando llegue. Cuídate y disfruta de tu familia.

—Buenos días —saludó Aisha inclinando despacio la cabeza—. ¿Has dormido bien?

—No —respondió, pensando en cuánto desdén podía aguantar una persona. Estaba cansado de su presencia, de decirle hasta la saciedad que no esperara nada de él y, aun así, aprovechaba cualquier ocasión para pegarse como una lapa. No entendía esa actitud indigna cuando la conocía y sabía que tenía un carácter fuerte poco dado a la sumisión. Pretendía actuar con la naturalidad que se presuponía por su compromiso sin tener en cuenta que así solo conseguía distanciarlo más de ella. Le había acompañado a la entrega de los premios porque él no quiso tener otro enfrentamiento con su padre, estaban alojados en habitaciones separadas, aunque habría podido meterla en su cama hasta hartarse de ella como hubiese querido, y tampoco salió con ella más allá del evento de la universidad para no alentar su esperanza—. Anoche cerré con Ahmed todos los clubes de la ciudad, me gustó el ambiente —dijo casual—. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. ¿Y tú? ¿Hiciste algo especial? —Yasser mostró una sonrisa que volvía a ser desdeñosa.

—Me dijiste que no pensabas salir.

—Cambié de opinión —habló en un tono seco, se limpió los labios con la fina servilleta de lino blanco que tenía en el regazo y se levantó—. Salimos en dos horas, te espero en el aeropuerto.

—No has desayunado —dijo extrañada—. ¿Te encuentras mal?

—Se me ha quitado el apetito —respondió en esa línea hostil que rozaba la grosería, y le echó un vistazo al reloj de su muñeca.

—¿A dónde vas? —preguntó con la voz ahogada.

Yasser alzó las cejas, mirándola a los ojos durante un instante. Creía que había sido bastante explícito, pero al parecer estaba equivocado.

—Procura ser puntual, hasta luego.

Mientras tanto, Ashton hablaba por teléfono con el inspector Carter. Y Candela, todavía intranquila sin noticias de sus padres, trataba de no agobiarse preparando la comida. Sin embargo, percibió el cambio en la voz de Ashton y supo que había sucedido algo grave.

—Ash, ¿qué pasa? —preguntó Candela cuando él dejó el móvil en la encimera.

Sin apartar los ojos de ella, Ashton intentó buscar las palabras justas para no alarmarla al explicarle lo mismo que acababa de escuchar por boca del inspector. Incapaz de hallar ninguna, dijo:

—Tenemos que salir, cariño. Voy a decirle a Francis que se quede un rato con las niñas.

—No podemos irnos ahora, mis padres deben estar al llegar.

Ashton suspiró.

—No van a venir.

—¡¿Qué?! —exclamó nerviosa. Ashton tragó lentamente, Candela apreció el inconfundible movimiento de su nuez y empezó a temblar—. ¿Por qué?

—Ha habido un incendio en tu edificio —respondió en un tono bajo—. Los han llevado al Saint George, los están atendiendo por inhalación de humos.

—¿No están heridos? —preguntó con los ojos húmedos.

—No. —Cariñoso, le besó la frente—. No te preocupes. Coge el abrigo.

Candela corrió por la escalera hasta el dormitorio. Regresó en unos segundos, sujetó con fuerza la mano que Ashton le tendió y entraron en el ascensor viendo la expresión amable de Malborough.

—¿Se sabe qué lo ha provocado?

—Otra vez la instalación eléctrica —explicó—. Se ha declarado

esta mañana a primera hora. Ha ardido todo.

—Mistie…

Ashton movió sutilmente la cabeza. Según lo que Carter le había contado, Diego sacó a Mercedes del destartalado estudio antes de que las escaleras se convirtieran en una trampa mortal, trató de avisar a la anciana, aunque su sordera imposibilitó que pudiera salvarle la vida. La policía había abierto una investigación, pero hasta que los bomberos no emitieran su informe pericial no podían aventurar que alguien provocara el incendio. Y debido a la Navidad, hasta pasados unos días no cotejarían con la compañía de gas y electricidad el parte de trabajo y reparación que realizaron en el contador general del edificio en noviembre.

La alarma interior de Ashton giraba ruidosa, a pesar de que su principal sospechoso y sus secuaces no estuvieran en Inglaterra. Ese incendio podía ser consecuencia de un hecho fortuito, raro, si AVRO Energy había realizado bien la reparación; aunque posible porque solo cambiaron la parte de la instalación que les correspondía y no la totalidad del cableado. Y también podía tratarse de un delito en diferido. Sopesaba que la instalación pudiera haberse manipulado con el propósito de provocar el incendio sin una fecha determinada para convertir en cenizas una desvencijada propiedad y causar el mayor daño posible sin una presa concreta, porque quien fuese sabía que las dos mujeres quedarían atrapadas, indefensas y sin escapatoria en una ratonera en llamas donde ninguna sobreviviría. Ashton en esa hipótesis no lo dudó: el único culpable volvía a ser el fantasma, ese cobarde que no era capaz de dar la cara y estaba empeñado en hacer de su vida un infierno.

20

Una ilusión pasajera

Domingo, 24 de agosto de 2014. Londres

Harriet

«Siento la piel arder. He llenado la bañera con el agua demasiado caliente, pero necesitaba esta paz relajante para mis extenuados músculos y huesos. Creo que tengo doloridas hasta las pestañas. ¿Cuántas canciones bailé anoche? Aprieto los labios sonriendo y reclino la cabeza hacia atrás. Para no tener ninguna expectativa en la encorsetada fiesta benéfica a la que asisto con Ashton todos los años, qué buen rato pasé. Está feo hasta que lo piense, y sería horroroso decirlo en voz alta, pero, como estoy sola, me río de mí misma. ¡No bailé ni una sola canción con él! En todas me acompañó uno de los hombres más guapos que he conocido en mi vida. ¡Un chaval! ¡Con un cuerpazo! Simpático y adulador. Ese chico me salvó del aburrimiento y me dio un soplo de brisa fresca. Es posible que no volvamos a coincidir porque no suelo ir con Ashton a eventos del bufete, pero ahora mismo no me importa; ya he grabado en mi memoria el día de ayer. El 23 de agosto ha pasado a formar parte de mis recuerdos más gratos porque tuve el inmenso placer de revivir la magia de la juventud. Fue mi noche, la mejor en años y la más intensa, tan imposible como cierta, fascinante, desenfrenada y, sobre todo, inolvidable»

El 5 de enero, después de dejar a las niñas en la parada del autobús, Candela volvió al apartamento apresurando sus pasos. Por el retraso de haber pasado la última semana del año en Madrid, tenía pendientes una avalancha de tareas para acondicionar su antiguo dormitorio como oficina. El inesperado viaje fue una decisión de Ashton, admitida con gusto por las niñas y los Báez, que en cuanto obtuvieron el alta del hospital se alojaron ahí con ellos. Candela no estaba arrepentida por esos días, al contrario, aprovechó desconectando de la pesadilla que parecía perseguirla y le vino muy bien animarse con el ambiente festivo de su ciudad. Sin embargo, ahora que debía enfrentarse a su nueva realidad, volvió a sentir el peso de una obligación que ella misma se imponía.

Pensar en todo lo que había perdido en el incendio le resultaba descorazonador, y no fueron la totalidad de sus pertenencias porque cuando Lola le recogió la ropa mientras estuvo hospitalizada por la paliza siguió al pie de la letra las indicaciones de Ashton y prácticamente la salvó casi toda, igual que el portátil. Aun así, tenía que invertir en otra impresora y no recuperaría un montón de efectos personales acumulados durante años. Podía compadecerse o seguir el consejo de Ashton: no mirar atrás para llorar por lo que no tenía solución. Y dentro de su desgracia se sentía afortunada, tanto ella como sus padres podían contarlo; aunque los bajones anímicos

eran inevitables. ¿Quién en plenas facultades no sentía apego por sus objetos? No por los muebles ni los enseres domésticos, sino por las novelas, cuadros o fotografías con un valor sentimental infinito.

Durante toda la mañana organizó la amplia habitación. Quitó con la ayuda de Mary el colchón de la cama y dejó vacía la estructura para que la desmontara Ashton cuando tuviera tiempo. Arrinconó las mesitas de noche y descolgó las láminas que había en la pared.

Echó un vistazo sentada en la escalera y volvió a amargarse recordando que todavía le faltaba recopilar sus antiguos proyectos. Algunos los almacenaba en un disco externo que murió chamuscado; y otros, en diferentes memorias USB con idéntico final, o diseminados en CD, según un criterio anárquico de poca ayuda en ese momento. Siempre se proponía ser metódica a la hora de archivar los proyectos, y era ante las vicisitudes adversas cuando se replanteaba su propio desorden, pero luego, por las prisas, quedaba solo como un buen propósito que nunca había cumplido.

—Hola —saludó Ashton, bajando la escalera—. ¿Qué haces?

Candela sonrió y encogió los hombros.

—Pensar —respondió. Ashton se sentó a su lado, le dio un beso en los labios y miró el nuevo espacio diáfano—. Parece que te ha cundido la mañana… ¿Qué te queda?

—Todo. —Candela bufó—, tengo que mirar mobiliario de oficina. Necesito una mesa más grande y una buena silla. Pero lo que más me preocupa son todos los catálogos que he perdido y ver qué proyectos tengo salvados.

—Poco a poco, Candela, no tienes que hacerlo en un día ni dos. Habla con Russell, él podrá echarte una mano en lo que necesites.

—Menuda imagen voy a darle si en vez de llevarle el trabajo que me pidió lo llamo para que me pase bibliotecas.

—Hazme caso y habla con él, entenderá que es una situación extraordinaria. Es preferible que le cuentes la verdad a que le des largas.

—Lo tendré en cuenta —dijo resignada. Con las mismas ganas, nulas, quiso interesarse por el incendio—. ¿Has podido hablar con Carter?

—Sí. Todavía está pendiente el informe pericial de los bomberos, pero ha hablado con ellos y creen que el fuego se produjo por una sobrecarga en la casa de tu vecina. Piensan que pudo tener enchufados a la vez en el mismo circuito varios aparatos con un consumo muy alto de electricidad. La encontraron en la cocina, por lo que es posible que entre el horno, el lavavajillas y

alguna estufa fundieran el cable del circuito, que estaba viejo y no tenía el aislamiento adecuado. Es la teoría con más peso para los bomberos.

—¿Descartan entonces que fuese provocado?

—Sí —respondió sonriendo ligeramente—. Al menos es un alivio suponer que no hay nadie detrás.

—Pobre Mistie, era un encanto de mujer —dijo, pensando en una muerte atroz que le ponía los vellos de punta—. Me da mucha pena que sufriera.

—Es posible que cuando tu padre la llamó ya estuviera muerta. Si el humo había llegado arriba, imagina cómo estaría el interior de su vivienda; debió quedarse inconsciente antes de que todo se quemase —comentó mirándola—, no lo pienses. Quiero que te centres en tu trabajo y en nosotros. Olvida ese cuchitril, ahora esta es tu casa.

Ashton la atrajo hacia él colocando el brazo sobre sus hombros.

—Me gusta estar aquí —dijo Candela, le besó la mejilla y añadió —: Gracias por acogerme.

—No digas tonterías. —Ashton se levantó—. Desde que saliste del hospital no tenía intención de que volvieras al estudio. Esto es una desgracia porque ha muerto una mujer y tus padres estuvieron en peligro, pero dentro de lo malo a mí me ha beneficiado; tengo la excusa perfecta para retenerte conmigo.

Candela agarró su mano, quedó encarada con él, y unieron sus labios en un beso tranquilo. Ella entremetió los dedos en el cabello del abogado, rapado en la nuca por el nuevo corte que se había hecho pero tan sedoso como de costumbre. Al separarse, observó su atractivo rostro, donde descubría pequeños detalles cuanto más se enamoraba de él: un lunar casi imperceptible sobre el pómulo derecho, leves patas de gallo alrededor de los ojos cuando sonreía feliz y unos cortos surcos en el ceño si estaba concentrado o se enfadaba; esto último sucedía cada vez con menos frecuencia.

—Te sienta bien el corte. —Candela pasó las dos manos por los mechones largos y salpicados de canas que tenía en la parte delantera de la cabeza—. Estás guapo.

—Si sigues, Mary va a pillarnos echando un polvo. Decide qué prefieres, ¿comida o sexo?

La elección fue sencilla. Candela sonrió con malicia y removió su cabello al tiempo que se apretaba contra él. Acorralado entre la dura pared de la escalera y las curvas blandas del cuerpo femenino, Ashton sintió el deseo rígido que empezó a extenderse impetuoso por su bragueta. Y con Candela apremiándolo, buscó complacerla.

—Mierda —espetó al ver la cama sin colchón—. Vamos a tener que ir a nuestro dormitorio.

Candela desvió la vista hacia la zona de estar, aún completa con el cómodo sofá de cuatro plazas y la mesita de madera oscura delante de la estantería baja de la televisión.

—¿Y el sofá?

Ashton la miró con un brillo divertido en los ojos y le sobraron las palabras. Contó con la prudencia de Mary, poco dada a interferencias inoportunas, para arrastrar a Candela hasta ese nuevo escenario que parecía hacerle ilusión probar. No sería él quien osara desafiar uno de los deseos de su bruja lujuriosa, a fin de cuentas, estaba hambriento.

Varias semanas más tarde, corría el frío febrero cuando tras una pesada y larga reunión con un cliente reacio a admitir sugerencias arriesgadas, Candela llegó al apartamento a las dos, antes de que Mary hubiese terminado su jornada. Al ser viernes, Mary solía irse a esa hora. En cuanto Candela soltó el bolso en el sofá, la saludó y se dirigió al dormitorio, loca por cambiarse la ropa formal que vestía por unos cómodos vaqueros y una camiseta. Regresó al salón, donde charló con Mary —o mejor dicho, donde escuchó al detalle cómo la mujer había empleado el tiempo; al parecer era una forma de reconocerla como jefa aunque no le pidiera explicaciones— y pocos minutos después se despidieron.

Con el ánimo decaído, Candela husmeó en el frigorífico, repleto y con tantas posibilidades que elucubrar perdía la gracia. El ahogado sonido de su teléfono dentro del bolso le hizo dejar de golpe la contemplación y, creyendo que sería Ashton, corrió al rodear la barra para llegar al sofá. Tal y como vio el nombre de Yasser en la pantalla, rechazó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón. Desde la última vez que hablaron en Navidad actuaba así con él. Al parecer pretendía alguna explicación, que no estaba dispuesta a darle. Era cierto que Ashton se había relajado con él; sin embargo, no tenían noticias de Gül y Al-Kaabi y suponían que tanto Abdulá como él sabían más de lo que contaron por salvar la reputación de su familia. Y esa discreción, directa o indirectamente, protegía también a quien ordenara cometer los delitos. Podían equivocarse, pero la sospecha sobrevolaba sobre los Al-Masud. El jeque llevaba en Dubái desde que dejó Londres, justo tras declarar voluntariamente en la comisaría, y ese comportamiento incitó la desconfianza de Candela con Yasser. Seguiría eludiéndolo a pesar de no temerle, más bien por

salvaguardarse ante el desasosiego de la incertidumbre.

Pensando en bloquearle el número, sacó un botellín de cerveza de la nevera. Encendió la vitrocerámica, colocó encima el guiso de verduras que Mary dejó preparado y durante un instante, dando un sorbo, ausente, miró la cazuela. De momento tenía acordado con Mary que siguiera encargándose de la casa como venía haciendo, aunque otra vez había reducido su horario y era ella la que llevaba y recogía a las niñas de la parada si Ashton no podía. Más adelante tenía pensado preparar la comida para ellos dos siempre que sus compromisos se lo permitieran, porque Ashton prefería comer en casa, a ella no le suponía ningún esfuerzo cocinar y esos ratos a solas incrementaban la apacible rutina que ambos estaban consiguiendo en poco tiempo.

Mientras se tomaba la cerveza bajó a su despacho. Ya se acercaba a la idea que tenía al comenzar a acondicionarlo. El mobiliario era sencillo y funcional; en la pared trasera a la mesa había colgado unas fotografías de paisajes enmarcadas con unos sencillos cristales sujetos por pinzas, y esperaba en unos días la impresora que compró por Internet. Contemplando el espacio, hizo una lista mental de las marcas comerciales que usaba en las paletas de colores de los diseños. A veces suponía un quebradero de cabeza porque cada una tenía códigos diferentes para los mismos colores y cuando mandaba los diseños a la imprenta la exactitud era primordial. Para el trabajo de Russell no le quedó otro remedio que acudir a las web de las marcas, pero tenía rondándole una idea que pensaba hablar con Payton para ponerla en práctica. El aporte artístico de la pintora sería el sello ideal y único que buscaba y, si llegaban a colaborar, podía desmarcarla de la competencia.

De pronto dio un respingo al escuchar otra vez el sonido estridente del móvil. Vio que la llamada era de Lola y respiró aliviada. Tras saludarse, la canaria se interesó por su salud, por el viaje a Madrid y por la adaptación a su nueva vida familiar sin darle más opciones que contestar a un tercer grado donde la curiosidad se mezclaba con el cariño sincero que las dos sentían.

—Por cierto, Cande, ¿a que no sabes qué ha caído en mis manos?

—Ni idea —respondió sonriendo—, ¿un nuevo aparatito?

—Qué graciosilla… —dijo Lola, que estaba en la recepción del hotel ojeando el ejemplar atrasado abandonado por algún cliente de una revista de sociedad—. Tengo en mis manos un *Hello!* de diciembre, donde sales… Qué bien te rodeas últimamente… —añadió con retintín.

—Supongo que será el reportaje que hicieron en el cumpleaños de Abdulá, tuvimos que posar para dos fotógrafos, pero fue solo un momento. ¿Salgo bien?

—Guapísima, aunque me gusta más el morenazo que está a tu lado —comentó concentrada en el árabe apuesto que Candela tenía a su derecha, al otro lado estaba Ashton, que no sonreía como ellos —. Me suena un montón su cara, creo que lo he visto antes.

—Es posible —dijo seria, recordando cómo Yasser buscó el hueco para situarse a su lado—. Es el hijo mediano del jeque.

Lola tenía clavados los ojos en unas imágenes nítidas, realizadas de frente.

—¡Joder! —exclamó al reconocerlo sin dudas—. ¡Joder, Cande, es él!

—¿Qué te pasa? —preguntó alucinada—. ¿De qué estás hablando? —Candela creyó que Lola necesitaba descansar más o acabaría chalada perdida—. ¿Quién es él?

—¡El muerto! ¡Joder, Cande! ¡Está vivo!

—¡Aleluya! —exclamó Candela divertida—. ¡Y los muertos se levantarán de sus tumbas! —Se rió y añadió con guasa—. ¿Qué estás bebiendo?

—El tío que está a tu lado es el que venía al hotel con la mujer de Ashton. Estoy segura, es él, sí o sí.

Escuchándola se evaporó el sentido del humor de Candela.

—Lola —dijo severa—, no puede ser. Harriet estaba liada con Hamza, murió hace un año. El que está a mi lado es Yasser, su hermano.

—Te digo que es él —insistió—. Cuando me enseñaste la foto de ellos, te dije que era el de la perilla ¿lo recuerdas? Pero ahora, viendo a este con perilla, estoy segurísima de que es él.

—Lola —dijo elevando la voz. Candela no oyó el ascensor, enfrascada en una conversación que estaba consiguiendo desquiciarla—, hazme el favor de centrarte, ¿vale? ¿Estás segura? Si es verdad lo que me estás diciendo, Ash va a saltar por los aires.

Ashton, que se quitó el abrigo y llegó a la puerta del despacho, se detuvo antes de bajar la escalera. Lo que escuchó no era precisamente para cumplir el plan que traía, comer tranquilo y pasar una tarde hogareña. ¿Por qué iba a saltar por los aires? Apoyó el cuerpo en la pared y frunció concentrado el ceño.

—Sí —respondió Lola—. Es estas fotos se le ve muy bien, no es solo por la perilla, Cande —explicó—, es su mirada, estoy más que segura. No sabría explicártelo, pero son sus ojos. Es él.

Candela cerró un instante los párpados, pensando en la

sensación que tuvo cuando conoció a Abdulá. Aquel día también fueron sus ojos los que lograron impresionarla; no los confundiría nunca entre cientos del mismo color y no dudó que a Lola le hubiese pasado lo mismo.

—Me cae bien… —dijo y suspiró hondo—. Ash y él se odian, y ahora entiendo el porqué. Entonces… —Candela se detuvo, acababa de descartar definitivamente a Yasser como el instigador, pero no quiso comentar en voz alta todos los cabos que había atado de golpe—. Tengo que dejarte, Lola, estoy esperando a Ash para comer. ¿Hablamos mañana?

Durante los siguientes minutos, Lola hizo planes ignorando el nudo en la garganta que Candela sentía. Se despidieron ajenas a que Ashton elucubraba mirando por el balcón los relámpagos que asolaban la grisura del cielo. ¿Qué entendía Candela? Y…¡¿Por qué demonios hablaban de Yasser?! Pronto se iniciaría una gran tormenta tras varios días despejados. El engañoso sol podía brillar con fuerza, pero siempre era pasajero; no tardaría en devolver la frialdad que se escondía bajo nubarrones traicioneros.

Ese 12 de febrero, cuando se cumplía el primer aniversario de la muerte de Hamza, sentado en la mesa de su despacho, Yasser también contemplaba cómo la claridad del día empezaba a cerrarse. Giró distraído el sello en su meñique, recordando el vuelo en el jet con Harriet cuando ya tenían clarísimo que lo suyo era amor verdadero. Pasaron tres noches en un edén fabuloso de Zanzíbar. Revivió los paseos solitarios por la playa de fina arena blanca, la mañana divertida buceando en la laguna azul que formaba la larguísima marea, el calor insoportable de sus aguas turquesas poco profundas y la estampa de los pastores masai en la orilla llevando sus vacas. ¿Y cómo olvidar la primorosa villa del exclusivo Hotel Baraza donde se alojaron? La cama con el dosel, la decoración que fusionaba los estilos árabe, swahili e indio o los muebles hechos a mano. Aquellos días estaban en su memoria grabados a fuego, confundidos con la pena y la rabia. La felicidad solo les duró cuatro meses más; los mejores de su vida.

Y, como otras tantas veces, maldijo a Hamza. Él y sus malos hábitos trastocaron el futuro que soñó con Harriet, ilusionado con la inesperada paternidad. Su hijo…

Recordar hasta el agotamiento, así transcurrían sus noches desde el funeral de Hamza. Jamás olvidaría el sonido de la voz suave de Harriet, ni sus lágrimas impotentes al asimilar que ellos con esa muerte también habían perdido sus vidas. Las palabras llenas de

agresividad que le soltó el 15 de febrero todavía resonaban en su cabeza y lograban hundirlo en una oscura depresión tan profunda como sus remordimientos.

En el cementerio musulmán de Ilford, *Jardines de la Paz*, situado al noreste de Londres muy cerca de un campo de golf propiedad de su familia, acompañados por un puñado de hombres, oraron delante del cuerpo de Hamza, que reposó sobre la tierra mojada envuelto en una tela de blanco algodón. Conocía a su hermano y podía suponer que murió por vivir al límite, por unos excesos que posiblemente le pasaron factura. No quisieron hacerle la autopsia por respetar su cuerpo, demasiado maltrecho incluso para el ritual del baño. Fue la casa fúnebre la que se encargó de componerlo de la mejor forma posible para ese ritual sagrado que por primera vez realizó con su padre y Ahmed. Ciertas prácticas no se eludían ni con todo el dinero del mundo, y esa, la más importante para empezar la verdadera existencia solo podían hacerla los familiares más allegados.

Recordó exactamente cuándo advirtió la presencia de Harriet en el cementerio. Solo, compungido por la sorpresiva vuelta que había dado su vida en los tres últimos días andaba camino del aparcamiento cuando Harriet lo abordó. Primero fue él quien le recriminó que estuviera en un sitio sagrado solo para los hombres. Luego, ella fue quien le reprochó su distanciamiento sin querer entender que debía guardar los tres días de luto que exigía el islamismo. Discutieron. Harriet se mostró inflexible ante su religiosidad, y no pudo argumentar nada a su favor. Al contrario, en vez de reconocerle que solo actuaba por respeto hacia su familia, usó de manera miserable la religión, como los falsos líderes políticos que tanto detestaba porque radicalizaban la fe volviendo al mundo en su contra. En aquel momento ni lo pensó, solo pretendió alejarla para ahorrarle la humillación de ser su amante sin posibilidades del matrimonio que los dos deseaban. Con la muerte de Hamza sabía que se vería obligado a comprometerse con Aisha, durante un tiempo indefinido pero mortal para su relación con Harriet. No quiso tenerla de segundo plato cuando estaba embarazada y llevaba dos meses planeando divorciarse de Ashton para casarse con él. Eso no podía consentirlo.

Medio ocultos por los frondosos árboles que rodeaban el aparcamiento al aire libre, Harriet sacó fuerzas de flaqueza y resurgió del abatimiento con el poder de una locura compartida durante seis meses. No llegó a abofetearle la cara, no lo necesitó para mostrarle una ira criminal con amenazadoras palabras. Pasó

por hacer público su romance, hasta negarle el derecho de reconocer al bebé. Escuchó paralizado que seguiría casada con Ashton, incluso que su hijo llevaría el apellido Holt. Harriet no vaciló al herirlo clavándole en su orgullo puñales envenenados. No llegaron siquiera a despedirse.

Luego, varias semanas más tarde, creyó que hablando con serenidad podrían entenderse, sin embargo ella no quiso verlo más. Levantó un muro de indiferencia y siguió con su vida a pesar de sus insistentes llamadas para convencerla. Tenía previsto cumplir casándose con Aisha, perder uno o dos años hasta divorciarse cuando le diera un hijo legítimo. Había planeado hasta la extenuación mental cómo salir del atolladero en el que estaba ahogándose, pero no pudo ser.

Harriet cumplió una promesa infame de la manera más drástica imaginable, y él admitió el suicidio como otra puñalada, esa vez, directa al centro de su corazón para partírselo.

Conforme las nubes coparon el cielo y los truenos retumbaban haciendo vibrar los cristales, Yasser no dejaba de dar vueltas entre buenos momentos y pésimos a una pregunta machacona desde que supo la verdad sobre la muerte de la única mujer que había amado, la madre del hijo que nunca conoció. «¿Por qué la mataron dos hombres que trabajaban para su familia?» Ambos fueron torturados, y sin embargo, resistieron estoicamente varios días sin abrir la boca. No delataron a nadie. Su padre y su tío Hussein también creían que estaban encubriendo al verdadero responsable, pero Gül y Al-Kaabi se mantuvieron leales hasta la muerte. Ninguno se explicaba qué relación pudieron tener con Harriet para asesinarla. Él había pasado horas y horas buscando razones, repasando los lugares donde solían verse, y nada era nada; nunca encontraba algo de claridad entre esa oscura maraña. Excepto Hamza, ningún miembro de la familia conoció en aquel entonces su relación. Igual que él fue el único con quien se sinceró cuando supo que iban a tener un hijo. Dudar de Hamza no entraba en su cabeza pese a los enfrentamientos que tuvieron por Harriet, hasta llegó a prohibirle que la viera, hasta se presentó una tarde en el Pembridge para hacerlo entrar en razón. Pero sabía qué motivaba a Hamza y estaba convencido de su inocencia; él jamás habría ordenado que mataran a Harriet después de su propia muerte, no tenía sentido, aunque el rechazo entre los dos fuese recíproco. Hamza no se fiaba de Harriet porque la veía como una adultera, sin tener en cuenta que el lazo que la unía a Ashton no era más que un papel. Yasser entendió esa postura por la buena relación que mantenía su hermano con el abogado. Y Harriet

tampoco tragaba a Hamza desde la noche que coincidieron en un club, durante el primer encuentro sexual que definió su relación, porque pensó que durante la agriada discusión que presenció entre Hamza y él llegarían a pegarse; pero no se dijeron más que borderías en árabe como solían hacer cuando se enfadaban. Yasser, a partir de ahí, los mantuvo alejados y lo consiguió sin mayores incidencias.

Salió de sus tinieblas al oír la puerta. Giró el cuerpo e intentó componer una sonrisa para su padre, atento a la apariencia cuidada que observó. Vestía un traje azul de raya diplomática, con una camisa blanca y una corbata burdeos. Lucía la oscura barba bien rasurada, parecida a la suya, que llevaba varios días sin la perilla porque le suponía un trabajo añadido innecesario.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Yasser.

Abdulá se sentó frente a él.

—Hace un rato. Tu madre ha ido a Cramhley con Aisha, estaba preocupada por una de las yeguas. —Advirtió un gesto torcido y añadió—: Es una gran mujer, hijo, deberías estar contento por la suerte que vas a tener.

—Sí, me considero un afortunado por no poder elegir ni a mi esposa.

Abdulá batió las mandíbulas.

—Estás a tiempo de cancelar el compromiso, aún no habéis fijado la fecha de la boda.

Yasser sonrió con cinismo sacudiendo la cabeza.

—A estas alturas tengo asumido que nos casaremos —dijo seco —, igual que ella ya debería tener claro que nunca la querré aunque esté detrás de mamá como un perrito faldero.

—No te cierres a nada, a veces, con quien menos esperas puede surgir la chispa; ten paciencia y date algo de tiempo.

Yasser levantó la vista de la mesa, penosamente.

—Hace mucho tiempo que conocí a esa persona de la que hablas —dijo serio, animado por sus recuerdos, pensando que ya no tenía importancia. Abdulá apretó la frente, y Yasser volvió a sonreír—. Sí, papá, no esperaba enamorarme, pero sucedió. Tienes razón.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Si estás con otra, no te cases con Aisha.

—No estoy con nadie —murmuró—. Seguiré con vuestros planes como un obediente peón.

—Nunca escuchas cuando te cuento algo importante —reprochó severo—. Cancela el compromiso y cásate con la mujer que has elegido, Aisha lo comprenderá igual que tus tíos. Este matrimonio

estaba planeado para Hamza y ella, desde que eran niños. Sabes que es parte de una tradición para los primogénitos, no una condena en vida. Cuando Hamza murió, Humaid y yo pensamos que sería conveniente mantener nuestro acuerdo porque creíamos que os gustabais, siempre os habíais llevado muy bien, pero, te repito, si estás enamorado de otra mujer es mejor que seas claro ahora.

—Estoy siendo claro, papá, nunca amaré a Aisha —dijo rotundo—, y siempre estaré enamorado de otra persona, aunque no pueda tenerla.

—¿Por qué te resignas? —preguntó asombrado. Trataba de encontrar el genio de su carácter, pero llevaba tiempo sin hallarlo. Listo como un zorro, sumó dos más dos y sacó una conclusión—. ¿Es Candela, verdad?

—¡No! —Yasser gritó y se levantó de golpe—. Te dije que somos amigos, y ya ni eso.

—¿No iba a trabajar para nosotros?

—Sí, pero la llamé desde Estados Unidos para firmar el contrato y me dijo que no podía aceptarlo porque le venía grande. He intentado hablar con ella, pero no responde mis llamadas.

—Tengo que reunirme con Ashton dentro de unos días —comentó—, creo que está molesto conmigo porque sabe que hemos quitado de en medio a los asesinos de Harriet. Es abogado y es comprensible.

Yasser se dio la vuelta y fijó la vista en el ventanal que ocupaba casi el ancho completo del despacho. El agua caía con mucha fuerza, chorreaba rabioso por los cristales, y en las calles solo se veían coches y algún intrépido viandante.

—No dejo de pensar en quién está detrás de esa muerte —comentó Yasser dándole la espalda—, no lo entiendo…

—Ni yo —dijo, antes de que sonara su móvil. De inmediato, aceptó la llamada—. Hola, Francis, me alegro de escucharte.

Mientras Abdulá hablaba amigable con Malborough, Yasser contemplaba la panorámica del río envuelta en la neblina de una manta de agua más abundante por minutos. Cuando escuchó a su padre preguntar por Candela, giró el cuerpo y se centró en una expresión preocupada. No tardó en comprender que otra desgracia se había cebado con ella, ni en percibir el alivio al saber que la española y su familia no sufrieron más consecuencias que la pérdida de unos bienes materiales. Mirando fijamente a su padre, esperaba impaciente que finalizara para despejar las lagunas de esa charla sesgada. Resopló cuando Abdulá no lo tuvo en consideración y siguió hablando con Malborough, comentándole que Gül y Al-Kaabi

habían aparecido muertos en el desierto Arábigo a tan solo unos kilómetros de la frontera con Omán.

Oyendo a dos viejos amigos, Yasser se alejó de la mesa para darles algo de intimidad y volvió a recrearse en la tormenta, ensimismado en sus pensamientos hasta que de repente se abrió la puerta. En ese preciso instante perdió el tono bronceado de la piel. Vio con claridad la intención despiadada en los ojos del hombre que lo enfiló sin mediar palabra. Y con la misma furia y rapidez que Ashton atravesó el despacho, le descargó un puñetazo contundente en la cara. La fuerza del golpe le giró la cabeza violentamente. Yasser reaccionó de manera instintiva para enzarzarse con él en un combate poco elegante pero ansiado desde hacía casi dos años. Por fin, la hora de su venganza había llegado.

21

En honor a la verdad

Sábado, 23 de agosto de 2014. Surrey

Yasser

«Observé el ambiente y decidí marcharme, las fiestas benéficas me aburrían. Creí que regalarle más tiempo habría sido una soberana estupidez y dejé mi cóctel sin alcohol en la bandeja de un solícito camarero para despedirme de Hamza y de mi padre. Los busqué con la mirada en aquel jardín idílico, plagado de árboles altísimos y bonitos rincones iluminados con farolillos de papel. La extensión era bárbara hasta donde abarqué con la vista. Cuando llegué me llamó la atención un lago con un pequeño islote en el centro y di un paseo por el estrecho camino de tierra que lo rodeaba; aunque anochecía y no le dediqué más que unos minutos porque no me fiaba de tropezar y ensuciarme el esmoquin blanco. Pensé volver en otra ocasión, pero de día y sin tanto jolgorio. Por fin di con mi hermano y mi padre. Estaban hablando con Ashton Holt y una mujer, supuse que sería su esposa.

Recorrí el camino de hierba, fijándome en la majestuosa Torre Belvedere. Domina la colina más alta. Tiene cuatro almenas y un pórtico con un arco, delante dos filas de setos cuadrados y una infinidad de arbustos y árboles tan desperdigados y viejos como los numerosos invitados dicharacheros que fui encontrándome.

Antes de llegar hasta ellos, desaceleré los pasos. Me apetecía disfrutar de la belleza; realmente en aquel momento tuve delante una obra sublime. Incluso admití el buen gusto de Holt. Me acerqué despacio sin apartar los ojos de la mujer más guapa de la fiesta. Tenía el cabello rubio, casi blanco, recogido en un moño; el rostro ovalado; la nariz recta, proporcionada; unos labios ni gruesos ni finos, acordes a la elegancia de todas sus facciones. Y sus ojos, dos perlas celestes, coincidieron con los míos. Desvié rápidamente la mirada para topar con su cuerpo. Llevaba un vestido negro, largo, con unos tirantes de pedrería y un escote generoso. Me permití durante un instante recrearme en su pálida piel, imaginando que la acariciaba y era tan suave como parecía. Con ese pensamiento conseguí ponerme nervioso, pero disimulé y sonreí cuando mi padre me dio una palmada en el hombro. Tendí la mano a Holt, que me devolvió el saludo con cortesía y las mismas palabras manidas que le dediqué. Nos soportamos porque no nos queda otro remedio, ni él me gusta ni le gusto; es algo químico; nos somos indiferentes. Luego besé encantado la mano de ella, Harriet. Su sonrisa sincera me conmovió y me aceleró el pulso. Hasta olvidé que me había acercado con la intención de despedirme; tardé unos minutos en relajarme del impacto. Los mismos que necesitó Hamza para escabullirse con la excusa del servicio. A mí no podía engañarme porque olía su ansiedad y sabía cómo se calmaba: recurriendo a alguna sustancia que lograra el efecto contrario. Holt y mi padre saludaron a varias personas

y nos ignoraron. Así empecé a hablar con Harriet, alejándonos de todos aun sin movernos del sitio.

Un poco después hubo una rifa, pero Harriet y yo estábamos tan a gusto charlando que no hicimos el amago de participar. Eso sí, en cuanto terminaron los fuegos artificiales que estallaron encima de la torre, la saqué a bailar. Giramos pegados al ritmo suave de la música antigua, conscientes del roce de nuestros cuerpos. No parecía que los dos fuésemos tímidos ni que nos hubiésemos conocido dos horas antes. Y allí, al tenerla entre mis brazos, en honor a la verdad, supe que sentí un flechazo fulminante. Llegué a preguntarme si existía el amor a primera vista; y lo afirmé rotundamente. ¿Cuántas posibilidades tenía en esa fiesta de conocer a una mujer maravillosa? Muy pocas; en cambio, aquella noche, Harriet Holt se cruzó en mi vida para que me enamorase de ella»

Ashton estaba sentado en un extremo del sofá en el despacho de Yasser, limpiándose el hilo de sangre que chorreaba de su labio inferior mientras espiaba cómo él también trataba de mitigar con hielo el rastro de la pelea en su cara. Mantenían una distancia escasa y Abdulá no les quitaba los ojos de encima de pie frente a ellos.

—¿Vais a explicarme a qué ha venido este comportamiento?

—Pregúntale a tu hijo. —Ashton habló todavía acelerado, alternando la mirada entre las pupilas negras de los Al-Masud—. Tiene mucha más información que yo.

Yasser devolvió la mirada asesina a Ashton, sin pronunciarse.

—Habla. —Abdulá sonó rotundo, y con la paciencia al límite alzó la voz—. ¡Ahora!

—Harriet era mi pareja —susurró Yasser. El jeque abrió los ojos como platos, entornándolos durante unos segundos, y movió la cabeza. En cuanto se sentó en una silla, él continuó hablando—. El niño que esperaba era hijo mío.

El dolor por los golpes, en ese justo instante, no fue nada comparado al que sintió en el corazón. Sus ojos se inundaron de lágrimas y lloró desolado por primera vez sin esconder los sentimientos que no se había permitido delante de nadie.

A pesar de la tensión, Ashton respetó su pena. Al igual que Abdulá, aunque este intentaba comprender tantas cosas que no llegó a compadecerlo. Al ver que Yasser cogió una bocanada profunda de aire, le preguntó:

—¿Por qué me hiciste creer que ella y tu hermano eran amantes?

—He pecado por omitirte la verdad, pero nunca te he hecho creer nada —explicó—. Fue él. —Yasser miró a Ashton y volvió a centrarse en Abdulá—. Pensé que ya daba igual, los dos están muertos.

—¿Eso crees? —preguntó Abdulá lentamente—. ¿Dónde queda tu honor? No solo tuviste una relación con una mujer casada, sino que has permitido durante mucho tiempo que mancillara la memoria de tu hermano. —Enfadado, se levantó—. Lo siento mucho, Ashton —dijo seco—. Me avergüenzo de mi hijo, no es digno de mí.

El abogado asintió levemente con la cabeza, y Yasser, harto de ser siempre el damnificado de Hamza, se puso en pie y se acercó a su padre.

—¿Y lo fue mi hermano? ¡¿Fue tu querido hijo digno de ti?! ¡Jamás se ocupó del negocio! ¡Vivía para derrochar y meterse mierda en el cuerpo! —gritó lleno de rabia—. ¡¿Eso lo dignifica?! —preguntó sin amedrentarse por la rigidez en el rostro de su padre—. ¡Yo me dejo la piel todos los días trabajando! ¡Nunca me he drogado y nunca te he dado problemas! ¡¿Por eso era mejor que yo?!

—No sé de qué estás hablando.

Yasser soltó una risa cínica.

—Te manipulaba, igual que hacía con todo el mundo —gruñó con desprecio—. Pero conmigo no pudo. —Desvió la vista hacia Ashton—. Ni con Harriet, lo caló nada más conocerlo. Mi hermano era un vividor, muy simpático, pero un vividor al fin y al cabo.

A paso rápido, Yasser salió del despacho. Necesitaba un poco de aire fresco, o mejor aún, empaparse bajo la lluvia para quitarse el rencor de encima.

Abdulá se acercó al mueble que había a un lado de la mesa de cristal negro, cogió una jarra de agua y llenó un vaso.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por Candela —respondió Ashton, aceptó con una tibia sonrisa el agua y bebió sediento—. Tiene una amiga que trabaja en el Hotel Pembridge Palace, fue ella la que le dijo que Harriet se veía allí con su amante. Candela creyó que era Hamza por la depresión de Harriet a raíz de su muerte. El suicidio confirmaba su suposición, y eso lo lió todo. Pero hace un rato su amiga la ha llamado al ver las fotos de tu cumpleaños en una revista y le ha dicho que sin duda era Yasser el que iba al hotel con ella. —Ashton bajó la vista—. No tenía que haber entrado así, pero llevo meses dándole vueltas a su muerte —comentó refiriéndose a Harriet—, primero pensando que

había preferido morir a vivir con nuestras hijas, luego me entero de que la han asesinado, gente vuestra, Abdulá —dijo con reproche—, y hoy que Yasser era su amante. Nunca nos hemos llevado bien, lo sabes, y desde que casi matan a Candela he estado pensando que era él quien ordenó a vuestros hombres matar a Harriet y la paliza de Candela para hacerme daño. Pero ahora… —Reclinó el cuerpo hacia delante—, ya no sé qué pensar.

—Yasser solo es culpable de haberse enamorado de la mujer equivocada.

—Íbamos a divorciarnos. Si piensas que se entrometió entre nosotros, te equivocas. No sé tampoco qué les ocurrió porque no hablaba mucho con ella, pero desde el funeral de Hamza es cierto que cambió, se sumió en la tristeza, por eso siempre di por válido que se había suicidado —comentó apesadumbrado—. No deberíais haberos tomado la justicia por vuestra mano con sus asesinos, ahora nunca sabremos por qué lo hicieron.

—No dependió de mí. En mi familia hay cosas que se resuelven sin intermediarios.

—Pues hay alguien que los prefiere —replicó—, y está suelto, y ha intentado matar a mi novia, y te juro que voy a encontrarlo.

—Cuenta con mi ayuda.

—De este voy a encargarme personalmente. —Ashton se levantó —. Pero te lo agradezco.

Con cortés frialdad, Ashton salió del despacho. Cuando llegó el ascensor que esperaba, tropezó con Yasser. Traía el pelo chorreando y en sus pómulos se apreciaban la rojez de los puñetazos. Se observaron y no intercambiaron ninguna palabra. Cada uno siguió su camino con sus propios pensamientos negativos. Mientras Ashton salía a la calle para sentir la fría lluvia del crudo invierno, Yasser entraba de nuevo en el despacho.

Mirando a Abdulá, se quitó la chaqueta y la lanzó en el sofá. Se sacudió con la mano la humedad del cabello y, sin preocuparse por el calzado ni los pantalones, se sentó tras su mesa. No pasó ni un minuto cuando interrumpió su secretaria para dejar junto al sofá un carrito con una tetera, dos vasitos estrechos de cristal y un plato con pastas árabes. Abdulá agradeció su rápida eficiencia con una ligera inclinación de cabeza.

En cuanto la mujer salió cerrando despacio la puerta, él sirvió el dorado y aromático líquido humeante y llevó una taza a la mesa de Yasser, que siguió el recorrido de su mano con una mirada concentrada.

—Cuéntamelo todo, hijo —habló en un tono suave, donde

insinuó matices de disculpa, perdón y comprensión.

—Es una larga historia, ya sabes lo esencial —dijo sin ánimo de recordar otra vez.

—No me conformo solo con eso, tengo tiempo. —Abdulá sonrió —, quiero la historia completa.

Yasser bebió un sorbo de té, lo saboreó, pensativo, y empezó a hablar. Durante varias horas desgranó paso a paso su historia de amor con Harriet, siguiendo el ritmo de la lluvia. Conforme iba contándole, la tormenta amainaba. Él ganó seguridad en la voz, porque abría la boca pero hablaba con el corazón, sintiendo menos pesada la carga de su conciencia, y ni se preocuparon por saltarse la comida. El tiempo se detuvo en esa conversación íntima, llena de franqueza, admiración y un profundo respeto.

El día siguiente amaneció frío pero luminoso, raro en esa época del año. Candela cocinaba un desayuno variado con la ayuda de Bronte, una experta batiendo huevos, y la exigua colaboración de Mia, que medio adormilada puso los cubiertos en la barra como un detalle espectacular. Por el canturreo bajito de la española y los pasos de baile que acompañaban su voz disonante se intuía su buen humor; aunque por supuesto ni de lejos aprobó el método macarra de Ashton para saldar cuentas con Yasser, estaba contenta porque él parecía otro. Desfogar adrenalina en ese feo rifirrafe había eliminado su rabia. Incluso se preguntó si la verdad le había hecho olvidar el rencor. Ella creía que Ashton se vio reflejado en la historia de amor entre Yasser y Harriet al comprender que se enamoraron. Lo único que les quedaba por esclarecer para encarar el futuro sin lastres era al instigador, hasta entonces no debían bajar la guardia, y con los recursos de los Al-Masud a su entera disposición sería cuestión de poco tiempo. Eso se repetía, sabedora de que se había convertido en el blanco del cobarde en la sombra; el fantasma, como Ashton lo llamaba. Entre los pensamientos para mantenerse a salvo se coló ofrecerle a Yasser una merecida disculpa, ya que al confundirlo con Hamza, sumado a la nula confianza de Ashton en él, por no decir mala relación, que la hicieron dudar, lo incriminaron cuando en su fuero interno nunca creyó que hubiese sido el responsable del asesinato de Harriet ni de su paliza; por principios, se la debía.

Al bajar la escalera, Ashton, recién duchado, en vaqueros y camiseta, observó el cuerpo ágil que apenas ocultaba el batín de seda y sonrió al guiñarle un ojo a Bronte. Con sigilo, se acercó a Candela por detrás y la sujetó por las caderas antes de darle un beso

en la mejilla.

—Buenos días, bruja —saludó contento, ignorando la sonrisa de su hija.

—Qué amable… —comentó sin mirarlo, pendiente a la sartén con los huevos. Ya había advertido esa mañana que tenía el labio un poco hinchado y no quiso mencionarlo con la curiosa compañía que les rodeaba—. ¿Vamos a Somerset o tienes otros planes? —preguntó por salir de Londres para aprovechar el día despejado.

—Somerset, tengo que hablar con Francis —respondió y sacó cuatro platos de uno de los muebles, pensando en si añadirle la última información que tenía. Abrió la nevera, cogió la garrafa de leche y dijo casual—. Mi madre comerá con nosotros.

—Acabas de arruinarme el día…

—¿No te cae bien la abuela? —preguntó Bronte.

—De maravilla. —Candela exageró un gesto divertido.

—No la soporta, Bron —apuntó Mia, sentada en uno de los taburetes; parecía ausente pero no perdía compás.

—No sé por qué dices eso. —Candela disimuló ante la cara suficiente de Mia.

—Porque te he escuchado hablar con Lola. Le dijiste que todas las vacas de Jordan juntas no eran tan pesadas como la abuela.

Candela volvió a mostrar asombro, esa vez con los ojos desorbitados. Rápidamente giró la cabeza para dejar de mirar a Mia y evitar de rebote la atención burlona de Ashton.

—¿Cuándo vamos a ir para ordeñarlas? —preguntó Bronte sonriendo, con el punto excitado que sus ojos azules no podían ocultar.

—Ya sabes mi opinión, Bron —dijo Ashton, sirviendo la leche en dos tazones. Empezaba a pensar que realmente tenía la guerra perdida con el guaperas. Candela cayó la primera, sus hijas parecían más adictas a la ganadería que Heidi y, para rematarlo, su hermana también había caído en sus redes aunque solo le pintara retratos; estaba seguro de que si ella pudiese lo retrataría de cuerpo entero, a ser posible, desnudo y ordeñando sus queridas vacas—. No insistas. Venga, siéntate a desayunar.

—Cand, *porfi* —dijo Bronte en un tono lastimero—, habla con Jordan, *porfi*, *porfi*.

—Gracias por no hacerme ni caso —comentó Ashton.

Candela dejó de apretar los labios para no reírse y soltó una carcajada. Al momento repartió los huevos, se sentó y, por darle a Ashton un descanso, encarriló la conversación hacia otro interés que compartía con ellas: los perros. No se fijó en las pupilas celestes

fijas en ella, rogándole clemencia. Por descontado, ante una complicidad milimétrica, el abogado no la halló; eran tres locas entusiastas contra él; una derrota en toda regla.

En la residencia del jeque cercana a Marylebone, Yasser se echó un vistazo en el espejo que había en su antiguo dormitorio, que ocupó tras la insistencia de Abdulá la noche anterior, después de cenar a solas con él por la ausencia de su madre, que seguía en Stamford. Llevaba la ropa informal que solía ponerse los fines de semana: jeans con efecto gastado de Armani, suéter de lana clara y una cómoda chaqueta azul oscuro de terciopelo. Al mirarse en el espejo, acercó la cara, sin afeitar, y se tocó con suavidad el pómulo derecho, un poco inflamado, agradeciendo que Ashton no estuviera acostumbrado a usar los puños, si no, las secuelas de la pelea no serían tan leves. Creía que tampoco él tendría mucho más porque también había sido su estreno pugilístico. Salió del dormitorio para reunirse de nuevo con su padre y bajó por la escalera de acero, madera y cristal al comedor que había anexo al salón.

La casa tenía una arquitectura clásica victoriana, en cambio, el interior era contemporáneo. Destacaba el blanco de los techos altos y paredes, el suelo de tarima clara y los cuadros pintados por su madre, aficionada al cubismo colorido de Picasso; aunque los dos cuadros del artista malagueño que poseía: *Dora Maar au chat y Garçon à la pipe* las exponía junto a una obra de tres piezas de Jackson Pollock, *Triptych*, y un Van Gogh, *Retrato del Dr. Gachet*, en la biblioteca de esa casa, por pudor, sin ninguna de las suyas cerca.

Después de desayunar charlando bien avenidos, Abdulá le comentó su interés por pasar el fin de semana en Cramhley House para ver los caballos. Sin embargo, Yasser captó que quería estar con su madre para aliviarle la tristeza de unos días en los que Hamza aún estaba más presente para ella que de costumbre y se ofreció a acompañarlo. Él quería hablar con Aisha porque a raíz de la larga conversación del día anterior con su padre, sabía que contaba con su beneplácito para cancelar el compromiso. Tenía más que decidido ser el único dueño de su destino sin cargar con viejas tradiciones ni con una esposa impuesta. Sería libre para elegir a la persona que algún día ocupara el pedazo sano de su corazón, mientras tanto retomaría las salidas con sus amigos y seguiría centrado en ArabCorp.

Antes del mediodía llegaron en su Ferrari rojo a Cramhley House, tras un trayecto prudente donde solo aceleró cuando

circularon por la autopista y siempre respetando los límites de velocidad. Por suerte, no vio a su prometida cuando entró en la casa seguido por Abdulá. Bajo la cúpula del vestíbulo saludaron con unas parcas palabras al mayordomo. El hombre les informó que tanto la jequesa como Aisha habían ido a la cuadra.

Mientras Abdulá subía a su dormitorio para cambiarse de ropa, Yasser aprovechaba para enchufar el portátil a la red eléctrica en el coqueto despacho que tenía su madre en la planta baja. Y ahí, sentado en la mesa de caoba que había frente a un ventanal con forma de arco, Yasser esperó al jeque contemplando las fotografías de una repisa alargada, muy cerca de él. En la mayoría se veía con sus hermanos en diferentes etapas de sus vidas, también con otros miembros de su familia en Emiratos. Fijó los ojos en una y se levantó como si de repente se hubiese hecho la luz en su cabeza. Agarró el marco de plata y vio nítidamente una película, fotograma a fotograma. Salió disparado de la habitación y subió de dos en dos la inmensa escalera.

—¿Qué ves? —preguntó a Abdulá en cuanto entró sin llamar en el espacioso dormitorio y le puso por delante el marco.

Extrañado, el jeque inclinó la cabeza y observó una imagen que tenía varios años realizada en un concurso de hípica.

—A ti, a Hamza, a mi hermano y a mí.

—Mira más allá.

Abdulá hizo lo que le pidió. De golpe, entendió qué tenía de especial esa fotografía. Apartados de ellos, aparecían Aisha y Al-Kaabi. En otras circunstancias no habría sido llamativo; en cambio, que el hombre la mirara con ojos de cordero degollado y que ella, todavía adolescente en esa imagen, tuviera la mano en su rostro, no solo era inapropiado, sino reprobable.

—Ella es la instigadora —dijo Yasser—. El imbécil ha muerto encubriéndola.

—¿Crees que estaban liados?

—Sí. Aisha es retorcida, seguro que lo tenía comiendo de la palma de su mano.

—¿Y por qué les ordenaría que mataran a Harriet?

—Cuando Harriet me dijo que estaba embarazada, solo lo hablé con Hamza. Siempre he estado seguro de que él mantuvo nuestro secreto porque se lo pedí. ¿Recuerdas que ayer te dije que en el funeral de Hamza discutí con Harriet? —preguntó, y Abdulá asintió moviendo despacio la cabeza—. Seguro que Al-Kaabi nos vio. Unos días después Aisha vino al despacho pletórica porque sabía que íbamos a comprometernos. Le dejé claro que nunca la amaría, pero

supongo que no me creyó y pensó que insistiendo las cosas cambiarían entre nosotros. Empezó a venir a diario, cuando no era para comer, era con cualquier otra excusa; me tenía frito —explicó cansado—. Nunca ha sido por Holt, papá. Vio a Harriet como una amenaza y convenció a Gül y a Al-Kaabi para que la mataran. Luego, me ha visto con Candela y ha vuelto a encelarse, por eso le dieron la paliza.

—Tiene sentido, pero ¿por qué no matarla también?

—Porque sabe que es la pareja de Holt y que entre nosotros no hay nada. Fue una advertencia —respondió confiado—. ¿Dónde está mamá ahora?

Abdulá se apresuró en coger el móvil. Habló calmado con su esposa, pidiéndole con amabilidad que saliera de la cuadra y se reuniera con él. Cuando colgó, Yasser no estaba en el dormitorio. Oyó el rugido del motor del Ferrari y se asomó corriendo al ventanal, pero el coche ya había desaparecido por el camino y solo pudo ver una extensa nube de humo blanco. Nervioso, buscó en la memoria del teléfono el número de Hussein. Tras informar al gran jefe Al-Masud, respiró aliviado. Ni Humaid bin Saud, el padre de Aisha, ni su calidad de mujer podrían hacer nada por ella; si era culpable, en unas horas estaría en Sarja donde cumpliría una dura sentencia.

Apretando el acelerador por recorrer lo antes posible el kilómetro que separaba la cuadra de la mansión, Yasser no reparó en la silueta de su madre, que se apartó del camino y se quedó inmóvil mirando el coche. La mujer, de apariencia bonachona y un ligero sobrepeso, asombrada, tardó unos segundos en reaccionar. Al ver en la distancia un revuelo de hombres extraño, decidió contradecir a su marido no regresando a Cramhley House.

Yasser entró andando a grandes zancadas en el edificio alargado de la cuadra, que contaba con más de cien boxes amplios en unas condiciones higiénicas excelentes, y localizó a Aisha con *Devil Seed* —un pura sangre árabe de color azabache, pelaje brillante y alta envergadura—, en su cubículo, le peinaba con sosiego la crin.

—Hola —saludó Aisha sonriente, dejó el cepillo en un pequeño taburete de madera y se acercó a él. Pensó besarle la mejilla, aunque no lo intentó al ver un semblante severo—. No sabía que ibas a venir. ¿Cuándo has llegado?

—Eres una miserable —dijo Yasser con un gesto de asqueo—. Te odiaré el resto de mi vida.

—¿Puedo saber a qué viene esto? —preguntó conteniéndose—. No entiendo nada.

—Puta. —Yasser apretó los labios—. ¿Te tirabas a Al-Kaabi para conseguir lo que querías, verdad?

—¡Nunca me he tirado a nadie! —explotó pegada al cuerpo de Yasser—. ¡Soy virgen!

—¡Ah! Solo lo calentabas para que asesinara por ti —dijo sonriendo irónico—. ¿Esperabas que te desvirgara yo? ¡Vas a quedarte con las ganas!

—¡No sé de qué hablas! —exclamó—. ¡Y tendrás que hacerlo te guste o no! ¡Vamos a casarnos!

—Estás loca. ¿Esperas que me case contigo cuando has matado a mi mujer y a mi hijo?

—¡Ella no fue nunca tu mujer! —gritó roja de rabia—. ¡Estaba casada! ¡Era tu amante! —Aisha no fue capaz de seguir silenciando todo el desprecio que se había tragado por él, por estar enamorada sin ser correspondida. Sin embargo, Yasser guardó las formas, mirándola con una pasividad que abatía sus ilusiones—. Cuando murió Hamza creí que al fin tendría la oportunidad que siempre había deseado. —Aisha empezó a derrumbarse—. Te quiero desde que era una niña. —Contuvo las lágrimas y siguió hablando—. Fui feliz cuando nos comprometimos, pero… cuando supe que estabas con otra…

—¿Cómo lo supiste? —preguntó furioso.

Aisha levantó la mirada despacio y volvió a explotar:

—¡Te vieron con ella en el funeral de Hamza! ¡Ni siquiera respetaste la memoria de tu hermano! —Envalentonada se encaró con él—. ¡Tú y tu puta!

—¡¿Quién nos vio?! ¡Dímelo o te mato!

—¡Al-Kaabi! ¡Él me lo dijo! ¡Él me contó que iba a darte un hijo! ¡¿Qué querías que hiciera?!

Yasser acababa de confirmar su suposición, aunque no llegó a sentir alivio alguno; de hecho, estalló como una pandemia aniquiladora:

—¡Nada! ¡No tenías ningún derecho a hacer nada! ¡Has matado a dos personas!

—No he matado a nadie —siseó—. ¡Tú! ¡Tú lo estropeaste todo! ¡Tú mataste a esa zorra!

Escuchándola, Yasser apretó los puños sin apartar los ojos de una cara desfigurada por los celos.

—Harriet, se llamaba Harriet, y la amaré hasta que me muera.

—¿Por qué? —Aisha temblaba—. ¡¿Por qué?!

—Porque sí, porque me enamoré de ella desde que la vi por primera vez, porque era una mujer maravillosa, algo que tú nunca

serás.

—Te he aguantado todos tus desprecios, has tenido la poca vergüenza de salir con otras mujeres cuando ya estábamos comprometidos. ¡Te vi aquí en la fiesta de tu padre! ¡Te liaste con otra puta en mis narices!

—No sabes lo que dices.

—¡Te vi saliendo de su habitación! ¿No lo recuerdas? —preguntó rabiosa—. ¡Me plantaste en Londres por ella! ¡Pero se acabó!, ¡Ahora soy yo quien no va a casarse contigo!

Yasser negó con la cabeza, pensando que realmente no razonaba con cordura. No quiso seguir teniéndola delante y dio la vuelta para salir de ahí rápidamente. De forma súbita, sintió un golpe seco en la cabeza y se desplomó en el suelo.

Al verlo sin conocimiento, Aisha soltó el banquito de madera y gritó pidiendo auxilio. Dos de los mozos que se ocupaban del mantenimiento de la cuadra llegaron corriendo, y habló apurada:

—*Devil Seed* le ha pateado la cabeza. —Se arrodilló junto al cuerpo de Yasser—. ¡Llamad a una ambulancia!

Uno de los mozos llamó por teléfono y el otro movió a Yasser apartándolo del dócil caballo. Aisha, que pretendía usar la confusión del momento para desaparecer, no llegó a la puerta de la cuadra cuando Abdulá entró con tres hombres.

—Llevadla al helipuerto —ordenó Abdulá, le bastó una mirada para clavar a Aisha en el sitio—. Te vas a Sarja. No hace falta que recojas tu equipaje.

—¡No! —gritó aterrada—. ¡Quiero hablar con mi padre!

—Hablarás con él, en Sarja. —Abdulá sonó suave, aunque sus ojos parecían dos rocas carbonizadas—. Está esperándote.

Escoltada por los tres hombres que entraron con Abdulá, la princesa Aisha bint Humaid comprendió que estaba condenada. Con suerte, pasaría el resto de su vida presa en alguna cárcel de Emiratos Árabes Unidos. Y con mucha suerte, moriría antes de verse reducida entre podredumbre, aislada del mundo y sin la riqueza que conocía.

Yasser empezó a recobrarse y se puso en pie con la ayuda de Abdulá.

—Me ha golpeado con algo —dijo, tocándose la nuca.

—El médico está de camino. —Abdulá le examinó la cabeza y vio una herida poco profunda—. No te preocupes, no es nada. —Sonrió y lo estrechó en un abrazo paternal, cariñoso y posesivo—. Estoy muy orgulloso de ti.

Abdulá le besó dos veces las mejillas, sin ver a su esposa

observándolos. La jequesa se emocionó ante una muestra afectuosa poco habitual. Ella, que prefería pasar desapercibida a la sombra de su marido, se alegró enormemente por la cancelación del compromiso y por no tener que volver a ver nunca más a Aisha. Sentía tanto como Abdulá la pérdida de su nieto, el gran vacío por la ausencia de Hamza y no habría soportado que Yasser hubiese sido un desgraciado casado con alguien que confundía el amor con una obsesión enfermiza.

Empezaba a anochecer regresando de Timsbury al apartamento, Ashton conducía relajado el Mercedes, las niñas se durmieron agotadas después de no parar quietas durante todo el día y Candela hacía el trayecto sintiendo una felicidad desbordante. La llamada de Abdulá para informar a Ashton sobre la responsabilidad de Aisha en los crímenes no hizo más que convencerla de la categoría humana de Yasser. No solo estaba contenta por saber la verdad, sino por la firmeza de Yasser al tener la intención de viajar a Sarja para no permitir que Aisha eludiera pagar por sus actos con esa justicia cuestionable de los beduinos, extrema y tan arraigada en su cultura como los matrimonios de conveniencia. También, por la nobleza que él demostró al admitir las disculpas que Ashton quiso expresarle. Solo hablaron unos minutos, los dos actuaron como elegantes caballeros, y ella solo pudo escucharlos admirada, sintiéndose tremendamente orgullosa por esa muestra de saludable cortesía.

Harina de otro costal fue la perturbadora conversación que Candela mantuvo a solas con Denise. Mientras las niñas practicaban con Payton y los hombres tomaban unas copas en el cálido salón, ellas exponían sus cartas sin tapujos; aunque igual que el abogado no le había comentado nada de la conversación que le supuso a Denise distanciarse de Malborough, e intuía que ella estaba involucrada, no tenía pensado contarle el contenido íntegro de esa charla; solo le dosificaría breves retazos cuando lo creyera conveniente. Candela había conocido a personas de todas las condiciones sociales a lo largo de su vida, desde el mendigo que pedía limosna en la puerta del supermercado hasta los que estaban podridos de dinero como los Al-Masud, y podía afirmar que todos decían sandeces en determinados momentos o circunstancias; si bien, los que poseían la virtud de la humildad siempre destacaban sin juzgar ni menospreciar. Por desgracia, Denise Holt no había sido bendecida con esa facultad. Estaba empecinada en la superioridad de su estirpe anglosajona, como si un accidente geográfico fuese

determinante para tener unos valores esenciales. Algo que para Candela era personal e independiente al país de origen. Denise llegó a fundirle el cerebro hasta hacerla desistir de argumentar con sensatez en vista de que cuando alguien tiene unos pensamientos extremos, sean de la índole que sean, si se los cree, es imposible pretender que razone. Candela concluyó que tendría que vivir su vida con Ashton manteniéndose alejada de ella si quería preservar su integridad mental. Cuando pudo, por exhibir una educación que no merecía, se excusó y regresó al granero, donde la compañía y las vistas fueron infinitamente superiores.

Con las niñas distraídas pintando, pudo explicarle a Payton la colaboración que pretendía de ella. Decir que se entusiasmó sería quedarse muy corto. Ni Bronte y sus gritos desgarradores llegaron al nivel de su tía. La idea de mezclar sus creaciones artísticas con la tecnología de vanguardia que utilizaba Candela con los programas de diseño abría tanto el abanico de posibilidades laborales como el espectro de colores del blanco al negro. En el fragor del momento hasta hablaron de asociarse. Que llegaran a hacerlo estaría por ver, aunque el rato divertido que pasaron soñando con esa empresa fue impagable. Candela sonrió al recordarlo.

—¿De qué te ríes?

—De la imaginación de tu hermana, está como una cabra.

—No me extraña, últimamente solo pinta al granjero —comentó con burla.

—No era literal —replicó entornando los ojos—. Quizás nos hagamos socias.

—¿Para qué? —Ashton la miró un instante.

—Tenemos un proyecto en mente. En un principio iba a ser una mera colaboración, pero cuando se juntan dos cabezas privilegiadas todo es posible.

Ashton frunció el ceño y la boca, pero le duró poco.

—Doy fe —dijo bromista, pensó en otro tipo de asociación y comentó—. Mi madre hoy me ha sorprendido, Francis cree que está entrando en razón.

—Sí, está de un razonable bárbaro.

—¿Te ha dicho algo inapropiado? —preguntó al captar su ironía.

—Qué va —contestó con un mohín—, pero no os confiéis, la cabra siempre tira para el monte.

—¿Puedes dejar de hablar de animales?

—¿Por qué? Es un refrán, cierto como la vida misma.

—Porque estoy harto de escuchar referencias que no me gustan.

—¿Las cabras son un referente para ti?

—No —respondió seco.

Candela apretó los labios por no reírse y, como estaba de buen humor, le acarició la pierna acercándose con malicia a su ingle.

—No te enfades por una tontería.

—No estoy enfadado —dijo removiéndose—, pero no me apetece tener hasta en la sopa a tu amigo.

—El pobre no se entera de nada —comentó casual—, y no me lo digas a mí, díselo a las niñas y a tu hermana. Además, no puedo creerme que aún estés celoso de él.

—Una cosa es estar celoso —dijo, sintiendo su mano demasiado aventurera—, y otra estar harto, que es mi caso.

Sin consideración, Candela apretó el sutil roce. Notó su tensión, estiró el cuerpo y le besó el cuello. Antes de apartarse, murmuró:

—Yo también soy tu caso.

—Desde luego, eres mi mejor caso; el más duro que he tenido; el más divertido y apasionante. —Volvió la cabeza y le dio otro beso rápido, esta vez en los labios—. Tú eres mi bruja.

Contenta por el intenso amor que manaba de una sencilla palabra, mucho más que un apelativo cariñoso, Candela dejó que condujera tranquilo para llegar sanos y salvos a casa. A ese lujoso apartamento que la impresionó cuando lo vio por primera vez, junto a él, un hombre del que quiso mantenerse alejada porque intuyó su peligro, porque supo en cuanto lo conoció que era su alma gemela.

Semanas más tarde, en el parque del Soho donde las niñas jugaban empezaba a olerse la primavera, las flores llenaban de vivos colores los parterres diluyendo sus aromas en el aire, sobre todo, volaba ligera la fragancia sutil de las rosas rojas que había justo detrás del banco en el que Candela estaba sentada. Hablaba por teléfono con su madre sin quitarle los ojos de encima a Bronte, en otra de sus hazañas con la red tramposa.

—¿Cuándo vais a venir? Ahora ya no tienes excusa —dijo Candela, pensando en la suerte que habían tenido al vender el bar en pocos meses—. Anímate, a papá le gusta esto y siempre os viene bien salir de la rutina.

—A mí también me gusta —comentó. Aunque el mal trago del incendio no conseguía olvidarlo, lo poco que vio de la ciudad le causó una buena impresión y no descartaba hacerle una visita en verano cuando pudiera dedicarles tiempo y las niñas estuvieran de vacaciones—. Intentaremos ir en agosto, ahora estáis trabajando y

es más follón para vosotros. ¿Cómo están Bronte y Mia?

Al ver que Bronte se había enredado en la red, se levantó y fue hacia el juego diabólico.

—Están bien… —respondió resignada—, no paran, pero son muy buenas —comentó mirando seria a Bronte, aún indemne—. Tengo que dejarte, mamá, te llamo la semana que viene. —Candela escuchó la despedida de Mercedes y, sin cruzar una palabra con Bronte, la agarró del brazo ayudándola a bajar—. Es la última vez que venimos a este parque.

—¿Por qué? —preguntó Bronte con un mohín de incomprensión.

—Porque estás empeñada en la red y siempre terminas destrozada —replicó sin soltarla.

—Pero papá dice que para conseguir algo hay que intentarlo, las veces que hagan falta.

—Y tiene razón —replicó seria—, pero estoy segura de que no se refería a que te descalabraras en el intento.

Observando cómo Mia recorría ágilmente la red, se bajaba y le sonreía engreída, Bronte habló en un tono lastimero.

—No es justo, Cand. Ella puede hacerlo y yo no.

—El Señor no te ha llamado por el sendero del equilibrio, lo tuyo es la cocina. Cada uno tenemos una habilidad. Si todos hiciéramos todas las cosas a la perfección, el mundo sería un aburrimiento —dijo amable, echó el brazo por su hombro y añadió para contentarla—: ¿Te apetece ayudarme a preparar la cena?

—¡Sí! ¿Qué vamos a hacer?

Candela alborotó el pelo rubio de Bronte y le guiñó un ojo. Regresaron al apartamento planeando un suculento menú entre bromas e ideas culinarias arriesgadas que no vaticinaban la excelencia que Candela pretendía, pero no dejaron de impresionarla ni de arrancarle unas carcajadas impagables.

Luego, pusieron el karaoke y cantaron como tres locas en el antiguo dormitorio reconvertido en despacho. Lola la llamó, hablaron un buen rato y rechazó una salida nocturna que no llegó a convencerla. Retomó el ritmo discotequero de las niñas cuando Jordan también se acordó de ella. Las niñas aprovecharon la ausencia de Ashton para conseguir un ansiado propósito que se les resistía: ordeñar vacas. Al verlas suplicando con las manos juntas delante de la cara, con mucha teatralidad y diversión, aceptó llevarlas a finales de mes, dejando al margen la opinión de Ashton. No dudó en que tendría que inventar una milonga para ir a Oxfordshire, pero no le pesaría; había asumido con el paso de los meses que Ashton perdía la fuerza por la boca y que terminaba

cediendo cuando las niñas estaban por medio.

A varios kilómetros de Fitzrovia, Ashton salía distraído de una pastelería creyendo que por fin ese día era el adecuado para proponerle matrimonio a Candela. Hacía varios meses que vivían juntos, sin más incidencias que las habituales entre dos personas con unos caracteres fuertes pero enamorados, y tenía comprado el anillo de compromiso desde el 3 de marzo —el día que él cumplió cuarenta y dos años— cuando ilusamente pensó que el regalo más valioso que iba a recibir sería un “sí”, ansiado con vehemencia, y se equivocó. De forma automática pospuso la petición al escucharla despotricar a gusto sobre los pobres infelices que caían como moscas gastando dinero en anillos carísimos que según ella solo era una tradición ancestral y machista. Entre su propia inseguridad y las pocas facilidades de Candela veía cómo pasaba el tiempo sin atreverse a dar ese paso por miedo al rechazo.

Cavilando, se montó en el coche y puso la radio. Embrollado en esos pensamientos, llegó a la calle Berners y entró en el garaje de su elegante edificio.

Salir del ascensor y escuchar a Gloria Gaynor solo podía significar que otra vez encontraría una estampa divertida en el despacho de Candela. No lograba entender la querencia de la bruja por una canción setentera que para él estaba pasada de moda, aunque diariamente aprendía a mantener la boca cerrada cuando tocaba ciertos temas con ella. Y su opinión sobre *I Will survive*, un himno atemporal, según Candela, tenía tan poco peso como otras opiniones de otros tantos temas. Y, encima, eran tres enfervorecidas por la música en su contra, porque sus hijas, sangre de su sangre, parecían hechizadas por un poderoso embrujo. Quizás el mismo que él sentía por la mujer que apareció de manera casual en su vida para arrollarlo, aferrándose a su corazón sin darle más opciones que amarla rendido.

Dejó en la nevera la caja de la pastelería y abrió la puerta del despacho. Si el volumen de la música ya era potente, en ese instante fue ensordecedor. Bajó la escalera pendiente a los saltos sin ton ni son de sus chicas. Las tres parecían en trance mientras cantaban con el mismo criterio que bailaban: ninguno.

—¡Hola! —gritó al ver que su presencia pasó desapercibida. Ni por esas—. ¡He llegado!

—¡Papi! —Bronte se acercó y se lanzó en sus brazos—. ¡Baila con nosotras!

—No, no, no, no.

Candela, contoneándose, le besó los labios sin duración y agarró su mano para ayudar a Bronte, que tiraba de él mientras Mia estaba delante dándole una lección de cómo moverse. Literalmente, Ashton perdió la batalla. Bailar, bailar, no sería una definición exacta de lo que hizo en aquella habitación, más bien fue dejarse arrastrar hasta divertirse como un niño. Demostró sin pudor que carecía de ritmo, también su escasa voz al cantar un estribillo que se sabía de memoria. Ninguna se lo tuvo en consideración porque la cuestión no era derrochar dotes artísticas, sino pasar un buen rato en familia. Y durante aquel tiempo Ashton decidió que había llegado el momento de despejar su incógnita. Admitiría cualquier respuesta, aunque hubo algo inexplicable que lo animó a pensar que Candela no lo rechazaría. Podía ver en ella a una buena madre; siempre tenía una respuesta adecuada para sus hijas o una explicación amable cuando les hablaba de Harriet sin pretender otra cosa que mantener vivo su recuerdo; la sentía como su compañera ideal, con ella olvidó a las mujeres que compartieron su cama cuando su matrimonio hacía aguas; tenían una química excitante, unas discusiones épicas y, ante todo, con ella se había reencontrado a sí mismo; con o sin boda, no tenía pensado renunciar al amor de su vida.

Aguardó a que las niñas se acostaran tras la cena —mitad española, mitad inglesa— para descorchar una botella de champán mientras Candela se cambiaba de ropa. Algo que él había hecho en cuanto concluyeron la sesión discotequera. Por no pedirle matrimonio en pijama, se vistió con unos vaqueros azules y una camisa celeste. Sin faltar a su costumbre, Candela reapareció con el fresco batín japonés. Ese que él tenía elevado a la categoría de mito y conseguía levantarle el ánimo, y otra cosa, en cuestión de segundos.

—Estás muy guapa —dijo dándole una copa del vibrante líquido pálido—. ¿Te he dicho cuánto me gusta tu batita?

—No —respondió con una sonrisa—, y por la rapidez con que me la quitas habría jurado que no te gustaba.

—Pues estás muy equivocada. —Ashton le desabrochó el ligero cinturón rojo y metió una mano bajo la seda. Acarició un pecho turgente, redondeado y justo para su mano—. Te amo —dijo bajito antes de besarle los labios. Sonriendo, Ashton se sentó en el sofá. Pero no iba a prescindir de la calidez de un cuerpo hermoso que le chiflaba. Con Candela en sus piernas, se perdió en su boca sin que sus manos pudieran alejarse de su piel. Se apartó consciente del impulso lujurioso que ganaba terreno y si no detenía echaría por

alto su propósito—. Te he comprado una cosa.

—¿Por qué? —Candela acarició suavemente con los ojos la cara atractiva del abogado, a esas horas con una incipiente barba—. Te tengo a ti —susurró, y le besó los labios—. No me hace falta nada más.

—Gracias —habló rozándole los labios con la boca. Debía apartarse o ardería y echaría al traste su misión—. Ahora vuelvo.

Ashton con un movimiento eficiente la dejó en el sofá.

—¿A dónde vas? —preguntó sorprendida.

—Al baño —respondió, saliendo diligente.

Volvió en unos minutos con la caja blanca de la pastelería, dos platos pequeños, negros y cuadrados, y un par de cucharillas. Nada más verlo, la sonrisa leve de Candela se convirtió en una amplia curva satisfecha. En cuanto Ashton abrió la caja y tuvo delante una tarta de manzana con pinta de deliciosa, segregó saliva impacientándose por probarla. Comieron gustosos, bebiendo champán y hablando de todos los temas que acudían raudos a sus mentes. Esa conexión conseguía relajarlos sin recordar nada más que compartir pensamientos, ilusiones y sueños. Repitieron con el champán sin que decayera la charla.

—Me gustaría que hicieras algo por mí —dijo Ashton bajando el tono de voz. Candela apretó el ceño, y él siguió hablando—. ¿Recuerdas cuándo te dije que quería tener el honor de hacerte feliz? —preguntó, y ella asintió despacio—. Me respondiste que ya lo tenía, pero realmente no era ese el honor que quería, ese entra dentro del lote. El honor que me haría el hombre más afortunado del mundo sería que fueses mi mujer. Cásate conmigo.

Candela abrió los ojos de par en par y bajó la cabeza. ¿Esperaba una declaración? ¡Claro que sí! ¿Pero la esperaba precisamente ese día? ¡Por supuesto que no! Había logrado sorprenderla hasta un límite extraordinario. Sacudió la cabeza, rió al ver su gesto adusto, parecía aterrado, y acercó la boca a la suya.

—Será un verdadero honor ser tu esposa —susurró—. Sí, acepto.

Esas dos palabras fueron la ignición del deseo. Entre la ligera iluminación de un espacio enorme sus cuerpos ardieron con la sutil cadencia de un amor vertiginoso. Se arrullaron con ternura y se adentraron en un paraíso infernal. Así funcionarían siempre porque las personas no cambian, pueden suavizar su carácter o camuflarlo por un tiempo limitado, pero al final cada uno tiende a seguir su instinto. Ellos sabían por su experiencia que el amor no solo es cuestión de enamorarse, hay que encontrar a la persona adecuada y aprender a amarla con sus imperfecciones; y en eso estaban de

acuerdo: se habían hallado en el momento apropiado; no reconocerlo sería un absurdo sacrilegio. Tanto como no admitir la belleza del brillante rosado que Ashton colocó en el dedo anular de la temblorosa mano izquierda de Candela, que osciló por la magnitud de un sentimiento digno del mayor de los respetos y alegre ante la perspectiva de ser simplemente feliz sin perseguir la felicidad; juntos la vivían. Sellaron el compromiso con un beso en la boca, de los sinceros, de esos que los convertían en una sola persona al sentirse queridos, o de esos que los llevaban a la sublime sinrazón de la apasionada locura porque, a pesar y por encima de todo, era su única manera de amarse.

Epílogo

A las dos de la tarde del sábado 2 de septiembre, Ashton y Candela llegaron a Somerset recién casados para celebrar la boda con una treintena de invitados. Aparte de recibir felicitaciones, Abdulá les dio una noticia inesperada pero poco sorprendente. El jeque estaba en Emiratos cuando les comunicó que Aisha bint Humaid había aparecido muerta en la celda donde cumplía una condena de diez años. Al parecer, se había suicidado ingiriendo varios tranquilizantes. Ashton, que no sintió ninguna compasión por una mujer llena de maldad, mientras escuchaba la explicación del jeque pensaba en la paradoja de ese suicidio, en la justicia divina que decidió su final. La falsa muerte que Aisha maquinó para Harriet con ella misma fue una realidad. ¿O no? Ashton no tenía claro que los Al-Masud no hubiesen mediado. ¿Cómo, si no, pudo obtener la droga estando incomunicada? Nunca lo sabrían y, ciertamente, a él no le importaba. Se apuntó comunicárselo al inspector Carter para archivar de forma definitiva el caso; algo que había sido casi un hecho desde que la Interpol identificó los cadáveres de Gül y Al-Kaabi. Con la desaparición de Aisha, él cerraba el capítulo más cruel de su vida; el más triste para sus hijas; aunque ahora, algún día podría contarles toda la verdad. Y sería posible gracias a la intuición de su bruja; la primera persona en sospechar que el suicidio de Harriet en el Puente Waterloo no encajaba con el carácter de una buena madre porque lo distinguió sin ni siquiera haberla conocido y él no se planteó obnubilado por la indignación del momento, porque Candela tenía un instinto básico excelente para ver más allá de la apariencia de las personas; podía entrar en sus almas, sentirlas y comprenderlas, incluso revivirlas. Eso pensó viéndose a sí mismo. Con ella había vuelto a ser cariñoso, divertido y se esforzaba a diario por no decepcionarla como compañero, porque se merecía su mejor yo, el auténtico, el que acababa de comprometerse a entregarle en una ceremonia civil donde brilló el romanticismo.

Tras comer en el jardín, pasearon de la mano por las mesas y hablaron con todos los invitados. Asistieron la mayoría de sus amigos, excepto Jordan, a quien Candela agradeció que declinara la invitación por no molestar a Ashton. El granjero llevaba varias semanas saliendo con una chica, pero ciertas cosas no cambiarían nunca y los celos parecían inevitables pese al tiempo transcurrido,

la seguridad de sus sentimientos o la actitud amistosa de Jordan.

Trataron de no mezclar a los padres de Candela con Denise, aunque fue en vano; coincidieron. Sin embargo, el comportamiento deferente de Denise con ellos resultó asombroso y, ayudados por Lola —como traductora no tuvo precio al lograr con desparpajo que no se sintieran excluidos—, durante el tiempo que compartieron no hubo nada reprochable en sus palabras. Al menos ese día Denise depuso la hostilidad y mostró una versión desconocida de su carácter, abriendo una rendija esperanzadora en su hijo. No así en su nuera, firme defensora de que Malborough había intercedido para tener una celebración tranquila. Sin dudas las niñas ayudaron a limar asperezas. No paraban de moverse inquietas recorriendo las mesas. Incluían a Mercedes y Diego en sus juegos, divertidos por su inocente alegría y admitiendo encantados que formaban parte de la vida de Candela y eran lo más parecido que tendrían a unas nietas para ejercer como abuelos.

A medida que pasaban las horas, el ambiente alegre fue invadiendo el jardín. Ashton y Candela bailaban cuando apareció Yasser. No vaciló al acercarse a ellos. Felicitó a Ashton con un apretón de manos y le pidió cortésmente continuar el baile con Candela. Tampoco el abogado dudó al retirarse. Cuando Yasser regresó de Sarja, tras estar presente en el juicio de su exprometida, mantuvieron una larga conversación. Ambos se disculparon. Ashton también comprendió como padre la terrible injusticia que su mujer pensaba cometer al negarle reconocer a su hijo, dándole a entender que él ocuparía su lugar. Y, siendo un hombre con principios parecidos a los suyos, no pudo reprocharle su animadversión, en una situación similar, era muy posible que hubiese actuado igual. Desde aquel día la relación entre ellos se había suavizado, Candela retomó el proyecto laboral de ArabCorp y mantenía con Yasser una amistad a la que nunca se opondría; de hecho, fue él quien propuso que lo invitaran a la boda.

—Estás muy guapa —dijo Yasser. El elegante vestido de novia entallado que llevaba Candela favorecía su silueta, el beige le destacaba el tono bronceado de la piel y el cabello suelto mostraba la sencillez natural de su personalidad—. Siento haber llegado tarde.

—¿Has estado trabajando? —preguntó pese a que intuía la respuesta. Yasser hizo una inclinación de cabeza—. Deberías salir más —comentó amigable—. Si no, va a ser complicado que te eches una novia.

—Estoy bien así. —Yasser no pensaba decirle que le costaba

relacionarse porque no olvidaba a Harriet y a su hijo, aunque creía que Candela veía en su interior porque siempre tenía una palabra adecuada dentro de otras muchas que podían solaparlas. No solo la consideraba una amiga, sentía una profunda admiración por su espíritu luchador, quizás hasta envidia por haber tenido que enfrentarse a obstáculos desconocidos para él—. Me alegro mucho de que por fin os hayáis casado. Hacéis muy buena pareja.

—Gracias. Espero que algún día encuentres a alguien para poder decirte lo mismo —comentó sonriendo—. Tu momento llegará, estoy segura.

—No lo sé y no me preocupa —habló cuando la canción estaba terminando. Sujetó la mano de Candela y la alzó para acercar sus dedos a los labios—. Ha sido un placer bailar contigo, señora Holt.

—Igualmente —dijo, y le besó la mejilla. El flamante señor Holt no apartó los ojos de ellos. Siguió observándolos hasta que Yasser se dirigió a la mesa donde estaban Payton y Lola con Malborough, los Baxter y los Báez. Sonrió centrado en Candela, andando hacia él, y la abrazó por la cintura en cuanto la tuvo enfrente—. ¿Me espiabas?

—No lo llamaría así —contestó, unió los labios a los de ella y se apartó—. Eres perfecta.

—Gracias por concederme un imposible. Me haces muy feliz.

Candela contempló su sonrisa satisfecha y sus ojos azules, brillantes como el cielo veraniego de ese día despejado. Había sufrido con él y por él. También lo había odiado, deseado y amado con una intensidad magnífica, sobrada para suponer que volvería a odiarlo, que lo desearía como a nadie y que siempre lo amaría. Con él estaba dispuesta a todo, y eso era tanto que asustaba; pero sin riesgo no habría miedo y, sin miedo, entonces acabarían sus sueños.

Agradecimientos

Ante todo, y como siempre, gracias a mis hijas. No solo por su compresión, sino también por el interés que me muestran en cada novela y su ilusión cuando saben que baso a los personajes infantiles en ellas. En esta novela, Bronte es un calco de mi pequeña loca Elena y Mia un fiel reflejo de María.

Gracias de todo corazón a Lore, Marisa, Rosalba, Cristina y Eva porque fueron las primeras en leer el manuscrito y se esforzaron al criticarlo para que mejorase los argumentos, no se apiadaron para sacar lo mejor de mí y, sobre todo, porque me dieron y me dan cada día su amistad, y eso es impagable.

Gracias a mi hermana, por estar a mi lado en el transcurso de esta novela, que en honor a la verdad ha sido mucho más que un viaje a través de las palabras, y a mis amigas de OeM, un apoyo constante en esta etapa de transición hacia un nuevo comienzo. Gracias en especial a: Carmen Q., Carmen G., Teresa, Indara, Daphne, Danon, Chelo, Paquita, Afy, Beatriz e Irene.

Y, por supuesto, a ti lector. Espero que hayas disfrutado con esta historia y que me permitas colarme en tu vida en otra ocasión.

R.A.M.

Rincón de la Victoria, julio de 2016

Nota aclaratoria

Para la construcción de esta novela han sido fundamentales diversos artículos, reportajes y páginas web, destacaré los que especialmente me han servido para dar veracidad al argumento:

Monarquías de Oriente Medio, de Diana Torres del Mazo

Iconoclasia y “aniconismo”: correspondencias entre el mundo islámico y el mundo cristiano, de Alessandra Caputo Jaffe para la Universidad Pompeu Fraba

Petroleras presentes en el Golfo Pérsico, de Meine Weltsicht

Oil majors look closer at Dubai, de April Yee

Boletín informativo para inversores 2012, de Royal Dutch Shell plc

País petrolero made in China, de Fernando Villavicencio

http://www.victorianweb.org/art/architecture/london/17.html

http://www.burghley.co.uk/

https://www.nationaltrust.org.uk/features/belvedere-tower-at-claremont-landscape-garden

http://www.historic-uk.com/CultureUK/Christmas-Crackers/

Finalmente, quiero dejar claro que todas las personas que aparecen en estas páginas son personajes de ficción, así como la ubicación de Cramhley House. El resto de escenarios, incluidos los hoteles y restaurantes son exactos.

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal, donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la arquitectura e ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *En honor a la verdad*, tiene publicadas entre otras: *Indestructible* (2014), *Ivory Manor* (2015), *Trébol rojo* (2015), *Un recuerdo indestructible* (2016), *Boreal Róis* (2016) y *Lágrimas esmeraldas* (2016). Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, Rosa Alcántara no se limita a la romántica, destaca en sus novelas el suspense que atrapa con una lectura fluida, sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, personajes con profundidad y un ritmo trepidante.

Páginas de interés

https://www.rosamenendez.com
https://www.facebook.com/RosaMenendz/
@RAlcantaraM

Table of Contents